











MB-0  

---

19(2)







DICCIONARIO FILOSÓFICO



R 12517



VOLTAIRE

---

# Diccionario Filosófico

Voltaire es un precursor.  
Es el portaantorcha del si-  
glo XVIII que precede y  
anuncia la Revolución. Es  
la estrella de esa gran ma-  
ñana. Los sacerdotes tie-  
nen razón para llamarle  
Lucifer.

*Victor Hugo.*

**TOMO SEGUNDO**

**F. SEMPERE, EDITOR**

**PINTOR SOBOLLA, 30 Y 32**

**VALENCIA**



---

Imprenta de EL PUEBLO.—Pascual y Genís, 3, Valencia.





# Diccionario Filosófico

---

## A

### APÓSTATA

#### I

Todavía cuestionan los sabios si el emperador Juliano fué verdaderamente apóstata ó si no fué nunca verdadero cristiano.

Tenía seis años cuando el emperador Constancio, más bárbaro aún que Constantino, mandó degollar á su padre, á su hermano y á siete primos suyos. A duras penas él y su hermano Gallus pudieron librarse de tal carnicería; pero siempre Constancio le trató con rudeza, le amenazó con quitarle la vida, y no tardó mucho tiempo en ver que por orden del tirano asesinaron al último hermano que le quedaba. Los sultanes turcos más bárbaros no sobrepusieron nunca en bellaquerías y crueldades á la familia de Constantino. El estudio fué el único consuelo de Juliano desde su más tierna juventud. Secretamente conversaba con los filósofos más ilustres que profesaban la antigua religión de Roma, y es más que probable que siguiera la de su tío Constancio, ó sea el cristianismo, por temor á que le asesinasen.

Juliano se vió obligado á ocultar sus opiniones, como lo hizo Bruto en el reinado de Tarquino. Debió tener poca afición al cristianismo, porque su tío le obligó á ser fraile y á desempeñar en la Iglesia las funciones de lector. Es difícil profesar la religión del que nos persigue, sobre todo cuando trata de dominar nuestra conciencia.

Otra probabilidad de lo que estoy afirmando, es que ninguno de sus actos demuestra que fué cristiano. Nunca pide perdón á



los pontífices de la antigua religión, y les habla en sus cartas como si siempre hubiera estado afiliado al culto que observaba el Senado.

No hay pruebas de que practicase las ceremonias del Taurobólo, que consistían en sacrificar un toro á Cibeles, y que se consideraban como expiación. Tampoco hay pruebas de que lavasen con sangre del toro lo que él llama *la tacha de su bautismo*. Esta devoción pagana, por otra parte, no probaría más que pudiera probar la asociación de los misterios de Cibeles. En una palabra, ni sus amigos ni sus enemigos refieren ningún hecho probando que creyese alguna vez en el cristianismo, y que sinceramente abandonara esta creencia para afiliarse á la de los dioses del imperio. Si esto es así, tienen razón los que no le creen apóstata.

Generalmente se reconoce en la actualidad que el emperador Juliano fué un héroe y un sabio, un estoico que igualó á Marco Aurelio. Todo el mundo opina hoy como Prudentius, poeta contemporáneo suyo, que le dedicó un himno en el que dice de Juliano:

Famoso por sus virtudes,  
Por sus leyes, por la guerra,  
Si á Dios servir no le plugo,  
Sirvió muy bien á la tierra.

Sus detractores se vieron reducidos á ponerle en ridículo por pequeñeces; pero tuvo más talento que los que se burlaban de él. El Abad de La Bletterie le critica en su historia por *llevar la barba demasiado larga, mover demasiado la cabeza y andar precipitadamente*. Otros escritores le censuran cosas parecidas, tan importantes como esa. Dejemos que el exjesuíta Patouillet y el exjesuíta Nonotte llamen apóstata al emperador Juliano. En cambio, su sucesor el cristiano Jovieno le llamará *divus Julianus*.

Tratemos á ese emperador como él trató á los cristianos. Magnánimamente decía de ellos: «No debemos odiarles, debemos compadecerles; bastante desgraciados son con equivocarse respecto al asunto más importante.»

Administraba rectamente justicia á sus vasallos: tributémosla, pues, nosotros á su memoria. He aquí un hecho de su historia: Varios habitantes de Alejandría se encolerizaron con un obispo cristiano, que era un hombre malvado, cobarde, feroz, y además supersticioso. Por calumniador y por sedicioso le detestaban todos los partidos; y los habitantes de Alejandría que acabamos de referir lo mataron á palos. He aquí la carta que el emperador Juliano escribió á los ciudadanos de Alejandría con motivo de



esa conmoción popular, en la que les habla como padre y como juez:

«En vez de dejar á mi cargo el castigo de los ultrajes que os infirieron, os habéis entregado á los arrebatos de la cólera. Habéis cometido los mismos excesos que reprocháis á vuestros enemigos. El obispo Jorge Biordos merecía tratarse como le habéis tratado, pero no debíais vosotros ser los ejecutores del castigo. Rigiendo leyes justas, debíais haberme pedido que las aplicara.»

Los enemigos de Juliano se atrevieron á llamarle infame, porque le creyeron apóstata; pero no le han podido llamar intolerante, ni perseguidor, porque quiso extirpar la persecución y la intolerancia. Leed atentamente su carta 52, y respetad su memoria. No fué bastante desgraciado por no haber sido católico y tener que abrasarse en el infierno con el número inmenso de los que no son católicos, ¿que aún insultamos su memoria hasta el extremo inicuo de acusarle de haber sido intolerante?

## II

*De los globos de fuego que se supone salieron de la tierra para impedir la reedificación del templo de Jerusalén, en el reinado del emperador Juliano.*

Es probable que cuando el emperador Juliano resolvió llevar la guerra á la Persia, necesitara dinero. Es probable también que los judíos se lo facilitaran con la condición de obtener permiso para reedificar su templo, que destruyó Tito, del que sólo quedaron los cimientos, una muralla y una torre. ¿Pero es posible que salieran del fondo de los cimientos globos de fuego que destruyeran las obras y los obreros, y que éstos tuvieran que suspender sus trabajos? ¿No hay visible contradicción en lo que refieren los historiadores respecto á esto?

¿Es posible que empezaran los judíos por destruir los cimientos del templo, tratando como trataban de reconstruirlo en el mismo sitio? El templo debió existir necesariamente en el monte Moria. Allí lo construyó Salomón; allí lo reedificó con mayor solidez y magnificencia Herodes, después de edificar un hermoso teatro en Jerusalén y un templo dedicado á Augusto, en Cesárea. Las moles de piedra que se emplearon cuando se fundó ese templo, tenían hasta veinticinco pies de longitud, según refiere Flavio Josefo. ¿Es posible que fueran tan insensatos los judíos de la época de Juliano que arrancaran esas piedras, que eran á propósito para sostener el peso del edificio, y sobre las que más tarde los mahometanos construyeron su mezquita? Que



obrarán de ese modo, como suponen algunos historiadores, es de todo punto increíble.

¿Cómo pudieron salir del interior de esas piedras manojos de llamas? Pudo haber algunos temblores de tierra cerca de allí, porque son frecuentes en la Siria; pero que enormes moles de piedra vomiten torbellinos de fuego, es una fábula que merece colocarse entre las que inventó la antigüedad más remota.

Si hubiera acaecido el terremoto que suponen, el emperador Juliano lo habría mencionado en la carta en que manifiesta el designio de reedificar el templo. Entonces su testimonio hubiera sido auténtico. Es también probable que dejara de tener ese designio. En la referida carta dice lo siguiente: «¿Qué pensarán los judíos de su templo, que quedó destruído tres veces, al ver que todavía no está reedificado? No digo esto como reproche, ya que hasta yo mismo quise reconstruirlo. Lo digo para poner de manifiesto la extravagancia de sus profetas, que consiguieron engañar á las viejas imbéciles.»

¿No parece probable que habiendo fijado el emperador su atención en las profecías judías, que aseguraban que el templo se había de reedificar con mayor magnificencia que tuvo cuando se fundó, creyera que le convenía revocar el permiso de reedificar dicho edificio? La probabilidad histórica apoya las palabras que pronunció el emperador que, como despreciaba los libros judíos y los cristianos, quiso desmentir á los profetas judíos.

El abad de La Blettiere, historiador del emperador Juliano, dice que no cree que quedara destruído tres veces el templo de Jerusalén. Eso es querer negar la evidencia. El templo que fundó Salomón y reconstruyó Zorobabel, lo destruyó completamente Herodes, y luego el mismo Herodes lo reconstruyó con mayor magnificencia, y por fin lo arruinó completamente Tito. Sufrió, pues, tres destrucciones, y no hay motivo para que el citado historiador calumnie á Juliano. Ya le calumnia demasiado cuando dice de él que poseía «virtudes aparentes y vicios reales.» El emperador Juliano no fué hipócrita avaro, mentiroso, ingrato, cobarde, borracho, disoluto, perezoso, ni vengativo. ¿Qué vicios poseía, pues?...

El único motivo que hay para creer que los globos de fuego nacieron de las piedras, consiste en que Ammien Marcellin, autor pagano que no es sospechoso, lo dijo así. Verdad es que lo dijo; pero también dijo que cuando el emperador quiso sacrificar diez bueyes á los dioses, en agradecimiento de haber conseguido sobre los persas la primera victoria, derribó nueve en tierra antes de que los presentaran en el altar. Además, dicho autor refiere un sinnúmero de predicciones y de prodigios. ¿Debemos creerle en todo? ¿Debemos creer también los ridículos milagros que refiere Tito Livio? ¿No es posible también que ha-



yan falsificado el texto de Ammien Marcellin? ¿Sería esta la primera vez que se hubiera usado semejante superchería?

Me sorprende que ese autor no hable de las pequeñas cruces de fuego que los operarios del templo encontraron en su cuerpo cuando se desnudaron para ir á acostarse. Este detalle acompañaría perfectamente á los globos de fuego que salieron de las piedras.

La verdad es que el templo de los judíos no se reedificó, y es probable que no se reedifique nunca. Contentémonos con saber esto y no hagamos caso de prodigios inútiles, sabiendo como sabemos que no pueden salir globos de fuego ni de la tierra ni de las piedras. Ammien y los que lo citan no sabían una palabra de física. Si el abad de La Bletterie observó con atención el fuego de la víspera de San Juan, vería que las llamas ascienden en figura de punta ó en figura de ola, y que nunca adquieren la figura de globo. Por lo demás, esto es poco importante, y no interesa á la fe ni á las costumbres.

## APÓSTOLES

Después de publicado en la *Enciclopedia* el artículo denominado *Apóstol*, que es tan erudito como ortodoxo, poco resta que decir sobre esta materia. Quizás sólo falta contestar á las siguientes preguntas que se hacen con frecuencia: ¿Los apóstoles eran casados? ¿Tuvieron hijos? ¿Esos hijos qué se hicieron? ¿Dónde vivieron los apóstoles, dónde escribieron y murieron? ¿Tuvieron distrito propio, ejercieron su ministerio civil y jurisdicción sobre los fieles? ¿Fueron obispos, tuvieron jerarquías, ritos y ceremonias?

### I

#### *Los apóstoles fueron casados.*

Se conserva una carta atribuída á San Ignacio Mártir, que contiene estas decisivas palabras: «Me acuerdo de vuestra santidad como de Elías, de Jeremías, de Juan Bautista, de los discípulos predilectos Timoteo, Titus, Evodius y Clemente, que vivieron en estado de castidad; pero no por eso vitupero á los demás bienaventurados que se ligaron con el vínculo del matrimonio. Yo deseo ser digno de Dios, siguiendo los vestigios de éstos, y entrar en el reino celestial como Abraham, Isaac, Jacob



é Isaiás, como San Pedro y San Pablo y otros apóstoles que fueron casados.»

Algunos sabios suponen que el nombre de San Pablo se añadió más tarde en esa carta famosa. Pero Turrien y otros que han leído las cartas de San Ignacio (que escritas en latín se conservan en la biblioteca del Vaticano), confiesan que en esa carta estaba ya escrito el nombre de San Pablo. Baronius no niega que ese pasaje se encuentre en algunos manuscritos griegos. Existió en la antigua biblioteca de Oxford un manuscrito de cartas de San Ignacio, en el que se encuentran estas palabras: «Non negamus in quibusdam græcis codicibus;» pero Baronius afirma que esas palabras las añadieron los griegos modernos. Ignoro si se quemó el referido manuscrito con otros muchos libros cuando Cronwell se apoderó de Oxford. Queda un ejemplar latino en la biblioteca de la ciudad que acabamos de mencionar; en él las palabras *Pauli et apostolorum* están borradas, pero de modo que se pueden leer todavía. Además, el pasaje de San Ignacio que hemos transcrito se encuentra en varias ediciones de sus cartas, y nos parece una frivolidad mover una cuestión por el casamiento de San Pablo. ¿Qué importa que fuera ó no fuera casado, si los demás apóstoles lo fueron? Basta leer su primera epístola, dirigida á los corintios, para convencerse de que pudo ser casado como los demás apóstoles (1). Dice así: «¿Acaso no tenemos el derecho de comer y de beber en vuestra casa, de llevar á ella á nuestra esposa, á nuestra hermana, como los demás apóstoles? ¿Seríamos los únicos Bernabé y yo que careceríamos de ese derecho?»

Ese pasaje da á entender de un modo indudable que todos los apóstoles eran casados, incluso San Pedro; y San Clemente de Alejandría declara terminantemente que San Pablo tenía mujer.

La disciplina de la Iglesia Romana no admite el casamiento de los clérigos; pero este cambio no puede impedir que se casaran en los tiempos primitivos de la Iglesia.

---

(1) Véase el capítulo IX, versículos 5, 6 y 7 de la citada epístola de San Pablo.



## II

*De los hijos de los apóstoles.*

Tenemos muy pocos datos sobre las familias de los apóstoles. San Clemente de Alejandría dice que San Pedro tuvo hijos, que San Felipe tuvo hijas y las casó (1).

*Las Actas de los Apóstoles* dicen que las cuatro hijas de San Felipe eran profetisas (2). Créese que una de ellas fué casada, y se llamó Santa Hermiona.

Refiere Eusebio que Nicolás, escogido por los apóstoles para cooperar al santo ministerio con San Esteban, era casado con una mujer muy hermosa y estaba celoso. Los apóstoles le afearon sus celos, de cuyo defecto logró corregirse hasta el punto de que les presentó su mujer y les dijo: «Estoy dispuesto á cederla y á que se case con quien quiera.» Los apóstoles no aceptaron esa proposición. Nicolás tuvo de su mujer un hijo y varias hijas.

Cleofás, según dicen Eusebio y San Epifanio, era hermano de San José, y padre de Santiago el menor y de San Judas, el cual lo tuvo de María, hermana de la Virgen. De modo que San Judas apóstol, era primo hermano de Jesucristo.

Hegesippo, citado por Eusebio, dice que dos nietos de San Judas fueron delatados al emperador Domiciano como á descendientes de David, y por tanto como poseedores de un derecho incontestable al trono de Jerusalén. Temiendo Domiciano que quisieran hacer valer su derecho, les interrogó para conocer sus intenciones. Se concretaron ellos á describirle su genealogía; el emperador les preguntó qué fortuna posesían, y ellos contestaron que eran dueños de treinta y nueve fanegas de tierra, por las que pagaban tributo, y que necesitaban trabajar para poder vivir. El emperador les preguntó también cuándo creían que llegaría el reinado de Jesucristo: ellos le contestaron que llegaría al finalizar el mundo. Después de este interrogatorio, les despidió Domiciano, diciéndoles que se podían ir donde quisieran. Esto prueba que ese emperador no era amigo de persecuciones, como generalmente se cree.

Si no estoy equivocado, esto es todo lo que se sabe acerca de los hijos de los apóstoles.

---

(1) Véase Eusebio, libro III, cap. XXIX.

(2) *Actas de los Apóstoles*, cap. XXI versículo 9.



## III

*¿Dónde vivieron y murieron los apóstoles?*

Según dice Eusebio Santiago, apellidado el *Justo*, hermano de Jesucristo, fué el primero que ocupó el *trono episcopal* de la ciudad de Jerusalén. Estas son sus propias palabras. De modo que, según su opinion, el primer obispado que hubo fué el de Jerusalén, suponiendo que los judíos conociesen la palabra obispo. Parece probable que el hermano de Jesús fuera su segundo, y que la ciudad donde se verificó el milagro de la salvación fuese la metrópoli del mundo cristiano. Respecto al *trono episcopal* debemos decir que eso es una frase que Eusebio usa prematuramente, porque es sabido que entonces no había ni tronos ni Santa Sede.

Añade Eusebio, copiándolo de San Clemente, que los demás apóstoles no disputaron á Santiago tan honrosa dignidad, y que le nombraron para que la desempeñara inmediatamente después de la ascensión. «El Señor, dice Eusebio, después de su resurrección, concedió á Santiago, á Juan y á Pedro, el dón de la ciencia.» Según indican esas palabras, Eusebio pone en primer lugar á Santiago, en segundo lugar á Juan, y nombra el último á Pedro. Parece justo que el hermano y discípulo predilecto de Jesús ocupasen sitios preferentes al apóstol que lo negó.

La Iglesia griega y los reformistas preguntan con mucha razón en qué documentos se funda la primacía que atribuyen á Pedro. A esto los católicos romanos contestan que si los padres de la Iglesia no le nombran el primero, está el primero en las *Actas de los Apóstoles*. Los griegos y todos los que profesan la doctrina contraria les replican que San Pedro no fué el primer obispo, y esta cuestión subsistirá mientras existan Iglesia griega é Iglesia latina.

Santiago, primer obispo de Jerusalén, hermano del Señor, continuó siempre observando la ley Mosaica. Era recabita, nunca se afeitaba, iba descalzo, se prosternaba dos veces cada día en el templo de los judíos; y éstos le apellidaban *Oblia*, que significa Justo. Los judíos continuamente le asediaban para que les dijera quién era Jesucristo (1), y en una ocasión que les respondió que Jesús era «el hijo del hombre, que se sienta á la dere-

(1) Así lo dicen Eusebio, Epifanio, Jerónimo y Clemente de Alejandría.



cha de Dios y que descendía desde las nubes,» lo molieron á palos.

Ese Santiago que fué primer obispo de Jerusalén, es Santiago el Menor. Santiago el Mayor era tío suyo, hermano de San Juan Evangelista, hijo de Zebedeo y Salomé. Créese que Gippa, rey de los judíos, lo hizo decapitar en Jerusalén. San Juan permaneció en Asia, y gobernó la iglesia de Efeso, en la que se cree lo enterraron.

San Andrés, hermano de San Pedro, abandonó la escuela de San Juan Bautista por seguir la de Jesucristo. No se sabe á punto fijo si predicó en Tartaria ó en Argos; pero para resolver la dificultad, dicen que predicó en Epiro. Nadie sabe dónde le martirizaron, ni si fué mártir, porque las actas de su martirio son falsas, según la opinión de los sabios; los pintores le representan siempre con una cruz en forma de aspa, á la que ha dado su nombre. Prevaleció siempre esta costumbre, sin que podamos conocer el origen de ella.

San Pedro predicó á los judíos dispersos en el Ponto, en Bithynia, en la Capadocia, en Antioquía y en Babilonia. Las *Actas de los Apóstoles* nada dicen de su viaje á Roma. El mismo San Pablo tampoco se ocupa de tal viaje en las cartas que escribió en dicha ciudad. San Justino es el primer autor acreditado que se ocupa del viaje, respecto al que los sabios no están acordes. San Irineo dice que San Pedro y San Pablo fueron á Roma y entregaron el gobierno á San Lino. Esta opinión enreda todavía más la cuestión del viaje; porque si esos dos apóstoles nombraron á San Lino inspector de la nascente sociedad cristiana en Roma, debemos inferir que ellos no la dirigieron y que no permanecieron tampoco en la referida ciudad.

La crítica hizo nacer en este asunto multitud de incertidumbres. Es insostenible la opinión de que San Pedro fuera á Roma durante el imperio de Nerón, y de que ocupó el trono pontificio durante veinticinco años, porque Nerón sólo reinó trece. La silla de madera que se conserva en una caja en la iglesia de Roma, de ningún modo pudo haber pertenecido á San Pedro. La madera no dura tantos siglos, y no es creíble que San Pedro enseñara sentado en ella, como se enseña en una escuela, porque está probado que los judíos de Roma eran los enemigos más violentos y más audaces que tenían los discípulos de Jesucristo.

La mayor dificultad que quizás ofrece esta cuestión, consiste en que San Pablo, en una de sus epístolas escritas en Roma, dice terminantemente que sólo le secundaron Aristarco, Marco y otro hombre que se llamaba Jesús. Esta objeción parece inexplicable á los mejores críticos. El mismo San Pablo, en otra de sus epístolas, dice que obligó á Santiago, á Cefas y á Juan, que eran columnas, á que reconocieran también por columnas á Bernabé y á él.



Nicéforo Calixto, autor del siglo XIV, dice «que San Pedro era delgado, alto y derecho, de cara larga y pálida, con barba y cabellos espesos, cortos y crespos, de ojos negros y nariz grande.» De ese modo traduce Calmet este pasaje en su *Diccionario de la Biblia*.

San Bartolomé.—Esta palabra corrompida trae su origen de la palabra *Bar-Ptolemaios* (1), que quiere decir hijo de Ptolomeo. Sabemos por las *Actas de los Apóstoles* que nació en Galilea. Eusebio dice que fué á predicar á la India, á la Arabia feliz, á la Persia y á la Abisinia. Créese que es el mismo Nathanael. Atribúyesele un evangelio, pero es inseguro todo lo que se dice de su vida y de su muerte. Suponen que Aastyage, rey de Armenia, le hizo despellejar vivo; pero esta historia la consideran fabulosa los críticos.

San Felipe.—Si damos crédito á las leyendas apócrifas, vivió ochenta y siete años, y murió tranquilamente durante el imperio de Trajano.

Santo Tomás.—Orígenes, citado por Eusebio, dice que fué á predicar á los medas, á los persas y á los magos (como si los magos constituyeran un pueblo). Añaden que bautizó á uno de los magos que fueron á Belén. Los maniqueos suponen que un león devoró á un hombre que había dado una bofetada á Santo Tomás. Los escritores portugueses aseguran que le dieron martirio en Meliapur, que está en la península de la India. La iglesia griega cree que predicó en la India, y que desde allí transportaron su cadáver á Edesa.

San Matías.—No se sabe de él ninguna particularidad. Escribió su vida en el siglo XII un fraile de la abadía de San Matías de Treves, que dijo que la conocía por un judío que se la tradujo del hebreo al latín.

San Mateo.—Si hemos de dar crédito á Rufino, á Sócrates y á Abdías, predicó y murió en Etiopía. Heracleon dice que vivió muchos años y que murió de muerte natural. Pero Abdías dice que Hirtacus, rey de Etiopía, trataba de casarse con su sobrina Ifigenia, y no queriendo San Mateo permitirle semejante enlace, mandó que le decapitaran é incendió la casa de Ifigenia.

San Simón Cananeo, que se festejaba generalmente al mismo tiempo que San Judas.—Desconocemos su vida. Los griegos modernos dicen que predicó en la Libia y desde allí pasó á Inglaterra. Otros autores dicen que le martirizaron en Persia.

San Tadeo, al que los judíos en el Evangelio de San Tadeo llaman hermano de Jesucristo, y que en opinión de Eusebio sólo era primo hermano.—Todas estas relaciones, la mayor parte

(1) Nombre griego y hebreo, cosa singular que hizo creer que fué escrito por los judíos helenistas de Jerusalén.



inciertas y vagas, nos dan pocas noticias de la vida de los apóstoles; pero si hay en ellas poca materia para excitar la curiosidad, hay la suficiente para instruirnos.

De los cuatro evangelios escogidos entre los cincuenta y cuatro que escribieron los primitivos cristianos, hay dos que no los compusieron los apóstoles: el de San Marcos y el de San Lucas.

San Pablo no fué uno de los doce apóstoles, y sin embargo, contribuyó más á establecer el cristianismo. Fué el único hombre de letras que había entre ellos; hizo sus estudios en la escuela de Gamaliel. El gobernador de Judea, Festus, le critica que sea demasiado sabio, y no alcanzando á comprender las sublimidades de su doctrina, le dice: «Estás loco, Pablo; tus estudios te han conducido á la locura.»

En su primera epístola á los corintios, calificándose á sí mismo de enviado, les dice: «¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿No he visto á vuestro Señor? Aunque no sea apóstol como los demás apóstoles, lo soy para vosotros; si ellos son ministros de Cristo, aunque me acuséis de imprudente, os diré que lo soy más que ellos.»

Pudo efectivamente ver á Jesús, cuando estaba estudiando en Jerusalén en la escuela de Gamaliel; pero esta no era una razón para autorizar su apostolado. No estaba clasificado entre los discípulos de Jesús, porque en tiempos anteriores los había perseguido, y fué cómplice de la muerte de San Esteban. Sorprende que no justifique más pronto su voluntario apostolado, alegando como motivo el milagro que en su favor hizo después Jesucristo, y que consistió en la luz celestial que se le apareció en pleno medio día, que le derribó del caballo y que le elevó al tercer cielo.

San Epifanio cita aun más actas de los apóstoles (1), que cree las compusieron los cristianos que se llamaron *ebionitas* y que rechazó la Iglesia; actas antiquísimas, pero llenas de injurias contra San Pablo. En ellas consta que San Pablo nació en Tarsis, de padres idólatras; que fué á Jerusalén, donde permaneció bastante tiempo, y allí trató de casarse con la hija de Gamaliel, y por ese proyecto se hizo judío y dejó que le circuncidaran. Pero que, ó no habiendo conseguido á la doncella, ó no encontrándola virgen, se encendió en cólera y se dedicó á escribir contra la circuncisión, contra el sábado y contra todas las leyes judías.

Esas injuriosas frases denotan que los primitivos cristianos, llamados *ebionitas* ó *pobres*, practicaban las ceremonias del sábado y la circuncisión, y que eran enemigos de San Pablo, al que consideraban como un intruso que quería trastornarlo

(1) Heregías, libro XXX, párrafo 6.º



todo. En una palabra, como eran herejes, se obstinaban en esparcir la difamación de sus enemigos, procedimiento que es común al espíritu de partido. Por eso San Pablo los trata de falsos apóstoles, de operarios engañadores, los colma de injurias y hasta los llama perros en su epístola á los Filipos.

San Jerónimo asegura que San Pablo nació en Giscala, pueblo de Galilea, y no en Tarsis. Otros autores le niegan la cualidad de ciudadano romano, porque entonces no habían ciudadanos romanos ni en Tarsis ni en Giscala, y Tarsis no fué colonia romana hasta cien años después. Pero debemos tener fe en las *Actas de los Apóstoles*, que inspiró el Espíritu Santo, y cuya opinión debe prevalecer sobre la de San Jerónimo, á pesar de ser éste un sabio.

Es interesante todo lo que se dice de San Pedro y San Pablo. Si Nicéforo nos proporciona el retrato del primero, las *Actas* de Santa Tecla, que aunque no son canónicas, son del primer siglo, nos dan el retrato del segundo. Dicen esas actas que San Pablo era de corta estatura, calvo, con los muslos torcidos, las piernas gruesas, nariz aguileña, cejijunto y lleno de la gracia del Señor. Por lo demás, esas actas de San Pablo y de Santa Tecla, las escribió, según dice Tertuliano, un asiático, discípulo del mismo San Pablo.

#### IV

*¿Qué disciplina tuvieron los apóstoles y los primeros discípulos?*

Parece que todos fueron iguales. La igualdad era el gran principio de los esenios, de los recabitas, de los terapeutas, de los discípulos de Juan, y sobre todo de Jesucristo, que la recomienda repetidas veces.

San Bernabé, que no era apóstol, da su voto como éstos. San Pablo, que tampoco lo fué durante la vida de Jesús, no sólo es igual á los apóstoles, sino que ejerce ascendiente sobre ellos y reprende rudamente á San Pedro. Entre ellos no hay ninguno superior cuando se reúnen; nadie preside, ni aun por turno. Al principio no se llamaron obispos. San Pedro sólo da el nombre de *obispo*, ó un epíteto equivalente, á Jesucristo, á quien llama *vigilante de las almas*. El nombre de *vigilante* ó de *obispo* se aplicó en seguida indiferentemente á los ancianos, que nosotros llamamos *sacerdotes*; pero sin ninguna ceremonia, sin indicar este nombre ninguna dignidad ni marcar ninguna preeminencia.

Los ancianos estaban encargados de distribuir las limosnas. Entre los más jóvenes nombraban siete por pluralidad de votos



para *tener cuidado de las tablas*, cuyo hecho se prueba evidentemente con las comidas que hacían en comunidad. No encontramos el menor vestigio en los documentos antiguos para creer que tuvieran jurisdicción, mando y facultad para imponer castigos.

Verdad es que Ananías y Safira murieron por no haber entregado íntegra á San Pedro la cantidad que administraban, por haber retenido parte de este dinero para satisfacer sus necesidades más apremiantes, por no confesarlo, por haber mentido. Pero no fué San Pedro el que los sentenció. Este, adivinando la falta que cometió Ananías, se la echó en cara, diciéndole: «Has mentido al Espíritu Santo»; y de repente Ananías cayó en tierra muerto. Luego se presentó Safira, y Pedro, en vez de prenderla, la interrogó como si fuese su juez. La tiende un lazo, diciéndola: «Mujer, dime en qué cantidad habéis vendido vuestro campo.» La mujer responde como el marido. Sorprende que al presentarse ante San Pedro, no supiera que su esposo había muerto, que nadie se lo dijera, que no hubiera visto reinar en la asamblea la excitación y el tumulto que semejante muerte debía haber producido. Es extraño que esa mujer no entrara en la casa llorando y gritando, y que la interrogaran tranquilamente, como si estuviera declarando ante un tribunal severo. Pero es más sorprendente todavía que San Pedro la dijera: «Mujer, ¿ves los pies de los que se han llevado tu marido? pues esos mismos hombres van á llevarte á tí también.» En aquel mismo instante se ejecutó la sentencia. Aquel acto tuvo gran parecido con la audiencia que da un juez despótico para oír un criminal.

Pero es menester considerar que San Pedro, en aquella ocasión, sólo fué el órgano de Jesucristo y del Espíritu Santo, á los que Ananías y su esposa mintieron, y que Jesucristo y el Espíritu Santo los castigaron por medio de una muerte súbita, que fué un milagro verificado para aterrorizar á los que dan parte de sus bienes á la Iglesia y dicen que los han entregado íntegros y se retienen parte de ellos para destinarlos á usos profanos. El juicioso Calmet hace resaltar las opiniones contrapuestas que han manifestado los padres de la Iglesia y los comentaristas respecto á la salvación de aquellos dos primitivos cristianos, cuyo pecado consistió en una sencilla reticencia, pero una reticencia culpable. Pero tengan razón unos ú otros, lo cierto es que los apóstoles no tenían otra jurisdicción, otro poder, ni otra autoridad, que la que conseguían por medio de la persuasión.

Por otra parte parece, según se desprende de esta misma historia, que los cristianos hacían vida común. En cuanto se reunían dos ó tres, Jesucristo los asistía, y podían recibir igualmente al Espíritu. Jesús era su verdadero, su único superior, y



les había dicho: «No llaméis padre á ninguno en el mundo, porque no tenéis más que un padre, que está en el cielo. No deseéis tampoco que os llamen señores, porque sólo tenéis un solo señor, y porque todos sois hermanos; ni que os llamen doctores, porque vuestro único doctor es Jesús.»

En la época de los apóstoles no se conocieron los ritos, ni existía la liturgia, ni se practicaban ceremonias, ni tenían horas marcadas para reunirse los cristianos. Los discípulos de los apóstoles bautizaban á los catacúmenos, soplándoles en la boca, para que en ella entrara con el soplo el Espíritu Santo (1), lo mismo que Jesucristo había soplado en la boca de los apóstoles, cuya práctica se observa hoy todavía en algunas iglesias cuando se administra el bautismo á los niños. Todo se hacía entonces por inspiración, por entusiasmo, como entre los terapeutas y entre los judaicos, si nos es lícito comparar un momento las sociedades judaicas que condena la Iglesia católica con las sociedades que dirigió el mismo Jesucristo desde lo alto del cielo, donde está sentado á la derecha de su padre.

La renovación de los siglos trajo los cambios que eran necesarios. Y cuando la Iglesia, adquiriendo mayor extensión, se enriqueció, necesitó promulgar nuevas leyes.

## APARICIÓN

No es tan raro como se cree que la persona extraordinariamente excitada vea lo que no existe. En 1726, una mujer, acusada en Londres de ser cómplice del asesinato de su marido, negó el hecho; le presentaron el traje del difunto, moviéndole en su presencia, y la imaginación espantada de la mujer vió á su esposo ante ella, se arrojó á sus pies y quiso besarlos, confesando á los jurados que veía á su esposo.

No debe sorprendernos que Teodorico viese en el cuerpo de un pez que le sirvieron durante la comida, la cabeza de Symmaque, al que mandó matar injustamente. Carlos IX, después de las matanzas de la Saint-Barthelemy, veía en todas partes muertos y sangre, no soñando sino despierto, entre las convulsiones que le producía su espíritu perturbado, que no le dejaba conciliar el sueño. Su médico y su nodriza lo atestiguaron. Las visiones fantásticas son frecuentes en los tabardillos; los que las padecen no se figuran ver, sino que ven efectivamente. El fantasma existe para el que lo percibe. Si no estuviera dotada del dón de la razón la máquina humana, cuya razón corrige todas esas

(1) San Juan, cap. XX, vers. 22.



ilusiones, las imaginaciones exaltadas vivirían en continuo enajenamiento, y sería imposible curarlas. Sobre todo en el estado intermedio en que se encuentra la naturaleza humana entre la vigilia y el sueño, es cuando el cerebro inflamado ve objetos imaginarios y oye sonidos que nadie lanza. El temor, el amor, el dolor y el remordimiento, son los pintores que trazan los cuadros en las imaginaciones trastornadas. El ojo que recibe un golpe en su ángulo durante la noche y que ve saltar chispas, es una débil imagen de las inflamaciones que sufre nuestro cerebro.

Los teólogos creen que á esas causas naturales agregó la voluntad del Señor de la naturaleza su divina influencia muchas veces; y de esta creencia son evidentes testimonios el Antiguo y el Nuevo Testamento. La Providencia se dignó enviar apariciones y visiones en favor del pueblo judío, que antiguamente fué su pueblo predilecto.

Sucede quizás con el transcurso de los años, que algunas almas indudablemente religiosas, pero víctimas de su entusiasmo, creen recibir de su comunicación íntima con Dios lo que sólo reciben de su imaginación inflamada. Entonces es cuando necesitan un buen consejo, y sobre todo un buen médico.

Innumerables son las historias que existen de apariciones. Supónese que dando crédito á una aparición, San Teodoro, en los primeros años del siglo IV, incendió el templo de Amaseo y lo redujo á cenizas. No es verosímil que Dios le mandara ejecutar semejante acto, que es un acto criminal, y causó la muerte de varios ciudadanos, exponiendo á los cristianos á una venganza justa.

Pueden creer los católicos que Jesucristo se apareciera á San Víctor; pero que San Benito viera el alma de San Germán que se la llevaban al cielo los ángeles, y que dos monjes vieran también la cabeza de San Benito caminar sobre una alfombra extendida desde el cielo hasta el monasterio de Monte Cassino, es más difícil de creer.

Puede también dudarse, sin inferir ofensa á la religión, que un ángel se llevara al infierno á San Eucher, y que éste viera allí el alma de Carlos Martel, y que un santo ermitaño de Italia viera que los diablos dentro de una barca ataban el alma de Dagoberto y la azotaban, porque no es fácil darse razón de que un alma pueda andar sobre una alfombra, ni que se la pueda atar sobre una barca, ni que sea posible azotarla allí. Pero sí que es posible que cerebros exaltados tengan semejantes visiones, porque hay mil ejemplos de que así ha sucedido durante todos los siglos.

El ilustre Bossuet refiere en la *Oración fúnebre de la princesa Palatina*, que dos visiones influyeron poderosamente sobre dicha princesa y decidieron todos los actos de su vida durante sus



últimos años. Debemos creer que esas visiones fueron celestes, porque así las considera el sabio obispo de Meaux, que penetró en las profundidades de la teología, y acometió la empresa de levantar el velo que cubre el *Apocalipsis*. Dice Bossuet que la princesa Palatina, después de prestar cien mil francos á la reina de Polonia su hermana, de vender el ducado de Rethelois por un millón, y luego de casar ventajosamente á sus hijas, siendo feliz según la opinión del mundo, pero dudando por desgracia de las verdades católicas, dos visiones se le aparecieron llevando á su espíritu la convicción y el amor á esas verdades inefables. La primera la tuvo en un sueño, en el que un ciego de nacimiento la confesó que no tenía idea ninguna de lo que era la luz, y la dijo que se debía creer á los demás respecto á las verdades que no podemos concebir. La segunda visión se la produjo el trastorno que experimentó su cerebro en un acceso de calentura. Vió una gallina que corría detrás de uno de sus polluelos, que un perro tenía en la boca: la princesa Palatina se lo quitó al perro, y una voz le gritó: «Devuélvele el pollo; si le privas de la comida, el perro no vigilará.—No, contestó la princesa, no se lo quiero dar.» Ese polluelo era el alma de Ana de Gonzaga, princesa Palatina: la gallina era la Iglesia y el perro el diablo. Ana de Gonzaga, que no quería devolver el pollo al perro, era la gracia eficaz.

Bossuet predicó esta oración fúnebre á las religiosas carmelitas del arrabal de Santiago en París, ante todos los dependientes de la casa de Condé, diciéndoles estas notables frases: «Oidlo bien; y sobre todo guardaos bien de oír con desprecio la orden de las advertencias divinas y la de la gracia eficaz.»

Los lectores deben, pues, leer esa historia con el mismo respeto que el auditorio la escuchó. Los efectos extraordinarios de la Providencia son como los milagros de los santos canonizados: deben probarse con testimonios irreprochables. ¿Qué testimonio más legal podríamos alegar en defensa de las visiones de la princesa Palatina que el que alegó el sabio obispo que pasó toda su vida en distinguir la verdad de la apariencia? Bossuet combatió con energía á las monjas de Port-Royal sobre el formulario; á Paúl Forri, sobre el Catecismo; al ministro Clande, sobre las variaciones de la Iglesia; al doctor Dupín, sobre la China; al padre Simón, sobre la inteligencia del texto sagrado; al cardenal Sfondrate, sobre la predestinación; al Papa, sobre los derechos de la Iglesia galicana; al arzobispo de Cambray, sobre el amor y el desinterés. No le arredraron ni los títulos, ni la reputación, ni la dialéctica de sus adversarios. ¿Recitó ese hecho? luego lo creyó. Creámoslo nosotros también, á pesar de las muchas burlas que ha suscitado. Respetemos los decretos de la Providencia, pero desconfiemos de los arrebatos de la ima-



ginación, á la que Malebranche llama, no sin motivo, *la loca de la casa*. Todo el mundo no puede vanagloriarse de haber tenido las dos visiones que se aparecieron á la princesa Palatina.

Jesucristo se apareció á Santa Catarina de Sena, se desposó con ella, y le entregó un anillo. Es respetable esta aparición mística, porque la afirman Raimundo de Capua, general de los dominicos, que era su confesor, y el Papa Urbano VI; pero no cree en ella el sabio Fleury, autor de la *Historia Eclesiástica*. Refiere la aparición de la madre Angélica, abadesa de Port-Royal, á la hermana Dorotea, un hombre de gran reputación en el partido jansenista, Dufossé, autor de las *Memorias de Poutis*. La madre Angélica, mucho tiempo después de su muerte, se sentaba en la iglesia de Port-Royal y ocupaba su mismo sitio con el báculo en la mano; llamaba á la hermana Dorotea y le comunicaba terribles secretos.

Los franciscanos, los jacobinos, los jansenistas y los molinistas, también tuvieron sus apariciones y sus milagros.

## ÁRABES

El que desee conocer á fondo las antigüedades árabes, indudablemente quedará tan poco enterado de ellas como si se deseara conocer las de la Auvernia y del Poitou. Esto no obstante, no se puede dudar de que los árabes tenían importancia mucho tiempo antes de venir al mundo Mahoma. Los mismos judíos confiesan que Moisés se casó con una doncella árabe y que su suegro Jetrho era un hombre de muy buen sentido.

Se cree que la Meca es una de las ciudades más antiguas del mundo; y prueba su remota antigüedad, el que es imposible que haya otra causa que la superstición para fundar una ciudad donde la Meca se fundó. En un desierto de arena, en el que el agua es salobre y donde hay que morir de hambre y de sed. El territorio, á poca distancia hacia el Oriente, es uno de los más deliciosos del mundo, el más regado y el más fértil; allí es donde debieron fundar la ciudad. Pero bastó que un charlatán, un tuno, un falso profeta defendiera sus teorías, para convertir la Meca en sitio sagrado y en punto de reunión de las naciones inmediatas. De ese modo se edificó también el templo de Júpiter Ammón en terreno solitario y arenisco.

La Arabia se extiende desde el desierto de Jerusalén hasta Adén, hacia el grado 15, en dirección del Nordeste al Sudoeste. Es un país inmenso, casi como tres veces Alemania. Es probable que las aguas del mar hayan traído sus desiertos de arena y que sus golfos marítimos fueran tierras fértiles en otros tiempos,



Lo que parece una prueba de la antigüedad de dicha nación es que ningún historiador dice que haya sido subyugada nunca. Ni la subyugó Alejandro, ni los reyes de Siria, ni los romanos, sino que, por el contrario, los árabes subyugaron á muchos pueblos, desde la India hasta el Garona: y perdiendo luego todo lo conquistado, se retiraron á su patria y ya no volvieron á mezclarse con los demás pueblos.

Nunca fueron esclavizados ni confundidos con las demás naciones; y es más que probable que conserven sus costumbres y su lengua. De modo, que el árabe es en cierto modo la lengua madre de toda el Asia, hasta la India y hasta el territorio que habitan los scitas, suponiendo que hayan efectivamente lenguas madres, porque yo creo que sólo hay lenguas dominantes. El genio de los árabes no ha cambiado. Todavía inventan *Mil y una noches*, como en los tiempos en que inventaron un *Bac* ó un *Bacrus*, que atravesaba el mar Rojo con tres millones de hombres, de mujeres y de niños; que detenía el sol y la luna, que hacía saltar fuentes de vino con su vara, que trocaba en serpiente cuando le parecía. La nación que vive aislada, cuya sangre no se mezcla, no puede cambiar de carácter.

Los árabes que habitaban en los desiertos fueron siempre inclinados á ser ladrones. Los que habitaban las ciudades tuvieron afición á las fábulas, á la poesía y á la astronomía. En el *Prefacio histórico del Corán*, se refiere que cuando contaba con un buen poeta una de sus tribus, las demás tribus enviaban comisionados á ella para felicitarla, porque Dios le concedió la gracia de darla un poeta.

Las tribus se reunían todos los años por medio de sus representantes, en una plaza que se llamaba *Ocad*, en la que recitaban versos, poco más ó menos como se hizo después en Roma en el jardín de la Academia de los Arcades; y esta costumbre duró hasta la época de Mahoma. En la época del profeta todo el que quería fijaba sus versos en unos carteles á la puerta del templo de la Meca. Labid, hijo de Rabía, tenía fama de ser el Homero de los árabes; pero cuando vió que Mahoma fijó á la puerta del templo el segundo capítulo del *Corán*, se arrodilló ante él y le dijo:—Oh, Mahoma, hijo de Abdallah, hijo de Motaleb, hijo de Achem, eres mejor poeta que yo; eres sin duda el profeta de Dios.

Así como los árabes del desierto eran ladrones, los que vivían en Maden, en Naid y en Sanaa eran generosos. Quedaba deshonorado el amigo que en dichas ciudades se negaba á favorecer á sus amigos. En la colección de versos titulada *Tograid*, se refiere que un día, en el atrio del templo de la Meca, estaban cuestionando tres árabes respecto á la generosidad y la amistad, y no estaban acordes sobre quién merecía la preferencia entre los



que daban los mayores ejemplos de esas virtudes. Uno de ellos decía que el más sobresaliente en ellas era Abdallah, hijo de Giafar, tío de Mahoma; otro decía que merecía esta preferencia Kais, hijo de Saad; y el tercero se la concedía á Arabad, de la tribu de As. Después de disputar mucho tiempo, convinieron en enviar á Abdallah un amigo suyo, otro amigo suyo á Kais y otro á Arabad, para probarlos á los tres, y luego contar lo sucedido á una reunión de árabes.

El amigo de Abdallah fué á buscarle y le dijo. «Hijo del tío de Mahoma, estoy de viaje y carezco de recursos para viajar.» Abdallah estaba montado en un camello, cargado de oro y seda; al oír la petición del árabe, bajó del camello, se lo regaló y regresó á pie á casa. El amigo de Kais fué en busca de éste para desempeñar su comisión, y lo encontró durmiendo: uno de los criados preguntó al viajero qué deseaba. El viajero le respondió que era amigo de Kais y que necesitaba recursos; el criado le replicó.—«No quiero despertar á mi señor; pero tomad siete mil piezas de oro, que es todo el dinero que tenemos hoy en casa; id á las caballerizas y llevaos un camello y un esclavo; creo que con esto tendréis bastante para llegar á vuestra casa.» Cuando despertaron á Kais, riñó al criado porque había dado poco al viajero. El tercer amigo fué á buscar á Arabad, que era ciego, y le encontró saliendo de casa, apoyado en dos esclavos y que iba á rezar á Dios al templo de la Meca; cuando conoció la voz de su amigo, le dijo:—«No poseo más bienes que estos dos esclavos tómalos y véndelos, que yo llegaré al templo como pueda apoyándome en mi bastón.»

Regresaron los tres comisionados, se presentaron en la asamblea y refirieron lo que les había sucedido. Elogiaron la conducta de Abdallah, de Kais y de Arabad, pero dieron la preferencia á este último.

Los árabes tienen muchos cuentos de esa clase. Las naciones occidentales no los conocen; nuestras novelas no son de esa índole. Por el modo de escribir de los árabes se ve de un modo evidente que por lo menos sus ideas eran nobles y elevadas.

Los eruditos que mejor conocen las lenguas orientales creen que el libro de Job, escrito en la más remota antigüedad, lo compuso un árabe idumeo. Prueba indudable de esto es que el traductor hebreo dejó en su traducción más de cien palabras árabes, que indudablemente no entendió Job, que es el héroe del libro. No podía ser hebreo, porque dice en el capítulo XLII, que habiendo recuperado su primer Estado, distribuyó sus bienes por partes iguales entre sus hijos y sus hijas; y á esta disposición se opone la ley hebrea.

Si el libro se hubiera escrito más tarde, después de la época en que colocamos á Moisés, el autor, que se ocupa de muchísi-



mas cosas y no economiza los ejemplos, indudablemente hubiera mencionado los sorprendentes prodigios que realizó Moisés y que no hay duda conocerían entonces las naciones asiáticas.

En el primer capítulo, Satanás se presenta ante Dios y le pide permiso para atormentar á Job. Satanás es desconocido en el *Pentateuco*, porque esta palabra es caldea. He aquí otra prueba de que el autor árabe vivió cerca de Caldea. Creyóse que podía ser judío, porque en el capítulo XII el traductor hebreo escribió la palabra Jehová en vez de escribir El ó Bel, ó Sadaí. ¿Pero qué hombre instruído no sabe que usaron la palabra Jehová los fenicios, los sirios, los egipcios y todos los pueblos de las naciones vecinas?

Otra prueba más evidente aún y que no tiene réplica, es el conocimiento de la astronomía, que resalta en el libro de Job, el cual habla de las constelaciones que llamamos el Arcture, el Orión y las Hyades, y hasta las *del medio día que están ocultas*. Pues los hebreos desconocían lo que era una esfera, y ni siquiera tenían término para expresar lo que es la astronomía. A los árabes les dió fama esta ciencia, lo mismo que á los caldeos.

Creo, pues, que está perfectamente probado que no pudo escribir el libro de Job ningún autor judío y que es anterior á todos los libros que los judíos escribieron. Filón y Josefo son demasiado prudentes para contar esta obra como de derecho canónico hebreo. Es indudablemente una parábola, una alegoría árabe. Además, se encuentra en esa obra mucho conocimiento de los usos del antiguo mundo, y sobre todo de la Arabia. Se trata también en ella del comercio de las Indias, á cuyo comercio se dedicaron los árabes en todos los tiempos, del cual ni siquiera oyeron hablar los judíos.

No podemos pasar en silencio que el comentarista Calmet, á pesar de que es profundo, falte á todas las reglas de la lógica, suponiendo que Job anuncia la inmortalidad del alma, cuando en el capítulo XXVIII dice: «Sé que Dios, que está vivo me tendrá compasión y que me permitirá salir un día de este estercolero, que me renacerá la piel y que volveré á ver á Dios en mi carne. ¿Por qué en la actualidad incitáis á que me persigan y me colmen de injurias? Llegará para mí la hora de ser poderoso; temed entonces mi espada, temed que me vengue; no olvidéis que existe la justicia.»

Las anteriores palabras sólo dan á entender que abrigaba la esperanza de curarse. La inmortalidad del alma y la resurrección de la carne el día del juicio son verdades anunciadas tan terminantemente en el Nuevo Testamento, y tan claramente afirmadas por los padres de la Iglesia y los Concilios, que no hay necesidad de atribuir á un árabe la primera noción de ellas. Esos grandes misterios, que no se explican en ninguna parte del



*Pentateuco* hebreo, ¿por qué los había de explicar Job en un solo versículo y de un modo tan obscuro? Así como Calmet no tiene razón al creer que Job habla de la inmortalidad del alma y de la resurrección, tampoco tiene razón al suponer que la enfermedad que padecía era un ataque de viruela. La lógica y la medicina se oponen á esas opiniones del comentarista.

Además, siendo indudablemente árabe el libro de Job, ocioso es decir que carece de método, exactitud y precisión. Pero es quizá el más antiguo y el más apreciable de los libros que se han escrito en la parte de acá del Eufrates.

### • ARANDA

Aunque los nombres propios no sean el objeto de nuestros estudios enciclopédicos, hacemos en este artículo una excepción para ocuparnos del conde de Aranda, presidente del Consejo Supremo de España y capitán general de Castilla la Nueva, que fué el que empezó á cortar las cabezas de la hidra de la Inquisición.

Fué justo que un español librase al mundo de ese monstruo, ya que otro español le hizo nacer. El inventor de la Inquisición fué un santo, Santo Domingo el *Mugriento*, que, iluminado por el Espíritu Santo y creyendo firmemente que la Iglesia católica, apostólica y romana sólo podían sostenerla los frailes y los verdugos, abrió los cimientos de la Inquisición en el siglo XIII y sometió á ella los reyes, los ministros y los magistrados. Pero acontece algunas veces en el mundo que un grande hombre es superior á un santo en materias puramente civiles y que conciernen directamente á la majestad de las coronas, á la dignidad del consejo de los reyes, á los derechos de la magistratura y á la seguridad de los ciudadanos.

La conciencia, el fuero interno (como la llama la Univesidad de Salamanca) es de otra índole; nada tiene que ver con las leyes del Estado. Los inquisidores y los teólogos deben rezar á Dios por la salvación de los pueblos; pero los ministros y los magistrados deben cuidar del bienestar y de la justicia en la tierra.

A principios del año 1770, el auditor de guerra arrestó á un soldado por haber cometido el delito de bigamia, y el Santo Oficio se empeñó con el monarca para que le entregara ese soldado, alegando el motivo de que á él le correspondía juzgar al reo. Pero el rey de España decidió que ese proceso debía fallarlo el tribunal que presidía el capitán general, conde de Aranda, por medio de un decreto solemne que publicó en 5 de Febrero



del mismo año. Ese decreto dice que el muy reverendo arzobispo de Farsalia, ciudad perteneciente á los turcos, é inquisidor general de España, debe observar las leyes del reino, respetar las jurisdicciones reales y no extralimitarse ni inmiscuirse en aprisionar á los vasallos del Rey.

Todo no se puede hacer á un tiempo. Hércules no pudo limpiar en un día las cuadras del rey Augiss. Las cuadras de España estaban llenas de hediondas inmundicias hacía más de quinientos años; y era una lástima ver que sus caballos tan valientes, tan hermosos y tan ligeros, sólo tenían por palafreneros frailes que les estropeaban la boca con una ruin mordaza, obligándolos á revolcarse en el fango. El conde de Aranda, que era excelente picador, empezó á poner la caballería española bajo otro pie, y consiguió poco á poco que en sus caballerizas se introdujera la mayor limpieza.

Esta sería la ocasión de decir algo sobre los primeros y más hermosos días de la Inquisición, ya que es costumbre de los diccionarios, cuando se ocupan de la muerte de alguno, hacer mención de su nacimiento y de sus dignidades; pero todo esto lo detallaremos en otro artículo que titularemos *Inquisición*, publicando también allí la curiosa patente que la dió Santo Domingo. En este sitio sólo diremos que el conde de Aranda se hizo digno de la gratitud europea, por haber cortado las garras y haber limado los dientes del monstruo. Bendigamos al conde de Aranda.

## ARARAT

Montaña situada en la Armenia, sobre la que se detuvo el arca de Noé. Se ha agitado durante mucho tiempo la cuestión de si fué ó no fué universal el diluvio, sobre si inundó toda la tierra sin excepción ninguna, ó sólo la tierra conocida entonces. Los que creen que sólo se inundaron las poblaciones existentes en aquella época, se fundan para creerlo así en la inutilidad de ahogar las tierras no pobladas; y esta razón es bastante plausible. Pero nosotros vamos á referirnos á Beroso, antiguo autor caldeo, del que conservó algunos fragmentos Abidine; fragmentos que cita Eusebio, y refiere palabra por palabra Jorge Syncele.

Por esos fragmentos se comprende que los orientales que vivían en las costas del Ponto-Euxinio hacían antiguamente de la Armenia la morada de los dioses. En esto les imitaron los griegos, colocando á sus dioses en el monte Olimpo. Los hombres aplicaron siempre las cosas humanas á las cosas divinas. Los



príncipes edificaban las ciudadelas sobre las montañas; luego los dioses debían morar en éstas. Y por tanto fueron sagradas para los antiguos. Las nieblas tapan á nuestra vista la cumbre del monte Ararat, luego los dioses se ocultaban entre las nieblas y se dignaban algunas veces aparecer ante los mortales cuando hacía buen tiempo.

Un dios de aquel país, que se supone fuera Saturno, se apareció un día á Xixutre, décimo rey de Caldea, siguiendo el cómputo de Africano, de Abydeno y de Apolodoro. Ese dios le dijo: «El quince del mes de Oesi el género humano será destruído por un diluvio. Encerrad bien todos vuestros escritos en Sipara, la ciudad del sol, para que vuestras memorias no se pierdan. Construid un barco; entrad en él con vuestros padres y con vuestros amigos; llevad con vosotros pájaros, cuadrúpedos y provisiones; y cuando os pregunten: ¿dónde vais con vuestro barco? responded: A donde están los dioses, para suplicarles que se apiaden del género humano.»

Xixutre construyó el barco, que tenía dos estadios de anchura y cinco de longitud. Quiero decir que su anchura era de doscientos cincuenta pasos geométricos y su longitud de seiscientos veinticinco. Era poco velero ese barco para navegar en el mar Negro. Sobrevino el diluvio, y en cuanto cesó, Xixutre echó á volar algunos de los pájaros que llevaba, pero éstos, no encontrando nada que comer, regresaron al barco. Algunos días después los volvió á soltar, y volvieron con las patas llenas de barro; la tercera vez que los soltó ya no volvieron; Xixutre hizo lo mismo: salió del buque, que estaba parado en una montaña de la Armenia, y ya no lo volvieron á ver: los dioses se lo llevaron.

Probablemente, en esa anécdota existe algún dato histórico. El Ponto-Euxinio traspasó sus límites, inundando algunos terrenos, y el rey de Caldea se apresuró á reparar esa avería. Rabelais escribió cuentos tan ridículos como este sacados de algunas verdades: la mayoría de los historiadores antiguos son Rabelais serios.

Respecto al monte Ararat, créese que era una de las montañas de la Frigia, que se llamó de ese modo porque esa palabra significa *Arca* y porque la rodeaban tres ríos. Hay opiniones distintas respecto á esa montaña, y es muy difícil deslindar cuál es la verdadera. La montaña que los monjes armenios llaman hoy Ararat era, en opinión de éstos, uno de los lindes del paraíso terrestre, de cuyo paraíso no quedan vestigios. La componen una serie de peñascos y de precipicios cubiertos de eternas nieves. Tournefort llegó hasta allí buscando plantas por mandato de Luis XIV, y dijo «que todas sus cercanías son horribles y la montaña más horrible que sus alrededores; que allí encontró la nieve espesa de cuatro pies de altura y enteramente cristalizada



y que por todas partes vió hondos precipicios tallados á pico.»

El viajero Juan Struys dice que también estuvo en dicha montaña. Si hemos de darle crédito, subió hasta la cumbre para curar á un ermitaño que estaba enfermo de una caída. «El ermitaño estaba tan alto, que nos costó siete días llegar á donde estaba, y cada día andábamos cinco leguas.» Si hubiera hecho ese viaje ascendiendo siempre, el monte de Ararat debía tener treinta y cinco leguas de altura. En la época de la guerra de los gigantes, poniendo unos Ararats sobre otros, fácilmente se hubiera podido llegar hasta la luna. Juan Struys asegura también que curó al ermitaño que, en agradecimiento, le regaló una cruz hecha de madera del arca de Noé. Tournefort no tuvo tanta suerte.

### ARRIANISMO

Las grandes controversias teológicas que se suscitaron durante mil doscientos años, se promovieron siempre en la Grecia. ¿Qué hubieran dicho Homero, Sófocles, Demóstenes y Arquímedes, si hubieran presenciado las cuestiones de aquellos sutiles ergotistas que tanta sangre costaron?

Arrio goza todavía el honor de que se le atribuye ser el inventor de su opinión, como Calvino pasa por ser el fundador del calvinismo. La vanidad de ser jefe de secta es la segunda de las vanidades del mundo, y la de ser conquistador la primera. Esto no obstante, ni Calvino, ni Arrio pueden jactarse de la triste gloria de su invención.

Disputábase ya mucho tiempo sobre la Trinidad, cuando Arrio se inmiscuyó en la cuestión en la disputadora ciudad de Alejandría, donde Euclides no pudo conseguir tranquilizar los espíritus. No hubo jamás pueblo tan frívolo como el de Alejandría; ni siquiera lo son tanto los parisienses.

Debió disputar con gran ardor sobre el misterio de la Trinidad, porque el patriarca que escribió la *Crónica de Alejandría*, que se conserva en Oxford, asegura que dos mil sacerdotes sostenían el partido que Arrio abrazó.

Transcribiremos aquí, para comodidad del lector, lo que dice de Arrio un pequeño libro, que no es fácil tener á mano.

«He aquí una cuestión incomprensible, que desde hace mil seiscientos años promueven la curiosidad, la sutilidad sofística, el espíritu de cábala, el furor de dominar, la rabia de perseguir, el fanatismo ciego y sanguinario, la credulidad bárbara, y que causó más horrores que la ambición de los reyes, que, sin embargo, causaron muchos. ¿Jesús es el verbo? ¿Si es el verbo, emanó de Dios con el tiempo ó antes del tiempo? ¿Si emanó de Dios, es



su coetáneo y su consubstancial, ó sólo es una substancia semejante? ¿Es distinto El ó no lo es? ¿Fué creado ó engendrado? ¿Puede engendrar también? ¿Tiene la paternidad ó la virtud productiva sin tener la paternidad? ¿El Espíritu Santo fué creado, ó engendrado, ó producido; procede del Padre, procede del Hijo, ó procede de los dos? ¿Puede engendrar, puede producir? ¿Su hipóstasis es consubstancial con la hipóstasis del Padre y del Hijo? ¿Cómo teniendo precisamente la misma naturaleza, la misma esencia que el Padre y que el Hijo, no puede hacer las mismas cosas que esas dos personas que son lo mismo que El?

»Estas cuestiones, superiores á la razón humana, debía decidir las la Iglesia infalible. Se hacinaron muchos raiocinios y muchos sofismas, se enfurecían, se odiaban y se excomulgaban unos cristianos á otros por alguno de esos dogmas que son inaccesibles para el espíritu humano antes de la época de Arrio y de Atanasio. Los griegos y egipcios eran hábiles; cortaban un caballo en cuatro partes, pero entonces sólo le cortaron en tres. Alejandro, obispo de Alejandría, se apresura á predicar que, siendo Dios necesariamente individual, *mónada*, en toda la extensión de la palabra, constituye una *mónada* triple. El sacerdote Arrio se escandaliza de la *mónada* que proclama Alejandro y explica el misterio de otro modo diferente; arguye con los mismos argumentos que el sacerdote Sabellius, que había argumentado como Praxeas el Frigio. Alejandro reúne en seguida un Concilio poco numeroso de gentes que participaban de su opinión, y ese Concilio excomulga al sacerdote su contrincante. Entonces, Eusebio, obispo de Nicomedia, abraza el partido de Arrio, y se encarniza la lucha religiosa.

»Confieso que el emperador Constantino era un malvado, un gran criminal, que ahogó á su mujer tomando el baño, degolló á su hijo, que asesinó á su suegro, á su cuñado y á su sobrino; confieso también que era un hombre hinchado de orgullo y entregado á los placeres excesivos, un detestable tirano; pero confieso que tenía buen sentido: no se escala el imperio, no se subyuga á todos los rivales por una casualidad. Cuando vió encendida la guerra civil en los cerebros escolásticos, envió al campo de batalla al célebre obispo Ozius con cartas persuasivas para las dos partes beligerantes. En una de ellas decía: «Sois unos locos necios, porque disputáis sobre cosas que no entendéis: es indigno de la gravedad de vuestro ministerio mover tanto ruido por un asunto tan insignificante.»

»Constantino no tenía como *asunto insignificante* ocuparse de la Divinidad, sino el modo incomprensible de esforzarse en explicar la naturaleza de la Divinidad. El patriarca árabe que escribió la *Historia de la Iglesia de Alejandría* dice también poco más ó menos que habló Ozius en ese tono al presentar la



carta del emperador. Hé aquí lo que dijo: «Hermanos míos: cuando el cristianismo empieza á vivir en paz, le queréis sumergir en una discordia eterna. El emperador tiene razón para decirnos que disputáis por un asunto insignificante. Si el objeto de vuestra controversia fuese esencial, Jesucristo, que todos reconocemos como nuestro legislador, se hubiera ocupado de él; Dios no hubiera enviado su hijo al mundo para enseñarnos no más el catecismo. Todo lo que él no nos ha dicho expresamente es obra de los hombres y está sujeto á los errores humanos. Jesús os recomendó que os amarais unos á otros, y le desobedecéis aborreciéndoos unos á otros y atizando la discordia en el imperio. Unicamente el orgullo es el que mantiene vuestra interminable disputa, y Jesús, vuestro señor, os mandó que fuerais humildes. Ninguno de vosotros puede saber si Jesús fué creado ó engendrado; ¿y que os importa su naturaleza, si á la vuestra le corresponde el ser justos y razonables? ¿Qué tiene de común esa vana ciencia de palabras con la moral que debe dirigir vuestros actos? Recargáis la doctrina con misterios, cuando fuisteis nacidos para fortalecer la religión por medio de la virtud. ¿Pretendéis acaso que la religión cristiana sea una colección de sofismas? ¿Para eso vino al mundo Jesucristo? Hora es ya de que cesen vuestras disputas; adorad á Dios, humilláos ante El, dad limosnas á los pobres y poned paz en las familias en vez de escandalizar el imperio con vuestras discordias.» De ese modo habló Oziuz á espíritus tercos. Se reunió un Concilio en Nicea y de él nació una guerra civil espiritual en el imperio romano. Esa guerra trajo otras, y de siglo en siglo unos sectarios religiosos persiguieron á los otros hasta nuestros días.»

Lo más triste de esto fué que la persecución empezó en cuanto hubo terminado el citado Concilio; y al empezar esta, Constantino no sabía qué partido tomar ni á quién perseguir. Constantino no era cristiano, aunque se encontraba al frente de los cristianos, porque el bautismo era lo único que constituía entonces el cristianismo, y á él no lo bautizaron. Además, acababa de ordenar la reedificación del templo de la Concordia en Roma. Sin duda alguna le era indiferente que Alejandro, Eusebio ó el sacerdote Arrio, tuvieran ó no tuvieran razón. Por la carta que acabamos de copiar se comprende con claridad que menospreciaba la empeñada controversia.

Entonces sucedió lo que no se vé ni se verá nunca en ninguna corte. Los enemigos de los que después se llamaron arrianos, acusaron á Eusebio de Nicomedia de haber perseguido en tiempos antiguos al partido que capitaneaba Licinius contra el emperador. «Tengo pruebas de ello—dijo Constantino en una carta—y me las han suministrado los sacerdotes y los diáconos de su séquito, que yo he cogido,» etc., etc.



De este modo, desde que se celebró el primer gran Concilio, la intriga y la persecución quedaron establecidas con el dogma. Constantino concedió los beneficios de las capillas de los que no creían en la consubstancialidad á los que creían en ella, confiscó los bienes de los disidentes en provecho suyo y abusó de su poder desterrando á Arrio y á sus partidarios, que eran entonces los más débiles. Dícese también que autoritariamente sentenció á muerte á todo el que, teniendo las obras de Arrio, no las quemara; pero este hecho no es cierto. Constantino, aunque se complacía en derramar sangre humana, no llevó su crueldad hasta el exceso de que sus verdugos asesinaran á los que conservaran libros heréticos, mientras él dejaba con vida al hereje.

Pero como todo cambia pronto en el mundo, varios obispos inconsustanciales, algunos eunucos y no pocas mujeres, intercedieron con el emperador para que perdonara á Arrio, y obtuvieron la revocación de la orden de su destierro. En los tiempos modernos hemos visto lo mismo muchas veces.

El célebre Eusebio, obispo de Cesárea, conocido por sus obras, que están escritas con poco discernimiento, acusaba tenazmente á Eustaquio, obispo de Antioquía, de ser sabelino; y Eustaquio acusaba á Eusebio de ser arriano. Se celebró un Concilio en Antioquía, de éste salió triunfante Eusebio y depusieron á Eustaquio; ofrecieron el obispado de Antioquía á Eusebio, pero éste no lo aceptó. Los dos partidos se agriaron uno contra otro, y este fué el preludio de las guerras de controversia. Constantino, que desterró á Arrio por no creer que el Hijo era consubstancial, desterró entonces á Eustaquio por creerlo. Esos contrasentidos son comunes en la historia.

San Atanasio era entonces obispo de Alejandría, y se negaba á admitir en dicha ciudad á Arrio, que el emperador le enviaba, diciendo «que Arrio estaba excomulgado, y que el excomulgado no debía tener casa ni patria, no podía comer ni acostarse en ninguna parte, y que él prefería obedecer á Dios á obedecer á los hombres.» En seguida se reunió un nuevo Concilio en Tiro, en el que los padres depusieron á Atanasio, que tuvo que irse á Trebes desterrado por el emperador. De modo, que primero Arrio y después Atanasio, su gran enemigo, fueron castigados sucesivamente por un hombre que ni siquiera era cristiano.

Los dos partidos se valían del artificio, del fraude y de la calumnia, siguiendo la antigua y eterna costumbre. Constantino les dejó disputar y que se llenaran de injurias recíprocamente. Tenía cuestiones más graves de que ocuparse. Por esa época fué cuando el *buen príncipe* hizo asesinar á su hijo, á su mujer y á su sobrino Licinius, que apenas había cumplido doce años y era la esperanza del imperio.

El partido de Arrio quedó victorioso siempre durante el rei-



nado de Constantino. El partido contrario tuvo la poca aprensión de escribir que el día de San Macario, uno de los más ardientes sectarios de Atanasio, sabiendo que Arrio se dirigía á la catedral de Constantinopla, para entrar en ella acompañado de muchísimos partidarios, rogó á Dios con tanto fervor que confundiera á dicho hereje, que Dios atendió al ruego de Macario, y en seguida las tripas de Arrio le salieron por el orificio del ano, cosa que es imposible; pero en fin, Arrio murió.

Constantino murió también al año siguiente, en 337 de la era vulgar. Créese que lo mató la lepra. El emperador Juliano, en su obra titulada *Césares*, dice que el bautismo que recibió dicho emperador algunas horas antes de morir, no cura á nadie de la enfermedad que él padecía. Como sus hijos reinaron cuando él murió, la adulación de los pueblos romanos, que entonces eran esclavos, llegó á tal extremo, que los que profesaban la antigua religión le tuvieron por Dios, y los que profesaban la religión nueva le tuvieron por santo. Durante mucho tiempo se celebró su fiesta al celebrar la de su madre.

En cuanto murió, las perturbaciones que había promovido la palabra *consubstancial* agitaron el imperio con mayor violencia. Constancio, hijo y sucesor de Constantino, fué tan cruel como su padre, y como él celebró Concilios; y estos Concilios se anatematizaban mutuamente. Atanasio recorrió la Europa y el Asia para sostener su partido; pero los secuaces de Eusebio le rindieron. Los destierros, los encarcelamientos, los tumultos y los asesinatos, marcaron el fin del reinado de Constancio. El emperador Juliano, fatal enemigo de la Iglesia, hizo cuanto pudo para restablecer la paz, pero no lo consiguió. Joviano, y luego Valentiniano, concedieron completa libertad de conciencia, que los dos partidos encarnizados sólo aprovecharon para extremar su odio y su furor.

Teodosio se puso de parte del Concilio de Nicea; pero la emperatriz Justina, que reinaba en Italia, en Iliria y en Africa, como tutora del joven Valentiniano, proscribió el Concilio de Nicea; y en seguida los godos, los vándalos y los borgoñones, que se lanzaron sobre muchas provincias, al encontrar en ellas establecido el arrianismo, se afiliaron á él para gobernar los pueblos que habían conquistado con la religión que éstos profesaban.

Los godos, por el contrario, siguieron la doctrina del Concilio de Nicea, y Clovis, que fué su vencedor, se afilió también á ella, así como los otros bárbaros se adhirieron á la doctrina de Arrio. El gran Teodorico, en Italia, mantuvo la paz entre los dos partidos; y por fin la fórmula del Concilio de Nicea prevaleció en Oriente y en Occidente.

El arrianismo reapareció á mitad del siglo XVI, aprovechán-



dose de la ocasión que le facilitaron las controversias religiosas que se agitaban entonces en Europa. Pero reapareció armado con una nueva fuerza y con extraordinaria incredulidad. Cuarenta caballeros de Vicenza fundaron una academia, en la que se aprobaron los únicos dogmas que se juzgaron precisos para ser cristianos. Reconocieron á Jesús como verbo, como salvador y como juez; pero negaron su divinidad, su consubstancialidad y negaron también la Trinidad.

Los principales fundadores de dicha academia fueron Lelins, Socín, Ochín, Paruta y Gentilis. Miguel Servet se les agregó. Conocida es la desgraciada disputa que tuvieron con Calvino. Servet fué bastante imprudente para pasar por Ginebra en un viaje que hizo á Alemania. Calvino fué bastante cobarde para hacer que le prendieran y bastante bárbaro para hacer que le condenaran á ser quemado á fuego lento, es decir, al mismo suplicio que pudo evitar Calvino huyendo de Francia. Casi todos los teólogos de entonces fueron sucesivamente perseguidores ó perseguidos, verdugos ó víctimas.

El mismo Calvino pidió en Ginebra la muerte de Gentilis, y encontró cinco abogados que firmaron la petición de que Gentilis merecía morir en la hoguera. Esos horrores son dignos de un siglo abominable. Encarcelaron á Gentilis, que esperaba en la prisión morir en la hoguera como el español Servet; pero menos valiente que éste, se refractó de la doctrina que había sostenido, halagó á Calvino elogiándole ridículamente y se salvó de morir abrasado por las llamas. Pero quiso su desgracia que al poco tiempo, por enemistarse con un bailío del cantón de Berna, le prendieran por arriano. Declararon varios testigos que había dicho que las palabras *Trinidad*, *esencia*, *hipóstasis*, no se encontraban en la Sagrada Escritura; y sólo por esta declaración, sin más motivo, los jueces, que no sabían mejor que él lo que era una hipóstasis, le sentenciaron á perder la cabeza.

Fausto Socín, sobrino de Lelins, y sus compañeros, tuvieron mejor suerte en Alemania. Penetraron en Silesia y Polonia, donde fundaron iglesias; escribieron, predicaron y consiguieron lo que se proponían; pero con el transcurso del tiempo, como su religión estaba despojada de todos los misterios y era una secta filosófica tranquila más que una secta militante, fueron perdiendo todos sus partidarios, y los jesuítas, más famosos que ellos, los persiguieron y los dispersaron.

Los restos de esa secta que subsisten en Polonia, en Alemania y en Holanda, permanecen en silencio y tranquilos. Esta secta reapareció en Inglaterra con gran fuerza, produciendo mucho alboroto. El gran Newton y Loke se afiliaron á ella; Samuel Clarke, célebre cura de Saint-James, autor de un excelente libro sobre la existencia de Dios, declaró en voz alta que era arriano, y



consiguió tener varios discípulos. No se presentaba en la parroquia el día que se recitaba en ella el símbolo de San Atanasio. En el curso de esta obra verá el lector las sutilezas de que se valieron estos teólogos tercos, más filósofos que cristianos, para oponerse á la fe católica.

Aunque hubo muchísimos partidarios de Arrio en Londres entre los teólogos, las grandes verdades matemáticas que descubrió Newton y la sabia metafísica de Loke fijó mucho más la atención general del público. Los filósofos encontraron empalagosas las disputas sobre la consubstancialidad. Sucedió á Newton en Inglaterra lo mismo que á Corneille en Francia, del cual quedaron olvidados *Pertharite, Theodore* y su colección de versos, para ocuparse todo el mundo de la tragedia *Cinna*. Se consideró á Newton como el intérprete de Dios en el cálculo de las fluxiones, en las leyes de la gravitación y en la naturaleza de la luz, no como un teólogo. Cuando murió le condujeron los pares y el canciller del reino para enterrarle al lado de los sepulcros de los reyes, y fué más reverenciado que éstos. Servet, que descubrió la circulación de la sangre, tuvo menos suerte al morir quemado á fuego lento en la pequeña ciudad de los Allobroges, avasallado por un teólogo de la Picardía.

### ARISTEO

¿Será siempre destino de la humanidad engañar á los hombres lo mismo en asuntos indiferentes como en los más serios y graves? Un supuesto Aristeo pretende hacer creer que hizo traducir el Antiguo Testamento al griego para el uso de Ptolomeo Filadelfo, como el duque de Montpensier hizo realmente comentar los mejores autores latinos para el uso del Delfín, que no los usó.

Si damos crédito á dicho Aristeo, Ptolomeo tenía grandes deseos de conocer las leyes judías, y para conocer esas leyes, que cualquier judío de Alejandría le hubiera traducido por cien escudos, se propuso enviar una embajada solemne al gran sacerdote de los judíos de Jerusalén, emancipar ciento veinte mil esclavos judíos que su padre hizo prisioneros en Judea y entregar á cada uno de ellos cuarenta escudos para que hicieran el viaje agradablemente, cuyo total asciende á la suma de catorce millones cuatrocientas mil libras francesas.

Ptolomeo no se satisfizo con manifestar tan inaudita liberalidad. Como sin duda era apasionado del judaísmo, envió al templo de Jerusalén una mesa de oro macizo, incrustada de piedras preciosas, grabando sobre ella el mapa de Meandro, río de Frigia.



La carrera de dicho río la marcó con rubíes y con esmeraldas. Adornaban dicha mesa dos inmensos jarrones de oro primorosamente trabajado. Nunca se pagó un libro tan caro. Por menos dinero se hubiera podido comprar toda la biblioteca del Vaticano.

Eleazar, gran sacerdote de Jerusalén, le envió también sus embajadores, pero éstos sólo le presentaron una carta escrita en fino pergamino con letras de oro. Fué proceder digno de los judíos no entregar mas que un pedazo de pergamino en cambio de recibir cerca de treinta millones.

Ptolomeo quedó tan contento del estilo de Eleazar, que lloró de alegría leyendo la carta. Comieron con el rey los embajadores y los principales sacerdotes de Egipto. Cuando llegó la hora de bendecir la mesa, los egipcios cedieron este honor á los judíos. Con los embajadores fueron setenta y dos intérpretes, seis por cada una de las doce tribus; todos ellos habían estudiado el griego perfectamente en Jerusalén. Era una lástima que de esas doce tribus diez se hubieran perdido completamente, desapareciendo de la faz del mundo desde muchos siglos antes; pero el gran sacerdote Eleazar las encontró expresamente para enviar traductores á Ptolomeo. Los setenta y dos intérpretes fueron aislados en la isla de Faros; cada uno de ellos hizo su traducción en setenta y dos días, y todas ellas eran iguales, y se llamaron la *Traducción de los setenta*, debiendo llamarse la traducción de los setenta y dos.

El rey recibió con adoración esos libros. Se conoce que era un buen judío. Cada uno de los intérpretes recibió tres talentos de oro, y además envió Ptolomeo al gran sacrificador, á cambio del pergamino, diez camas de plata, una corona de oro, incensarios y copas de este metal, diez vestiduras de púrpura y cien piezas de hermoso lino.

Casi todo ese cuento sorprendente lo refiere el historiador Flavio Josefo, que no sabía exagerar. San Justino todavía sobrepuja á Josefo. Dice que Ptolomeo se dirigió al rey Herodes y no al gran sacerdote Eleazar, y que envió Ptolomeo dos embajadores á Herodes. Esto es ya sobrecargar lo maravilloso, porque sabemos que Herodes nació mucho después que muriera Ptolomeo.

No vale la pena de hacerse cargo de la profusión de anacronismos de que están plagadas estas novelas y otras semejantes, de la multitud de contradicciones y de las enormes equivocaciones en las que el autor judío incurre en cada párrafo. Pero á pesar de esto, durante algunos siglos ha pasado tal fábula por verdad incontestable, y para probar mejor la credulidad del género humano, cada autor que la cita quita ó añade algo; de modo que para creer en esa aventura era preciso creerla de diferentes maneras. Unos escritores se ríen de los absurdos que han ser-



vido de alimento á las naciones, y otros escritores se afligen al conocer tanta impostura; y de esta multitud de mentiras nacieron los Demócritos y los Heráclitos.

## ARISTÓTELES

No debe creerse que el preceptor de Alejandro, que escogió Filipo, fuera un pedante y un espíritu equivocado. Indudablemente Filipo era un buen juez, poseía instrucción poco común y rivalizaba en elocuencia con Demóstenes.

### I

#### *De su lógica*

La lógica de Aristóteles, su arte de raciocinar es tanto más apreciable cuanto que tenía que luchar con los griegos, que se ejercitaban continuamente en esgrimir argumentos capeiosos, de cuyo defecto no estuvo libre su maestro Platón.

Véase, por ejemplo, el argumento que emplea Platón para probar la inmortalidad del alma: «¿La muerte no es lo contrario de la vida?—Sí.—¿No nacen la una de la otra?—Sí.—¿Qué nace, pues, de lo vivo?—Lo muerto.—¿Y qué nace de lo muerto?—Lo vivo.—De los muertos, pues, nacen todas las cosas vivas; por consecuencia, las almas existen en los infiernos después de la muerte.»

Sería preciso tener reglas seguras para desenredar ese espantoso galimatías, con el que la reputación de Platón fascinaba los espíritus. Sería necesario demostrar que Platón daba sentido ambiguo á todas esas palabras. El muerto no nace del vivo; pero el hombre vivo cesa de tener vida. El vivo no nace del muerto, sino que ha nacido de un hombre que tuvo vida y que murió después; por consecuencia, la conclusión de Platón, de que todas las cosas vivas nacen de los muertos, es ridícula. De esa conclusión saca otra, que no se contiene en las premisas, y es la siguiente: «Luego las almas están en los infiernos después de la muerte.» Para deducir esto es necesario haber probado antes que los cuerpos muertos están en los infiernos y que el alma acompaña á los cuerpos muertos. En el argumento de Platón no se encuentra una sola palabra que sea exacta. Era preciso haber dicho: «Lo que pienso no tiene partes, lo que no tiene partes es indestructible: luego lo que piensa en nosotros, no



teniendo partes, es indestructible.» O lo que es lo mismo: «El cuerpo muere, porque es divisible; el alma es indivisible, luego ella no muere.» Si Platón hubiera hablado de este modo le hubiéramos comprendido.

De este modo razonaba Platón y de esta índole eran los argumentos capciosos de los griegos. Un maestro enseña retórica á su discípulo con la condición de que le pagará en cuanto gane la primera causa que defienda. El discípulo piensa no pagarle jamás, forma proceso á su maestro y le dice:—«Nunca os deberé nada, porque si pierdo la primera causa que defienda, sólo debo pagaros si la gano; y si la gano, mi demanda la intentaré para no pagaros.» El maestro, retorciendo el argumento, dice:—«Si perdéis, pagad; si ganáis, pagad, porque nuestro trato consiste en que me pagaréis después de haber ganado la primera causa.»

Es evidente que esa argumentación está fundada en un equívoco. Aristóteles enseña á evitarlo, poniendo en el argumento los términos necesarios. Sólo se debe pagar el día del vencimiento del plazo; el plazo aquí es ganar una causa; la causa no se ha ganado todavía; luego no ha llegado aún el vencimiento; luego el discípulo no debe nada aún.

Pero *aún*, no significa nunca; luego el discípulo quería entablar un proceso ridículo. El maestro no tenía derecho á exigir nada por no haber llegado el plazo del vencimiento, y tenía que esperar que el discípulo defendiese otro proceso.

Si un pueblo vencedor estipulara con el pueblo vencido que sólo le devolvería la mitad de sus buques, y los partiera todos por mitad y le restituyera la mitad justa, creyendo cumplir de ese modo el tratado, hubiera usado con el pueblo vencido un equívoco criminal.

Aristóteles, sentando las reglas de su lógica, prestó un gran servicio al espíritu humano, enseñándole á evitar los equívocos, que son los que producen las equivocaciones en filosofía, en teología y en los negocios. La desgraciada guerra de 1756, tuvo por pretexto un equívoco sobre la Acadia.

Verdad es que el buen sentido natural y la costumbre de raciocinar sobrepujan á las reglas de Aristóteles. El hombre que está dotado de buen oído y de buena voz, puede cantar bien sin saber las reglas de la música; pero siempre es preferible saberla.

## II

### *De su física*

Hoy no la entendemos, pero es más que probable que Aristóteles la entendiera, y que en su época le entendieran también.



El griego es una lengua extraña para nosotros, y además no se aplican hoy las mismas palabras á las mismas ideas. Por ejemplo: cuando dice en el capítulo VII que los principios de los cuerpos son la *materia*, la *privación* y la *forma*, parece que diga un disparate, pero no lo dice. La materia en su opinión, es el primer principio de todo, el objeto de todo y es indiferente á todo. Le es esencial la forma para convertirse en algo. La privación es la que distingue un sér de todas las demás cosas que no son él. A la materia le es indiferente convertirse en rosa ó en peral; pero cuando se convierte en peral ó en rosa, se queda privada de todo lo que pudiera convertirla en plata ó en plomo. Esa verdad casi no vale la pena de enunciarse; pero en fin, en Aristóteles todo es inteligible y nada es impertinente.

*El acto de lo que está en potencia* parece una frase ridícula, y sin embargo no lo es. La materia puede distinguirse en todo lo que se quiera: en fuego, en tierra, en agua, en vapor, en metal, en mineral, en animal, en árbol ó en flor: eso es lo que significa la expresión *acto de potencia*. Por lo tanto, no era ridículo entre los griegos decir que el movimiento era un acto de potencia, porque la materia puede estar inmóvil, y es probable que por eso creyera Aristóteles que el movimiento no es esencial á la materia.

Aristóteles debió necesariamente conocer mal la física en detalle, que es lo que les sucedió á todos los filósofos, hasta que llegó la época en que Galileo, Torricelli, Gueric, Drebellius, Boyle y otros, empezaron á hacer experimentos. La física es una mina á la que sólo se puede descender con la ayuda de las máquinas que los antiguos no conocieron. Permanecieron inclinados al borde del abismo, haciendo cálculos sobre lo que podría encerrar en su fondo, pero no consiguieron verle.

### III

#### *Tratado de Aristóteles sobre los animales*

Ese tratado forma una verdadera antítesis con el anterior, y es el mejor libro que nos queda de la antigüedad, porque Aristóteles, para escribirlo, sólo se sirvió de sus propios ojos. Alejandro le proporcionó todos los animales raros de Europa, de Africa y de Asia. Este fué uno de los frutos de sus conquistas. Para conseguir este objeto gastó sumas tan enormes, que hoy asustarían á los administradores del tesoro real; pero eso es lo que debe inmortalizar la gloria de Alejandro.

En nuestros días un héroe, cuando tiene la desgracia de em-



peñarse en una guerra, apenas le es posible proteger las ciencias, tiene que pedir dinero prestado á los judíos, y luego, para satisfacer sus empréstitos, ha de dejar fluir la substancia de sus vasallos en el cofre de las Danáyades de los usureros, de donde después se escapa por las rendijas. Alejandro trajo para Aristóteles elefantes, rinocerontes, tigres, leones, cocodrilos, gacelas, águilas y avestruces. Y nosotros, cuando por casualidad nos presentan algún animal raro en alguna feria, vamos á admirarle pagando una corta cantidad, si no se muere antes de que satisfagamos la curiosidad de verle.

## IV

*De su metafísica*

Siendo para él Dios el primer motor, es el que hace mover el alma. Pero en su opinión, ¿qué es Dios y qué es el alma? El alma es una entelequia. ¿Qué quiere decir entelequia? Aristóteles la define, diciendo que es un principio y un acto, una potencia nutritiva, sensible y razonable. Esto, traducido á un idioma claro, quiere decir que tenemos la facultad de alimentarnos, de sentir y de razonar. El cómo y el por qué son muy difíciles de comprender. Los griegos no sabían mejor lo que era una entelequia que nuestros doctores sabían lo que es el alma.

## V

*De su moral*

La moral de Aristóteles es, como las demás, muy buena, porque no existen dos morales. Las de Confucio, de Zoroastro, de Pitágoras, de Aristóteles, de Epicteto y de Marco-Antonio, son absolutamente las mismas. Dios dotó á todos los corazones del conocimiento del bien con alguna inclinación hacia el mal.

Aristóteles dice que son precisas tres cosas para ser virtuosos: la naturaleza, la razón y el hábito. Esto es una gran verdad. Sin poseer un buen natural, es difícilísimo practicar la virtud; la razón lo fortifica y el hábito hace que nos sean familiares las acciones honradas.

Enumera todas las virtudes, entre las que coloca la amistad. Distingue la amistad entre los iguales, entre los parientes, entre los huéspedes y entre los amantes. Las naciones modernas no



conocemos la amistad que nace de los derechos que se adquieren por la hospitalidad. Lo que constituía el sagrado lazo de la sociedad en los tiempos antiguos, entre nosotros sólo es la cuenta de un fondista. En cuanto á la amistad entre los amantes, debemos decir que en la actualidad entra pocas veces la virtud en el amor; cremos no deber nada á la mujer á la que mil veces se lo hemos prometido todo.

Es triste que nuestros primeros doctores no hayan puesto casi nunca la amistad en la categoría de las virtudes, y ni siquiera la hayan recomendado. Por el contrario, parece que traten de inspirar muchas veces la enemistad: se parecen á los tiranos en que temen á las asociaciones.

También tiene razón Aristóteles al colocar todas las virtudes entre los extremos opuestos; quizás fué el primero que les asignó ese sitio. Dice expresamente que la piedad es el término medio entre el ateísmo y la superstición.

## VI

### *De su retórica*

Probablemente Cicerón y Quintiliano tuvieron siempre á la vista la *Retórica* y la *Poética* de Aristóteles. Cicerón, en su libro titulado el *Orador*, dice: «Nadie tuvo su ciencia, ni su sagacidad, ni su invención, ni su criterio.» Quintiliano no sólo elogia la extensión de sus conocimientos, sino la suavidad de su elocución.

Aristóteles dice que el orador debe estar enterado de las leyes, de la hacienda, de los tratados, de las plazas de guerra, de las guarniciones, de los víveres y de las mercancías. Los oradores del Parlamento de Inglaterra, de las Dietas de Polonia y de los Estados de Suecia, no considerarán inútiles estas lecciones de Aristóteles; pero quizás lo sean para otras naciones. Desea también que el orador conozca las pasiones humanas, las costumbres y las debilidades de cada clase social. No creo que se le haya escapado ni una sola delicadeza del arte. Recomienda, sobre todo, que se presenten ejemplos al ocuparse de los asuntos públicos; nada produce tan gran efecto en el espíritu humano.

Se comprende, por lo que dice sobre esta materia, que escribió su retórica mucho tiempo antes que Alejandro fuera nombrado general de la Grecia en oposición al gran rey. Si alguno, dice, tuviera que probar á los griegos que les interesa oponerse á las empresas del rey de Persia é impedir que se convierta en dueño del Egipto, debía recordarles que Darío Ochus no quiso



atacar la Grecia hasta después que se apoderó de Egipto, y haría notar que Jerges observó la misma conducta. No consintáis, pues, que se apodere de Egipto.

Aristóteles permite en los discursos que se pronuncian en las grandes asambleas que se valgan los oradores de parábolas y fábulas que causan gran efecto á la muchedumbre, y refiere tres muy ingeniosas, tomadas de la más remota antigüedad: como la del caballo que imploró la ayuda del hombre para vengarse del ciervo y se convirtió en esclavo por haber querido buscar un protector.

Debe notarse que en el libro II, en el que Aristóteles trata de los argumentos insignificantes, refiere un ejemplo que demuestra la opinión que tenía Grecia, y probablemente Asia, respecto á la extensión del poder de los dioses. «Si es verdad, dice, que ni los mismos dioses pueden saberlo todo, por sabios que sean, con más razón puede decirse esto de los hombres.» Este pasaje demuestra evidentemente que entonces no se atribuía la omnisciencia á la Divinidad. No se concebía que los dioses pudieran saber lo que no existe; y como el porvenir no existe todavía, les parecía imposible que lo conocieran. Esta es la opinión de los socinianos. Pero volvamos á ocuparnos de la retórica de Aristóteles.

Lo más sobresaliente en el capítulo que titula de la *elocución* y de la *dicción*, es el buen sentido que manifiesta criticando á los que pretenden ser poetas en prosa. Le gusta el estilo patético, pero condena el estilo hinchado y proscribire los epítetos inútiles. En efecto, Demóstenes y Cicerón, que siguieron tales preceptos, no mostraron jamás estilo poético en sus discursos. El estilo, dice Aristóteles, debe estar siempre en armonía con el asunto.

Es impertinente hablar de física poéticamente y prodigar los tropos y las figuras retóricas en los asuntos que sólo requieren método, claridad y verdad. Proceder de ese modo, es querer ser un charlatán para conseguir que se apruebe el falso sistema, moviendo mucho ruido con las palabras. Este vano aparato engaña á los ignorantes, pero causa desdén á los hombres ilustrados.

En Francia, las oraciones fúnebres se han apoderado del estilo poético, introduciéndolo en su prosa; pero como ese género de oratoria está fundado en la exageración, debe permitírsele que tome prestados los adornos de la poesía.

Los novelistas se permiten algunas veces esta licencia. Creo que fué La Calprenede el primero que traspasó de este modo los límites del arte, abusando de su facilidad. Con mucho gusto perdonamos esta licencia al autor del *Telémaco*, que quiso imitar á Homero, no sabiendo escribir versos, en obsequio de la sana moral que contiene ese libro, materia en la que sobrepuja infinitamente á Homero. Pero lo que le dió mayor celebridad, fué



sin duda la crítica del orgullo de Luis XIV y del carácter áspero de Louvois, que se creyó retratado en el *Telémaco*.

## VII

*Poética*

No se encuentra en las naciones modernas un físico, un geómetra, un metafísico, ni siquiera un moralista que hable bien de la poesía. Les abruma la reputación de Homero, de Virgilio, de Sófocles, de Ariosto y del Tasso y de todos los demás que encantaron el mundo con las producciones armoniosas de su genio. Parece que no comprendan las bellezas que encierran, ó que si las comprenden, desean no comprenderlas.

Es ridículo Pascal cuando dice en la primera parte de sus pensamientos: «Así como se dice *belleza poética*, debía decirse también *belleza geométrica* y *belleza medicinal*. Sin embargo, no se dice; y la razón consiste en que sabemos cuál es el objeto de la geometría y cuál es el objeto de la medicina; pero no sabemos en qué consiste el placer que es el objeto de la poesía. No sabemos qué es ese modelo natural que debemos imitar en ella, y no sabiéndolo, para explicarlo hemos intentado frases caprichosas como estas: *siglo de oro*, *maravillas de nuestros días*, *fatal laurel*, *hermoso astro*, etc., etc.; y á esa jeringoza se llama *belleza poética*.»

Compréndese á primera vista que es falso y detestable ese fragmento de Pascal. Sabe todo el mundo que no hay nada bello en la medicina ni en las propiedades de un triángulo, y que sólo llamamos *bello* lo que causa en nuestra alma y en nuestros sentidos placer y admiración. Así ratiocina Aristóteles, en contraposición á Pascal, que usa un ratiocinio falso. *Fatal laurel* y *bello astro*, no han sido jamás bellezas poéticas; si Pascal quiere saber lo que éstas son, lea á Malherbe, y sobre todo á Homero, á Virgilio, á Horacio, á Ovidio y á otros grandes poetas.

Nicole escribió contra el teatro, del que no tenía la menor noción; y en esta tarea le secundó Dubois, que era tan ignorante como él en bellas letras. Montesquieu, en su divertido libro titulado *Cartas persas*, se permite la vanidad de creer que Homero y Virgilio eran niños de teta, comparados con el hombre que imitó con talento y con éxito el *Siames*, de Dufreny, y que llenó el libro de cosas atrevidas, sin las que nadie le hubiera leído. «¿Qué son los poemas épicos?, exclama; yo no lo sé; desprecio á los líricos tanto como aprecio á los trágicos.» No debía despreciar sin embargo á Píndaro y á Horacio: Aristóteles no los despreciaba.



Descartes escribió para la reina Cristina una especie de loa en verso, que era detestable. Malebranche no daba más valor á la belleza de la frase *qu' il mourut*, de Corneille, que á uno de los versos malos de Jodelle ó de Garnier.

Fué un gran hombre Aristóteles, porque sentó las reglas de la tragedia después de haber establecido las de la dialéctica, las de la moral y las de la política, destapando cuanto pudo el gran velo que cubría la naturaleza.

## AROT Y MAROT

«Arot y Marot son los nombres de dos ángeles que Mahoma dijo que eran emisarios de Dios en el mundo para enseñar á los hombres y mandarles que se abstuvieran de jurar en falso, de tener vicios y cometer delitos. El falso profeta añade que, habiendo invitado á comer una mujer muy hermosa á los dos ángeles. les hizo beber mucho vino, los embriagó, y ebrios solicitaron su amor. Ella fingió consentir en la pasión que inspiraba, con la condición de que antes le habían de enseñar las palabras por medio de las que, según ellos decían, se podía ascender al cielo fácilmente. Pero en cuanto la mujer hermosa supo lo que deseaba saber, no quiso cumplir su promesa. Entonces fué trasportada al cielo, donde, después de referir á Dios lo que le había sucedido, quedó convertida en la estrella de la mañana, que se llama *Lucifer* ó *Aurora*, y los dos ángeles fueron castigados severamente. De este suceso, según dice Mahoma, tomó pie Dios para prohibir que bebieran vino los hombres.»

Léase todo el *Corán*, y en ninguna parte de él se encuentra una sola palabra de cuento tan absurdo, que dicen dió motivo á Mahoma para prohibir el vino á sus sectarios. Mahoma sólo prohíbe el uso del vino en el segundo y en el quinto capítulo de su libro: «Te preguntarán sobre el vino y sobre los licores fuertes, y tú contestarás que beberlos es un gran pecado.» No debe imputarse á los justos que creen y practican buenas obras, haber bebido vino y haber jugado á juegos de azar antes que esos juegos fuesen prohibidos.

Es creencia de todos los mahometanos que su profeta sólo prohibió el vino y los licores como medida para conservar la salud y evitar pendencias. En el clima ardiente de la Arabia, los licores fermentados se suben á la cabeza con facilidad y trastornan la salud y el juicio.

La fábula de Arot y de Marot, que descendieron del cielo y se empeñaron en cohabitar con una mujer árabe, después de beber vino con ella, no se encuentra en ningún autor mahome-



tano; sólo la insertan algunos autores cristianos impostores, que escribieron sus obras para combatir la religión musulmana, con un celo religioso y contrario á los principios de la ciencia. Los nombres de Arot y de Marot ni siquiera constan en el *Corán*; un escritor que se llamaba Sylburgius fué el primero que dijo, en un libro antiquísimo que nadie lee, que en aquél se anatematiza á los ángeles Arot y Marot, Safa y Merwa.

Fíjense nuestros lectores en que Safa y Merwa son dos pequeños montículos que existen cerca de la Meca, y en que el docto Syburgius ha tomado dos colinas por dos ángeles. De un modo parecido proceden todos los que entre nosotros han escrito sobre el mahometismo, hasta la época en que el sabio Relad nos ha comunicado ideas exactas de la creencia musulmana, y el sabio Sale, después de vivir veinticuatro años en Arabia, nos ha ilustrado sobre ese punto con su traducción del *Corán* y su instructivo prefacio.

El mismo Gagnier, á pesar de ser profesor de la lengua oriental en Oxford, en su *Vida de Mahoma* ha divulgado algunas falsedades relativas á ese profeta, como si tuviéramos necesidad de valernos de mentiras para sostener la verdad de nuestra religión. Dicho autor describe detalladamente el viaje de Mahoma á los siete cielos, cabalgando sobre el jumento Alborac, y se atreve á citar el sura ó capítulo LIII; pero ni en ese capítulo ni en ningún otro del *Corán* se trata del supuesto viaje al cielo.

Sólo Abulfeda, setecientos años después de la muerte de Mahoma, refiere esa extraña historia, que está sacada, según dice, de manuscritos antiguos que corrieron en la época del profeta; pero es evidente que no son de Mahoma, porque así que éste murió, Abubeker recogió las hojas del *Corán* en presencia de todos los jefes de las tribus, y al coleccionarlas sólo insertaron lo que creyeron auténtico. Además de que el capítulo concerniente al viaje al cielo no existe en el *Corán*. Está escrito en estilo diferente, y es cinco veces más largo que los demás capítulos de la obra. Compárense con éste y encontrarán en él prodigiosa diferencia. Empieza de este modo:

«Me quedé dormido una noche entre las dos colinas de Safa y de Merwa. Era una noche obscurísima, pero tan tranquila, que ni ladraban los perros ni cantaban los gallos. De repente, el ángel Gabriel se presentó ante mí bajo la forma con que el Dios altísimo le creó. Su tez era blanca como la nieve; sus cabellos blondos, trenzados de una manera admirable, le caían en bucles hacia la espalda; su frente era majestuosa, clara y serena; sus dientes hermosos y brillantes; sus piernas estaban teñidas de un amarillo de zafir, y sus vestiduras eran de tisú, de perlas y de hilo de oro. Llevaba en la frente una lámina que tenía escritas dos líneas lucientes y luminosas; la primera decía: *No hay más dios*



que Dios; y la segunda: *Mahoma es el profeta de Dios*. Al ver la aparición, quedé sorprendido y confuso; percibí alrededor de ella setenta mil braserillos ó pequeñas bolsas llenas de almizcle y de azafrán. El ángel tenía ciento cincuenta pares de alas, y de una ala á otra había la distancia de quinientos años de camino.

»De ese modo el ángel Gabriel se presentó á mi vista. Me tocó y me dijo: «Levántate, hombre dormido.» Temblando de espanto me incorporé, y le pregunté sobresaltado: «¿Quién eres?—Dios quiere ser misericordioso contigo. Soy tu hermano Gabriel—me respondió.—¡Oh, mi querido Gabriel! ¿Desciendes del cielo para hacerme alguna revelación, ó vienes á anunciarme alguna desgracia?—Vengo á participarte algo nuevo, repuso; levántate, ponte el manto en la espalda, porque lo necesitarás; vas á visitar á tu Señor esta noche. Al mismo tiempo Gabriel me cogió la mano, ayudó á que me levantara, me hizo montar el jumento Alborac y él mismo lo condujo de la brida.»

Es indudable para los musulmanes que ese capítulo, que no es auténtico, lo escribió Abu-Horaira, que fué contemporáneo del profeta. ¿Qué diríamos á un turco si viniera hoy á insultar nuestra religión diciéndonos que contamos entre los libros sagrados *Las cartas de San Pablo á Séneca, Las cartas de Séneca á San Pablo, Las actas de Pilatos, La vida de la mujer de Pilatos, Las predicciones de las Sibilas, El testamento de los doce patriarcas* y otros muchos libros de esa clase? Le contestaríamos á ese turco que estaba mal enterado, y que no consideramos auténtica ninguna de las obras que cita. Pues ese turco nos respondería eso mismo, si para confundirle le rechazáramos el viaje de Mahoma á los cielos. Nos contestaría que eso es un fraude de los últimos tiempos, y que ese viaje no existe en el *Corán*. No trato de comparar en este caso la verdad con el error, el cristianismo con el mahometanismo, ni el Evangelio con el *Corán*, sino de comparar una tradición falsa con otra tradición falsa, y un abuso con otro abuso.

¿Cuántas veces no se ha dicho que Mahoma había acostumbrado á un pichón á que fuera á comer granos en su oreja y que hizo creer á sus sectarios que ese pichón iba á hablarle de parte de Dios? ¿No es suficiente estar convencidos de la falsedad de esa secta, que aún nos empeñamos en perder el tiempo calumniando á los mahometanos, que están establecidos desde el monte Cáucaso hasta el monte Atlas, y desde los confines de Epiro hasta las extremidades de la India? Escribimos sin cesar libros malos contra ellos, y ellos no lo saben. Decimos á gritos que han abrazado su religión muchos pueblos, porque su religión halaga los sentidos; pero eso es falso. ¿Es acaso sensualidad mandar la abstinencia de vino y de licores, de los que tanto abusamos nosotros; ordenar que se dé á los pobres el dos y me-



dio por ciento de la renta, ayunar con rigor, sufrir al llegar á la pubertad una operación dolorosa, caminar por desiertos de arena peregrinando quinientas leguas algunas veces y rezar á Dios cinco veces cada día aun en tiempo de guerra?

A todo esto se nos objeta que su religión les permite tener cuatro esposas en este mundo y en el otro mujeres celestes. Sobre esto dice Grotius: «Se necesita ser muy aturdidos para admitir esos delirios tan groseros como obscenos.» Convenimos con Grotius en que los mahometanos abusan de sus fantasías. El hombre que recibía continuamente los capítulos del *Corán* de las manos del ángel Gabriel, más que delirante era un impostor, cuya bravura sostenía sus fantasías; pero ciertamente no hay aturdimiento ni obscenidad en reducir á cuatro el número indeterminado de mujeres que los príncipes, los sátrapas y los nababs podían alimentar en sus serrallos. También se ha dicho que Salomón tuvo setecientas mujeres y trescientas concubinas. Los árabes y los judíos podían casarse con dos hermanas, y Mahoma prohibió esa clase de casamientos en el capítulo IV del *Corán*. ¿Qué obscenidad hay en todo esto, amigo Grotius?

Podría formarse un libro muy voluminoso reuniendo las imputaciones injustas que se han escrito contra los mahometanos.

Consiguieron subyugar una de las partes más hermosas y más grandes del mundo; y hubiera sido más meritorio en nosotros expulsarlos de ella que colmarlos de injurias. La emperatriz de Rusia nos da el ejemplo. Les quita Azof y Taganrock, la Moldavia, la Valaquia y la Georgia; lleva sus conquistas hasta las murallas de Erzerum; envía contra ellos flotas que parten desde el fondo del mar Báltico y otras flotas que abrazan el Ponto-Euxinio; pero no dice en sus manifiestos que un pichón iba á hablar al oído de Mahoma.

## ARTE DRAMÁTICO

### I

#### *Obras dramáticas, tragedia, comedia, ópera*

*Panem et circenses*, es la divisa de todos los pueblos. En vez de ir á matar á los indios caraibos, quizá sería mejor seducirlos con el atractivo de los espectáculos, con la habilidad de los funámbulos, con juegos de manos y con música. Es posible que así los subyugáramos con mayor facilidad. Hay espectáculos á propósito para todas las clases sociales; el populacho desea que



le hablen á los ojos, y en esta materia, muchos hombres de la clase superior son populacho. Las gentes ilustradas y sensibles prefieren las tragedias y las comedias.

El arte dramático empezó en todas las naciones por las carretas de Thespis, luego tuvieron sus Esquilos y no tardaron mucho en llegar á tener sus Sófocles y sus Eurípides. Después, el arte degeneró: esta es siempre la marcha del género humano.

No voy á ocuparme en este artículo del teatro de los griegos, porque en la Europa moderna se han escrito sobre ese teatro más comentarios que obras escribieron Eurípides, Sófocles, Esquilo, Menandro y Aristófanes; por eso sólo me ocuparé de la tragedia moderna (1).

La tragedia moderna se debe á los italianos, como se les debe el renacimiento de todas las bellas artes. Empezaron en el siglo XIII, quizás antes, por componer farsas mal forjadas que sacaron del Antiguo y del Nuevo Testamento, abuso indigno del que pronto se contaminaron España y Francia. Esto fué una imitación defectuosa de los ensayos que en ese género hizo San Gregorio Nacianceno para oponer un teatro cristiano al teatro pagano de Sófocles y de Eurípides. San Gregorio Nacianceno tuvo en esas farsas varios rasgos de elocuencia y de dignidad; pero los italianos, sus imitadores, las llenaron de simplezas y de bufonías.

El año 1514, el prelado Trissino, autor del poema épico titulado *L'Italia liberata da' Gothi*, compuso una tragedia con el título de *Sofonisba*, que fué la primera que se escribió en Italia, y que esto no obstante, tenía formas regulares. En ella se observan las tres unidades, de lugar, de tiempo y de acción. Introdujo el autor en ella los coros antiguos. A esa tragedia sólo le falta el genio, no es más que una larga declamación; pero para la época en que se escribió, fué un prodigio. Se representó en Vicenza, y la ciudad construyó expresamente un teatro para representarla. Todos los literatos de la época acudieron á las representaciones y prodigaron los aplausos que merecía tal progreso del arte.

En 1516, el Papa León X honró con su presencia la representación de la obra *Rosemonda*, escrita por Rusellay. Todas las tragedias que se escribieron entonces en competencia con ésta tuvieron formas regulares y estilo natural; pero casi todas pecaron de frías, porque el dialogar en verso es difícil y el arte de apoderarse del corazón humano es concedido á pocos genios. La tragedia *Torrismout*, que escribió el ilustre Tasso, era tan insípida como las demás. Unicamente en el *Pastor fido*, de Guarini

(1) Esta tragedia moderna era la tragedia en la época de Voltaire. Hoy es un género pasado de moda. (N. del T.)



ni, se encuentran escenas tiernas que hacen derramar lágrimas.

El cardenal Bibiena, algunos años antes, introdujo en Italia la verdadera comedia, como Trissino había introducido la verdadera tragedia. En 1480, cuando las demás naciones de Europa desconocían absolutamente las bellas artes, este prelado hizo representar su comedia *Calandra*, que no carece de intriga ni de estilo cómico, y á la que sólo se censuran las costumbres demasiado licenciosas, lo mismo que á la *Mandrágora*, de Maquiavelo.

Los italianos fueron los únicos que tuvieron la posesión del teatro durante un siglo, como tuvieron la de la elocuencia, la historia, las matemáticas y la de todos los géneros de la poesía y las artes en las que el genio dirige la mano del hombre.

Los franceses, como sabemos, sólo escribieron pésimas farsas durante los siglos XV y XVI. Los españoles, á pesar de poseer ingenio y grandeza de espíritu, han conservado hasta nuestros días la detestable costumbre de introducir bufonías en los asuntos más serios. Un solo mal ejemplo que se dé, es capaz de corromper á toda una nación, y el hábito lo convierte en tiranía.

## II

### *Del teatro español*

Los *Autos sacramentales* hicieron poco favor á la literatura española, mucho tiempo antes de que los *Misterios de la Pasión*, las *Actas de los Santos*, la *Madre Tonta* y otras de esta clase hicieran también poco favor á la literatura francesa. Los *Autos sacramentales* se han representado en Madrid hasta hace muy poco; sólo Calderón escribió doscientos. Uno de sus más famosos, y que tengo á la vista, se imprimió en Valladolid sin fecha, y se titula la *Devoción de la Misa*. Los personajes que intervienen en él son: un rey mahometano de Córdoba, un ángel cristiano, una prostituta, dos soldados graciosos y el diablo; uno de los soldados se llama Pascual Vivas, está enamorado de Aminta y tiene por rival á Lelio, que es un soldado mahometano.

El diablo y Lelio quieren matar á Vivas, creyendo hacer con esto un buen negocio, porque está en pecado mortal; pero Pascual se resuelve á decir una misa en el teatro y á ayudarla, y de ese modo el diablo pierde todo el poder que tenía sobre él. Durante la misa, se da una batalla y el diablo queda asombrado al ver que Pascual se está batiendo al mismo tiempo que ayuda á decir misa. «Sé perfectamente que un cuerpo no puede encontrarse en dos partes á un mismo tiempo, si exceptuamos en el





sacramento, al que ese tunante tiene tanta devoción.» Pero el diablo no sabía que el ángel cristiano había tomado la figura de Pascual Vivas y que estaba batiéndose por él mientras se celebraba el oficio divino. El rey de Córdoba queda derrotado en la batalla; como es de suponer, Pascual se casa con su cantinera y la pieza termina con un elogio de la misa.

En otro país cualquiera, semejante espectáculo habría parecido una profanación, que la Inquisición hubiera castigado cruelmente; pero en España era un ejemplo edificante.

Se escribieron entonces en dicha nación muchísimas piezas que no eran autos sacramentales, sino tragi-comedias y tragedias; algunas de ellas llevan estos títulos: *La creación del mundo*, *Los cabellos de Absalón*, *Dios es un buen pagador*, *La devoción á los muertos*, etc., etc., y todas esas obras se intitulan *comedia famosa dividida en jornadas*.

De ese abismo de groserías y de insipideces, salen de vez en cuando rasgos de ingenio y efectos dramáticos que divierten é interesan. Quizás alguna de esas piezas bárbaras no se diferencian mucho de aquellas de Esquilo, en las que se ponía en juego la religión griega, como la religión cristiana se puso en juego en Francia y España. ¿Porque qué son Vulcano encadenando á Prometeo en una roca por mandato de Júpiter; qué son la Fuerza y la Vigilancia sirviendo de ayudantes de verdugo á Vulcano, sino *autos sacramentales* griegos? Si Calderón introdujo muchos diablos en el teatro español, Esquilo introdujo muchas furias en el teatro de Atenas. Si Pascual Vivas ayuda á decir la misa, una antigua pitonisa practica todas las ceremonias sagradas en la tragedia titulada las *Euménides*. El parecido no puede ser mayor.

Los asuntos trágicos los trataron los españoles del mismo modo que los trataban en los autos sacramentales, con la misma irregularidad y con la misma extravagancia. Siempre inmiscuyen uno ó dos graciosos, hasta en las obras de asunto trágico.

El *Heraclius* de Calderón que él titula *Todo es mentira y todo es verdad*, lo escribió veinte años antes que Corneille escribiera su *Heraclius*. El desarreglo de tal obra no impide que esté sembrada de trozos elocuentes y de rasgos de la más sublime belleza. Lope de Vega no sólo precedió á Calderón en las extravagancias de un teatro grosero, sino que las encontró establecidas. Le indignaban, y sin embargo se sometió á ellas, porque se propuso agradar á un pueblo ignorante que se apasionaba de lo maravilloso y deslumbrante; y prefirió hablar á sus ojos á hablar á su alma.

La depravación del gusto español no llegó á penetrar en Francia. Pero la literatura francesa padecía un vicio radical, que era peor todavía; el de causar fastidio. El fastidio lo producían sus largas declamaciones sin ilación, sin argumento y sin in-



terés, escritas en un idioma que no estaba acabado de formar. Hardi y Garnier sólo escribieron simplezas en estilo insoportable.

### III

#### *Del teatro inglés*

El teatro inglés, por el contrario, tuvo gran animación; pero según el gusto literario del teatro español, mezcló la bufonería con el horror. La vida entera de un hombre fué el asunto de una tragedia; los actores pasaban en ella desde Roma y desde Venecia hasta Chipre; la hez de la canalla salía al teatro con los príncipes, y los príncipes hablaban frecuentemente con la canalla.

En una edición de Shakespeare, publicada por Samuel Johnson, veo que se trata de espíritus mezquinos á los extranjeros que se sorprenden de que en las obras del gran trágico «un senador romano haga reír y un rey aparezca borracho en el teatro.» No sospecho siquiera que Johnson sea un hombre burlón ni que le guste con exceso el vino; pero me parece estrambótico que cuente la bufonería y la embriaguez entre las bellezas del teatro trágico. La razón en que se funda, no es menos singular: dice que «el poeta desdeña esas distinciones accidentales de clase y de nación, como el pintor que, satisfecho de haber pintado bien la figura, no hace caso de los planos.» La comparación sería más exacta si citara á un pintor que, al desarrollar un asunto noble, introdujera en él detalles ridículos, como por ejemplo, si pintara en la batalla de Arbelles á Alejandro el Grande montado en un jumento, y á la mujer de Dario bebiendo en una taberna con soldados. No hay ningún pintor de esa clase hoy en Europa; pero no sé si los habría entonces en Inglaterra.

En la tragedia *Julio César* de Shakespeare, Cassio dice que César *pedía beber cuando tenía fiebre*; en esa misma obra dice un zapatero á un tribuno *que quiere ponerle suelas nuevas*; dice también que el peligro y él han nacido del mismo vientre, que él es el primogénito, que el peligro sabe que César es más temible que él y todo lo que le amenaza se lo echa á las espaldas.

Leed la hermosa tragedia titulada *El Moro de Venecia*, y encontraréis en la primera escena que la hija de un senador «hace la bestia por detrás con el moro, y que de su cópula nacerán caballos de Berbería.» De este modo hablaban entonces



en el teatro trágico de Londres. El genio de Shakespeare sólo podía ser discípulo de las costumbres y del espíritu de su época.

## IV

*Del mérito de Shakespeare.*

A pesar de lo dicho, Shakespeare es un genio. Los italianos, los franceses, los hombres de letras de otros países que no han pasado algún tiempo en Inglaterra, nos lo presentan como un arlequín, como el más miserable de los bufones que divierten al populacho; y sin embargo, en ese escritor se encuentran muchos trozos que elevan la imaginación y penetran en el alma. En ellos es la misma verdad, es la naturaleza que habla su propio lenguaje, sin artificios que la desfiguren; es lo sublime, á donde llega el autor, sin pretender conseguirlo.

Cuando en la tragedia titulada *La muerte de César*, Bruto reproche á Cassio las rapiñas que consintió á sus partidarios en Asia, le dice: «Acuérdate de los idus de Marzo; acuérdate de la sangre de César; le matamos porque era injusto. ¿Y el primero que hirió y el primero que castigó al César por haber consentido que hubiera ladrones en la república, se ensucia hoy las manos cometiendo el mismo delito?»

César, al resolverse á ir al Senado, donde habían de asesinarle, habla de este modo: «Los hombres tímidos mueren mil veces antes de morir; los bravos sólo mueren una vez. De todo cuanto me sorprendió en la vida, nada me sorprende tanto como el temor; ya que la muerte es inevitable, que venga.» Bruto, en la misma obra, después de fraguar la conspiración contra César, dice: «Desde que hablé con Cassio por la primera vez, el sueño huye de mí; entre el designio terrible y el momento de ejecutarlo, el intervalo que media es un sueño espantoso. La muerte y el genio celebran consejo en el alma, que queda trastornada, y su interior es el campo de batalla de una guerra civil.»

Es sublime también el célebre monólogo de *Hamlet*.

¿Qué podemos deducir del contraste que forman la grandeza y la vulgaridad, los raciocinios sublimes y las locuras groseras que constituyen el modo de ser de Shakespeare? Deduciremos que hubiera sido un poeta perfecto si hubiera vivido en los tiempos de Adisson.

Adisson, que floreció durante el reinado de la reina Ana, es quizás el escritor inglés que armonizó mejor el genio con el buen gusto literario. Era de estilo correcto, de imaginación expresiva,



tenía elegancia, fuerza y naturalidad en sus versos y en su prosa. Amigo del decoro y de las reglas, deseaba que la tragedia se escribiera con dignidad, y así escribió su *Catón*. Esa obra, desde el primer acto, tiene versos dignos de Virgilio y sentimientos dignos de Catón. En todos los teatros de Europa, la escena entre Juba y Sifax se aplaudió como obra maestra de habilidad, de caracteres bien desarrollados, de hermosos contrastes y de dicción pura y noble. Son notabilísimos los versos que el protagonista de dicha tragedia, el héroe de la filosofía y de Roma, pronuncia en el acto quinto, cuando aparece teniendo sobre la mesa una espada desnuda y leyendo el *Tratado de Platón* sobre la inmortalidad del alma.

La obra obtuvo el ruidoso éxito que merecían sus bellezas de detalles, y que en parte le proporcionaron las discordias que entonces agitaban á Inglaterra, á las que alude en muchas ocasiones en la citada tragedia. Pero habiendo pasado las circunstancias que provocaron las alusiones quedan de esa obra los hermosos versos, las máximas nobles y justas, que suplen la frialdad de la tragedia.

## ARTES

(Artículo dedicado al rey de Prusia Federico el Grande)

### I

Todos los filósofos han creído que la materia es eterna; pero han opinado que las artes eran nuevas, sosteniendo que hasta el arte de amasar el pan es reciente. Los primeros romanos sólo comían gachas, y los vencedores del Universo no llegaron á conocer ni los molinos de viento, ni los molinos de agua. Esta verdad parece á primera vista contradecir la antigüedad del globo tal como hoy existe, ó suponer que ha pasado éste por terribles revoluciones. Las inundaciones de los bárbaros no pudieron conseguir que se perdieran las artes que se hicieron necesarias. Supongo que un ejército de negros invada la Europa, como una nube de langostas, viniendo desde las montañas de Cobonas, por el Monomotapa, por el Monoemugi, por los Nosseguais y por los Maracates, y que atraviesen la Abyssinia, la Nubia, el Egipto, la Siria, el Asia Menor y toda Europa, trastornando y saqueándolo todo. Pues á pesar de eso, siempre quedarán algunos panaderos, algunos sastres, algunos carpinteros, algunos de los artesanos que se dedican al cultivo de las artes necesarias; sólo habrán desaparecido las artes de lujo.



Eso es lo que sucedió al derrumbarse el imperio romano; el arte de escribir casi quedó perdido, y los que se dedicaban á las artes que hacen agradable la vida no renacieron hasta mucho tiempo después.

De todo esto nada puede deducirse realmente contra la antigüedad del globo; porque si suponemos que una inundación de bárbaros consiguen que perdamos hasta el arte de escribir y el de amasar el pan; si suponemos una cosa peor todavía, esto es, que pasamos diez años sin tener pan, plumas, tinta y papel, el país que pudo pasar diez años careciendo de esos objetos, pudo también vivir un siglo y cien mil siglos sin ellos. Es indudable que el hombre y los demás animales pueden subsistir muy bien sin panaderos, sin novelistas y sin teólogos; porque así ha sucedido en toda la América y en las tres cuartas partes de nuestro continente.

La novedad de las artes no prueba, pues, la novedad del globo, como asegura Epicuro, que suponía que, por casualidad, los átomos eternos, al declinar, formaron un día el globo. Pomponace decía: «Se il mondo non é eterno, per tutti santi é molto vecchio.»

## II

### *De los pequeños inconvenientes inherentes á las artes*

Los que manejan el plomo y el mercurio, tienen propensión á sufrir cólicos peligrosos y ataques de nervios; los que usan plumas y tinta, una especie de hormiguillo y experimentan continuas sacudidas. Ese hormiguillo es el que padecían algunos exjesuítas que escriben libelos. Afortunadamente, señor, no conocéis esa clase de animales, expulsada de vuestros Estados y de los de la emperatriz de Rusia, del rey de Suecia y del rey de Dinamarca. El exjesuíta Pauliau y el exjesuíta Nonote, que como yo cultivan las bellas artes, no cesan de perseguirme; me aplastan con el peso de su fama y con el de su genio, que es más pesado todavía. Soy perdido, si vuestra majestad no se digna defenderme de ellos.

## ASMODEO

Ningún hombre que conozca la antigüedad ignora que los judíos, hasta el tiempo de su cautividad, no conocieron los ángeles, y que se los hicieron conocer los persas y los caldeos. En



su cautiverio, según dice Calmet, supieron que había siete ángeles principales delante del trono del Señor; entonces también supieron los nombres de los diablos. El demonio, que nosotros llamamos Asmodeo, se llamó antiguamente Hashmodai ó Chammodai. «Se sabe, dice Calmet, que había diablos de varias categorías; unos eran príncipes y señores entre los demonios y otros subalternos y vasallos.»

Para que Hashmodai tuviese bastante poder para retorcer el cuello á siete jóvenes que se casaron sucesivamente con la hermosa Sara, natural de Ragés, que dista quince leguas de Echatana, era preciso que los medas fueran siete veces más maniqueos que los persas. Un príncipe bondadoso proporciona marido á dicha joven, y Hashmodai, que era rey de los demonios, destruye siete veces el casamiento que proporcionó á la aludida un príncipe bienhechor.

Siendo Sara hija de un judío, y judía también, que estaba cautiva en Echatana, ¿cómo un demonio meda pudo tener tanto poder sobre los judíos? Esa razón hace creer que Asmodeo-Chammodai era también judío, y que fué la antigua serpiente que tentó á Eva, y amó furiosamente á las mujeres, á las cuales tan pronto las engañaba como mataba á sus maridos por exceso de amor y de celos.

Efectivamente, el libro de Tobías, en la traducción griega, nos hace saber que Asmodeo estaba enamorado de Sara. Es general creencia de los sabios de la antigüedad que los genios buenos ó malos tenían gran afición á las hijas de los mortales y las hadas á los mancebos hijos de los hombres. La misma Sagrada Escritura, poniéndose al nivel de nuestra debilidad y dignándose adoptar el lenguaje vulgar, dice que «los hijos de Dios, encontrando hermosas á las hijas de los hombres, escogieron esposas entre ellas.»

Pero el ángel Rafael, que dirigía al joven Tobías, le da otra razón más digna de su ministerio y que podía ilustrar mejor al joven á quien servía de lazarillo, diciéndole que los siete maridos de Sara fueron víctimas de la crueldad de Asmodeo, porque se casaron con ella únicamente por gozarla, y añade: «Es preciso que el esposo guarde continencia con la esposa durante tres días y que juntos recen á Dios.»

Parece que con semejante instrucción no se necesita otro remedio para que Asmodeo huya; pero sin embargo, Rafael añade que se necesita además asar el corazón de un pescado con fuego de carbón. ¿Por qué, pues, no se empleó más tarde ese secreto infalible para sacar el diablo del cuerpo de las jóvenes? ¿Por qué los apóstoles, enviados expresamente para expulsar los demonios, no pusieron nunca sobre las parrillas el corazón de ningún pescado? ¿Por qué no se empleó ese expediente en los



asuntos de Marta Brossier, de las monjas de Londun, de las queridas de Urbano Graudier, de la Cadriere y del hermano Girard y de otras poseídas, en las épocas en que hubo tanta mujer que tuvo los diablos en el cuerpo?

Los griegos y los romanos, que conocieron muchos filtros para obligar á que los amaran, y que también poseían algunos para curar el amor, empleaban para esos casos hierbas y raíces. Recomendaban el *agnus castus*, que llegó á adquirir gran fama; pero los modernos lo hicieron tomar á monjas jóvenes y no las produjo efecto. Hace ya muchos siglos que Apolo se quejaba á Dafne de que á pesar de ser médico, no podía encontrar ningún medicamento que curara el amor. También empleaban, para conseguir ese resultado, el humo del azufre; pero Ovidio, que era maestro en esa materia, declara que esa receta es inútil.

Parece que fué más eficaz para expulsar á Asmodeo el humo del corazón ó del hígado de un pescado asado. El reverendo padre Calmet se inquieta, porque no puede comprender que semejante fumigación obre sobre un puro espíritu; pero puede estar tranquilo respecto á esto, si recuerda que los antiguos dotaron de cuerpos á los ángeles y á los demonios. Verdad es que sus cuerpos eran muy sutiles y tan ligeros como las pequeñas partículas que se desprenden de un pescado asado, y se parecían al humo que éste hace salir del fuego, y obraba sobre ellos por simpatía.

Por este procedimiento no sólo se consiguió hacer huir á Asmodeo, sino también que el ángel Gabriel le encadenara en el alto Egipto, donde está todavía. Vive en una gruta que está cerca de la ciudad de Saata ó de Taata. Pablo Lucas lo vió, y nos habla de él. Es una serpiente que cortan en pedazos, y estos pedazos se vuelven á reunir en seguida y luego desaparece. Calmet cita el testimonio de Pablo Lucas, y yo quiero citarlo también. Podría añadirse la teoría de Pablo Lucas á la teoría de los vampiros, en la primera compilación que el abate Guyón imprima.

#### ASFALTITE (LAGO DE SODOMA)

Palabra caldea que significa una especie de betún que abunda en los países que riega el Eufrates. Los climas europeos también lo producen, pero de muy mala calidad. También se recoge en grandes cantidades en Suiza; con él quisieron llenar en colmos torres que se elevan á los lados de una de las puertas de Ginebra, pero sólo duró un año; la mina quedó abandonada, pero pueden cubrirse los fondos de los tazones de las fuentes mezclando ese betún con polvos de resina; y quizás llegue un día en que



se le de uso más útil. El verdadero asphaltite es el que se recogía en los alrededores de Babilonia y con el que se supone que componían el fuego griego.

Existen muchos lagos llenos de asphaltite ó de un betún que se le parece, así como hay otros que están impregnados de nitro. De esta clase existe un gran lago en el desierto de Egipto, que se extiende desde el lago Medis hasta la entrada del Delta, y que se llama el lago de Nitro.

El lago Asphaltite, conocido por el nombre de lago de Sodoma, fué famoso mucho tiempo por su betún; pero en la actualidad los turcos no lo gastan, bien sea porque la mina que está debajo del agua haya disminuído, ó porque salga de peor calidad ó sea muy difícil sacarlo del fondo del agua. Algunas veces se desprenden partículas aceitosas y hasta pedazos que sobrenadan; y los recogen, hacen con ellos una mezcla y los venden por bálsamo en la Meca. La naturaleza no espera que le apliquen ningún bálsamo para suministrar al cuerpo la sangre y la linfa que necesitan, ni para formar una nueva carne que sustituya á la que las llagas hacen perder. Los bálsamos de la Meca, de Judea y del Perú, sólo sirven para impedir la acción del aire, para tapar la herida, pero no para curarla; el aceite no hace nacer la piel.

Flavio Josefo dice que en su época, en el lago de Sodoma, no se criaban peces, y que el agua era tan ligera, que los cuerpos más pesados no se iban á fondo. Sin duda, en vez de decir tan *ligera*, quiso decir tan *pesada*; pero no lo experimentó. Después de todo podía suceder muy bien que el agua estancada impregnada de sales y materias compactas, pesando más que un cuerpo de semejante volumen, como el de un animal ó el de un hombre, le obligara á sobrenadar. La equivocación de Josefo consiste en dar una razón falsa de un fenómeno que pudo ser verdadero.

Es creíble también que en dicho lago no hubiera peces. El asfalto no es substancia á propósito para alimentarlos; pero sin embargo, es verosímil que en dicho lago no todo fuera asfalto; tiene de longitud veintitrés ó veinticuatro leguas, y recibiendo en su manantial las aguas del Jordán, pudiera recibir también los peces de este río, aunque tal vez tampoco los tenga el Jordán, y por lo tanto no pueda suministrarlos; quizás sólo se encuentren peces en el lago superior de Tiberiades.

Añade Josefo que los árboles que crecen en las orillas del mar Muerto producen frutas de muy buen aspecto, pero que se convierten en polvo cuando las mordemos para comérmolas. Esto ya no me parece tan probable, y nos dá pie para suponer que Josefo no lo sabe por experiencia, y que da esta noticia exagerada, así como es exagerado en todo. Por regla general, producen frutas de hermosa vista y de buen sabor los terrenos sulfurosos y salados, como son los de Nápoles, de Catania y de Sodoma.



La Sagrada Biblia nos dice que destruyó cinco ciudades el fuego del cielo. En esta ocasión la física atestigua lo mismo que el Antiguo Testamento, aunque no la necesitamos para eso y aunque todos los comentaristas no estén de acuerdo. Se han conocido varios terremotos, en los que cayeron muchos rayos y que destruyeron otras ciudades más importantes que Sodoma y Gomorra.

Pero el río Jordán, teniendo necesariamente su embocadura en ese lago sin salida, en ese mar muerto, que es semejante al mar Caspio, debe haber existido siempre en el mismo sitio; luego esas cinco ciudades no pudieron ocupar nunca el terreno que ocupa el lago de Sodoma. La Sagrada Escritura no dice tampoco que ese terreno se convirtiera en lago; dice todo lo contrario: «Dios hizo llover desde el cielo azufre y fuego, y Abraham, al levantarse por la mañana, dirigió la vista á Sodoma y á Gomorra y á las tierras que las rodean, y sólo vió cenizas revoloteando como el humo de una fragua.» (1)

Luego las cinco ciudades Sodoma, Gomorra, Seboán, Agama y Segor, debían estar situadas en la playa del mar Muerto. Pero cualquiera objetará que no es posible que en aquel desierto inhabitable, como es hoy, en el que sólo se encuentran algunas hordas de ladrones árabes, existieran cinco ciudades opulentas sumergidas en las delicias del vicio y en los placeres infames que constituyen el último refinamiento de la lubricidad, lo que sólo es propio de naciones ricas y gastadas. Pero á esa objeción puede contestarse que aquel terreno no era entonces un desierto.

Otros críticos pueden hacer también esta objeción: ¿Cómo es posible que puedan existir cinco ciudades en las extremidades de un lago, cuya agua no era potable? La misma Sagrada Escritura nos hace saber que dicho lago era de asfalto antes del incendio de Sodoma. «Había allí muchos pozos de betún en los valles, y los reyes de Sodoma y de Gomorra, huyendo, cayeron en ellos» (2).

Tercera objeción que presentan los críticos: Isaías y Jeremías dicen que Sodoma y Gomorra nunca serán reedificadas; pero Esteban el geógrafo dice que Sodoma y Gomorra estaban situadas en las riberas del mar Muerto; y en la *Historia de los Concilios* se ve que había obispos de Sodoma y de Segor. A esta objeción puede contestarse que Dios haría nacer en dichas ciudades, cuando se reedificaran, habitantes menos culpables, porque entonces no había en ellas obispos *in partibus*.

¿Pero qué agua beberían los nuevos habitantes, siendo en esas ciudades salobre el agua de los pozos y encontrándose en

(1) *Génesis*, cap. XIX.

(2) *Génesis*, cap. XIV, vers. X.



la tierra, en cuanto se cava, asfalto y sal corrosiva? A esta cuarta objeción puede contestarse que en la actualidad aún hay árabes que habitan aquellos terrenos, que han podido acostumbrarse sin duda á beber agua nociva; que Sodoma y Gomorra durante el bajo imperio, sólo eran miserables cabañas, y que entonces había poquísimos obispos, cuyas diócesis se reducían á una pobre aldea; y se puede añadir además, que los colonos de esas aldeas preparaban el asfalto y hacían con él un comercio productivo.

El desierto árido y ardiente que se extiende desde Segor hasta el territorio de Jerusalén, produce bálsamo y aromas, por la misma razón que produce nafta, sal corrosiva y azufre. Dícese que en ese desierto se forman petrificaciones con sorprendente rapidez; y este efecto hace verosímil, según la opinión de algunos físicos, la petrificación de Edith, mujer de Loth.

Pero dice el *Génesis* en el capítulo XIX, versículo 26, que dicha mujer, «al ir á mirar hacia atrás, quedó convertida en estatua de sal;» eso no fué una petrificación natural que operó el asfalto ó la sal; fué un verdadero milagro. Flavio Josefo, en el libro primero de las antigüedades, dice que él ha visto esa estatua; y San Justino y San Ireneo se ocupan de ella como de un prodigio que subsistía aún en su época. Esos testimonios se consideran como fábulas ridículas.

Es sin embargo probable que algunos judíos se divirtieran tallando de un montón de asfalto una figura grosera de mujer y que dijeran por burla que era la mujer de Loth. Yo he visto palanganas de asfalto muy bien hechas y de larga duración; pero es preciso confesar que se excede San Ireneo cuando dice: «La mujer de Loth permaneció en el territorio de Sodoma, no en carne corruptible, sino en estatua de sal permanente, produciendo sus partes naturales, sus efectos ordinarios.»—*Uxor remansit in Sodomis, jam non caro corruptibilis, sed statua salis semper maneus, et per naturalia ea quæ sunt consuetudinis hominis ostendens.* (Libro IV, capítulo II.) San Ireneo no se expresa con la exactitud de un buen naturalista al decir que la mujer de Loth no era de carne corruptible, y que tenía la menstruación.

En el *Poema de Sodoma*, cuyo autor se supone que es Tertuliano, todavía se dice lo mismo más enérgicamente:

*Dicitur, et vivens alio sub corpore, sexus  
Mirifice solito dispungere sanguine menses;*

cuyos versos, traducidos libremente, significan: «La mujer de Loth, aunque se convirtió en estatua de sal, sigue siendo mujer y menstrúa.»



El país de los aromas fué también el país de las fábulas. En las tribus de la Arabia Petrea y en sus desiertos, los antiguos mitologistas suponen que Mirra, nieta de una estatua, huyó de su patria después de haber cohabitado con su padre, como las hijas de Loth cohabitaron con el suyo, y que se metamorfoseó en el árbol que produce la mirra. Otros mitologistas aseguran que huyó á la Arabia feliz; pero tan sostenible es una opinión como otra.

Lo cierto es que ningún viajero europeo se ha dedicado todavía á estudiar el terreno de Sodoma; su asfalto, su sal, sus árboles y sus frutos; ni á pesar el agua del lago, ni á analizarla, ni á averiguar si las materias que son más pesadas que el agua ordinaria del lago sobrenadan, ni á hacer una descripción exacta de la historia natural de aquel país. Los peregrinos que van á Jerusalén, no se ocupan de estas investigaciones; y ese desierto está infestado de árabes vagabundos que lo recorren hasta Damasco, refugiándose después en las cavernas de las montañas que el bajá de Damasco no puede supeditar. Por eso los curiosos no pueden enterarse de ninguna de las singularidades del lago Asfaltite. Es cosa que entristece á los doctores ver que entre tantos sodomitas que hay en Europa, no se encuentre uno solo que pueda proporcionarnos datos exactos de su antigua capital.

## ASNO

## I

Completaremos el artículo *Asno* que publicó la *Enciclopedia*, refiriéndose al asno de Luciano, que llegó á ser de oro en manos de Apuleyo. Lo más chistoso de tal novela es lo relativo á Luciano. El chiste consiste en que una dama se enamoró de ese hombre cuando era asno, y no lo quiso ya cuando se convirtió en hombre. Metamorfosis de esa clase son comunes en la antigüedad. El asno de Sileno hablaba, y los sabios creyeron que hablaba en árabe: probablemente sería un hombre que el poder de Bacus convertiría en asno, porque Bacus era árabe.

Virgilio habla de la metamorfosis de Mæris en lobo, como si fuera una cosa ordinaria: «Mæris, convertido en lobo, se ocultó en los bosques.»

¿La doctrina de las metamorfosis derivaba de las antiguas fábulas de Egipto, que propalaron que los dioses se convirtieron en animales durante la guerra empeñada contra los gigantes? Los griegos, que imitaron y estudiaron muchísimo las fábulas orientales, metamorfoseaban casi todos sus dioses en hombres



ó en bestias para que realizaran mejor sus designios amorosos. Se convertían á sus dioses en toros, en caballos, en cisnes ó en palomas, ¿por qué no habían de practicar la misma operación con los hombres?

Varios comentaristas, olvidándose del respeto que merecen las Santas Escrituras, citan el ejemplo de Nabucodonosor, que se convirtió en buey; pero eso es un milagro, una venganza divina, un hecho que está fuera de la esfera de la naturaleza, en el que no se deben fijar nuestros ojos profanos ni ha de ser objeto de nuestras investigaciones.

Otros sabios, quizás más indiferentes, pretenden sacar partido de un hecho que refiere el Evangelio de la Infancia. Una doncella, en Egipto, al entrar en el cuarto de algunas mujeres, vió un mulo, cubierto con una mantilla de seda, y que llevaba en el cuello un pendiente de ébano. Dichas mujeres le besaban, y llorando le presentaban la comida. El mulo era hermano de aquellas mujeres. Los magos le habían privado de la figura de hombre, pero el Señor de la naturaleza se la restituyó muy pronto.

Aunque dicho evangelio es apócrifo, el respeto que nos causa el nombre que lleva, nos impide dar más detalles de esa aventura, que sólo hemos copiado para probar que las metamorfosis estuvieron en moda en aquellos tiempos en casi todo el mundo. Los cristianos que compusieron tal evangelio, indudablemente eran hombres de buena fe, que no trataron de escribir una novela y refirieron sencillamente lo que osan decir. La iglesia, que rechazó ese evangelio y cuarenta y nueve evangelios más, no acusa á sus autores de impiedad ni de prevaricación; esos autores hablaban al populacho sojuzgados por las preocupaciones de su época. La China fué quizás la única nación que estuvo exenta de tales supersticiones.

La aventura de los compañeros de Ulises, que la ninfa Circe convirtió en bestias, es mucho más antigua que el dogma de la metempsicosis que Pitágoras anunció en Grecia y en Italia.

¿En qué se fundan los que pretenden que no existe ningún error universal que no provenga del abuso de alguna verdad? Dicen que hay charlatanes, porque hubo verdaderos médicos, y que se creen los falsos prodigios, porque han existido prodigios verdaderos. ¿Pero tenemos testimonios indudables de que algunos hombres se hayan convertido en lobos, en bueyes, en caballos ó en asnos? Ese error universal tuvo por origen el amor á lo maravilloso y la inclinación humana hacia las supersticiones.

Basta una opinión errónea para llenar de fábulas el universo. Un doctor indio experimentó que los animales estaban dotados de sentimiento y de memoria; y de esto dedujo que tenían alma, porque los hombres también la tienen.



¿Después de la muerte, dónde van las almas de los hombres y de los animales? Como es preciso que vayan á alguna parte, van á alojarse en el primer cuerpo que se está formando: de modo, que el alma de un bramán va á morar en el cuerpo de un elefante, y el alma de un asno ocupa el cuerpo de un bramán recién nacido. Hé aquí el dogma de la metempsícosis fundado sobre un simple raciocinio.

Pero este no es el dogma de las metamórfofis. En las metamórfofis no existe el alma, que se queda sin morada y va en busca de alojamiento; es un cuerpo que se convierte en otro cuerpo, cuya alma vive siempre en la misma morada. Indudablemente no tenemos en la naturaleza ningún ejemplo de semejante juego de cubiletes. Averigüemos, pues, cuál puede ser el origen de opinión tan extravagante y tan generalmente admitida.

¿Podrá haber sucedido que un padre, al reprender á su hijo por ser ignorante y disoluto, le dijera: «Eres un cerdo, un asno;» y en seguida le pusiera en penitencia, poniéndole una cabeza de asno, y al verlo así alguna criada de la vecindad dijera que el joven se había convertido en asno en castigo de sus faltas? La criada lo refiriría á sus vecinas, éstas á otras, y pasando la relación de boca en boca, darían la vuelta al mundo. Quizás las metamórforis hayan nacido de un equívoco; y aquí es ocasión de repetir lo que dice Boileau: «El equívoco fué la madre de casi todas nuestras tonterías.» Añadid á todo esto el poder irresistible que tenía la magia en las naciones antiguas, y no nos asombrará nada de lo que hicieron en ésta y en otras materias.

Dícese que los asnos eran guerreros en la Mesopotamia, y que á Mervan, que fué el califa XXI, por sobrenombre le llamaron Asno, por ser muy bravo. El patriarca Fotius, en el extracto de la vida de San Isidoro, refiere que Ammonius tenía un asno que conocía la poesía y abandonaba el pesebre por ir á oír versos. La fábula del rey Midas vale más que el cuento de Fotius.

## II

### *Del asno de oro de Maquiavelo*

Es muy poco conocido el asno de Maquiavelo. Los diccionarios que se ocupan de esta obra, dicen que la escribió en su juventud; pero parece escrita en la edad madura, porque el autor alude á las desgracias que sufrió muchos años antes. La obra es una sátira escrita contra sus contemporáneos. El autor des-



cribe muchos florentinos, de los que uno está convertido en gato, otro en dragón, este en perro que ladra á la luna, aquel en zorro que no se deja cojer. A cada carácter aplica el nombre de un animal. El partido de los Médicis y el de sus enemigos, es indudable que están representados en la obra, y el que consiguiera encontrar la clave del Apocalipsis cómico de Maquiavelo, conocería la historia secreta del Papa León X y la de las perturbaciones de Florencia. El poema está impregnado de moral y de filosofía, y termina con estas magníficas reflexiones de un cerdo, que poco más ó menos, dice lo siguiente del hombre: «Sois animales de dos pies, que nacéis desnudos, sin armas, sin uñas, sin plumas y sin lanas y dotados de una piel muy delicada: lloráis al nacer y lloráis con mucha razón, porque prevéis que vuestras desgracias os han de arrancar lágrimas. Los loros y vosotros habéis recibido el dón de la palabra. La naturaleza os concedió manos muy hábiles; pero ¿os dió también almas virtuosas? ¿Qué hombre puede igualarse con los animales? El hombre es más salvaje, más vil y más perverso que nosotros: cobarde ó valiente, se entrega al crimen y sufre siempre, ó miedo ó rabia. Tiemblan los hombres ante la muerte, y se degüellan unos á otros; nunca unos cerdos con otros cometen tan villanas injusticias. El cubil es para nosotros el templo de la paz. Dios me preserve toda la vida de convertirme en hombre y de tener todos sus vicios.»

De esta relación original debió copiar Boileau la sátira que escribió sobre el hombre, y La Fontaine su fábula sobre los compañeros de Ulises, si es que por casualidad La Fontaine y Boileau tuvieron noticia del asno de Maquiavelo.

### III

#### *Del asno de Verona*

El escritor debe decir la verdad y no engañar á los lectores. Digo esto, porque no sé positivamente si el asno de Verona subsiste todavía en todo su esplendor, aunque yo no le he visto. Pero los viajeros que le vieron hace cuarenta años, convienen en que sus reliquias estaban aún encerradas en el vientre de un asno artificial, construído expresamente para este objeto; convienen también en que le vigilaban cuarenta frailes del convento de Nuestra Señora de los Organos de Verona y en que lo sacaban en procesión dos veces cada año. Constituía una de las más antiguas reliquias de la ciudad. La tradición refiere que ese asno llevó cabalgando á Nuestro Señor cuando entró en Je-



rusalén, y que no queriendo vivir en esa ciudad, se fué por el mar, que se endureció tanto como el casco de sus pies, pasando por Chipre, Rodas, Candía, Malta y Sicilia, y allí se detuvo en Aquilea. Pero por fin se estableció en Verona, en cuya ciudad vivió muchos años.

Dió origen á esta fábula el tener la mayoría de los asnos una especie de cruz negra sobre el espinazo. Indudablemente aparecería algún asno viejo en los alrededores de Verona, el público notaría la cruz mejor hecha que en sus demás cofrades, y no faltaría alguna vieja beata que dijera que había servido á Jesús de montura cuando éste entró en Jerusalén. Y cuando el asno moriría, le dedicarían magníficos funerales; y la fiesta quedó establecida en Verona. Luego se verificó en otros países, sobre todo en Francia, y se representaba del modo siguiente. Una doncella representaba á la Santa Virgen, que caminaba hacia Egipto montada sobre un asno, llevando un niño en brazos y precediendo á una procesión muy larga. El sacerdote, al terminar la misa, en vez de decir: *Ite misa est*, rebuznaba tres veces con toda la fuerza de sus pulmones, y el pueblo, formando coro, le respondía.

Se han escrito libros sobre la fiesta del asno y sobre la fiesta de los locos, que pueden suministrar materiales para escribir la historia universal del género humano.

## ASESINO, ASESINATO

### I

Voz corrompida tomada de la palabra *Ehissessin*. Sucede muchas veces á los que visitan un país lejano, que oyen mal, repiten mal y escriben mal en su propia lengua lo que mal comprendieron en idioma extranjero, y luego engañan á sus compatriotas y se engañan á sí mismos. El error se transmite de boca en boca y de pluma en pluma, y se necesita el transcurso de siglos para destruirlo.

Existía en la época de las cruzadas un desgraciado pueblecillo de montañeses, que habitaban en cavernas cerca del camino de Damasco. Eran bandidos y se escogían un jefe, al que llamaban Chik-Elchassissin. Créese que la palabra honorífica *chik* ó *chek*, significaba antiguamente *anciano*; lo mismo que entre nosotros el título de *señor* proviene de *senior*, que significaba *anciano*; como la palabra *graf*, *comte* significa *viejo* en Alemania. En la antigüedad más remota, el mando civil se concedía á los an-



cianos en casi todos los pueblos, y luego este mando se convirtió en hereditario.

Los cruzados llamaron al anciano que era jefe de los montañeses árabes *el viejo de la montaña*, y creyeron que era un gran príncipe, porque mandó que robaran y mataran en el camino real al conde de Montferrat y á algunos otros señores que iban con los cruzados; y éstos llamaron á esos pueblos *los asesinos*, y á su jefe *el rey del vasto país de los asesinos*. Ese vasto país tiene cinco ó seis leguas de longitud y dos de anchura por la parte del Anti-Líbano, país horrible y peñascoso, como casi toda la Palestina, pero cortado por agradables praderas que sirven de pasto á muchos rebaños, como lo afirman todos los que han hecho el viaje de Alepo á Damasco.

El chik, ó sea el anciano de esos asesinos, tenía que ser un jefe de bandidos, porque entonces mandaba en Damasco un soldán muy poderoso.

Los novelistas franceses de aquella época, que eran tan fantásticos como los cruzados, supusieron que dicho jefe de asesinos, temiendo en 1236 que el rey de Francia Luis IX (que nunca oyeron nombrar) se pusiera al frente de una de las cruzadas y le privase del territorio en que dominaba, envió dos emisarios suyos á París con el encargo de que asesinaran al rey. Pero al día siguiente supo que ese príncipe era bueno y generoso, y envió otros dos emisarios con la contraorden de que no le asesinaran. Los envió por mar á unos y á otros, porque los dos emires que iban á matar á Luis, y los otros dos que iban á salvarle la vida, sólo podían realizar ese viaje embarcándose en Joppé, que estaba entonces en poder de los cruzados, cuya circunstancia aumenta lo inverosímil de ese proyecto. Sin embargo de esto, varios autores, unos tras otros, refieren detalladamente esa aventura, á pesar de que Joinville, que fué contemporáneo y estuvo en aquellos sitios, no habla de ella.

Los jesuítas Maiburg, Daniel y otros, y Mezerai, que no era jesuíta, copian ese absurdo. El abad Velly, en su *Historia de Francia*, lo repite, sin discutirlo, sin examinarlo, dando crédito á las palabras de Guillermo de Nangis, que escribió este hecho sesenta años después de haber sucedido, en la época en que se compilaban para la historia todos los rumores públicos. Si sólo se escribieran los sucesos verdaderos y útiles, los voluminosos libros históricos quedarían reducidos á muy pocas páginas.

Durante seiscientos años se está negando la veracidad del cuento del *viejo de la montaña*, que embriagaba con voluptuosidades á los jóvenes que seguían su partido, haciéndoles creer que habitaban en el paraíso y luego los enviaba á asesinar reyes al extremo del mundo para hacerles acreedores al paraíso eterno.



## II

Siendo el asesinato, después del envenenamiento, el crimen más cobarde y que merece mayor castigo, no debe extrañarnos que en nuestros días exista un hombre que lo apruebe, un hombre cuya razón extraña no está siempre de acuerdo con la razón de los demás hombres. Finge, en una novela que titula *Emilio*, (1) que educa á un joven gentil hombre, al que preserva de dar la educación que se recibe en la escuela militar. Esto es, le preserva de enseñarle idiomas, geometría, táctica, fortificaciones y la historia del país; se abstiene de inspirarle amor al rey y á la patria; se limita á convertir al joven en carpintero, y pretende que el gentil hombre carpintero, si le insultan públicamente ó le dan un bofetón, en vez de devolver el insulto y la bofetada y batirse con el insultador, *lo asesine prudentemente*. Verdad es que Moliere bromeando dice en su comedia *El amor pintor*, que *asesinar es lo más seguro*; pero el autor de la novela afirma que es lo más razonable y lo más digno. Lo dice seriamente, y entre el sinnúmero de las paradojas que se encuentran en sus libros, esa es una de las tres ó cuatro que es el primero y último en sostener. El mismo espíritu delicado y decente que le obliga á aconsejar que el preceptor debe acompañar con frecuencia á su discípulo á los sitios de prostitución, le hace sostener que ese discípulo debe ser un asesino. De modo, que la educación que Juan Jacoco da á un gentil hombre, consistió en enseñarle á manejar el cuchillo y hacerle digno de la cárcel y de la horca.

Dudamos que los padres de familia se avengan á dar á sus hijos preceptores semejantes. Forman verdadera antítesis las máximas que sienta el *Emilio* con las que vierte Mentor en el *Telémaco*; pero es preciso confesar que el siglo XVIII es enteramente distinto del siglo de Luis XIV.

Por fortuna, los lectores de este *Diccionario* no encontrarán en él insensateces ni extravagancias; encontrarán con frecuencia una filosofía que quizá parezca atrevida, pero no esa charlatanería atroz y extravagante que dos ó tres locas llaman *filosofía* y dos ó tres damas *elocuencia*. (2)

(1) En este artículo marca Voltaire la enemistad que por entonces tenía con Rousseau (N. del T.)

(2) Alusión á las amigas entusiastas de Rousseau. (N. del T.)



## ASAMBLEA

Asamblea; voz general que se aplica á lo profano, á lo sagrado y á lo político. En una palabra, significa reunión de muchas personas. Esa voz evita todas las disputas sobre palabras y las significaciones injuriosas con las que los hombres acostumbran á designar las sociedades á las que no pertenecen.

La asamblea legal de los atenienses se llamó *Iglesia*. Consagrada esa palabra entre nosotros exclusivamente á la convocación de los católicos en un mismo sitio, desde luego no dimos nunca el nombre de Iglesia á la asamblea de los protestantes, que se llamó al principio *reunión de hugonotes*; pero la civilización desterró luego esa frase odiosa y se sirvió de la palabra *asamblea*. En Inglaterra, la Iglesia dominante llama asambleas, *meeting*, á las iglesias de los no conformistas.

La palabra asamblea parece ser la más propia para aplicarla á la reunión numerosa de personas invitadas á perder el tiempo en una casa, en la que los dueños les hacen los honores y en la que se charla, se juega, se cena ó se baila. Si sólo se reúnen escaso número de personas, no se llama asamblea, porque es una reunión de amigos y nunca es numerosa.

Las asambleas se llaman en italiano *conversazione, ridotto*.

## ASTROLOGÍA

La astrología está apoyada en mejores cimientos que la magia, porque si nadie ha visto nunca duendes, larvas, divas, peris ni demonios, en cambio se ha visto muchas veces realizarse las predicciones de los astrólogos. Cuando dos astrólogos consultados tienen que decir sobre la vida de un niño ó sobre la temperatura, y uno de ellos dice que llegará á hombre y el otro que no llegará; cuando uno de ellos anuncia la lluvia y el otro el buen tiempo, es indudable que uno de los dos es profeta.

La desgracia que han tenido los astrólogos consiste en que el cielo ha cambiado después que se establecieron las reglas de la astrología. El sol, que en el equinoccio estaba en el signo del Cordero en la época de los argonautas, se encuentra actualmente en el signo del Toro; y los astrólogos, por desgracia de su arte, atribuyen hoy á una morada del sol lo que visiblemente pertenece á otra. Sin embargo, esto no es una razón demostra-



tiva contra la astrología; demuestra que los maestros del arte se equivocan, pero no demuestra que el arte no pueda existir.

No es un absurdo decir: El niño que nació en el creciente de la luna, durante una estación tempestuosa, al salir tal ó cual estrella nacerá con constitución endeble y su vida raquítica será corta, porque esto es lo que ordinariamente sucede á los temperamentos muy delicados. Tampoco es un absurdo decir lo contrario, esto es, que el niño que nazca cuando la luna esté en su lleno, ó el sol en toda su fuerza y en tiempo sereno, nazca con constitución fuerte y goce vida larga y feliz. Si esas observaciones se hubieran repetido muchísimas veces y se hubieran encontrado exactas, la experiencia, al cabo de algunos millares de siglos, hubiera podido formar un arte del que no cabría dudar. Hubiéramos creído, con grandes probabilidades de acierto, que los hombres eran como los árboles y como las legumbres, que se deben plantar y sembrar en ciertas estaciones. Hubiera sido inútil contradecir á los astrólogos diciéndoles:—Mi hijo nació con exelente temperamento, y sin embargo, ha muerto en la cuna. El astrólogo hubiera contestado:—Muchas veces sucede que se mueren árboles plantados en la estación oportuna; respondo de los astros, pero no puedo responderos del vicio de conformación que podáis haber transmitido á vuestro hijo; la astrología sólo obra cuando no hay causa que se oponga al bien que los astros pueden proporecionar.

Tampoco se puede desacreditar la astrología diciendo: «De dos niños que nacieron el mismo minuto, uno fué rey y el otro fué sólo fabriquero de su parroquia;» porque pudieran contestar probando que uno de los dos hizo su suerte siendo fabriquero, y el otro también, llegando á ser rey. Y si se objetara que el bandido que Sixto V mandó ahorcar nació al mismo tiempo que Sixto V, que desde pastor de cerdos llegó á ser Papa, los astrólogos replicarían que los dos niños habían nacido con la diferencia de algunos segundos, porque es imposible, según las reglas de la astrología, que la misma estrella conceda la tiara y la horca. Como una multitud de experiencias han desmentido las predicciones, al fin han comprendido los hombres que este arte es ilusorio; pero antes de desengañarse, fueron crédulos muchísimo tiempo.

Uno de los más famosos matemáticos de Europa, Stoffler, que floreció á últimos del siglo XV y á principios del XVI, y trabajó muchos años en la reforma del calendario propuesta en el Concilio de Constanza, predijo que sobrevendría un diluvio universal el año 1524. Ese diluvio debía llegar en el mes de Febrero, cálculo probable, porque Saturno, Júpiter y Marte, se encuentran entoncés en conjunción en el signo de los peces. Quedaron consternados todos los pueblos de Europa, Asia, y Africa,



que se enteraron de esa predicción, esperando el diluvio, á pesar de ver el arco iris. Algunos autores contemporáneos refieren que los habitantes de las provincias marítimas de Alemania se apresuraron á vender las tierras que poseían, baratísimas, á los que tenían más dinero que ellos y menos credulidad. Cada uno de los habitantes de esas provincias compró un buque para que le sirviera de arca. Un doctor de Tolosa, que se llamaba Auriol, mandó construir una gran arca para él, su familia y sus amigos, y se tomaron las mismas precauciones en gran parte de Italia. Pero llegó el mes de Febrero y no cayó una sola gota de agua. Nunca se vió un mes tan seco, y los astrólogos quedaron en ridículo. A pesar de esto, no se desanimaron, y el público siguió teniendo fe en ellos. Casi todos los príncipes siguieron consultándolos. No tengo yo el honor de ser príncipe, y á pesar de esto, el célebre conde de Boulainvilliers y el italiano Colonna, que gozaba de gran fama en París, me predijeron que moriría infaliblemente á la edad de treinta y dos años. Pero yo he tenido la malicia de engañarles hasta ahora durante más de treinta años, y les pido humildemente que me perdonen (1).

Menos debe sorprendernos todavía que tantos hombres, superiores al vulgo, tantos príncipes, tantos papas, que no se hubieran dejado engañar si se tratara de sus propios intereses, los haya seducido, tan ridículamente la impertinencia de la astrología.

Eran muy orgullosos, pero muy ignorantes. Las estrellas sólo á ellos predecían el destino; el resto del universo era una canalla, sobre la que las estrellas no se dignaban influir. Se parecían á cierto príncipe, que temblaba al ver un cometa, y decía gravemente á los que no le temían: «Comprendo que estéis tranquilos y que no le temáis; no sois príncipes.»

El famoso duque Walstein fué uno de los hombres más infatuados con esta manía. Como era príncipe, dió en creer que el Zodíaco se formó para él expresamente. No sitiaba una ciudad ni empeñaba una batalla antes de haber celebrado consejo con el cielo; pero como el grande hombre era muy ignorante, había nombrado jefe de su consejo á un bribón italiano que se llamaba Juan Bautista Seni, al que pagaba el sostenimiento de una carroza de seis caballos y veinte mil libras de pensión. Juan Bautista Seni no pudo prever que Walstein sería asesinado por orden de su soberano Fernando II, ni que él tendría que regresar á pie á Italia.

Es evidente que sólo pueden hacerse conjeturas sobre el porvenir; pero estas conjeturas pueden ser tan probables, que se

---

(1) Voltaire escribió ese artículo en 1556, teniendo sesenta y dos años. Aún vivió muchos más. (N. del T.)



aproximen mucho á la certidumbre. Si vemos que una ballena se traga á un hombre, podemos apostar mil contra uno á que se lo comerá; pero no podemos tener la misma seguridad, después de leer las aventuras de Hércules, de Jonás y de Rolando el loco, de que permanecerá mucho tiempo en el vientre de un pez.

Nunca se repetirá bastante que Alberto el Grande y el cardenal d' Ailly, hicieron los dos el horóscopo de Jesucristo. Leyeron evidentemente en los astros el número de diablos que sacaría de los cuerpos de los poseídos y la clase de muerte de que moriría; pero por desgracia, esos dos sabios astrólogos lo predijeron siglos después de haber sucedido.

### ATEO

Entre los cristianos hubo muchos ateos; pero en la actualidad hay muchos menos. Esto, que á primera vista parece una paradoja y examinándolo parecerá una verdad, consiste en que la teología lanzó con mucha frecuencia á los espíritus en el ateísmo y la filosofía los sacó de él. En los tiempos primitivos podía perdonarse á los hombres que dudaran de la Divinidad, porque veían que los que se la anunciaban disputaban unos contra otros respecto á la naturaleza de ésta. Los primeros padres de la Iglesia sostuvieron que Dios era corporal; los que les sucedieron, no le concedían extensión, y sin embargo, le hacían morar en una parte del cielo: según unos, creó el mundo al crear el tiempo, y según otros, creó el tiempo después; éstos, sostenían que su Hijo era semejante á Él; aquéllos, que el Hijo no era semejante al Padre. Tampoco estaban acordes en el modo cómo la tercera persona se derivaba de las otras dos. También disputaban si el Hijo en el mundo se componía ó no de dos personas.

De modo, que sin que ellos se apercibieran, plantearon la cuestión en estos términos: si había en la Divinidad cinco personas, contando dos en Jesucristo en el mundo y tres en el cielo; ó cuatro personas, contando á Cristo en el mundo sólo por una; ó tres personas, considerando sólo á Cristo como á Dios. Disputaban también sobre su madre, sobre el descendimiento al infierno y á los limbos, sobre la manera cómo se comía el cuerpo del Hombre-Dios y cómo se bebía su sangre, sobre su gracia, sobre los santos y sobre otras muchas materias.

Al ver tan desacordes unos con otros los confidentes de la Divinidad, y anatematizándose recíprocamente de siglo en siglo, pero acordes todos ellos en la inmoderada sed de acaparar riquezas y poder; al ver por otra parte el prodigioso número de desgracias y de crímenes que infectaban la tierra, muchos de



ellos, provocados por las contiendas de los directores de las almas, debemos confesar que era lícito al hombre razonable dudar de la existencia de un Sér Supremo tan extrañamente anunciado, y al hombre sensible creer que el Dios que espontáneamente había creado tantos desgraciados no debía existir.

Supongamos, poniéndolo por ejemplo, que un físico del siglo XV lea en la *Suma* de Santo Tomás estas palabras: «La virtud del cielo, en vez del esperma, basta con los elementos y con la putrefacción para producir la generación de los animales imperfectos.» He aquí las deducciones que de ese pensamiento hubiera sacado el físico: Si la podredumbre y los elementos bastan para producir animales informes, hay que suponer que con un poco más de podredumbre y con un poco más de calor podríamos obtener animales más completos. La virtud del cielo en este caso no es más que la virtud de la naturaleza. Crearé, pues, como Epicuro y Santo Tomás, que los hombres pueden nacer del limo de la tierra y de los rayos del sol; y todavía este origen es demasiado noble para seres tan desgraciados y perversos. ¿Por qué he de creer, pues, en un Dios creador, que sólo me presentan formulando ideas contradictorias é irritantes? Por fortuna nació la física y con ella la filosofía, y entonces se supo de un modo indudable que el limo del Nilo no es capaz de producir ni un insecto, ni una espiga de trigo; y hemos tenido que reconocer gérmenes, relaciones, medios y correspondencia asombrosa sobre todos los seres. Hemos estudiado los rayos de luz que parten del sol y van á iluminar los globos y el anillo de Saturno á trescientos millones de leguas de distancia para llegar á la tierra, y formar dos ángulos opuestos por el vértice en el ojo de un insecto reflejando la naturaleza en su retina. Nació luego un filósofo que descubrió las sencillas y sublimes leyes que rigen á los globos celestes girando en el abismo del espacio. De modo, que al conocer mejor la obra admirable del universo, hemos reconocido al Supremo arquitecto, y sus leyes uniformes y constantes nos han hecho reconocer un Supremo legislador. La sana filosofía destruyó, pues, el ateísmo, al que la obscura teología daba armas.

Sólo quedó el recurso á un reducido número de espíritus descontentadizos, á quienes afectan más las injusticias supuestas de un Sér Supremo que halaga su sabiduría, de obstinarse en negar la existencia de ese primer motor. Dicen: la naturaleza existe toda la eternidad; todo está en movimiento en la naturaleza; luego todo cambia en ella continuamente. Luego si todo cambia siempre, es preciso que lleguen todas las combinaciones posibles, y la combinación presente de todas las cosas pudo ser efecto exclusivo del movimiento y del cambio eterno. Tomad seis dados, echadlos, y apostamos uno contra mil á que no sacaréis seis veces el mismo número con los seis dados. De



ese modo, en el transcurso de una infinidad de siglos, no es imposible que una de las combinaciones infinitas sea la creación del universo.

Este argumento ha seducido espíritus muy razonables; pero que no reflexionan que el infinito se opone á ese raciocinio y no se opone en cambio á la existencia de Dios. Debían también comprender que si todo cambia, las menores especies de las cosas no debían ser inmutables, como lo son desde hace muchísimo tiempo. Por lo menos no tienen ninguna razón para creer que nuevas especies no se forman todos los días, y por el contrario, es muy probable que una mano poderosa, superior á esos cambios continuos, contenga todas las especies en los límites que les ha prescrito. De modo, que el filósofo que reconoce á Dios, tiene para defender su causa multitud de probabilidades que equivalen á la certidumbre, y el ateo sólo tiene dudas. Podríamos alegar muchas más pruebas filosóficas que destruyen el ateísmo.

En cuanto á la moral, es evidente que vale más reconocer á Dios que negarlo. Interesa á todos los hombres que exista una divinidad que castigue lo que la justicia humana deja impune; pero también es evidente que vale más no reconocer á ningún dios que adorar á un bárbaro, al que sacrifican hombres, como sucede en algunas naciones. Esta verdad la pondremos á la vista por medio de un ejemplo.

Los judíos, en la época de Moisés, no tenían noción alguna de la inmortalidad del alma, ni de la vida futura. Su legislador sólo les anuncia de parte de Dios recompensas y penas puramente temporales; para ellos, pues, la cuestión es vivir. Moisés ordena á los levitas que degüellen veintitrés mil hermanos suyos, porque adoraban un becerro de oro ó dorado. En otra ocasión, el pueblo de Moisés deja sin vida á veinticuatro mil hombres por haber tenido comercio carnal con las jóvenes del país; y otros doce mil quedan asesinados, porque algunos de ellos quisieron sostener el arca que iba á caer. Pues bien, respetando siempre los decretos de la Providencia, podemos humanamente afirmar que hubiera sido preferible para esos cincuenta y nueve mil hombres que no creían en la otra vida, haber sido absolutamente ateos y vivir á ser degollados de parte del Dios que reconocían.

Es positivo que no se enseña el ateísmo en las escuelas de los hombres de letras de la China; pero es cierto, sin embargo, que muchos de sus hombres de letras son ateos, pero es porque sólo son filósofos á medias; y aunque lo sean, es indudable que es preferible vivir con ellos en Pekín, disfrutando de la benignidad de sus costumbres y de sus leyes, á vivir en Goa, expuestos á pasar los días encadenados en las prisiones de la Inquisición.



y salir sólo de ellas disfrazados con una hoga llena de azufre y sembrada de diablos para ir á morir abrasados en las llamas de las hogueras.

Los que sostienen que puede subsistir una sociedad de ateos, tienen pues razón (1), porque las leyes son las que forman las sociedades; y esos ateos, siendo filósofos por añadidura, pueden pasar la vida tranquila y feliz á la sombra de dichas leyes, viviendo más fácilmente en sociedad que los fanáticos supersticiosos. Poblad una ciudad de epicúreos, de simonides, de protágoras y de spinosistas; poblad otra ciudad de jansenistas y de molinistas, y probaréis de ese modo la verdad del pensamiento que acabo de sentar. El ateísmo, considerándole sólo con relación á esta vida, sería muy peligroso en un pueblo feroz; pero tener falsas ideas sobre la Divinidad, no es menos pernicioso. Casi todos los grandes del mundo viven como si fuesen ateos. El que tiene mucha experiencia y muchos años, sabe reconocer á un dios, cuya presencia y justicia no ejercen la menor influencia sobre las guerras, los tratados y los motivos de ambición, de interés ó de placer, que consumen todo su tiempo, y observa todas las reglas es abolecidas en la sociedad, y le es mucho más grato vivir así que con supersticiosos y con fanáticos. Verdad es que siempre esperaré que sea más justo el que crea en Dios que el que no crea; pero también esperaré más disgustos y más persecuciones de los que sean supersticiosos. El ateísmo y el fanatismo son dos monstruos que pueden desgarrar y destruir la sociedad; pero el ateo, aunque persevere en su error, conserva siempre el juicio, que le corta las garras, y el fanático está atacado de una continua locura, que afila las suyas.

## ATEISMO

### I

*De la comparación que se hace con frecuencia entre el ateísmo y la idolatría*

Nunca se refutará bastante la opinión que sostiene el jesuita Richeome sobre los ateos y los idólatras; opinión sostenida antiguamente por santo Tomás, san Gregorio Nacianceno, San

(1) Esto y lo siguiente lo dice Voltaire objetando á J. J. Rousseau, que en la cuarta parte del *Emilio* declara que no puede subsistir una sociedad de ateos.



Cipriano y Tertuliano; y que Arnobe expuso con energía, diciendo á los paganos: «¿No os avergonzáis de censurar que despreciemos á vuestros dioses, cuando es mucho más justo no creer en ningún dios que imputarles acciones infames?» Esta opinión la manifestó muchos años antes Plutarco, diciendo que él prefería que le dijeran que no había existido Plutarco, á que le creyeran inconstante, colérico y vengativo;» y esta opinión la fortificó la dialéctica contundente de Bayle.

El fondo de esta controversia, suscitada por el jesuíta Richeomone y sostenida por Bayle, es el siguiente:

«Había dos porteros en la puerta de una casa, y les preguntaron:—¿Se puede hablar á vuestro señor?—No está, responde uno de ellos.—Sí que está, contesta el otro portero, pero está muy ocupado, fabricando moneda falsa, falsos contratos, puñales y venenos para perder á los que han cumplido sus designios. El ateo se parece al primero de esos dos porteros; el pagano al segundo: es, pues, evidente que el pagano ofende mucho más á la Divinidad que el ateo.»

Con el permiso del padre Richeome y de Bayle, les diremos que ese no es precisamente el estado de la cuestión. Para que el primer portero se parezca á los ateos, no es menester que diga: «Mi señor no está aquí;» debiendo decir: «Yo no tengo señor; el que suponéis que es mi señor no existe; y mi compañero es un tonto, que os dice que el señor se ocupa en confeccionar venenos y aguzar puñales para asesinar á los que cumplen su voluntad. Semejante sér no existe en el mundo.»

Richeome argumenta en falso, y Bayle se olvida en sus difusos discursos del honor que quiere hacer á Richeome, comentándole inoportunamente. Plutarco se expresa mejor al preferir las gentes que digan que no ha existido á las que digan que Plutarco es un hombre insociable. Nada efectivamente le importa que nieguen su existencia, pero sí que le importa mucho que ajen su reputación. No está en el mismo caso el Sér Supremo.

Plutarco apenas se ocupa del verdadero objeto que se debe tratar. No se trata de averiguar quién ofende más al Sér Supremo, si el que le niega ó el que lo desfigura. Nos es imposible saber, excepto por la revelación, si Dios se ofende de las charlatanerías que sobre él propalan los hombres. Los filósofos, sin sospecharlo siquiera, caen muchas veces en las ideas vulgares, al suponer que Dios está celoso de su gloria, que es colérico y vengativo, tomando estas figuras retóricas por ideas reales. Lo único que verdaderamente interesa al universo entero, es saber si vale más, para el bienestar de los hombres, creer que existe un Dios justiciero, que recompensa las buenas acciones ocultas y castiga los crímenes secretos, ó creer que no existe.

Bayle amontona en sus escritos todas las infamias que la fá-



bula imputa á los dioses de la antigüedad; sus adversarios le contestan, citándole lugares comunes que nada significan, y los partidarios de Bayle y sus enemigos, pelean casi siempre sin encontrarse. Convienen unos y otros en que Júpiter es adúltero, Venus impúdica, Mercurio pillo; pero me parece que no es esto de lo que se debía tratar y que debían distinguir las *Metamorfosis* de Ovidio de la religión antigua de los romanos. Se sabe cierto que ni Roma, ni Grecia, dedicaron nunca altares á Mercurio el pillo, á Venus la impúdica, ni á Júpiter el adúltero.

Al dios que los romanos llamaban *Deus, optimus, maximus*, nunca le atribuyeron que incitase á Clodius á acostarse con la mujer de César, ni á César á ser el Gitón (1) del rey Nicomedes. Cicerón no dice que Mercurio indujera á Verres á volar á Sicilia, aunque en la fábula Mercurio roba las vacas á Apolo. En la verdadera religión pagana, Júpiter era *bueno y justo*, y los dioses secundarios castigaban á los perjuros en los infiernos. Por esto los romanos, durante muchos años, cumplían religiosamente sus juramentos, y su religión les fué muy útil. No estaban obligados á creer ni en los dos huevos de seda, ni en la metamorfosis de la hija de Inacus en vaca, ni en el amor de Apolo á Jacinto. No se debe, pues, decir que la religión de Numa deshonoraba la Divinidad.

Tras esta cuestión promovieron otra: la cuestión de si podría subsistir un pueblo de ateos, cuestión en la que debemos distinguir entre el pueblo propiamente así llamado, y una sociedad compuesta de filósofos. Es indudable que en todos los países necesita el pueblo tener un gran freno, y el mismo Bayle, si hubiera tenido que gobernar á quinientos ó seiscientos individuos, les hubiera inculcado la existencia de un Dios justiciero. Pero Bayle no hubiera hablado del mismo modo á los epicúreos que eran ricos, amantes de la paz, que practicaban las virtudes sociales, sobre todas la amistad, que huían de los asuntos públicos y pasaban una vida inocente y cómoda. Creo que de este modo queda terminada la cuestión en la parte que hace referencia á la sociedad y á la política.

Respecto á los pueblos que son enteramente salvajes, ya dijimos en la *Introducción al ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, que no se les puede contar ni entre los ateos ni entre los teístas. Preguntarles cuál es su creencia, sería lo mismo que preguntarles si seguían la doctrina de Aristóteles ó la de Demócrito: ni saben ni conocen nada; ni son ateos ni peripatéticos. Pero se nos puede objetar, diciendo que viven en sociedad y que no crea en Dios; luego se puede vivir en so-

(1) *Gitón*, joven afeminado en el que personificó Petronio los vicios contra natura de la juventud romana.



ciudad sin religión. A esa objeción contestaré que los lobos también viven como ellos y que no constituye una sociedad la reunión de bárbaros antropófagos. Además, os preguntaré: ¿cuando prestáis alguna cantidad á algún miembro de la sociedad á que pertenecéis quisierais que vuestro deudor, vuestro procurador, vuestro notario y vuestro juez no creyeran en Dios?

## II

*De los ateos modernos*

Somos seres inteligentes; luego seres inteligentes no pudieron ser creados por un sér grosero, insensible, ciego: luego la inteligencia de Newton provino de otra inteligencia. Cuando contemplamos una máquina complicada, comprendemos en seguida que es producto de un buen constructor. El mundo es una máquina admirable; luego ya ha construído una gran inteligencia. Este argumento es antiguo, pero no por eso es malo.

Todos los cuerpos vivos se componen de palancas y de poleas que obran obedeciendo á las leyes de la mecánica; de jugos que hacen circular perpetuamente las leyes de la hidrostática; y nos sorprendemos de que todos esos seres estén dotados de sentimiento, que no tiene nada que ver con su organización.

El movimiento de los astros y el de la tierra alrededor del sol, se opera en virtud de las leyes más profundas de las matemáticas. ¿Cómo Platón, que no conocía ninguna de esas leyes; que dijo que la tierra estaba cimentada sobre un triángulo equilátero y el agua sobre un triángulo rectángulo; cómo el extraño Platón, que dijo que sólo podían existir cinco mundos, porque sólo existían cinco cuerpos regulares; y que ignoraba la trigonometría esférica, pudo tener tanto genio é instinto tan perspicaz, que llamó á Dios el Eterno Geómetra y pudo comprender que existía una inteligencia creadora? Hasta el mismo Spinoza tiene que confesarlo. Es imposible combatir esa verdad que nos rodea y que nos estrella por todas partes.

Esto no obstante, conozco espíritus sediciosos y tercos que niegan la existencia de la inteligencia creadora, y sostienen que únicamente el movimiento creó por sí mismo todo lo que vemos y todo lo que somos. Sostienen con audacia que la combinación del universo era posible, puesto que existe; luego también es posible que sea obra del movimiento. Dicen también: elijamos cuatro astros, Marte, Mercurio, Venus y la Tierra; pensemos desde luego en el sitio que ocupan, haciendo abstracción de todo lo demás, y veremos que tenemos muchas probabilidades para



creer que sólo el movimiento los ha colocado en sus sitios respectivos. Tenemos de nuestra parte veinticuatro probabilidades en esta combinación; queremos decir, que podemos apostar veinticuatro contra uno á que esos astros no se encontrarían donde se encuentran por la relación de unos á otros. Añadamos á esos cuatro globos el de Júpiter, y tendremos ciento veinte probabilidades contra una para apostar que Júpiter, Marte, Venus, Mercurio y nuestro globo, no ocuparían el sitio que hoy ocupan. Añadamos por fin á Saturno, y tendremos setecientos veinte probabilidades contra una para colocar esos seis grandes planetas en los sitios que ocupan y á la distancia que están. Está pues demostrado que en setecientos veinte veces, el movimiento pudo colocar los seis planetas principales en los sitios que ocupan.

Si consideráis en seguida los demás astros secundarios, sus combinaciones, sus movimientos, los seres que vegetan, que viven, que sienten, que piensan y que obran en todos los globos, aumentaréis el número de las probabilidades: multiplicad ese número en toda la eternidad hasta el número que llamamos infinito, y en esa multiplicación obtendremos siempre una unidad en favor de la formación del mundo tal como está formado, exclusivamente por el movimiento; luego es posible que en toda la eternidad el movimiento de la materia haya creado el universo tal como existe; de modo que no sólo es posible que el mundo sea como es, sólo por el movimiento, sino que es imposible que deje de ser, como decimos, después de las infinitas combinaciones.

La suposición que acabo de suscribir detalladamente, la encuentro prodigiosamente quimérica, por dos razones: la primera porque en ese universo imaginado no existen seres inteligentes, y no me podréis probar que el movimiento produzca la inteligencia: la segunda razón consiste en que, según vuestra propia confesión, puede apostarse el infinito contra uno á que una causa inteligente y creadora anima el universo. Cuando el hombre se encuentra solo frente á frente del infinito, comprende su insignificancia.

El mismo Spinoza admite esa inteligencia como base de su sistema: no le habéis leído y debéis leerle. ¿Por qué pretendéis ir más lejos que él, y con necio orgullo sumergir vuestra débil razón en el abismo donde Spinoza no se atrevió á descender? Convenceos de que es una extrema locura afirmar que una causa ciega consiga que el cuadro de una revolución de un planeta equivalga siempre al cuadro de las revoluciones de los demás planetas, como el cubo de su distancia equivalga al cubo de las distancias de los demás, al centro común. ¡Oh, los astros son grandes geómetras, y el eterno geómetra reglamentó la carrera de los astros!



¿Mas dónde está el eterno geómetra? ¿Está en un sitio ó en todos los sitios sin ocupar espacio? No lo sé. ¿Dirige el universo con su propia substancia? No lo sé. ¿Es inmenso sin cualidad y sin cantidad? No lo sé. Lo único que sé es que debemos adorarlo y ser justos.

## ÁTOMOS

Epicuro, que era un genio muy respetable por sus costumbres, y después Lucrecio, que se atrajo la admiración de Roma, admitieron la doctrina de los átomos y del vacío. Gassendi sostuvo esa doctrina y Newton la demostró. En vano algunos cartesianos siguieron defendiendo la doctrina contraria, la de que el mundo estaba lleno; en vano Leibnitz, que empezó adoptando el sistema razonable de Epicuro, de Lucrecio, de Gassendi y de Newton, cambió de opinión sobre el vacío, cuando riñó con su maestro Newton; la plenitud se tiene hoy por una quimera; todo el mundo reconoce hoy el vacío: los cuerpos más duros se tienen hoy por cribas, como lo son. Quedó admitida la teoría de los átomos, de los principios insecables, inalterables, que constituyen la inmutabilidad de los elementos y de las especies, cuyos principios consiguen que el fuego sea siempre fuego, cuando lo vemos y cuando no lo vemos; que el agua sea siempre agua, la tierra siempre tierra y que los gérmenes imperceptibles que forman el hombre no formen nunca un pez.

Epicuro y Lucrecio fueron los primeros que conocieron esta verdad, aunque mezclada con muchos errores. Lucrecio dice hablando de los átomos: *Sunt igitur solida pollentia simplicitate.* «Sostiene su sér su misma simplicidad.»

Sin esos elementos, que son de naturaleza inmutable, el universo sólo sería un caos; y en esto, Epicuro y Lucrecio aparecen como verdaderos filósofos. Sus intermedios tantas veces puestos en ridículo, no son otra cosa que el espacio no resistente en el que Newton demostró que los planetas recorren sus órbitas en tiempos proporcionados á sus áreas: de modo, que los intermedios de Epicuro no son ridículos; los ridículos fueron sus adversarios.

Pero cuando á continuación dice Epicuro que esos átomos por casualidad declinaron en el vacío; que su declinación formó por casualidad los hombres y los animales; que por casualidad se formaron los ojos en la parte alta de la cabeza y los pies á los extremos de las piernas; que las orejas no se nos han dado para oír, sino que la declinación de los átomos la crearon fortuitamente, y los hombres se aprovecharon de ellas también for-



tuítamente para oír, esa demencia, que entonces se llamó *física*, fué tratada de ridícula con muchísima razón.

Los verdaderos filósofos hace ya mucho tiempo que han extraído de Epicuro y Lucrecio lo que tenían de bueno entre el maremagnum de sus errores, hijos de su imaginación y su ignorancia. Los espíritus más refractarios adoptaron la teoría de que el mundo fué creado á la par que el tiempo, y los más atrevidos han admitido la creación antes del tiempo. Unos tienen fe en el universo sacado de la nada, y otros, que no comprenden tal física, creen que todos los seres son emanaciones del Gran Sér. del Sér Supremo y Universal. Pero unos y otros niegan el concurso fortuito de los átomos y reconocen que la casualidad es una palabra vacía de sentido. Lo que llamamos casualidad, no es ni puede ser otra cosa que la causa desconocida de un efecto conocido. ¿Por qué, pues, acusan todavía á los filósofos de creer que la construcción prodigiosa é inefable del universo sea producto del concurso fortuito de los átomos, esto es, efecto de la casualidad? Ni Spinoza ni nadie dijo nunca semejante absurdo.

La única cuestión que se agita hoy sobre esta materia, consiste en averiguar si el autor de la naturaleza creó partes primordiales é indivisibles, para que sirvieran de elementos inalterables, ó si todo se divide continuamente en la naturaleza y se convierte en otros elementos.

El primer sistema se explica la razón de todo; el segundo sistema no se da razón de nada, al menos hasta hoy. Si los primeros elementos de las cosas no fueran indestructibles, podría llegar un día en que un elemento devorara á todos los demás y los convirtiera en su propia substancia. Esto fué probablemente lo que hizo pensar á Empédocles que todo provenía del fuego y el fuego lo destruiría todo.

Sabido es cómo engañó en el siglo XVII á Roberto Boyle el falso experimento de un químico, que le hizo creer que le había convertido agua en tierra. Pero este experimento no fué cierto. Más tarde Boerhaave descubrió ese error, haciendo mejores experimentos; pero antes de descubrirlo, Newton, engañado por Boyle, como Boyle por el químico, había ya imaginado que los elementos podían convertirse unos en otros, y esto es lo que le hizo creer que el globo iba perdiendo continuamente un poco de su humedad y se secaba, y que algún día se vería Dios obligado á corregir su obra. Leibnitz se opuso con todas sus fuerzas á la referida idea, y probablemente tuvo razón al contradecir á Newton.

A pesar de la idea de que el agua puede convertirse en tierra, Newton creía que eran los átomos insecables é indestructibles, lo mismo que Gassendi y que Borhaave, lo que parece difícil de conciliar, porque si el agua se convirtiera en tierra, dividiéndose



sus elementos, se perderían. Esta cuestión se dá la mano con la cuestión famosa de que la materia es divisible hasta el infinito. La palabra *átomo* significa *sin partes*; si lo dividimos, ya no será átomo.

Podemos dividir un grano de oro en diez y ocho millones de partes visibles. Un grano de cobre, disuelto en espíritu de sal amoniaco, presenta á nuestra vista más de veintidós mil millones de partes; pero al llegar al último elemento, el microscopio no puede ya distinguir el átomo, y sólo con la imaginación podemos ir dividiendo.

Sucede con el átomo, que se divide hasta el infinito como algunas proporciones geométricas. Podemos hacer pasar infinidad de curvas entre el círculo y su tangente, pero sólo suponiendo que ese círculo y esa tangente sean líneas que carezcan de anchura, y esa clase de líneas no se encuentran en la naturaleza. Lo mismo podemos decir de las líneas asíntotas, que se acercan sin llegar nunca á tocarse, suponiendo que esas líneas tengan longitud y no tengan anchura, lo que es una hipótesis. De modo, que nos representamos la unidad por medio de una línea; luego dividimos esa unidad y esa línea en las fracciones que queremos; pero esa infinidad de fracciones sólo existe en nuestra imaginación. Realmente no se ha demostrado que el átomo sea indivisible; pero las leyes de la naturaleza parece que prueben que debe serlo.

## AUGUR

Es preciso estar poseídos del demonio de la etimología para decir con Pezron y otros autores que la palabra romana *augurium* proviene de las voces célticas *au* y *gur*. *Au*, según dichos sabios, debía significar el *hígado* entre los vascos y los bajo-bretones, porque *asu*, que decían ellos que significaba *izquierda*, debía designar el hígado que está á la *derecha*, y *gur* significa *hombre* en lengua céltica, de cuya lengua ya no nos quedan rastros.

Es preciso llevar la curiosidad hasta un extremo absurdo para hacer que prevengan del caldeo y del hebreo algunas palabras teutónicas y célticas. Bochart pertenecía al número de esa clase de curiosos, y antiguamente admiraban sus pedantes extravagancias. Da grima ver el aplomo con que algunos hombres de genio se empeñaron en probar que en las riberas del Tíber copiaron expresiones de la jerigonza que hablaban los salvajes de la Vizcaya, pretendiendo que esa jerigonza fué uno de los primeros idiomas de la lengua primitiva, de la madre de las lenguas que se hablan en todo el universo.



La locura religiosa de los primeros augures se fundó originariamente en observaciones naturales. Las aves de paso indicaron siempre las estaciones; llegan en la primavera reunidas en bandadas y se van cuando aparece el otoño. La voz del cuclillo sólo se oye cuando hace buen tiempo y parece que lo anuncia. Cuando las golondrinas vuelan casi tocando tierra, anuncian la lluvia. Puede decirse que cada clima tiene un pájaro que le sirve de augur. Entre los observadores de la naturaleza, debió haber algunos bribones que persuadieron á los tontos de que tenían algo divino ciertos animales, y que su vuelo presagiaba nuestra suerte, escrita lo mismo en las alas de un gorrión, que en las estrellas.

Los comentaristas de la historia alegórica de Josef, vendido por sus hermanos, y que llegó á ser el primer ministro de Faraón, rey de Egipto, por haber explicado uno de sus sueños, infieren que Josef era sabio en la ciencia de los augurios, porque su intendente se encargó de decir á los hermanos de aquel: «¿Por qué habéis robado á mi señor la taza de plata, en la que bebe y de la que saca sus augurios?» (1) Josef mandó llamar á sus hermanos y les dijo: «¿Cómo os atrevísteis á portaros de ese modo? ¿No sabéis que nadie me iguala en la ciencia de augurar?» Judá conviene, de acuerdo con sus hermanos, en que Josef era un gran adivino, á quien Dios inspiraba, y entonces creyeron éstos que Josef era un señor egipcio. Resulta del texto, que los hermanos de Josef creyeron que el Dios de los egipcios y de los judíos descubrió el robo de la taza de plata.

Hé aquí, pues, establecidos los augurios y la adivinación en el libro de *Génesis* de un modo tan indudable, que casi en seguida se prohibieron en el *Levítico*, capítulo XIX, en el que dice: «No comeréis nada que tenga sangre; no daréis crédito á los augurios ni á las sueños; no os cortaréis la cabellera; no os afeitaréis la barba.»

Respecto á esa superstición de contemplar el porvenir en una taza, debemos decir que subsiste todavía. Es lo que hoy se llama *ver dentro de un vaso*. Basta no haber experimentado ningún escape de semen, mirar hacia el Oriente y pronunciar estas palabras: *abaxa per dominum nostrum*; y al momento, dentro de un vaso lleno de agua, se ve todo lo que se desea ver. Ordinariamente para practicar esa operación, escogen niños que tengan el cabello largo. La cabeza rapada ó con peluca es un obstáculo para ver dentro del vaso. Esa simpleza estuvo muy de moda en Francia en la época de la regencia del duque de Orleans y en los tiempos anteriores.

Los augures desaparecieron con el imperio romano, y única-

---

(1) *Génesis*, capítulo XLIV, versículo V y siguientes.



mente los obispos conservan el bastón augural, que se llama *báculo*, y era la marca distintiva de la dignidad de los augures. De modo, que el símbolo de la mentira se ha convertido en el símbolo de la verdad.

Innumerables eran los diferentes modos de adivinar; algunos de ellos han llegado hasta nuestros días. La curiosidad de leer el porvenir es una enfermedad que sólo puede curar la filosofía, ya que las almas débiles que siguen practicando el arte falso de la adivinación, y hasta los locos que se entregan al diablo, se aprovechan de la religión para cometer estas profanaciones que la ultrajan.

Los hombres que se dedican al estudio han notado que Cicerón, que pertenecía al colegio de los augures, escribió un libro titulado *De Divinatione*, expresamente para burlarse de ellos. Pero también han notado que el mismo Cicerón dice al final del libro que «se debe destruir la superstición, pero no la religión, porque la belleza del universo y el orden que reina en las esferas celestes nos obligan á reconocer que la naturaleza es eterna y poderosa. Debemos mantener la religión, que debe ir unida al conocimiento de la naturaleza y extirpar todas las raíces de la superstición, porque la superstición es un monstruo que os persigue y os acosa por todas partes. Os inquieta y os perturba el encuentro de un falso adivino, un presagio, una víctima inmola-da, un pájaro, un caldeo, un arúspice, un relámpago, un trueno, cualquier cosa. El mismo sueño que debía borrar vuestras penas y vuestros sobresaltos, os lo redobla, presentándoos imágenes funestas.» Cicerón, al expresarse así, creyó que sólo hablaba á algunos ciudadanos romanos; pero hablaba á todos los hombres y á todos los siglos.

La mayoría de los grandes de Roma creían tanto en los augurios, como los papas Alejandro VI, Julio II y León X han creído después en Nuestra Señora de Loreto ó en la sangre de San Javier. Sin embargo, Suetonio refiere que Octavio tuvo la debilidad de creer que un pez que salió del mar en la playa de Actium le presagió el triunfo en una batalla. Añade que dicho emperador encontró en seguida á un arriero, al que preguntó cómo se llamaba su asno; y el arriero le contestó que se llamaba *Nicolás*, que significa *vencedor de los pueblos*. Octavio ya no dudó de que obtendría la victoria, y mandó erigir estatuas de bronce al arriero, al asno y al pez. Suetonio asegura que esas estatuas se colocaron en el Capitolio.

Es lo más verosímil que el hábil tirano se burlara de las supersticiones de los romanos, y que las estatuas del pez, del asno y del arriero, las erigiera por burla. Es posible, sin embargo, que á pesar de burlarse de las tonterías del vulgo, tuviera él también alguna tontería. El hipócrita y bárbaro Luis XI tenía



una gran fe en la cruz de Saint-Ló. Casi todos los príncipes, excepto los que tuvieron tiempo para leer y para ilustrarse, han sido víctimas de alguna superstición.

## AUGUSTO OCTAVIO

### I

Sólo pueden conocerse las costumbres por medio de los hechos y cuando son incontestables. Está probado que Augusto, al que se elogió inmoderadamente por haber restaurado las costumbres y las leyes, fué durante mucho tiempo uno de los seres más corrompidos en la época de la república romana. El epigrama que dedicó á Fulvia, escrito después del horror que causaron las proscripciones, demuestra que despreciaba tanto el decoro en el lenguaje como en su conducta. Ese célebre epigrama es un testimonio que prueba la corrupción de las costumbres de Augusto. Sixto Pompeyo le reprocha debilidades infames: *Effeminatum ensectatus est*. Antonio, antes de ser triunviro, declaró que César, tío de Augusto, le adoptó por hijo, sólo porque le servía para sus placeres contra natura: *adoptionem avunculi stupro meritum*.

Lucio César le reprocha lo mismo, y supone que llevó su bajeza hasta el extremo de vender su cuerpo á Hirtius por una cantidad considerable. Su impudencia llegó después hasta el descaro de robar la mujer de un cónsul, estando en una cena. Se la llevó á una habitación inmediata, donde pasó con ella algún tiempo, y luego la acompañó á la mesa otra vez, sin que él, ella ni el marido se ruborizasen. (Suetonio, Octavio, capítulo LXIX.)

Todavía se conserva una carta de Antonio dirigida á Augusto concebida en estos términos: «Ita valeas, uti tu, hanc epistolam quum leges, non inieres Tertullam, ant Terentillam, ant Rufillam, ant Salviam Titisceniam, ant omnes Anne, refert, ubi, et inquam arrigas.» No nos atrevemos á traducir lo que dice esa licenciosa carta; pero diremos, sin embargo, que era común en aquella época celebrar escandalosos festines con cinco compañeros de placeres y con seis de las principales damas de Roma. Los amigos de Augusto iban vestidos de dioses y ellas de diosas y se esforzaban en imitar todas las deshonestidades inventadas por las fábulas.

Casi todos los autores latinos que se han ocupado de Ovidio, dicen que Augusto desterró al poeta que era más honrado que él, por haberle éste sorprendido cometiendo incesto con su propia



hija Julia, y que sólo desterró á ésta por celos. Esto es tan probable, que Calígula decía en alta voz que su madre era hija del incesto de Augusto y de Julia: así lo asegura Suetonio en la vida de Calígula.

Sabido es que Augusto repudió á la madre de Julia el mismo día que la parió; y el mismo día robó Livia á su marido, estando ésta embarazada de Tiberio, que fué otro monstruo, sucesor de Augusto.

## II

Mientras Augusto estuvo durante algunos años entregado al más desenfrenado libertinaje, su crueldad fué tranquila y reflexiva. Celebrando fiestas y banquetes, ordenó las horribles proscripciones que dejaron recuerdo en la historia. Proscribió sobre trescientos senadores, dos mil caballeros y más de cien padres de familia desconocidos, pero ricos, cuyo crimen consistía en poseer una fortuna. Octavio y Antonio los condenaron á muerte por apoderarse de sus bienes, portándose con ellos como se portan los ladrones en los caminos reales.

Octavio poco antes de la guerra de Perusa, entregó á sus soldados veteranos el dominio de las tierras que poseían los ciudadanos de Mantua y de Cremona, recompensando de este modo con el robo el homicidio. Es indudable que asoló el mundo, desde el Eufrates hasta el centro de España, un hombre sin pudor, sin fe, sin honor, sin probidad, bellaco, ingrato, avaro, sanguinario, que cometía el crimen con tranquilidad y que en una república bien organizada hubiera muerto en el último de los suplicios, sentenciado por el primero de los crímenes que cometió.

A pesar de todo esto, todavía se admira el gobierno de Augusto, porque Roma gozó durante él de paz, de abundancia y de placeres. Séneca dice de Augusto: «No llamo yo clemencia al cansancio de la crueldad. Créese que Augusto fué benigno cuando no necesitó cometer crímenes, cuando fué señor absoluto y se empeñó en que le creyeran justo; pero en mi opinión, siempre fué más implacable que clemente. Después de la batalla de Actium, mandó que degollaran al hijo de Antonio al pie de la estatua de César; y cometió la barbarie de mandar cortar la cabeza al joven Cesarión, hijo de César y de Cleopatra, después de haberle reconocido por rey de Egipto.»

Sospechando en una ocasión que el pretor Gallius Quintus se había presentado en la audiencia que él le había concedido con un puñal oculto debajo del traje, mandó que á su presencia le dieran tormento, y le indignó tanto que el referido senador



le llamase tirano, que él mismo le arrancó los ojos, si hemos de creer á Suetonio.

Su padre adoptivo, César, fué bastante grande para perdonar á todos sus enemigos; pero no sé que Augusto perdonara á uno solo de los suyos. Hasta dudo que fuera clemente con Cinna. De esa aventura no hablan Tácito ni Suetonio; y Suetonio, que describe todas las conspiraciones que se fraguaron contra Augusto, no hubiera omitido la más célebre. La singularidad de nombrar cónsul á Cinna, en pago de haber cometido la más negra perfidia, debió haber sido notada por los historiadores contemporáneos, y nada dicen de esto. Dión Cassius se ocupa de ese hecho tomándolo de Séneca, y el fragmento de éste parece más una declamación que una verdad histórica. Además, Séneca dice que ocurrió en Galia y Dión que sucedió en Roma. Semejante contradicción concluye de quitar la verosimilitud á la referida aventura. Ninguno de los historiadores modernos que se han ocupado de historia romana, discute ese hecho interesante.

Es posible que Augusto hubiera creído á Cinna sospechoso de serle infiel, y después de haber averiguado su conducta, le concediera Augusto los honores del consulado. Pero no es probable que quisiera Cinna, por medio de una conspiración, apoderarse del poder supremo, no habiendo mandado nunca ningún ejército, no estando apoyado por ningún partido, no siendo hombre importante en el imperio. No tiene viso de verdad que un simple cortesano se viera acometido por la locura de querer suceder á un emperador que reinaba despóticamente veinte años y tenía herederos. Tampoco es probable que Augusto le hubiera nombrado cónsul inmediatamente después de la conspiración.

Si la rebelión de Cinna fué verdadera, Augusto le perdonó contra su voluntad, instigado por las razones ó por las importunidades de Livia, que había adquirido sobre él gran ascendiente, y que, como dice Séneca, le convenció de que le sería más conveniente perdonar que castigar. Como conveniencia política, ejerció, pues, Augusto una vez la clemencia; no la practicó por ser generoso.

¿Cómo se puede atribuir á clemencia el que un bandido que se enriqueció y se afirmó en el trono, goce tranquilamente de sus rapiñas y no asesine á los hijos de los proscritos que se arrodillan ante él y le adoran? Augusto fué un político prudente, después de haber sido un monstruo. Pero la posteridad no le apellidó nunca *virtuoso*, como á Tito, á Trajano y á Antonino. Se introdujo en Roma una costumbre al felicitar á los emperadores cuando ascendían al trono. Esta costumbre fué la de desearles que fueran más felices que Augusto y mejores que Trajano. No es lícito, pues, hoy considerar á Augusto como un monstruo feliz.

Luis Racine, hijo del gran Racine y heredero de parte de los



talentos de éste, parece que se olvide de la raza que le engendró, cuando en sus *Reflexiones sobre la poesía* dice: «Que Horacio y Virgilio mimaron á Augusto, y agotaron su ingenio para envenenarle con sus elogios.» Parece deducirse de esas palabras, que los elogios que indignamente le prodigaron estos dos grandes poetas, corrompieron el bello natural de dicho emperador. Pero Luis Racine no ignoraba que Augusto fué un hombre perverso, indiferente al crimen y á la virtud, que sacaba provecho de una y otra, que ensangrentó el mundo y lo pacificó, sirviéndose de las armas, de las leyes, de la religión y de los placeres para llegar á ser señor absoluto. Por lo que Luis Racine, al decir las frases anteriores, solo prueba que Horacio y que Virgilio fueron serviles.

### AGUSTÍN

No voy á estudiar en este artículo á San Agustín como obispo, ni como doctor y padre de la Iglesia, sino como hombre. Voy á tratar aquí de un punto de física que se refiere al clima de Africa.

Me parece que San Agustín tenía cerca de catorce años cuando su padre, que era pobre, lo llevó con él á los baños públicos. Dícese que era contra la costumbre de aquella época y que se oponía al decoro que el padre tomase el baño con su hijo. Así lo asegura Valerio Máximo y así también lo dice Bayle. Es cierto que en Roma los patricios y los caballeros romanos no se bañaban con sus hijos en las estufas públicas; ¿pero creéis posible que los pobres que pagaban un ochavo por tomar el baño observaran las prácticas poco decorosas para los ricos?

El hombre opulento se acostaba en una cama de marfil y de plata sobre tapices de púrpura con su concubina. Su mujer, en otro departamento perfumado, se acostaba con su amante. Los hijos, los preceptores, los domésticos, dormían en habitaciones separadas; pero el pueblo dormía amontonado en zaquizamíes. No se gastaban cumplimientos en la ciudad de Tagaste, que pertenece á Africa y en la que nació San Agustín, por lo que podemos asegurar que iba con su padre al baño de los pobres.

Dicho santo refiere que su padre, al verle tan viril, sintió paternal regocijo, y concibió la esperanza de tener pronto nietos, como efectivamente los tuvo. El buen hombre se apresuró á participar esta noticia á Santa Mónica, que era su esposa. ¿La prematura pubertad de San Agustín, no puede atribuirse al uso anticipado del órgano de la generación? San Gerónimo refiere que una mujer abusó de un niño de diez años y concibió de él un hijo. (Epístola *ad Vitalem*, tomo III.)



San Agustín, que fué un niño muy libertino, era tan precoz de espíritu como de cuerpo, y nos dice que antes de cumplir los veinte años, aprendió sin maestro la geometría, la aritmética y la música (1). Esto prueba que en Africa, que nosotros llamamos bárbara, los hombres son más precoces que nosotros en todo.

Estas ventajas que obtuvo San Agustín casi nos inducen á creer que Pedocles no se equivocó completamente al afirmar que el fuego es el principio de la naturaleza. Le ayudan los otros principios, pero como subalternos. Es un rey que hace obrar á todos sus vasallos, aunque algunas veces inflama demasiado las imaginaciones de su pueblo. No deja de tener razón Sifax para decir á Juba, en el *Catón* de Addison, que el sol, que hace rodar su carro sobre cabezas africanas, da más color á sus mejillas, más fuego á sus corazones y que las damas de Zama son superiores á las pálidas bellezas de Europa, que la naturaleza no acabó de llenar de gracias. Ni en París ni en Strasburgo, ni en Ratisbona, ni en Viena, hay jóvenes que aprendan la aritmética, las matemáticas, ni la música sin maestro y sean padres á los catorce años.

No será, pues, sin duda una fábula que Atlas, príncipe de Mauritania, á quien los griegos llamaron hijo del cielo, haya sido un célebre astrónomo, é hiciera construir una esfera celeste como la que existe en la China desde hace muchos siglos. Los antiguos que se expresaban por medio de alegorías, comparan ese hombre con la montaña que lleva su nombre, porque esconde su cumbre en las nubes y las nubes se creyó que constituían el cielo en la antigüedad.

Los mismos moros cultivaron ventajosamente las ciencias y las enseñaron en España y en Italia durante cinco siglos. La marcha del mundo es ahora muy diferente. La patria de San Agustín sólo es hoy un nido de piratas; Inglaterra, Italia, España, Alemania y Francia, que entonces eran bárbaras, cultivan hoy las artes mejor que las cultivaron nunca los árabes.

Sólo nos proponemos hacer ver en este artículo, que el mundo ha experimentado extraordinarios cambios, lo mismo que durante el breve curso de su vida los experimentan los hombres. Agustín, antiguo libertino, es luego orador y filósofo. Desempeña un gran papel; es profesor de retórica. Primero se hace maniqueo y después cristiano, administra el sacramento del bautismo, le nombran obispo y se convierte en padre de la Iglesia. Su sistema sobre la gracia durante mil y cien años inspira tanto respeto como un artículo de fe. Y al cabo de mil y cien años, los jesuítas encuentran el medio de anatematizar el sistema de San Agustín, palabra por palabra, al anatematizar la exposi-

(1) *Confesiones*, lib. IV, cap. XVI.



ción de dicho sistema que hicieron Jansenius, Saint-Cyran, Arnauld y Quesnel (1). Dígasenos si esta revolución religiosa no es tan grande como la de Africa, y si en vista de esto podemos sostener que existe algo permanente en el mundo.

### AUSTERIDADES

Era conveniente y honroso que hombres ilustrados y estudiosos se uniesen después de las catástrofes que trastornaron el mundo, y se ocuparan en adorar á Dios y arreglar el curso del año, como hicieron los antiguos bramanes y los magos. Pudieron dar ejemplo al resto del mundo haciendo vida frugal, abteniéndose de beber licores enervantes y del comercio carnal con las mujeres mientras celebraban sus fiestas. Debieron vestir con modestia y con decencia. Si eran sabios, los ignorantes les consultaban; si eran justos, los respetaban y los querían; ¿Pero la superstición, la miseria y la vanidad, no llegaron á ocupar pronto el sitio de esas virtudes?

El primer loco que se azotó públicamente para apaciguar la cólera de los dioses, fué sin duda el que dió origen á los sacerdotes de la diosa de Syria, que se azotaban en honor de esa divinidad; de él nacieron los sacerdotes de Isis, que hacían lo mismo ciertos días de la semana; los sacerdotes de Dódona, que se producían heridas; los sacerdotes de Belona, que se daban sablazos; los sacerdotes de Viana, que con varas se ensangrentaban el cuerpo; los sacerdotes de Cibeles, que se castraban, y los fakires de la India, que se cargaban de cadenas. ¿La esperanza de sacar muchas limosnas, no contribuía á que practicaran semejantes austeridades?

Los bribones que se hinchan las piernas con hierbas venenosas y se llenan de úlceras para implorar la caridad de los transeuntes ¿no se parecen en algo á los energúmenos de la antigüedad que se hundían clavos en las posaderas y vendían esos clavos santos á los devotos de sus países?

¿La vanidad no entró por mucho en las mortificaciones públicas, que atraían las miradas de las multitudes? Yo me azoto, para expiar las faltas de los demás; voy desludo, para reprochar el fausto de las vestiduras ajenas; me alimento con hierbas, para corregir el vicio de la gula en otros; me aprieto un anillo de hierro en el miembro, para que se avergüencen los lascivos; respetadme, pues, porque soy el hombre predilecto de los dioses, y por mí obtendréis sus favores. Cuando os acostumbréis á

(1) Véase el artículo *Gracia*.



respetarme, me obedeceréis gustosos. Representando á los dioses, seré vuestro señor, y el que de vosotros infrinja mis preceptos, le haré empalar para que de este modo se calme la cólera celeste. Si los primeros fakires no pronunciaron esas palabras, indudablemente las tenían impresas en el fondo de su corazón.

De estas repugnantes austeridades nacieron quizás los sacrificios de sangre humana. Los hombres que vertían su propia sangre ante el público azotándose, y se sajaban los brazos y las piernas para adquirir consideración, hicieron creer fácilmente á los salvajes imbéciles que debían sacrificar á los dioses los seres más queridos; que era preciso sacrificar su hija para conseguir tener viento favorable; precipitar á su hijo en el abismo desde lo alto de un peñasco para no ser víctima de la peste; arrojar su hija al Nilo para obtener magnífica cosecha.

Esas supersticiones asiáticas han originado entre nosotros las flagelaciones que copiamos de los judíos. Sus devotos, no sólo se azotaban, sino que se azotaban unos á otros, como en la remota antigüedad los sacerdotes de Syria y de Egipto. Entre nosotros, los abades azotaban á los monjes que pertenecían á su jurisdicción y los confesores á sus penitentes de ambos sexos. San Agustín escribe á Marcelino el tribuno «que se debe azotar á los donatistas, como los maestros de escuela azotan á sus discípulos.»

Se supone que en el siglo X los frailes y las monjas empezaron á azotarse á sí mismos en determinados días del año. La costumbre de azotar á los pecadores como penitencia quedó tan establecida, que el confesor de San Luís se la propinó á dicho rey con sus propias manos, y los canónigos de Cantorbery azotaron á Enrique II, rey de Inglaterra. A Raimundo, conde de Tolosa, llevando una cuerda atada al cuello, lo azotó un diácono á la puerta de la iglesia de San Gil en presencia del legado Milón.

Los capellanes del rey de Francia Luis VIII fueron condenados por el legado del Papa Inocencio III á ir durante cuatro grandes fiestas á las puertas de la catedral de París y presentar á los canónigos las varas con que debían azotarlos para expiar el crimen del rey su señor, el crimen de aceptar la corona de Inglaterra, que el Papa le quitó después de habérsela dado en virtud de sus plenos poderes. Todavía creyeron que el Papa fué demasiado indulgente, no haciendo azotar al mismo rey y dándose por satisfecho con mandarle que pagara á la Cámara Apostólica dos años de sus rentas.

Al principio del siglo XIII se instituyeron cofradías de penitentes en Perucha y Bolonia. Los jóvenes que pertenecían á ellas, casi desnudos, con disciplinas en una mano y un crucifijo en la otra, iban por las calles azotándose. Las mujeres los veían al través de las celosías de las ventanas y se azotaban en sus



habitaciones. Los flagelantes inundaron la Europa; y aún existen algunos en Italia, España y Francia.

Era bastante común, á principio del siglo XVI, que los confesores azotaran á sus confesados en las nalgas. Meterén, en su *Historia de Bélgica*, refiere que el franciscano Adraacem, gran predicador de la ciudad de Brujas, azotaba á sus penitentes desnudos. El jesuíta Edmundo Auger, confesor de Enrique III, comprometió á este desventurado príncipe á ponerse al frente de los flagelantes.

En muchos conventos de frailes y de monjas se azotaban en las nalgas; y de esto resultaban algunas veces extrañas deshonestidades, sobre las que echaremos un velo para que no se ruboricen los seres débiles, cuyo sexo y cuya profesión merecen que se les guarden las mayores consideraciones (1).

## AUTORES

Autor es una palabra genérica que, como los nombres de las demás profesiones, puede significar bueno y malo, respetable ó ridículo, útil y agradable ó frívolo y fastidioso. Esta palabra es tan genérica, que tiene aplicaciones diferentes, y lo mismo se dice el *autor de la naturaleza*, que el autor de las canciones del *Puente Nuevo* y que el autor del *Año literario*.

Creemos que el autor de una obra buena debe ponerse en guardia respecto al título, respecto á la dedicatoria y al prefacio. Los demás autores deben abstenerse de escribir. Respecto al título, si tras él tiene afán en poner su nombre, lo que algunas veces es peligroso, debe escribirlo en forma modesta; no nos gusta que en una obra devota que debe dar lecciones de humildad, al apellido del autor se añadan los calificativos de *consejero del rey*, de *obispo*, de *conde*, etc., etc. El lector, que casi siempre es maligno y muchas veces se fastidia leyendo la obra, se complace en ridiculizar el libro que se anuncia con énfasis, y recordamos en seguida que el autor de la *Imitación de Jesucristo*, ni siquiera firmó la obra.

Se me objetará que los apóstoles ponían los nombres en sus obras; pero esto no es verdad: eran excesivamente modestos. El apóstol Mateo nunca tituló su libro *Evangelio de San Mateo*: eso fué un homenaje que le rindieron después. San Lucas, que recopiló todo lo que oyó decir y que dedicó su libro á Teófilo, tampoco lo tituló *Evangelio de San Lucas*. Sólo San Juan se nombra á sí mismo en el *Apoocalipsis*, y esto es lo que hace sospechar

(1) Véase el artículo *Expiación*.



que Cerinto escribió ese libro y que tomó el nombre de San Juan para darle más autoridad.

Pero dejando aparte lo que sucedió en los siglos pasados, me parece atrevido en el siglo XVIII poner el nombre y los títulos del autor al frente de los libros. Los obispos así lo hacen, y en los gruesos volúmenes que publican con el título de *Mandamientos*, imprimen además su escudo de armas; luego escriben algunos párrafos llenos de humildad cristiana, y detrás de éstos algunas veces vomitan injurias atroces contra los que pertenecen á otra comunión ó partido. Esto en cuanto á los autores religiosos. Respecto á los autores profanos, también podemos decir que sucede lo mismo: por ejemplo, el duque de La Rochefoucauld publicó la colección de sus *Pensamientos*, diciendo que los había escrito *Monseigneur el duque de La Rochefoucauld, par de Francia, etc.*

Sabido es que en Inglaterra la mayor parte de las dedicatorias se pagan; y los autores obran como los capuchinos en Francia, que nos regalan hortalizas con la condición de que les demos propinas. Los hombres de letras franceses desconocemos hasta hoy ese rebajamiento, y siempre fueron más nobles, si exceptuamos á los infelices que á sí mismos se llaman escritores, y son como los pintores de paredes, que se jactan de ejercer la misma profesión que Rafael, y como el cochero de Vestamont, que se figuraba ser poeta.

Los prefacios ofrecen otro escollo. El *yo* es despreciable, decía Pascal. Ocupaos de vos mismo lo menos que podáis, porque el lector tiene tanto amor propio como el autor, y no perdona que queráis obligarle á que os aprecie. El libro debe recomendarse por sí mismo, si llega á abrirse paso. No digáis nunca: «Mi comedia fué honrada con tantos aplausos, que me creo dispensado de contestar á mis adversarios,» porque como es falso lo que decís de los aplausos, nadie se acuerda de vuestra obra. «Algunos críticos censuran que haya demasiado enredo en el acto tercero, y que la princesa descubra demasíade tarde, en el acto cuarto, el tierno sentimiento que le inspira su amante; pero á esa censura respondo que...» No respondas, amigo mío, porque nadie se ha ocupado en juzgar á la princesa de tu comedia, que se ha hundido, porque ha fastidiado al público y está mal escrita; y tu prefacio es una especie de responso que cantas á la muerta, y con el cual no conseguirás resucitarla. Otros atestiguan ante la faz de Europa que no se han comprendido los sistemas que desarrolla. Otros autores hacen correr insípidas novelas, copiadas de otras antiguas, sistemas nuevos fundados en antiquísimas utopias, ó historias cortas sacadas de las historias generales.

El que desee escribir un libro, debe procurar que sea nuevo.



y útil ó cuando menos agradable. Hay muchos autores que escriben para vivir, y hay muchos críticos que lo satirizan, también con la idea de ganarse el pan. Los verdaderos autores son los que adquieren reputación en el arte, en la epopeya, en la tragedia, la comedia, la historia ó la filosofía; los que enseñan ó encantan á los hombres. Los demás autores son entre las gentes de letras lo que los zánganos entre los insectos.

Los autores de los libros más voluminosos de Francia han sido los directores generales de Hacienda. Pueden formarse diez tomos muy gruesos de sus declaraciones, desde el reinado de Luis XIV hasta el reinado de Luis XVI. Algunas veces han criticado esas obras los parlamentos, al encontrar en ellas contradicciones y proposiciones erróneas. No ha habido nunca ni un autor bueno á quien alguien no haya censurado.

## AUTORIDAD

Miserables humanos; ya vistáis ropón verde, ya os ciñáis turbante, ya os cubráis con traje negro ó sobrepelliz, ya llevéis manteo ó golilla, no os empeñéis nunca en que prevalezca la autoridad sobre la razón, ó resignaos á estar en ridículo durante los siglos, por ser hombres impertinentes, y á sufrir el odio público por injustos.

Cien veces se os echó en cara la absurda insolencia que demostrásteis condenando á Galileo, y yo os la reprocho por la vez ciento y una, deseando que celebréis siempre ese aniversario y que se grabe en la puerta de vuestro Santo Oficio lo siguiente: «Aquí siete cardenales, con asistencia de hermanos menores, encerraron en la cárcel al primer pensador de Italia, á la edad de setenta años, haciéndole ayunar á pan y agua, porque instruía al género humano y sus jueces eran unos ignorantes» (1).

Publicóse un decreto en favor de las categorías de Aristóteles y se estableció el castigo de galeras para todo aquel que tuviera opinión diferente de la del Stagyrita, en el mismo sitio donde antiguamente dos Concilios quemaban los libros que se publicaban. En otra parte, una facultad que no gozaba de gran-

(1) Voltaire se ocupa de lo ocurrido á Galileo, despojándolo de todos los detalles dramáticos de la leyenda. De este hecho sólo le indigna el ultraje que con él se hizo á la razón y á la ciencia. El condenar á Galileo á pan y agua basta para indignar al filósofo, y desdeña ocuparse del tormento que le hicieron sufrir.



des facultades, publicó un decreto contra las ideas innatas; y casi en seguida, otro decreto en favor de esas mismas ideas, sin que dicha facultad tuviese siquiera la noción clara de lo que es una idea. Las escuelas médicas llegaron á proceder jurídicamente contra la circulación de la sangre, y se han intentado procesos contra la inoculación. Se han apoderado en la aduana de los pensamientos de veintiún volúmenes en folio, porque se dijo en ellos con mala intención que los triángulos se componen siempre de tres ángulos; que un padre tenía más edad que su hijo; que Rhea Silvia perdió su virginidad antes de parir, y que la harina no es una hoja de encina. En una palabra, la autoridad creyó siempre ser superior á Arquímedes, á Euclides, á Cicerón y á Plinio, y se pavoneó orgullosa en el distrito de la Universidad.

### AVARICIA

*Avarities, amor habendi*, deseo de adquirir, codicia, concupiscencia. Estrictamente hablando, avaricia es el deseo de acumular granos, muebles, fondos, ó curiosidades. Existieron *avaros* antes de que se inventara la moneda.

No llamamos avaro al hombre que, siendo dueño de veinticuatro caballos de tiro, se niega á prestar un tronco á un amigo; tampoco llamamos avaro al que tiene en la bodega dos mil botellas de vino de Borgoña para su uso particular y no nos regala la media docena de ellas si se las pedimos. Al que posee diamantes que valen cien mil escudos, si le pedimos que nos preste uno que valga cincuenta luises y no nos lo presta, le tendremos por hombre opulento, pero no por avaro. El que en negocios de la provisión de ejércitos ó en grandiosas empresas gana dos millones anuales, llegando á adquirir cuarenta y tres millones, y sin embargo de esto hace préstamos á un tanto por ciento usurario, tampoco pasa por avaro ante la opinión pública. Esto no obstante, pasó su vida atormentado por la ardiente sed de adquirir, y el demonio de la codicia, atormentándole continuamente, le hizo acumular caudales hasta el último día de su vida. Esa pasión, que pudo satisfacer siempre, nunca se llamó avaricia. Sin gastar la décima parte de la renta, adquirió la reputación de hombre generoso que vivía con excesivo fausto.

Al padre de familia que reuniendo veinte mil libras de renta no gasta anualmente más que cinco ó seis mil y va acumulando sus economías para establecer á sus hijos, le suelen llamar los que le tratan avaricioso, ladrón, usurero, miserable, etcétera, etc.. Pues bien, ese honrado padre de familia, es un



hombre más digno de respeto que el hombre opulento que antes puse por ejemplo, y proporcionalmente gasta tres veces más que éste; y hé aquí por qué hay diferencia grande entre sus dos reputaciones. Los hombres sólo odian al que llaman avaro, porque no les puede proporcionar ninguna ganancia. El médico, el farmacéutico, el comerciante en vinos, algunas señoritas y otras gentes más, sacan utilidades del hombre opulento á que aludimos y que es el verdadero avaro, y como no pueden sacar esas mismas utilidades del económico padre de familia, hablan contra él, le denuestan é injurian.

Los avaros, cuya pasión les arrastra á privarse de lo necesario, los entregamos á Plauto y á Moliere. Un avaro de esa clase, que es vecino mío, me decía en una ocasión: «Todo el mundo habla contra nosotros, á pesar de que no somos más que unos ricos pobres.»

## AVIGNON

Avignon y su condado son ejemplos vivos del extremo á que pueden rayar el abuso de la religión, la ambición, la bribonería y el fanatismo. Su reducido territorio, después de pasar por mil vicisitudes, recayó en el siglo XII en la casa de los condes de Tolosa, descendientes de Carlomagno por la línea femenina.

Raimundo VI, conde de Tolosa, cuyos antepasados fueron los principales héroes de las cruzadas, se vió privado de sus Estados por otra cruzada que los papas suscitaron contra él, con el pretexto de que en muchas ciudades del condado, los ciudadanos pensaban lo mismo que pensaban hacía más de doscientos años en Inglaterra, en Suecia, en Dinamarca, en las tres cuartas partes de Suiza, en Holanda y en la mitad de Alemania. Pero esto no era un motivo justo para entregar en nombre de Dios los Estados del conde de Tolosa al primer ocupante y para degollar y quemar vivos á sus vasallos con un crucifijo en la mano y una cruz blanca en la espalda. Todas las atrocidades que se nos refieren de los pueblos más salvajes, son insignificantes, si las comparamos con las barbaries de esa guerra que llamaron *Santa*. La atrocidad ridícula de algunas ceremonias religiosas se unió siempre á tales horrores. Sabido es que Raimundo VI fué arrastrado hasta una iglesia á presencia del legado del Papa que se llamaba Milón, desnudo hasta la cintura, sin medias y sandalias, con una cuerda atada al cuello, de la que tiraba un diácono, mientras otro diácono le azotaba, un tercer diácono cantaba un miserere con los frailes, y el legado del Papa comía.



De ese suceso arranca el derecho que los papas creen tener sobre Avignon.

El conde Raimundo, que se dejó azotar como penitencia impuesta para conservar sus Estados, sufrió esa ignominia inútilmente, y tuvo que defender con las armas lo que creyó conservar sufriendo algunos azotes. Pasó por la dolorosa situación de ver sus ciudades incendiadas, y murió en 1213 en las vicisitudes de una de las guerras más sangrientas. Su hijo, Raimundo VII, no era sospechoso de ser hereje como su padre; pero siendo hijo de hereje, debía perder todos sus bienes, siguiendo las disposiciones de las decretales. Así lo establecía la ley. Subsistió, pues, la cruzada contra él y le excomulgaron en todas las iglesias, los domingos y los días de fiesta, tocando campanas y con los cirios apagados.

El legado que estaba en Francia durante la minoría de San Luis, cobraba el diezmo para sostener dicha guerra en Languedoc y Provenza. Raimundo se defendía con valor; pero renacían sin cesar las cabezas de la hidra del fanatismo, que amenazaban devorarlo, hasta que al fin el Papa se vió precisado á celebrar la paz, porque la tal guerra consumía todos sus fondos; y Raimundo VII fué á firmar el tratado en el pórtico de la catedral de París. Le obligaron á pagar diez mil marcos de plata al legado, dos mil á la abadía de Citeaux, quinientos á la abadía de Clervaux, mil á la de Grand-Selve y trescientos á la de Belleperche, todo esto por la salvación de su alma. De ese modo negocia siempre la Iglesia.

Es digno de observarse que en el documento en que se consigna el tratado de paz, el conde de Tolosa pone siempre al legado del Papa delante del rey. En él dice: «Juro y prometo al legado y al rey cumplir de buena fe todas las condiciones y hacer que las cumplan mis vasallos.»

Además del pago de esas cantidades, le costó al conde de Tolosa perder lo siguiente. Tuvo que ceder al Papa Gregorio IX el condado de Venaissin, de la parte de allá del Ródano, y la soberanía de setenta y tres castillos de la parte de acá. El Papa se adjudicó estas posesiones por medio de un acta secreta, temiendo que constara en un instrumento público la confesión de haber exterminado muchísimos cristianos para usurpar la herencia ajena. Exigió además lo que Raimundo no podía darle sin el consentimiento del emperador Federico II de Alemania, esto es, las tierras del condado de la izquierda del Ródano, que constituían un feudo imperial. Federico II no ratificó nunca esta extorsión.

Como Alfonso, hermano de San Luis, que era casado con la hija de ese desventurado príncipe, no tuvo hijos de ella, los Estados que Raimundo VII poseía en Languedoc fueron incorpo-



rados á la corona de Francia, según quedó estipulado en el contrato de matrimonio.

El condado Venaissin, situado en la Provenza, lo restituyó magnánimamente el emperador Federico II al conde de Tolosa. Su hija Juana, antes de morir, dispuso de él en su testamento en favor de Carlos d'Anjou, conde de Provenza y rey de Nápoles. Felipe el Atrevido, hijo de San Luis, violentado por el Papa Gregorio X, entregó el condado de Venaissin á la Iglesia romana el año 1274; pero hay que confesar que Felipe el Atrevido dió lo que no era suyo, y que esa cesión era completamente nula.

Una cosa semejante sucedió con la ciudad de Avignon. Juana de Francia, reina de Nápoles, descendiente del hermano de San Luis; acusada de haber hecho ahogar á su marido, imploró la protección del Papa Clemente VI, que tenía la silla pontificia en Avignon, ciudad perteneciente á los dominios de Juana, que era condesa de Provenza. Los provenzales obligaron en 1347 á Juana á jurar sobre los Santos Evangelios que no vendería ninguno de sus dominios; pero ésta, casi á continuación de prestar el juramento, vendió Avignon al Papa. El acta auténtica se firmó el 14 de Junio de 1348, y en ella se estipuló, como precio de la venta, la cantidad de ochenta mil florines de oro. El papa la declaró inocente del asesinato de su marido, pero no le pagó la cantidad estipulada en el acta. Nunca pudo cobrarla, aunque la reclamó jurídicamente. De modo, que Avignón y su condado sólo fueron desmembrados de la Provenza por una rapiña repugnante é inicua, que encubrió el velo de la religión.

Cuando Luis XI adquirió la Provenza, la adquirió con todos sus derechos, que hizo valer en 1464, como consta en una carta que Juan de Foix escribió á dicho monarca. Pero fué tanto el poder de Roma, que los reyes de Francia condescendieron en dejarle disfrutar de esa provincia, pero sin reconocer nunca legítima la posesión que de ella tenían los papas. En el tratado de Pisa, que en 1664 celebraron Luis XIV y Alejandro VII, se dice que «se vencerán todos los obstáculos que se presenten para que el Papa pueda disfrutar de Avignon, como disfrutaba en tiempos anteriores.» El Papa, pues, sólo disfrutó de esa provincia, como los cardenales obtienen pensiones del rey, pensiones que son amovibles.

Avignon y su condado causaban siempre embarazos á todos los gobiernos de Francia. Este pequeño territorio servía de refugio á todos los que hacían bancarrota y á los contrabandistas, y por eso ocasionaba grandes pérdidas, de las que el Papa ningún provecho sacaba.

Luis XIV hizo valer sus derechos dos veces, más por castigar al Papa, que por incorporar á su corona Avignon y su condado. Luis XV hizo justicia á su dignidad y á sus vasallos. El



proceder indecente y grosero del Papa Clemente XIII, le obligó á reclamar los derechos de su corona á dicho territorio en 1768. Dicho Papa quiso obrar como si estuviéramos viviendo en el siglo XIV, y Francia le probó que vivíamos en el siglo XVIII, con aplauso de toda Europa.

Cuando el oficial general, con la orden terminante del rey, entró en Avignon, marchó directamente á la habitación donde estaba el legado del Papa, y sin dejar que le anunciaran siquiera, le dijo: «Señor legado, el rey me envía á tomar posesión de la ciudad en su nombre.»



## B

## BABEL

## I

Babel significaba para los orientales *Dios Padre*, *El poder de Dios*, *La puerta de Dios*, según el modo cómo se pronunciaba la palabra. Por eso Babilonia fué la ciudad de Dios, la ciudad santa. Cada capital de nación se llamó la ciudad de Dios, la ciudad sagrada. Los griegos las llamaron todas *Hierápolis*, y tuvieron más de treinta ciudades de ese nombre. Torre de Babel significaba, pues, *la torre del Dios padre*.

Flavio Josefo dice que Babel significa confusión. Calmet y otros afirman que *Biblia* significa en caldeo *confundido*; pero todos los orientales sostienen la opinión contraria. Si significara *confusión*, sería un extraño origen de capital de un vasto imperio.

Los comentaristas se han esforzado en averiguar hasta qué altura llegó la famosa torre de Babel. San Gerónimo dice que tenía veinte mil pies de altura. El antiquísimo libro judío titulado *Jacult*, le atribuye ochenta y un mil pies. Pablo Lucas dice que vió las ruinas (lo que es mucho ver), pero sus dimensiones no han sido las únicas dificultades con que han tropezado los eruditos.

Han querido averiguar cómo los hijos de Noé, «habiéndose repartido entre ellos las islas de las naciones, estableciéndose en diferentes países que cada uno hablaba su lengua, tenía sus familias y su pueblo particular,» según dice el *Génesis*; se encontraron todos los hombres en seguida en la llanura de Sennaar para edificar allí una torre, diciendo: «Hagamos célebre nuestro nombre antes que nos dispersemos por toda la tierra.»

El *Génesis* habla de los Estados que fundaron los hijos de Noé. No se ha podido averiguar cómo pudieron los pueblos de



Europa, de Africa y de Asia reunirse completamente en Senaar, hablando todos la misma lengua y teniendo una misma voluntad.

La *Biblia* coloca el diluvio en el año 1656 de la creación del mundo, y la destrucción de la torre de Babel en 1771, esto es, ciento quince años después de la destrucción del género humano y durante la vida del mismo Noé. Los hombres debieron multiplicarse con prodigiosa celeridad, y todas las artes renacieron en muy poco tiempo. Si reflexionamos en el sinnúmero de oficios diferentes que se necesitan emplear para construir una torre tan alta, nos asombra tan maravillosa obra.

Pero aún se nos presentan mayores dificultades: según atestigua la *Biblia*, Abraham nació cerca de cuatrocientos años después del diluvio, y ya había existido una serie de reyes poderosos en Egipto y en Asia. En vano se empeñan Bochart y otros escritores doctos en recargar sus voluminosos libros de sistemas y de palabras fenicias y caldeas, que ellos no comprenden; en vano se esfuerzan en tomar la Thracia por la Capadocia, la Grecia por la Creta y la isla de Chipre por la isla de Tyro; no por eso dejan de nadar en el mar de una ignorancia que no tiene fondo ni playas. Hubiera sido más breve confesar que Dios nos dió, después de haber transcurrido algunos siglos, los libros sagrados para hacernos hombres de bien, y no para que fuéramos geógrafos, cronologistas y etimologistas.

Babel es Babilonia, y la fundó, según dicen los historiadores persas, un príncipe que se llamaba Tamurath. La única noticia que tenemos de esas antigüedades, consiste en las observaciones astronómicas de 1900 años, que envió Callistheno, por orden de Alejandro, á su preceptor Aristóteles. A esa certidumbre debe unirse la gran probabilidad de que una nación que contaba con una serie de observaciones celestes de cerca de dos mil años, debió fundarse y constituir una potencia considerable muchos siglos antes de hacer la primera observación celeste.

Es deplorable que ninguno de los cálculos de los antiguos autores profanos esté acorde con los de nuestros autores sagrados, y que ningún nombre de los príncipes que reinaron después de las distintas épocas en las que se coloca el diluvio, fuera conocido ni de los egipcios, ni de los sirios, ni de los babilónicos, ni de los griegos.

No es menos deplorable que no quede en el mundo, ni en los autores profanos, ningún vestigio de la torre de Babel ni de la historia de la confusión de las lenguas. Un suceso tan memorable permaneció desconocido para todo el universo, como los nombres de Noé, Matusalén, Caín, Abel, Adán y Eva.

Este contratiempo agujonea más nuestra curiosidad. Herodoto, que viajó mucho, no menciona á Noé, ni á Sem, ni á Réhu,





ni á Salé, ni á Nemhrod. Nemhrod es desconocido de toda la antigüedad profana. Sólo algunos árabes y persas modernos lo mencionan, falsificando los libros de los judíos. Para caminar por entre las ruinas de la antigüedad, no tenemos otro guía que la fe en la *Biblia*, que fué desconocida de todas las naciones del universo durante algunos siglos.

Herodoto, que con algunas verdades mezcla muchísimas fábulas, afirma que en su época (la de la mayor importancia de los persas, que eran soberanos de Babilonia), todas las ciudadanas de esa famosa ciudad tenían la obligación de ir una vez durante su vida al templo de Mylitta, diosa que se cree que era la misma Venus Afrodita, á prostituirse á los extranjeros, y que su ley las mandaba recibir de ellos dinero, como tributo sagrado que se pagaba á la diosa.

Ese cuento, digno de las *Mil y una noches*, es del mismo género que el que Herodoto refiere en la página siguiente, en la que dice que Cyro dividió el río de la India en trescientos sesenta canales, que todos tenían la embocadura en el mar Caspio. ¿Creeríais á Mezerai, si éste nos refiriera que Carlomagno dividió el Rhin en trescientos sesenta canales que desembocaban en el Mediterráneo, y que todas las damas de su corte estaban obligadas á ir una vez durante su vida á la iglesia de Santa Genoveva y prostituirse allí por dinero á todos los transeuntes?

Hay que fijarse además en que la fábula de Herodoto es más absurda en el siglo de Jerjes, que era cuando aquél vivía, que lo sería en la época de Carlomagno. Los orientales eran mucho más celosos que los francos y los galos, y las esposas de todos los grandes señores de aquellos países eran vigiladas constantemente por los eunucos. Esa costumbre subsistía desde tiempo inmemorial. Hasta en la historia judía encontramos que, cuando un pueblo pequeño deseaba, como los pueblos numerosos, que les gobernara un rey, Samuel, para que desistieran de esa idea y para conservar su autoridad, les dijo «que un rey los tiranizaría, que les cobraría el diezmo de las viñas y de los trigos para darlo á sus eunucos.» Los reyes realizaron esa predicción, pues en el libro á que ellos dan título, consta que el rey Acab tenía eunucos, y Joram, Jelín, Joaquín, Sedechías, los tuvieron también.

Bastante tiempo antes el *Génesis* menciona también á los eunucos de Faraón, y dice que Putifar, que compró á Josef, era eunuco del rey. No es, pues, extraño que hubiera en Babilonia multitud de eunucos para vigilar á las mujeres, y era imposible que las obligaran á cohabitar por dinero con el primero que las solicitara. Babilonia, la ciudad de Dios, no era pues un vasto burdel, como se ha querido suponer.

Esos cuentos de Herodoto, como todos los cuentos de esa



clase, no son creídos por los hombres honrados, y ha progresado tanto la ilustración, que hasta las viejas y los niños no los creen.

En nuestros días, sólo un hombre, Larcher, trató de justificar la fábula de Herodoto, y le parece que la referida infamia no tiene nada de particular. Trata de probar que las princesas babilónicas se prostituían por lástima al primero que llegaba, porque dice la sagrada Escritura que los amonitas hacían pasar por el fuego á sus hijos cuando se los presentaban á Moloc, pero esa costumbre de algunas hordas bárbaras, la superstición de hacer pasar los niños por entre las llamas ó quemarlos en hogueras sacrificándolos á Moloc, esos horrores iroqueses, propios de una horda infame, ¿tienen acaso algún punto de contacto con una prostitución increíble en la nación más celosa y más civilizada del Oriente conocido? ¿Lo que sucede entre los iroqueses, puede ser una prueba de las costumbres de la corte de Francia ó de la corte de España?

Refiere también dicho autor, como prueba, la fiesta de las Lupercales que celebraban los romanos, «durante la cual, según él dice, los jóvenes de la alta clase y los respetables magistrados corrían por la ciudad desnudos, con un látigo en la mano, dando latigazos á las principales damas que se acercaban á ellos sin ruborizarse, con la esperanza de tener por ese medio un parto feliz.» En primer lugar, los distinguidos romanos á que alude, es falso que recorrieran desnudos las calles: Plutarco dice que iban vestidos de la cintura abajo. En segundo lugar, por el modo de defender costumbres infames, parece que quiera decir el autor que las damas romanas se arremangaban los vestidos para recibir los latigazos en el vientre desnudo, lo que es completamente falso. En tercer lugar, la fiesta de las Lupercales no tiene ninguna relación con la supuesta ley de Babilonia, que manda á las mujeres, á las hijas del rey, de los sátrapas y de los magos, venderse y prostituirse por devoción á los transeuntes.

Cuando no se conoce el espíritu humano ni las costumbres de las naciones; cuando no se tiene más remedio que limitarse á compilar los pasajes de los autores antiguos, que casi todos se contradicen, debemos presentar con modestia nuestra opinión. Debemos saber dudar y sacudirnos el polvo del colegio, y no expresarnos nunca con insolencia que ultraje. Herodoto, Ctesias Diodoro de Sicilia, refieren un hecho; lo leemos en griego, luego ese hecho debe ser verdadero. No es esa la manera de raciocinar de Euclides; pero todavía es más sorprendente en el siglo XVIII, aunque siempre habrá más autores que compilen que autores que piensen.

No nos ocuparemos en este artículo de la confusión de lenguas que sucedió de repente durante la construcción de la torre



de Babel, porque fué un milagro que refiere la Sagrada Escritura, y nosotros, ni explicamos ni examinamos los milagros.

Nos contentaremos con decir que la caída del imperio romano produjo más confusión y más lenguas nuevas que la caída de la torre de Babel. Desde el reinado de Augusto hasta los tiempos de Atila, de Clódivico y de Goudeband, esto es, durante seis siglos, *terra erat unius habii*; en la tierra conocida sólo se hablaba una lengua. Se hablaba en latín desde el Eufrates hasta el monte Atlas. Las leyes que gobernaban á todas las naciones estaban escritas en latín y el griego servía de diversión; el dialecto bárbaro de cada provincia sólo lo usaba el populacho. Pleiteaban en latín, lo mismo en los tribunales de África, que en los tribunales de Roma. El habitante de Cornouailles, que salía de su pueblo para viajar hasta el Asia Menor, podía estar seguro de que le entenderían en todas partes en el largo camino que iba á atravesar. La lengua única fué un beneficio que los romanos hicieron á los hombres; estos fueron ciudadanos de todas las ciudades, lo mismo en las márgenes del Danubio que en las riberas del Guadalquivir. En la actualidad, un hijo de Bérgamo, que se dirija á los cantones suizos, de los que sólo le separa una montaña, necesita un intérprete como si fuera á la China. Esta es una de las mayores calamidades de la vida.

## II

La vanidad fué siempre la que hizo edificar los grandes monumentos, y por vanidad se edificó también la torre de Babel. «Construyámonos, dijeron, una torre, cuya cumbre llegue al cielo, y hagamos célebre nuestro nombre antes de dispersarnos por todo el mundo.» Esa empresa la acometió un tal Faleg, que tuvo á Noé por quinto abuelo. Como se ve, la arquitectura y todas las artes accesorias progresaron extraordinariamente en cinco generaciones. San Jerónimo, que dice que vió faunos y sátiros, no vió la torre de Babel; pero asegura que tenía veinte mil pies de altura, que no es una bicoca. El antiquísimo libro *Jacult*, que escribió un docto judío, demuestra que era alta, de ochenta y un mil pies judíos, y es sabido que el pie judío era poco más ó menos de la misma longitud que el pie griego. Parece más verosímil que tuviera esas dimensiones que las que supone San Jerónimo. Esa torre subsiste todavía, pero ya no es tan alta. Varios viajeros muy verídicos la han visto. Yo, que no la he visto, no me ocuparé de ella, como no me ocuparé de mi primer padre Adán, con el que no tuve el honor de conversar. Pero consultad con el reverendo padre Calmet, que es hombre de ingenio sutil



y profundo filósofo, y él os explicará detalles. No sé por qué dice el *Génesis* que Babel significa confusión, puesto que *Ba*, padre en las lenguas orientales, y *Bel*, significan Dios; luego Babel debía significar la ciudad de Dios, la ciudad santa. Los antiguos daban este nombre á todas sus capitales. Babel significará confusión, ya porque los arquitectos quedaran confundidos después de haber edificado su obra, ya porque allí se confundieron todas las lenguas; y es evidente que desde entonces los alemanes ya no entendieron á los chinos, aunque si hemos de creer al sabio Bochart, el chino fué en su origen el mismo idioma que el alto alemán.

### BACO

De todos los personajes verdaderos ó fabulosos de la antigüedad profana, el más importante para nosotros es Baco, no por la excelente invención que le atribuyeron todos los pueblos del universo, excepto el pueblo judío, sino por la prodigiosa semejanza que tiene su historia fabulosa con la historia verdadera de Moisés.

Los primitivos poetas dicen que Baco nació en Egipto y que le expusieron en el Nilo. Por eso el primer Orfeo le llama Myses, que en la lengua del antiguo egipcio quiere decir *salvado de las aguas*, según aseguraban los que entendían el antiguo egipcio, que hoy ya nadie entiende. Le educaron en una montaña de la Arabia, llamada Nisa, que se cree era el monte Sinaí. Se supone que una diosa le mandó que fuera á destruir una nación bárbara, y que pasó á pie el mar Rojo acompañado de multitud de hombres, de mujeres y de niños. En una ocasión el río Oronte apartó sus aguas á derecha é izquierda para dejarle pasar, y el río Hydaspe hizo lo mismo. Mandó al sol que se parara, y dos rayos luminosos le salieron de la cabeza. Hizo saltar una fuente de vino pegando en tierra con su tirso y grabó sus leyes en dos planchas de mármol. Sólo le faltó haber atraído sobre Egipto diez plagas para ser la copia exacta de Moisés.

Si no estoy equivocado, Vossius fué el primero á quien se le ocurrió hacer ese paralelo. Huet, obispo d'Abranche, también lo hizo, y añadió en su demostración evangélica, que Moisés no sólo es Baco, sino también Osiris y Tyfón. Colocado ya en esa pendiente, se desliza tanto por ella, que para él Moisés es también Esculapio, Anfion, Apolo, Adonis y hasta Priapo. Es sumamente gracioso que Huet, para probar que Moisés es Adonis, se funde en que uno y otro guardaron corderos. Prueba que es Priapo, diciendo que algunas veces pintaban á Priapo con un



asno y que los gentiles creyeron que los judíos adoraban á un jumento. Además alega otra prueba, que no tiene nada de canónica, y es la siguiente: que la vara de Moisés podía compararse con el cetro de Priapo. Como ven los lectores, estas demostraciones no son como las de Euclides.

No nos ocuparemos en este artículo de otros Bacos menos antiguos, como por ejemplo, el que precedió doscientos años á la guerra de Troya y los griegos festejaron por suponerle hijo de Júpiter, que estaba encerrado en una pierna de éste. Nos limitaremos á ocuparnos del que supusieron nacido en los confines de Egipto, por haber realizado muchísimos prodigios. El respeto que profesamos á los libros sagrados judíos, no nos permite dudar que los egipcios, los árabes y después los griegos, hayan querido imitar la historia de Moisés; la dificultad consiste únicamente en averiguar cómo pudieron saber esta historia incontestable.

Respecto á los egipcios, no es posible que se hayan ocupado en escribir los milagros de Moisés, que les hubieran avergonzado. Si se hubieran ocupado de ellos, lo hubieran copiado Josefo y Filón. Josefo, en su respuesta á Apión, se cree obligado á citar todos los autores de Egipto que mencionaron á Moisés, y no encuentra ninguno de ellos que refiera un solo milagro de aquél. No pueden ser, pues, los egipcios los que dieron pie para establecer el paralelo escandaloso entre el divino Moisés y el profano Baco.

Es evidente que si un solo autor egipcio hubiera referido alguno de los milagros de Moisés, la Siragoga de Alejandria y la Iglesia disputadora de dicha ciudad célebre, hubieran citado el autor judío y el milagro que refiriera. Atenágoras, Clemente y Orígenes, que tantas cosas inútiles dicen, habrían referido mil veces ese pasaje temerario, que hubiera sido el mejor argumento para los padres de la Iglesia. Todos callaron sobre este punto; luego nada sabían y nada podían decir. ¿Pero cómo se pudo conseguir que ningún egipcio refiriera las hazañas de un hombre que mandó matar á los primogénitos de todas las familias de Egipto, que ensangrentó el Nilo, que ahogó en el mar al rey y á todo su ejército, etc., etc?

Los historiadores franceses confiesan unánimemente que el sicamoro Clodovico subyugó las Galias con un puñado de bárbaros. Los historiadores ingleses confiesan también que los sajones, los dinamarqueses y los normandos, sucesivamente, consiguieron exterminar parte de su nación. Si unos y otros no lo hubieran confesado, Europa entera lo diría á voces. El universo entero debió publicar lo mismo los espantosos prodigios de Moisés, de Josué, de Gedeón, de Sansón y de otros muchos profetas y sin embargo, el universo entero se calló sobre todo esto. Por



una parte, es indudable que son verdaderos esos antiguos acontecimientos, porque los refiere la Sagrada Escritura, que merece la aprobación de la Iglesia; y por otra parte, es indudable que ningún pueblo se ocupó de los referidos sucesos. Adoremos á la Providencia y sometámonos á sus designios.

Los árabes, enamorados siempre de lo maravilloso, serían probablemente las autores de las fábulas que sobre Baco se inventaron y luego los griegos copiaron y embellecieron. ¿Pero cómo los árabes y los griegos tenían que copiarlas de los judíos? Sabemos que los hebreos no comunicaron sus libros á nadie hasta hasta la época de los Ptolomeos; consideraban esa comunicación como un sacrilegio, y el mismo Josefo, para justificar la terquedad de los judíos en ocultar el *Pentateuco* al resto del mundo, dice que Dios había castigado á todos los extranjeros que se atrevieron á referir las historias judías. De este modo Flavio Josefo defiende á los judíos de que ocultaran tanto tiempo sus libros sagrados. Esos libros eran tan raros, que sólo se encontró un ejemplar de ellos en la época del rey Josías, y aun este ejemplar estaba olvidado hacía mucho tiempo en el fondo de un cofre, como ya dijimos en otra ocasión.

Esa aventura sucedió, según dice el libro IV de los *Reyes*, 624 años antes de la era vulgar, 400 años después de Homero y en los tiempos más florecientes de la Grecia. Los griegos ignoraban entonces que había hebreos en el mundo. La cautividad de los judíos en Babilonia aumentó todavía la ignorancia de sus propios libros, y fué preciso que Esdras los restaurara al cabo de setenta años, cuando hacía ya más de quinientos que la fábula de Baco corría de boca en boca por toda la Grecia.

Si los griegos hubiesen copiado sus fábulas de la historia judía, no hubieran ignorado esos sucesos tan interesantes para el género humano. Las aventuras de Abraham, las de Noé, Matusalém, Set, Enoc, Caín y las de Eva, fueron desconocidas durante muchísimos años, y los griegos sólo tuvieron una vaga noticia del pueblo judío algún tiempo después de la revolución que hizo Alejandro en Asia y en Europa. El historiador Flavio Josefo terminantemente así lo afirma. Al contestar á Apión (que había muerto cuando él publicó la contestación, porque Apión murió durante el imperio de Claudio y Josefo escribió en la época de Vespasiano), dice: «Como vivimos lejos del mar, no nos dedicamos al comercio y no tenemos trato con las demás naciones. Nos concretamos á cultivar nuestras tierras, que son muy fértiles, y sobre todo á educar á nuestros hijos, porque creemos indispensable enseñarles nuestras santas leyes é inspirarles el deseo de cumplirlas. Estas razones, agregadas á cuanto dije y á nuestro modo particular de vivir, demuestran que en los siglos pasados



no tuvimos nunca comunicación con los griegos como la tuvieron los egipcios y los fenicios.»

Después de la auténtica afirmación del escritor judío, defensor acérrimo del honor de su patria, es imposible creer que los antiguos griegos tomaran la fábula de Baco de los libros sagrados de los hebreos, ni de ninguna otra. ¿En qué consiste pues que los griegos tuvieron como fábulas lo que los hebreos consideraban como historia? ¿Sucedería esto porque estaban dotados del dón de invención, por tener facilidad para inventar, ó porque los grandes ingenios coinciden en el pensamiento? No lo sabemos; Dios lo permitió, y esto debe bastarnos. ¿Qué importa que los árabes y los griegos refirieran los mismos hechos que los judíos? Debemos leer el Antiguo Testamento para prepararnos á leer el nuevo, y en uno y en otro, sólo debemos buscar lecciones de beneficencia, de moderación, de indulgencia, de verdadera caridad.

### BACÓN (ROGELIO)

Indudablemente creeréis que el famoso fraile del siglo XIII que se llamó Bacón, fué un hombre eminentísimo, poseedor de la verdadera ciencia, porque los ignorantes le persiguieron y le encarcelaron en Roma. Confieso que le favorece esa preocupación general. ¿Pero no sucede todos los días que unos charlatanes sentencien gravemente á otros charlatanes, y que unos locos impongan castigos á otros? El mundo fué durante mucho tiempo semejante á esos hospitales en los cuales el loco que se cree el Padre Eterno, anatematiza siempre al que se cree ser el Espíritu Santo. Semejantes hechos tampoco son raros en la actualidad.

Entre las causas de la celebridad de Bacón deben contarse, en primer lugar, ser encerrado en una cárcel, y en segundo lugar, el atrevimiento de decir que debían quemarse todos los libros de Aristóteles, que atrevimiento es decirlo en la época en que los escolásticos respetaban á Aristóteles muchísimo más que los jansenistas respetaron á San Agustín. ¿Rogelio Bacón pronunció ese fallo absoluto por haber escrito alguna obra mejor que *La Poética*, *La Retórica* y *La Lógica* de Aristóteles? Esas tres obras inmortales prueban que Aristóteles fué un gran genio, sutil, profundo y metódico, pero que fué un mal físico, porque era imposible adelantar en esa ciencia en los tiempos en los que no se conocían instrumentos para estudiarla.

Bacón, en su mejor obra, en la que trata de la luz y de la visión, se expresa con más claridad que Aristóteles, cuando dice:



«La luz hace por vía de multiplicación su especie luminosa, y esta acción se llama unívoca y conforme al agente; pero existe en ella otra multiplicación equívoca, por medio de la que la luz engendra el calor y el calor engendra la putrefacción.»

En otra parte, Bacón dice que se puede prolongar la vida con el sperma ceti, con el aloes y con la carne de dragón; pero que sólo se puede alcanzar la inmortalidad por medio de la piedra filosofal. Creerán nuestros lectores sin dificultad que, siendo dueño dicho fraile de secretos tan importantes, debía poseer también todos los secretos relativos á la astrología judicial. Por eso sin duda asegura en su libro *Opus majus*, que la cabeza del hombre está sometida á las influencias del signo del Cordero, el cuello á las del Toro y los brazos á las de los Gemelos. Prueba todo eso con experimentos y elogia extraordinariamente á un gran astrólogo de París, que evitó que un médico pusiera un emplasto en la pierna de un enfermo, porque el sol estaba entonces en el signo de Acuario, y ese signo es mortal para las piernas cuando se les aplican emplastos.

Es opinión general que Rogelio Bacón fué el inventor de la pólvora. Verdad es que en su época se habían hecho estudios para conseguir tan horrible descubrimiento. Siempre he observado que el espíritu de invención existe en todas las épocas, y aunque los doctores y los gobernantes sean profundamente ignorantes y reinen las preocupaciones, siempre salen hombres desconocidos y animados de un instinto superior que encuentran inventos admirables, explicados después por los sabios.

Hé aquí lo que respecto á la pólvora dice Rogelio Bacón en la página 474 de su libro *Opus majus*, edición de Londres: «El fuego gregüisco (1) se extingue con dificultad, porque el agua no lo apaga. Existen ciertos fuegos, cuya explosión produce tanto ruido, que si los encendieran súbitamente y de noche, no podrían resistirlos ni una ciudad ni un ejército; serían más ruidosos que los truenos. Existen fuegos que deslumbran tanto como los relámpagos; y es de suponer que con artificios como estos aterró Gedeón al ejército de los madianitas. Nos da una prueba de esto ese juego de niños que se verifica en todo el mundo. Meten en un tubo una cantidad de salitre, forzándola con una pequeña bala del tamaño de una pulgada, y la hacen reventar, produciendo un ruido semejante al que produce el trueno, y del tubo sale una exhalación de fuego que parece un rayo.» Por este párrafo se comprende que Rogelio Bacón sólo hizo la experiencia con una pequeña bola llena de salitre puesta en el fuego; desde este experimento hasta el de la invención de la pólvora,

(1) *Fuego gregüisco*: era una mezcla incendiaria que no se apagaba con agua.



media todavía bastante distancia. De ésta no se ocupa Rogelio en ninguna parte, pero se inventó muy poco después.

Siempre me causó sorpresa que Bacon no conociese la dirección de la aguja imantada, que en su época empezaba á conocerse en Italia; pero en cambio, conoció muy bien el secreto de la vara del avellano y otras cosas parecidas, de las que trata en su obra titulada *Dignidad del arte experimental*. A pesar del sinnúmero de absurdos y de desvaríos que contienen sus obras, debemos confesar que Rogelio Bacon fué un hombre admirable, con relación á su siglo, aunque puede objetársele que su siglo fué el del gobierno feudal y el de los escolásticos. Rogelio sabía algo de geometría y de óptica, y porque sabía algo de eso le tuvieron por hechicero en Roma y en Paris. Sin embargo, no sabía tanto como el árabe Alhazen, porque en aquella época resultaban los árabes los maestros de todo y eran los médicos y los astrólogos de todos los reyes cristianos. El bufón del rey era de la nación de éste, pero su doctor era árabe ó judío. Si pudiéramos trasladar á Bacon á los tiempos actuales, sería indudablemente un gran hombre. Era oro incrustado en los excrementos de la época en que vivió; hoy sería oro purificado.

### BACÓN (FRANCISCO)

El mayor servicio que Francisco Bacon prestó á la filosofía, fué descubrir la atracción.

Al finalizar el siglo XVI, decía en su obra titulada *Nuevo método de saber*: «Falta averiguar si existe una especie de fuerza magnética que opera entre la tierra y los objetos que tienen peso: entre la luna y el Océano. Es indispensable, ó que los cuerpos graves se dirijan hacia el centro de la tierra, ó que se atraigan mutuamente; y en este último caso, es evidente que cuanto más se aproximen á la tierra los cuerpos al caer, con tanta más fuerza se atraen unos á otros. Es preciso experimentar si el reloj de péndulo anda con más celeridad colocado en lo alto de una montaña que si se coloca en el fondo de una mina, y esto indicará la probabilidad de que la tierra esté dotada de verdadera atracción.»

Cerca de cien años después, encontró, calculó y demostró el gran Newton esa atracción, esa gravitación, esa propiedad universal de la materia, que es la causa que retiene los planetas dentro de sus órbitas, que obra en el sol y dirige una paja hasta el centro de la tierra. Pero manifestó Bacon admirable sagacidad, sospechando que había de existir esa fuerza cuando nadie pensaba en semejante cosa.



Bacón sospechó, y Newton demostró la existencia de un principio desconocido hasta entonces, y quizás los hombres no pasen de ahí, si no llegan á ser dioses. Newton fué muy prudente cuando, al demostrar las leyes de la atracción, dijo que ignoraba la causa, añadiendo que quizás es una impulsión, quizás una substancia ligera prodigiosamente elástica difundida en toda la naturaleza. Indudablemente trató de amansar con esos *quizás* á sus contrarios, que se sublevaron contra la palabra atracción, y contra una propiedad de la materia que obra en todo el universo sin tocar los cuerpos sobre los que obra.

### BESAR.

Pido perdón á los jóvenes de ambos sexos si no encuentran en este artículo lo que buscan, porque lo escribo para la gente seria y para los sabios, que son á los que puede interesar.

Se abusaba de los besos en la época de Moliere. En *La madre coqueta* de Quinault, Champagne pide besos á Laura, y ella le contesta: «¿No estás satisfecho todavía? pues yo ya tengo vergüenza, porque te he besado dos veces.» Champagne le replica: «¿Que tú cuentas cuando besas?» Los criados pedían besos á las modistillas y unos y otros se besaban en el teatro. Esto era fastidioso é insoportable, sobre todo cuando los actores eran repugnantes ó feos. El autor que busque besos, debe leer el *Pastor fido*; en esa obra hay un coro que no habla más que de besar, y su argumento se funda en un beso que Mirtilo dió un día á la hermosa Amarilis, jugando á la gallina ciega. *Un bacio molto saporito*, como dice el autor. •

También es bastante conocido el artículo sobre los besos, en el cual Juan de La Casa, arzobispo de Benavente, dice que podemos besarnos desde la cabeza hasta los pies. Le dan lástima las narices largas, que difícilmente pueden acercarse unas á otras, y aconseja á las damas que tengan la nariz larga que escojan amantes chatos.

Besarse era la manera de saludar más común en la antigüedad. Refiere Plutarco que los conjurados contra César, antes de matarle, le besaron el rostro, la mano y el pecho. Tácito refiere que cuando su suegro Agrícola regresó de Roma, Domiciano le recibió besándole con frialdad y luego le dejó confundido entre la multitud. El inferior que no conseguía saludar á su superior besándole, acercaba la boca á su propia mano y le enviaba un beso, y el superior lo devolvía del mismo modo cuando tenía gusto en ello. Empleaban ese mismo signo para adorar á los dioses. Job, en su *Parábola* (que es quizá el libro más antiguo



que conocemos), dice que no adora al sol y á la luna como los demás árabes, porque no se lleva la mano á la boca cuando contempla á los astros que él no adora. De esa costumbre tan antigua sólo quedó en Occidente la fórmula pueril, que todavía se enseña á los niños en algunos pueblos, de besarse la mano derecha cuando se les regala algún dulce.

Era un proceder horrible hacer traiciones besando, y este proceder hace inicuo el asesinato de César. No nos ocuparemos de los besos de Judas, porque ya se han convertido en proverbio. Joad, que era uno de los capitanes de David, odiaba á Amasa, que era otro de los capitanes, y le dijo; «Buenos días, hermano mío; y cogiendo con la mano la barba de Amasa para besarle, con la otra mano sacó la espada y le asesinó, traspasándole el pecho.» No se encuentran más besos en los frecuentes asesinatos que cometieron los judíos, que los que Judit dió á Holofernes antes de cortarle la cabeza cuando se quedó dormido en la cama. En el *Otelo* de Shakespeare, este moro negro da dos besos á su mujer antes de asesinarla. Este proceder, que parece horrible á las gentes sensibles, lo encuentran natural los partidarios de Shakespeare y conforme á las supersticiones de los negros. Al menos no besaron en la catedral de Milán, el día de San Esteban, cuando asesinaron allí á Juan Galeas Sforza, ni cuando asesinaron al almirante Coligny, al príncipe de Orange, al mariscal d'Ancre, á los hermanos Wit y á otros.

Consideraban los antiguos que había algo de simbólico y de sagrado en los besos, porque besaban las estatuas de los dioses y las barbas, cuando á los escultores se les ocurría ponérselas. En los misterios de Ceres, los iniciados se besaban para demostrar su concordia. Los primitivos cristianos y cristianas se besaban en la boca en las agapas, esto es, en las comidas que verificaban en las iglesias, porque la palabra agapa significaba *comida de amor*. Se daban recíprocamente el beso santo, el beso fraternal, el beso de la paz. Esa costumbre duró más de cuatro siglos, pero por sus consecuencias tuvo que abolirse. Esos besos *fraternales* atrajeron mucho tiempo sobre los cristianos, que aún eran poco conocidos, la nota de libertinos, con la que los calificaron los sacerdotes de Júpiter y las sacerdotisas de Vesta. Según vemos en Petronio y en otros autores profanos, los disolutos se llamaban hermano y hermana, y creyeron que entre los cristianos los mismos nombres significaban las mismas infamias, y contribuyeron ellos mismos, inocentemente, á difundir sus acusaciones en el imperio romano.

Existieron al principio diez y siete sociedades cristianas distintas, como existieron nueve entre los judíos, incluyendo en ellas las dos clases de samaritanos. Las sociedades que se jactaban de ser más ortodoxas, acusaban á las otras de cometer las



impurezas más inconcebibles. La palabra *gnóstico*, que al principio fué muy honrosa y significaba *sabio, ilustrado, puro*, se convirtió en palabra despreciable é indigna. San Epifanio, que escribió en el siglo III, afirma que en los primitivos tiempos del cristianismo se hacían cosquillas los hombres y las mujeres; que luego se dieron besos muy impúdicos, juzgando del grado de fe que tenían los que los daban por la voluptuosidad de los besos; que el marido decía á la mujer, al presentarle un joven iniciado: *Celebra la agapa con mi hermano*; y que ellos celebraban la agapa.

No nos atrevemos á repetir en la casta lengua francesa lo que á lo anterior añade San Epifanio en griego (1). Unicamente diremos, que ese santo se excedió al defender el cristianismo y que todos los herejes no son libertinos relajados.

La secta de los pietistas, tratando de imitar á los cristianos, se dan actualmente besos de paz cuando salen de sus reuniones y se dan el tratamiento de hermanos, según me confesó hace veinte años una pietista muy hermosa y muy sensible. Los pietistas conservan religiosamente la antigua costumbre de besarse en la boca.

Este era el modo de saludar á las damas en Francia, en Alemania, en Italia y en Inglaterra: los cardenales tenían derecho á besar á las reinas en la boca, hasta en España. Es singular que no gozaran de esa prerrogativa en Francia, donde las damas disfrutaron siempre de mayor libertad que en otros países. Pero cada nación tiene sus ceremonias, y no existe ningún uso general, al que las circunstancias y el hábito no pongan excepción. Hubiera sido una falta de cortesía y hasta una afrenta, que una dama honrada, al recibir la primera visita de un señor, no le besara en la boca, á pesar de sus bigotes. «Es una costumbre desagradable é injuriosa para las damas, dice Montaigne, tener que ofrecer sus labios al señor que lleve tres criados de séquito, por repugnante que sea.» Sin embargo, esa es quizá la costumbre más antigua del mundo.

Si era desagradable para una joven y hermosa boca pegarse por cortesía á otros labios secos y viejos, en cambio era peligroso que se juntaran dos bocas frescas y rojizas de veinte á veinticinco años; y este peligro obligó á abolir la ceremonia de besarse en los misterios y en las agapas. Ese peligro obligó á los orientales á tener encerradas á sus mujeres para que sólo besaran á sus padres y á sus hermanos, costumbre que los árabes hacía ya mucho tiempo habían introducido en España.

El peligro de besarse consiste en que hay un nervio del quinto par que va desde la boca al corazón, y desde allí más abajo, pues la naturaleza todo lo dispuso con la más delicada in-

(1) San Epifanio: *Contra hæres*, lib. I, t. I.



dustria. Las pequeñas glándulas de los labios, su tisú esponjoso, su piel fina, dan una sensación exquisita y voluptuosa, que tiene analogía con una parte más oculta y todavía más sensible. El pudor puede perderse en un prolongado beso que saboreen dos pietistas de diez y ocho años.

Hay que observar, que en la especie animal sólo se besan las tórtolas y los palomos. De esto proviene la palabra latina *columbatim*, que en las lenguas modernas carece de equivalente. Como en el mundo se abusa de todo, también se abusó de los besos. El beso que la naturaleza destinó para la boca, se prostituyó con frecuencia, destinándolo á sitios que no se crearon para ese uso. Sabido es de lo que se acusó á los templarios.

Honradamente no podemos seguir tratando de esta cuestión interesante, aunque Montaigne haya dicho: «Se debe hablar sin vergüenza de este asunto: no nos abstenemos de hablar en voz alta de matar, de herir y de hacer traición, y de esto apenas nos atrevemos á hablar entre dientes.»

## BASTARDOS

Bala, criada de Raquel, y Zelfa, criada de Lía, dieron cada una de ellas dos hijos al patriarca Jacob; y hay que notar que heredaron como hijos legítimos, lo mismo que los otros hijos que tuvo Jacob de las dos hermanas Lía y Raquel; verdad es que por toda herencia recibieron su bendición; no les sucedió lo que á Guillermo el Bastardo, que heredó la Normandía.

Thierry, hijo bastardo de Clovis, heredó la mejor parte de las Galias, que su padre había invadido.

Muchos reyes de España y de Nápoles fueron bastardos. En España, el rey Enrique Trastámara fué considerado como legítimo rey, á pesar de ser hijo ilegítimo; y esta raza de bastardos, fundida con la casa de Austria, reinó en España hasta Felipe V.

También fué bastarda la raza de Aragón que reinó en Nápoles durante el reinado de Luis XII. El conde de Duvois se firmaba el *bastardo de Orleans*; y en las cartas del duque de Normandía, rey de Inglaterra, que se conservaron mucho tiempo, se firmaba éste Guillermo el Bastardo.

En Alemania no sucede lo mismo. En ese país quieren que las razas sean puras, y los bastardos no heredan nunca haciendas y carecen de estado. En Francia, desde hace muchísimo tiempo, el hijo bastardo de un rey no puede ser sacerdote sin tener dispensa de Roma; pero es príncipe sin ninguna dificultad desde que el rey le reconoce como á hijo de su pecado, aunque sea hijo adulterino de padre y de madre. El bastardo



de un rey de Inglaterra no puede ser príncipe, pero puede ser duque. Los bastardos de Jacob no fueron duques ni príncipes, ni heredaron haciendas, mas es porque su padre no las tenía; pero después les llamaron patriarcas.

Puede preguntárenos si los hijos bastardos de los Papas pueden ser papas cuando les toque el turno. Creemos que esto no es posible, á pesar de que el Papa Juan XI fué hijo bastardo del Papa Sergio III y de la famosa Marozia; pero un caso no constituye ley.

## BANCO

La banca es un tráfico que consiste en cambiar dinero por papel. Hay bancos particulares y bancos públicos. Los bancos particulares hacen operaciones por medio de letras de cambio que un particular os entrega para que recibáis vuestro dinero en el sitio indicado. El primero recibe el medio por ciento, y su corresponsal, donde vais á cobrar, recibe otro medio por ciento cuando os paga. Esta primera ganancia es un convenio entre ellos, que no necesitan advertir al comprador.

La segunda ganancia, que es mucho más considerable, se adquiere por el valor del dinero. Esta ganancia depende de la inteligencia del banquero y de la ignorancia del que remite el dinero. Los banqueros se entienden unos á otros hablando un lenguaje particular, como los químicos; y el profano que no está iniciado en esos misterios, suele ser su víctima. Dicen por ejemplo: «remitimos de Berlín á Amsterdam; lo incierto por lo cierto; el cambio está alto, está á treinta y cuatro ó á treinta y cinco;» y hablando en esa jerigonza, el hombre que cree entenderlos pierde un seis ó un siete por ciento; de modo, que si se hace sobre quince viajes á Amsterdam, remitiendo siempre dinero por medio de letras de cambio, al fin de ellos los dos banqueros habrán adquirido todo el dinero del remitente. Esto es lo que ordinariamente hace adquirir á los banqueros extraordinaria fortuna. Si preguntáis qué es lo *incierto* por lo *cierto*, os contestará por mí el ejemplo que acabo de presentaros.

En Francia se trató de establecer un banco del Estado en 1717, tomando por modelo el de Inglaterra. Tuvo por objeto pagar con billetes de ese banco los gastos corrientes del Estado, recibir las imposiciones del mismo modo y satisfacer las deudas con billetes, entregar sin descuento las cantidades que giraran sobre el banco los franceses ó los extranjeros, y de ese modo asegurarle un gran crédito. Esa operación doblaba realmente el valor del dinero emitiendo billetes de banco mientras hubiera



moneda corriente en el reino, y lo triplicaba, si, emitiendo doble número de billetes que valor tenía la moneda, se tenía cuidado de verificar los pagos en el tiempo preciso, porque acreditándose la caja, todos dejarían en ella su dinero, y de este modo adquiriría un crédito tres veces mayor, como le sucedía al banco de Inglaterra. Muchos hacendistas y muchos banqueros opulentos, envidiosos de Law, inventor de este banco, trataron de arruinarle desde su fundación; y coaligándose con los comerciantes holandeses, libraron contra él todos sus fondos en ocho días. El gobierno, en vez de suministrar nuevos fondos para verificar los pagos, único medio de sostener el banco, quiso castigar la mala fe de sus enemigos, y por medio de un decreto dió á la moneda un tercio más de su valor real; de modo que cuando los agentes holandeses se presentaron para que les satisficiera los últimos pagos, sólo recibieron en dinero las dos terceras partes de sus letras de cambio. Pero ya habían dado al banco el gran golpe, y este quedó agotado; y el alza del valor numerario de la moneda acabó de desacreditarle. Esa fué la primera época de la destrucción del famoso sistema de Law. Desde entonces ya no hubo en Francia banco público; y lo que no había sucedido á Suecia, Venecia, Inglaterra y Holanda en sus épocas más calamitosas, sucedió á Francia cuando nadaba en la paz y la abundancia.

### BANCARROTA

No se conocieron las bancarrotas en Francia antes del siglo XVI, y el motivo es porque entonces no había aún banqueros. Los lombardos y los judíos prestaban con garantía al 5 por ciento, y sólo se ejercía el comercio con dinero contante y sonante. Esto no quiere decir que algunos comerciantes no se arruinasen; pero su ruina no se llamaba bancarrotta, se llamaba quiebra, cuya palabra no suena tan mal. La clasificación de bancarrotta trae su origen de la voz italiana *bancorrotto*, *bancarrotta*. Cada negociante tenía su banco en la plaza donde verificaba el cambio; y cuando le salían mal los negocios, se declaraba *fallito* y abandonaba sus bienes á sus acreedores, guardándose parte de ellos para poder vivir. Quedaba libre y le consideraban como hombre honrado. No procedían contra él, porque confesaba que se había roto su banco, *bancorrotto*, *bancarrotta*. En algunas ciudades podía conservar todos sus bienes y dejar burlados á sus acreedores, si se sentaba sobre una piedra y enseñaba el culo delante de todos los comerciantes. Esta costumbre era una suave derivación del antiguo proverbio romano *solvere aut in cere aut in cute*; pagar con el dinero ó con la piel. Pero esta costum-



bre ya no existe; los acreedores prefieren recobrar las cantidades que se les deben á ver el culo al que hizo bancarrota.

En Inglaterra y en otros países, las bancarrotas se declaran en las gacetas. Los asociados y los acreedores se reúnen en cuanto lo saben; y unos y otros tratan de arreglarse si pueden. Como algunas veces las bancarrotas son fraudulentas, debe en estos casos castigarse á los quebrados, á los que se forma proceso y se les condena por robo. No es cierto que se haya instituído en Francia la pena de muerte indistintamente para todos los quebrados. Las quiebras sencillas no se castigan con ninguna pena. Las quiebras fraudulentas se castigaban con la pena de muerte en los Estados de Orleans y en los de Blois en 1576, durante el reinado de Carlos IX. Pero esos edictos, que renovó Enrique IV, sólo fueron ya conminatorios.

Es muy difícil probar que un hombre se deshonorá expresamente y cede voluntariamente todos sus bienes á sus acreedores con el objeto de engañarlos; al comprender esta dificultad, se ha circunscrito la ley á poner en la picota á esos desgraciados ó á sentenciarlos á galeras. Los quebrados fueron tratados con muchísima consideración el último año del reinado de Luis XI y durante la regencia. El deplorable estado á que quedó reducido el interior del reino, la multitud de negociantes que no podían ó no querían pagar, la cantidad de efectos invendibles que se acumuló, el temor de que se arruinara completamente el comercio, obligó á los gobiernos, desde 1715 á 1726 á suspender todos los procesos que se seguían á los quebrados. Como el Estado había hecho bancarrota, le pareció injusto y cruel castigar á los particulares que se declaraban en quiebra.

## BAUTISMO

*(Palabra griega que significa inmersión)*

### I

No vamos á ocuparnos del bautismo como teólogos. Sólo somos humildes y profanos hombres de letras que no debemos entrar en el santuario.

Los indios, desde tiempo inmemorial, se sumergían en el Ganges, donde siguen sumergiéndose todavía. Los egipcios, que sólo se dejaban conducir por los sentidos, creyeron fácilmente que lo que lavaba el cuerpo podía también lavar el alma; y como consecuencia de esto, instalaron grandes cubas en los subterrá-



neos de los templos de Egipto para sumergirse en ellas los sacerdotes y los iniciados.

Como todo signo es indiferente por sí mismo, Dios se dignó consagrar esa costumbre del pueblo hebreo, y los judíos bautizaron á todos los extranjeros que se establecían en la Palestina. No se obligaba á éstos á que se circuncidaran, pero se les obligaba á cumplir los siete preceptos de los noaquidas y á no hacer sacrificios á los dioses extranjeros. Los prosélitos de justicia eran circuncidados y los bautizaban, bautizando también á las mujeres prosélicas, desnudas y en presencia de tres hombres.

Los judíos más devotos recibían el bautismo de mano de los profetas más venerados, y por eso recurrían á San Juan, que bautizaba en el río Jordán. El mismo Jesucristo que no bautizó á nadie, se dignó permitir que Juan le bautizara. Esa costumbre, que fué durante mucho tiempo una cosa accesoria en la religión judaica, recibió nuevo valor y nueva dignidad, llegando á ser el principal rito y el sello del cristianismo. Esto no obstante, los quince primeros obispos de Jerusalén fueron judíos, los cristianos de la Palestina siguieron circuncidándose durante mucho tiempo y los cristianos de San Juan no recibieron nunca el bautismo de Jesucristo.

Otras sociedades cristianas aplicaban á los bautizados un cauterio con un hierro encendido, determinándose á verificar esa operación por las palabras que dijo San Juan Bautista, y que refiere el evangelista San Lucas: «Bautizo con agua, pero el que viene tras de mí bautizará con fuego.» Esas palabras no se han podido explicar nunca.

Hay varias opiniones respecto al bautismo de fuego que indican San Lucas y San Mateo. Quizás es la más verosímil que fuera una alusión á la antigua costumbre de los que rendían culto á la diosa de Siria, que después de sumergirse en el agua, con un hierro ardiente se imprimían caracteres en el cuerpo.

En los primeros siglos del cristianismo, ordinariamente esperaban estar en la agonía para recibir el bautismo. El ejemplo que dió el emperador Constantino es una prueba de lo que estamos diciendo. San Ambrosio no había recibido aún el bautismo cuando le nombraron obispo de Milán. Pronto quedó abolida la costumbre de esperar la muerte para bautizarse, y substituyó á ésta la costumbre de sumergirse en el baño sagrado.

*Del bautismo de los muertos.*—También bautizaban á los muertos. Prueba esa clase de bautismo el siguiente pasaje de San Pablo en su carta á los corintios: «Si no resucitamos, ¿qué les sucederá á los que reciben el bautismo por los muertos?» O bautizaban á los mismos muertos, ó los vivos recibían el bautismo por ellos como en tiempos posteriores se concedieron indulgen-



cias para librar del purgatorio las almas de los amigos y de los padres.

San Epifanio y San Juan Crisóstomo nos refieren que algunas sociedades cristianas metían un hombre vivo en la cama de un muerto; le preguntaban si quería recibir el bautismo y el vivo contestaba que sí que quería; en seguida cogían al muerto y lo sumergían en una cuba llena de agua. Esta costumbre quedó desterrada muy pronto. San Pablo la menciona y la aprovecha como argumento invencible para probar la resurrección.

*Del bautismo de aspersion.*—Los griegos conservaron siempre la costumbre de bautizarse por inmersión. Los romanos, á últimos del siglo VIII, después de extender su religión por las Galias y por la Germania, al ver que la inmersión mataba á algunos niños en los países fríos, sustituyeron esa clase de bautismo por el de aspersion; y esto fué lo que les atrajo el anatema de la Iglesia griega.

Preguntaron á San Cipriano, que era obispo de Cartago, si realmente estaban bautizados aquellos á los que sólo se rociaba el cuerpo, y dicho obispo contestó en su carta 76 que «muchas iglesias no creen que los rociados sean cristianos; pero que él opina que sí que son cristianos, pero que gozan de gracia infinitamente menor que los que han sido sumergidos tres veces, según es costumbre.»

Los cristianos no llegaban á ser iniciados hasta después de sumergidos. Antes sólo eran catecúmenos. Al ser iniciados hasta necesitaban tener quien respondiera de ellos, una especie de padrinos para que la Iglesia pudiera tener garantía de la fidelidad de los nuevos cristianos y que los misterios no serían divulgados. Por eso, en los primeros siglos del cristianismo, los gentiles desconocían los misterios de los cristianos, tanto como éstos ignoraban los misterios de Isis y los de Ceres.

Cirilo de Alejandría, en el escrito que dirigió contra el emperador Juliano, se expresa así: «Me ocuparía del bautismo si no temiera que lo que diga de él llegue á oídos de los que no están iniciados.» No había entonces ningún culto que no tuviera sus misterios, sus asociaciones, sus catecúmenos, sus iniciados y sus profesos. Cada una de las sectas exigía nuevas virtudes y recomendaba á sus penitentes que hicieran nueva vida, *initium novæ vitæ*, y de esto provino la palabra *iniciación*. La iniciación de los cristianos y de las cristianas consistía en sumergirse desnudos en un cubo lleno de agua fría para asegurar la remisión de todos los pecados. La misma diferencia había entre el bautismo cristiano y las ceremonias griegas y romanas que hay entre la verdad y la mentira. Jesucristo fué el gran sacerdote de la nueva ley.

Desde el siglo II comenzaron á bautizar á los niños; era natural que los cristianos desearan administrar ese sacramento á



sus hijos para que no se condenaran si no lo recibían, y determinaron que se les debía bautizar á los ocho días de su nacimiento, porque entre los judíos entonces estaban ya circuncidados. La Iglesia griega sigue todavía esa antigua costumbre.

Los niños que morían dentro de la primera semana de su nacimiento estaban condenados, según la opinión de los más rigurosos padres de la Iglesia. Pero en el siglo V, Pedro Crisólogo inventó el *limbo*, que era como la playa ó el arrabal del infierno, sitio donde iban los niños muertos sin bautismo y donde permanecieron los patriarcas hasta que Jesucristo descendió á los infiernos. Más tarde prevaleció la opinión de que Jesucristo no descendió á los infiernos, sino al limbo.

Se puso á discusión si un cristiano nacido en los desiertos de la Arabia, podía ser bautizado con arena; y se ha decidido que no. Se cuestionó también si podía bautizarse con agua de rosas, y se decidió que era indispensable el agua pura; pero que sin embargo, podían utilizar el agua cenagosa. Como vemos, esta disciplina dependió de la prudencia de los primeros pastores que la establecieron.

Los anabaptistas y otras sectas que están fuera del gremio de la Iglesia, creían que no se debía bautizar ni iniciar á nadie sin conocimiento de causa. «Obligáis á prometer—dicen—que pertenecerá á la sociedad cristiana al que no tiene conocimiento, porque un niño no puede comprometerse á nada y para eso lo nombráis un padrino; pero eso es un abuso de la antigua costumbre. Esa precaución era muy conveniente cuando se estableció el bautismo, cuando hombres y mujeres desconocidos acudían á presentarse á los primeros discípulos para que los admitiesen en la sociedad cristiana, y para participar de las limosnas, necesitaban presentar una garantía que respondiera de su fidelidad; pero un niño está en el caso diametralmente opuesto. Sucede con frecuencia, que un niño que los griegos bautizaron en Constantinopla, casi en seguida lo circuncidaron los turcos; y fué cristiano ocho días y musulmán á los trece años, y faltó al juramento que hizo su padrino.» Esa es una de las razones que los anabaptistas pueden alegar; pero esa razón, que es válida en Turquía, no tiene ningún valor en los países cristianos, en los que el bautismo asegura el estado de los ciudadanos, y se ha de conformar con las leyes y con los ritos de su patria.

Los griegos rebautizaban á los romanos que pasaban desde una de nuestras comuniones latinas á la comunión griega. Era costumbre en el siglo pasado que esos catecúmenos pronunciaran las siguientes palabras: «Escupo á mi padre y á mi madre porque me bautizaron mal.» Quizás esa costumbre dure todavía y se conserve mucho tiempo en las provincias.



## II

El bautismo, la inmersión en el agua, la aspersion y la purificación, provienen de la más remota antigüedad. Estar limpios equivalía á estar puros en presencia de los dioses. Ningún sacerdote se atrevió nunca á acercarse á los altares con manchas en el cuerpo. La inclinación natural á aplicar al alma todo lo que se refiere al cuerpo, hizo creer á los hombres primitivos que las lustraciones y las abluciones quitaban las manchas del alma como quitan las de la ropa, y que lavando el cuerpo lavaban el alma. De esta creencia nació la costumbre de bañarse en el Ganges, cuyas aguas creían sagradas, y la de las lustraciones, que se practicaban en todos los pueblos. Las naciones orientales, que habitan en climas cálidos, fueron las que más religiosamente observaron esas costumbres.

Los judíos se creían obligados á bañarse después de una profanación, cuando tocaban un animal impuro ó un cadáver y en otras muchas ocasiones.

Cuando los judíos recibían en su país á un extranjero que se convertía á su religión, le bautizaban después de haberle circuncidado, y cuando era mujer la convertida, la bautizaban sencillamente, esto es, la sumergían en el agua en presencia de tres testigos. Creían que esta inmersión concedía á la persona bautizada otro nacimiento y otra vida. Quedaba desde entonces siendo judía y siendo pura, y los hijos suyos que nacieron antes del bautismo, no podían tener parte en la herencia de sus hermanos que nacieron después que ellos de padre y madre regenerados. De modo, que entre los judíos era la misma cosa ser bautizados y renacer, y esa idea ha sido inherente al bautismo hasta nuestros días. Cuando Juan el Precursor se dedicó á bautizar en el Jordán, no hizo más que seguir una costumbre inmemorial. Los sacerdotes de la ley no le pidieron cuentas por haberse dedicado á bautizar, como si estableciera una nueva práctica; le acusaron, porque se abrogaba un derecho que exclusivamente les pertenecía, como los sacerdotes católicos romanos tendrían derecho á quejarse de que un laico se ingiriese á decir misa. Juan Bautista desempeñaba funciones legales, pero ilegalmente.

Juan quiso tener discípulos y los tuvo, llegando á ser jefe de una secta popular, que fué lo que le costó perder la cabeza. Créese que Jesús fué al principio uno de sus discípulos, puesto que le bautizó en el Jordán, sabiendo, como sabemos, que envió para que le auxiliasen á partidarios suyos poco tiempo antes de su muerte.



El historiador Flavio Josefo habla de Juan y no habla de Jesús; prueba incontestable de que Juan Bautista, en la época de dicho historiador, tenía muchísima más reputación que aquel á quien bautizó. «La multitud le seguía—dice Josefo—y parecía que estaban dispuestos los judíos á hacer todo lo que él les mandara.» Ese pasaje indica que Juan, además de ser jefe de secta, era jefe de partido. Josefo añade que llegó á inquietar á Herodes, siendo tan temible para éste, que le sentenció á muerte; Jesús sólo tuvo cuestiones con los fariseos. Por eso Josefo describe á Juan como hombre que hacía sublevar á los judíos contra el rey Herodes á quien éste consideró como criminal de Estado; y como Jesús estaba lejos de la corte, pasó desapercibido para dicho historiador.

La secta de Juan Bautista subsistió, teniendo una regla diferente á la de Jesucristo. Según consta en las *Actas de los Apóstoles*, veinte años después del suplicio de Jesús, Apolo de Alejandría, convertido al cristianismo, sólo conocía el bautismo de Juan y no tenía idea alguna del Espíritu Santo. Muchos viajeros, entre otros Chardin, el más notable de todos, dicen que todavía existen en Persia discípulos de Juan, que se llaman *Sabis*, los cuales se bautizan en nombre de éste y reconocen á Jesús como profeta, pero no como Dios.

Respecto á Jesús, repetimos que recibió el bautismo, pero no lo confirió á nadie. Sus apóstoles bautizaban á los catecúmenos ó los circuncidaban, según las circunstancias; y esto, nos lo prueba la operación de la circuncisión que practicó Pablo en su discípulo Timoteo.

Se asegura que cuando los apóstoles bautizaban, lo hacían en nombre de Jesucristo. Las *Actas de los Apóstoles* no mencionan á ningún catecúmeno bautizado en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y esto nos induce á creer que el autor de las *Actas de los Apóstoles* no conoció el *Evangelio de San Mateo*, que dice: «Id á enseñar á todas las naciones, y bautizad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» La religión cristiana no había adquirido aún la verdadera forma, y todavía no se había escrito el *Símbolo de los Apóstoles*. La epístola de San Pablo á los corintios nos da á entender la singular costumbre que se introdujo entonces de bautizar á los muertos; pero muy pronto la nascente Iglesia reservó el bautismo sólo para los vivos; empezó por bautizar á los adultos; con frecuencia esperaba á que cumplieran cincuenta años ó hasta su última enfermedad, con la idea de que se llevaran al otro mundo toda la virtud del reciente bautismo.

En la actualidad bautizan á todos los niños. Sólo los anabaptistas reservan esta ceremonia para la edad adulta, y la practican sumergiendo el cuerpo en el agua. Los quákeros, que cons-



tituyen una sociedad numerosísima en Inglaterra y en América, no usan el bautismo, fundándose en que Jesucristo no bautizó á ninguno de sus discípulos, y ellos tienen á vanagloria ser cristianos como los de la época de Jesucristo. Esto es lo que les diferencia extraordinariamente de las otras comuniones. El emperador Juliano el Filósofo, en su célebre obra *Sátira de los Césares*, pone estas palabras en boca de Constancio, hijo de Constantino: «Todo el que sea culpable de violación, de homicidio, de rapiña, de sacrilegio y de los crímenes más abominables, quedará limpio y puro en cuanto yo lo lave con el agua bautismal.» Esta fué efectivamente la fatal doctrina que indujo á los emperadores romanos y á los grandes del imperio á diferir el bautismo hasta la hora de la muerte. Creyeron haber encontrado el secreto de poder vivir como criminales y de poder morir como hombres virtuosos. ¡Extraña fué la idea que extrajeron de la colada, esto es, que una cantidad cualquiera de agua lavaba todos los crímenes! Actualmente bautizamos á todos los niños obedeciendo á otra idea tan absurda como la que acabamos de apuntar, esto es, por suponer que todos son criminales, y de ese modo los salvamos hasta que llegan á la edad de la razón, en la que ya pueden convertirse en culpables. ¡Ahogadlos, pues, pronto, porque de ese modo les aseguráis el paraíso! Esta consecuencia es tan lógica, que existió una secta religiosa que envenenaba y mataba á las criaturas recién bautizadas. Esos religiosos razonaban perfectamente cuando decían:—De ese modo hacemos á esos niños inocentes el mayor bien posible, porque les evitamos ser desgraciados y perversos en el mundo y los enviamos á gozar la vida eterna.

### BARAC Y DÉBORA

No discutiremos en este artículo la época en que Barac fué jefe del pueblo judío, ni por qué siendo jefe dejó que una mujer mandase su ejército; tampoco discutiremos si esta mujer, que se llama Débora, fué casada con Lapidoth, ni si era parienta ó amiga de Barac, ni qué día se dió la batalla de Thabor en Galilea, entre Débora y Sisara, general de los ejércitos del rey Jabino, cuyo general mandaba en Galilea un ejército de trescientos mil peones, diez mil jinetes y tres mil carros de guerra, si hemos de dar crédito al historiador Flavio Josefo.

Tampoco nos ocuparemos de Jabino, rey de una aldea que se llamaba Azor, á pesar de lo cual podía disponer de más soldados que el gran Turco. Nos causa profunda lástima la mala suerte de su gran visir Sisara, que, al perder la batalla de Galilea, saltó



de su carro de batalla que conducían cuatro caballos y huyó á pie para correr con más velocidad. Se dirigió á pedir hospitalidad á una santa mujer judía, que le dio leche y le hundió en la cabeza un clavo grande de carreta en cuanto se quedó dormido. Lo sentimos mucho; pero no vamos á ocuparnos de esto; vamos á ocuparnos de los carros de guerra.

Al pie del monte Thabor, cerca del torrente de Cisón, se dió la batalla que acabamos de citar. El monte Thabor es una montaña escarpada, cuyas laderas, un poco más bajas, se extienden por casi todo el territorio de Galilea. Entre esa montaña y los peñascos inmediatos, hay una pequeña llanura, sembrada de piedras y de guijarros, en la que no puede practicar sus evoluciones la caballería. Esa llanura tiene de extensión cuatrocientos ó quinientos pasos. No es creíble que el capitán Sisara pudiera formar allí en batalla sus trescientos mil soldados y sus tres mil carros que no hubieran podido maniobrar ni en una llanura mucho más grande.

Debemos suponer que los hebreos no tenían carros de guerra en un país que únicamente era famoso por los jumentos; pero los asiáticos los utilizaban en las grandes llanuras. Confucio dice positivamente que desde tiempo inmemorial los virreyes de las provincias de la China tenían obligación de suministrar al emperador cada uno de ellos mil carros de guerra tirados por cuatro caballos. Esos carros debieron usarse mucho tiempo antes de la guerra de Troya, puesto que Homero, al ocuparse de ella, no dice que era una nueva invención. Pero esos carros antiquísimos no estaban contruídos como los de Babilonia; ni las ruedas ni el eje llevaban hierros cortantes. Esa invención debió ser muy formidable en las grandes llanuras, sobre todo cuando los carros eran numerosos y corrían con impetuosidad, guarnecidos de hoces y con largas picas. Pero cuando se acostumbraron á ellos, evitaban sus choques con tanta facilidad, que dejaron de usarse en todo el mundo.

En Francia, durante la guerra de 1741, trataron de reproducir esa invención antigua, rectificándola. Uno de los ministros de Estado mandó construir un carro de guerra, y llegaron á probarlo. Opinaron que en llanuras extensas como las de Lutzen podrían ser muy útiles, ocultándolos detrás de la caballería, cuyos escuadrones debían abrirse para dejar paso á los carros y luego correr detrás de ellos: pero los generales opinaron de otro modo; creyeron que esa maniobra era inútil y hasta peligrosa en los tiempos en que los cañones solos ganan las batallas. Replicaron á los generales que se pondrían en los ejércitos que llevaran carros de guerra tantos cañones para protegerlos como tuvieran los enemigos para destruirlos, añadiendo que al principio los carros estarían al abrigo de los disparos de los cañones



enemigos detrás de los batallones ó de los escuadrones, que después éstos se abrirían para que los carros corrieran impetuosamente y que su ataque inesperado podía producir efecto prodigioso. Los generales no contestaron nada que pudiera refutar las anteriores razones, pero se negaron á hacer la guerra como en la antigüedad la hicieron los persas.

## BARBA

Los naturalistas nos aseguran que la secreción que produce la barba es la misma que perpetúa al género humano, y dicen que los eunucos no tienen barba, porque les han privado de los dos receptáculos en los que se elabora el líquido procreador que hace nacer al mismo tiempo los hombres y la barba. Añaden que la mayoría de los impotentes no tienen barba, por la razón de carecer de ese líquido, que se saca de los vasos absorbentes, se une á la linfa nutritiva y lo suministran á las diminutas cecillitas, de las que nacen los pelos en la barba, etc., etc.

Existen hombres que están llenos de vello desde la cabeza hasta los pies, como los monos, y se supone que son los más vigorosos y los más aptos para propagar su especie, y con frecuencia son muy favorecidos en amor como ciertas damas que tienen bastante vello. Por regla general, hombres y mujeres rubios ó morenos, tienen algo de vello en todo el cuerpo, y puede decirse que no hay más partes de él desprovistas absolutamente de pelo que la palma de la mano y la planta del pie.

La afinidad constante que hay entre el pelo y el líquido seminal, no puede ponerse en duda. Pero permítasenos preguntar por qué los eunucos y los impotentes carecen de barba y tienen cabello. ¿La cabellera es acaso de otro género que la barba y que los demás pelos? ¿No tendrá ninguna analogía con el líquido seminal? Los eunucos tienen también cejas y pestañas; y esta es otra excepción que contradice la opinión dominante de que el origen de la barba está en los testículos. Siempre se encuentran dificultades que se oponen á las suposiciones más admitidas. Los sistemas son como los ratones, que después de pasar por veinte agujeros, se encuentran con dos ó tres que les cierran el paso.

Todo un hemisferio parece que se oponga á la unión fraternal de la barba y del semen. Los americanos, de cualquier región, de cualquier color y de cualquiera estatura que sean, ni tienen barba ni pelo alguno en el cuerpo, si exceptuamos en las cejas y en el cabello. Puedo presentar pruebas jurídicas de esto, suministradas por hombres que han conversado y que se han



batido con varias tribus de la América Septentrional, y aseguran que jamás les vieron pelo en el cuerpo, burlándose como es justo de los escritores que copiándose unos á otros, dicen que los americanos no tienen pelo, porque se lo arrancan con pinzas. Como si Cristóbal Colón, Hernán Cortés y los demás conquistadores hubieran llevado sus buques cargados de esas diminutas pinzas que usan nuestras damas para arrancarse el vello y las hubieran distribuido entre todos los pueblos de América.

Mucho tiempo creí que los esquimales se exceptuaban de esa ley general del nuevo mundo; pero viajeros serios me han asegurado que son tan imberbes como los demás americanos, y esto no obstante, tienen hijos en Chile, en el Perú y en el Canadá, como los tenemos en nuestro continente los hombres barbudos. La virilidad no es, pues, inherente en América á los pelos negruzcos ó amarillentos. Existe sin embargo una diferencia específica entre esos bípedos y nosotros. La misma que existe entre sus leones, que no tienen crines y que no son de la misma especie que los leones de Africa.

Debemos notar que los orientales siempre tuvieron la misma consideración á la barba. El casamiento es para ellos la época de la vida en que empiezan á no afeitarse. El traje largo y la barba imponen respeto. Los pueblos occidentales han cambiado de traje con mucha frecuencia, y hasta me atrevo á decir que han cambiado de barba. Llevaron bigotes durante el reinado de Luis XIV hasta el año 1672. En la época de Luis XIII usaron una barba corta que terminaba en punta. Enrique IV la llevaba cuadrada. Carlos V, Julio II y Francisco I, pusieron en moda en sus cortes la barba larga, que hacía mucho tiempo nadie usaba. La gente de toga, por respetar la costumbre de sus padres y por gravedad, se afeitaban entonces, mientras que los cortesanos y los elegantes se dejaban crecer la barba todo lo que podían. En aquellas épocas, cuando los reyes querían enviar en una embajada á algún hombre de toga, suplicaban á los colegas de éste que le permitieran dejarse la barba, sin que se burlaran de él en los juzgados y en los demás tribunales. Ya hemos hablado demasiado sobre la barba.

## BATALLÓN

La cantidad de hombres que sucesivamente han constituido un batallón, ha variado mucho; y hará variar aún los cálculos por medio de los cuales, para un número dado de hombres, se deben encontrar los lados del cuadro, los medios de formar ese



cuadro, lleno ó vacío, y de formar de un batallón un triángulo, imitando el *cuneus* de los antiguos, que sin embargo no era un triángulo.

El método de ordenar los batallones á tres hombres de fondo, según la opinión de muchos oficiales, les da demasiada extensión y les hace presentar flancos muy débiles. El balanceamiento les priva de los medios de avanzar con ligereza contra el enemigo y la debilidad de los flancos les expone á que los derrotasen siempre, si no los apoyan ó los protegen, viéndose obligados á formar cuadro y á tener que permanecer casi inmóviles. Las ventajas de ese sistema, ó mejor dicho, su única ventaja consiste en poder hacer muchísimo fuego, porque todos los soldados que componen el batallón pueden disparar; pero esa ventaja no compensa los inconvenientes, sobre todo en Francia.

El modo de hacer la guerra en la actualidad (1) es completamente distinto del modo antiguo. Se alinea un ejército en orden de batalla para que sirva de blanco á los cañones enemigos, avanza un poco en seguida para disparar y recibir tiros de fusil y el ejército que se cansa primero de ese zipizape es el que pierde la batalla. La artillería francesa es notable, pero su infantería raras veces es superior, casi siempre es inferior á la de las demás naciones. Puede decirse, sin faltar á la verdad, que la nación francesa es tan impetuosa en el ataque que resulta difícilísimo resistir su choque. El mismo soldado, que no tiene paciencia para resistir los disparos de los cañones cuando permanece inmóvil y quizás tiene miedo, volará con rabia contra el enemigo, se dejará matar ó clavará los cañones: esto se ha visto muchas veces. Los grandes generales están unánimes en juzgar de este modo á los franceses.

Es digno de notarse que el orden, la marcha, las evoluciones de los batallones, casi lo mismo que hoy se practican, la restableció en Europa un hombre que no era militar, Maquiavelo, secretario del gobierno de Florencia. Estableció batallones á tres, cuatro y cinco de fondo; los batallones, formando cuadro para que no los destruyan después de una derrota; los batallones á cuatro de fondo sostenidos por otros batallones, formando columna, y los batallones flanqueados por la caballería. Puede decirse que enseñó á Europa el arte de hacer la guerra.

El gran duque de Florencia, empeñado en que el autor de la *Mandrágora* y de la *Clitia* mandara al ejército según su nuevo sistema; pero Maquiavelo se negó á complacerle, temiendo que los oficiales y los soldados se burlaran de un general de capa, y se limitó á pedir que aquellos mandaran en presencia suya el

---

(1) Como comprenderá el lector han cambiado mucho el arte de la guerra desde el siglo XVIII en que escribía Voltaire.



ejercicio á las tropas. No deben pasarse en silencio las cualidades que Maquiavelo exige en el soldado. Desde luego exige que tenga gallardía, esto es, vigor; los ojos vivos y poco alegres, el cuello nervioso, el pecho ancho, el brazo musculoso, las formás redondeadas, poco vientre, las piernas y los pies delgados; en una palabra, exige todos los signos de la agilidad y de la fuerza. Sobre todo desea que el soldado ame el honor y que éste le impulse á batirse. «La guerra, dice, corrompe las costumbres; (y recordando un proverbio italiano, añade:) la guerra da vida á los ladrones y la paz les levanta los patíbulos.»

Maquiavelo hace poco caso de la infantería francesa; y es preciso confesar que fué muy floja hasta la batalla de Rocroi. Maquiavelo fué un hombre extraño; se divertía escribiendo versos y comedias, en enseñar desde su gabinete el arte de matarse técnicamente y á los príncipes el arte de ser perjuros, de asesinar y de envenenar en casos dados. Ese gran arte que el Papa Alejandro VI y su hijo bastardo César Borgia ejercieron maravillosamente sin necesitar las lecciones de Maquiavelo.

Observemós que en todas las obras de Maquiavelo, que tratan sobre asuntos muy diferentes, no se encuentra ni una palabra que haga amar á la virtud, ni una palabra que nazca del corazón. Lo mismo se ha notado en Boileau; pero aunque éste no nos incite á amar á la virtud, trata de probar que es necesaria.

## BDELLIUM

Se han hecho varios estudios para averiguar lo que era bdellium que se encontraba en las playas del Fisón, río del paraíso terrenal. El compilador Calmet refiere que, según la opinión de compiladores antiguos, el bdellium es el carbunco. Según unos es cristal y según otros es la goma de un árbol que se cría en la Arabia. Otros autores aseguran que son perlas. Unicamente las etimologías de Bochart pueden esclarecer esta cuestión. Hubiera yo querido que esos comentaristas hubieran visitado los sitios donde se cria esa materia.

El excelente oro que se saca de esos países nos prueba, dice Calmet, que se trata del país de Colcos, del que proviene el vellocino de oro. Es una lástima que desde entonces se hayan verificado deplorables cambios. La Mingrelia, ese territorio que fué famoso por los amores de Medea y de Jasón, en vez de producir hoy oro de bdellium, sólo produce toros y dragones que guardan los vellocinos. Todo cambia en este mundo, y si los europeos no cultivamos bien nuestras tierras y nuestras naciones siguen su-



miéndose en la deuda, quizá con el transcurso del tiempo nos pase lo mismo que á la Mingrelia.

### BELLO

Ya que citamos á Platón al ocuparnos del amor, citémosle también al tratar de lo bello. No deja de ser curioso conocer cómo se expresaba un griego al tratar de lo bello dos mil años atrás. «Purgado el hombre por medio de los misterios sagrados, al ver un bello rostro decorado con forma divina, ó alguna especie incorporeal, siente en seguida secreto estremecimiento y cierto temor respetuoso, y contempla ese semblante que se le figura una divinidad. Cuando la influencia de la belleza le entra en el alma por la vista, su cuerpo entra en calor, se rocían las alas de su alma, pierden la dureza que retenía su germen, se liquida, y sus gérmenes, hinchados en las raíces de esas alas, se esfuerzan para salir por toda el alma.» (Porque antiguamente el alma tenía alas.)

Me avengo á creer que es bello ese discurso de Platón; pero no nos da ideas exactas de la naturaleza de lo bello.

Preguntad á un sapo lo que es la belleza, y el ideal de lo bello: Os contestará que es la hembra de su especie, con dos ojos gruesos y redondos que resalten de su pequeña cabeza, con boca ancha y aplastada, con vientre amarillento y espalda obscura. Preguntad á un negro de Guinea; para él la belleza consiste en la piel negra y aceitosa, en los ojos hundidos y la nariz chata. Preguntádselo al diablo, y os contestará que la belleza consiste en un par de cuernos, cuatro garras y una cola larga. Consultadlo por fin á los filósofos, y os contestarán por medio de galimatías que no comprenderéis, porque les falta algo que esté conforme con el arquetipo de lo bello en su esencia.

Asistí un día á la representación de una tragedia y estuve sentado al lado de un filósofo, que exclamó: «¡Eso es bello!—¿Qué encontráis de bello en esa obra? le dije.—Que el autor haya conseguido lo que se propuso.» Al día siguiente el filósofo tomó una medicina y le probó bien. «Esa medicina consiguió su objeto, le dije yo, luego es una bella medicina.» En seguida comprendió el filósofo que no se puede decir que una medicina es bella, y que para aplicar á alguna cosa el calificativo de belleza, es indispensable que ésta nos produzca admiración y placer; y convino conmigo en que la tragedia que vimos representar inspiraba esos dos sentimientos.

Con el mismo filósofo hice un viaje á Inglaterra, donde vimos representar la misma obra, perfectamente traducida, y en



aquella nación hizo bostezar de fastidio á todos los espectadores. Entonces el filósofo exclamó: «No tienen la misma idea de la belleza los ingleses que los franceses;» y dedujo, después de muchas reflexiones, que lo bello es frecuentemente muy relativo, como lo que es decente en el Japón es indecente en Roma y como lo que está en moda en París no está en Pekín, y se ahorró el trabajo de componer un largo tratado de lo bello.

Hay acciones que en todo el mundo son bellas. Dos oficiales de César, que eran enemigos mortales, se desafiaron, no á matarse el uno al otro, sino á ver quién defendería mejor el campamento de los romanos, que los bárbaros iban á atacar. Uno de ellos, después de rechazar á los enemigos, iba á sucumbir, y el otro acude en su ayuda, le salva la vida y consiguen la victoria. Un amigo se deja matar por otro y un hijo por su padre: todas las naciones, indistintamente, dirán que esos actos son bellos, que los admiran y que les producen placer. Lo mismo dirán de las grandes máximas de moral de la obra de Zoroastro: «Cuando dudes de la justicia de un acto, abstente de practicarlo;» y de esta otra de Confucio: «Olvida las injurias, pero no te olvides nunca de los beneficios.»

El negro de ojos redondos y nariz chata, que no llamará bellas á las damas de las cortes europeas, llamará bellos esos actos y esas máximas; hasta el hombre perverso reconocerá la belleza de las virtudes, que él no se atreve á imitar. Lo bello, que sólo hiere á los sentidos ó la imaginación, es muchas veces incierto y variable; pero lo bello que hiere al corazón, nunca lo es. Hablaréis con muchos lectores que os digan que no han encontrado bellezas en las tres cuartas partes de la *Ilíada*: pero no encontréis ninguno que no conozca que el sacrificio que hace Crodus por su pueblo es superiormente bello, suponiéndole que sea verdad.

El hermano Attiret, jesuíta, hijo de Dijon, empleado como dibujante en la casa de campo del emperador Kang-hi, situada á poca distancia de Pekín (1), dice en una de las cartas que dirigió á M. Dassant lo siguiente:

«Esta casa de campo es más grande que la ciudad de Dijon; está dividida en muchos edificios edificadas en la misma línea: cada uno de esos palacios tiene patios, parterres, jardines y juegos de agua, y todas sus fachadas están barnizadas, llenas de pinturas y de adornos de oro. En el vasto recinto del parque se han levantado á mano varias colinas que tienen de altura desde veinte hasta sesenta pies. Riegan los valles infinidad de canales que van muy lejos á juntarse, formando estan-

(1) Esa casa de campo era el famoso palacio de verano que en 1860 saquearon los ingleses y los franceses.



ques y mares en miniatura. Puede pasearse por esos mares en esquifes barnizados y dorados, que tienen doce ó trece toesas de longitud y cuatro de anchura. En esos barcos hay salones magníficos, y las playas de esos canales, de esos estanques y de esos mares, están salpicadas de casas construídas de distintas maneras: todas ellas tienen jardines y cascadas. Desde cualquiera de los valles se pasa á los demás por grandes andenes, que están adornados con pabellones y con grutas: los valles se diferencian unos de otros; el más vasto está rodeado de columnas, detrás de las que se elevan magníficos chalets, y sus departamentos corresponden á la magnificencia de las fachadas: los canales tienen muchos puentes, rodeados todos éstos de balaustradas de marmol blanco, esculpidas con bajos relieves. En medio del mar se ha elevado un gigantesco peñasco, sobre el que han construído un pabellón cuadrado que contiene más de cien habitaciones, y desde ese pabellón se ven todos los palacios, todas las casas y todos los jardines que encierra el inmenso recinto. Cuando el emperador da alguna fiesta, todos los edificios se iluminan instantáneamente, y en cada uno de ellos disparan fuegos artificiales. Al extremo de lo que llaman el *mar*, se instala una gran feria que disponen los oficiales del emperador, y muchísimos buques vienen por el *mar verdadero*, trayendo gente á la feria. Los cortesanos se disfrazan de comerciantes, de vendedores y de obreros de todas clases; unos ponen un café, otros una taberna, unos hacen de rateros, otros de alguaciles que los persiguen. El emperador, la emperatriz y las damas de la corte, van á la feria á comprar toda clase de ropas, y los supuestos vendedores los engañan siempre que pueden, diciéndoles que es vergonzoso regatear á señoras tan principales; y ellas contestan que tratan con bribones; los comerciantes se incomodan y quieren marcharse de allí y tienen que apaciguarlos: entonces el emperador lo compra todo y lo divide en lotes, que se quedan y pagan los personajes de la corte.»

Cuando el hermano Attiret desde la China regresó á Versailles, le pareció que esta ciudad era pequeña y triste. Varios alemanes que se extasiaban recorriendo sus jardines, se quedaron asombrados de que al hermano Attiret no le llamaran la atención. El ejemplo que acabo de poner es una razón más que me decide á no escribir un tratado sobre lo bello.



## BEKKER

(O del mundo encantado, del diablo, del libro de Enoch  
y de los hechiceros.)

Baltasar Bekker, teólogo y predicador alemán, hombre excelente, enemigo del infierno eterno y del diablo y más amigo todavía de la precisión, movió mucho ruido en su época con un libro voluminoso que con el título de *El mundo encantado*, publicó en 1694.

Jacobo Jorge de Chauffepie, que pretende ser el continuador de Bayle, asegura que Bekker aprendió el griego en Gromingua. Nicerón alega buenas razones, que le hacen creer que lo aprendió en Franeker; pero no se sabe nada seguro sobre ese punto tan interesante. Lo cierto es que en la época de Bekker, que fué ministro del Santo Evangelio en Holanda, el diablo gozaba de prodigiosa fama entre los teólogos de todas las comuniones, y esto sucedía á la mitad del siglo XVII, á pesar de los esfuerzos de Bayle y de otros hombres sabios que empezaban á ilustrar á la humanidad. Estaban en boga en toda Europa los poseídos y los hechiceros, y con frecuencia se tocaban resultados funestos.

Apenas había pasado un siglo desde que el rey Jacobo, gran enemigo de la comunión romana y del poder del Papa, hizo imprimir su obra titulada *Demonología*, en la que reconocía los maleficios, los incubos y los sucubos, y en la que confiesa el poder del diablo y del Papa, que en su opinión, puede sacar á Satanás del cuerpo de los poseídos, como los demás sacerdotes. Los mismos franceses, que se vanaglorían en la actualidad de haber recobrado el buen sentido, estaban sumidos en la horrible cloaca de la más estúpida barbarie. No existía en Francia un solo tribunal que no estuviera ocupado en juzgar causas de hechicería, ni jurisconsulto grave que no escribiera respecto á los poseídos del diablo. Católicos y protestantes creían en esta absurda superstición, fundándose en que se dice en uno de los evangelios cristianos que fueron enviados los discípulos para expulsar á los diablos. Creían deber sagrado poner en el potro á las jóvenes de mala vida para hacerlas confesar que se habían acostado con Satanás, el cual se presentaba ante ellas bajo la forma de macho cabrío, con el miembro viril en el ano, y en los procesos criminales que formaban á esas desventuradas describían detalladamente las citas del macho cabrío con las prostitutas. Esos procesos terminaban siempre quemándolas en la ho-



guera, lo mismo si confesaban que si negaban; y llegó de este modo á ser Francia vasto teatro de matanzas jurídicas.

Tengo á la vista una colección de procesos infernales, recogida por un consejero de la gran Cámara del Parlamento de Burdeos, llamado Lancre, impresa en 1613, y dedicada á *Monseñor Sillery, canceller de Francia*. Francia pasó entonces por una Saint-Barthelemy, y así continúa, desde la matanza de Vassy hasta el asesinato del mariscal d'Ancre y de su inocente esposa.

En Ginebra, en 1652, en la época de Bekker, quemaron en la hoguera á una pobre mujer que se llamaba Micaela Chondrón, convenciéndola de que era hechicera.

He aquí en extracto el proceso verbal que se incoó contra esa desgraciada: «Micaela, al salir de la ciudad, encontró al diablo. Este le dió un beso, recibió su homenaje y luego imprimió en el labio superior y en la teta derecha de la joven el sello con que acostumbra á marcar todas las personas que reconoce por favoritas suyas. El sello del diablo es una firma diminutiva que da insensibilidad á la piel, como aseguran los jurisconsultos de Monógrafos. El diablo manda á Micaela Chandrón que hechice á dos jóvenes, y ella obedece humildemente á su señor. Los padres de las jóvenes la acusan judicialmente de haber maleficiado á sus hijas, y éstas declaran que sentían continuamente gran hormigueo en ciertas partes del cuerpo y que estaban poseídas del demonio. Llamaron á los médicos para que las visitaran, y buscaron en todo el cuerpo de Micaela el sello del diablo, que el proceso verbal llama *marca satánica*. La clavaron en el cuerpo una aguja larga que la hizo sufrir dolorosa tortura y salir mucha sangre; y la pobre Micaela dió á entender con sus gritos que no la hicieron insensible las marcas del diablo. No encontrando los jueces prueba completa de que Micaela Chandrón fuese bruja, le aplicaron el tormento, que infaliblemente produce las pruebas que se desean, y la desgraciada confesó todo lo que querían que confesara. Los médicos siguieron buscando todavía la marca satánica, y la encontraron en una pequeña señal negra que tenía en una de las piernas, en la que volvieron á clavarle la aguja; pero fueron tan horribles los dolores que le había causado el tormento, que la pobre mujer, que estaba espirando, apenas sintió el efecto que debía producirle la aguja, y no lanzó ni un solo grito. De este modo quedó comprobado el crimen; pero como las costumbres empezaban á suavizarse, no la quemaron hasta después de haberla ahorcado.»

En todos los tribunales de la Europa cristiana repercuten aún esos salvajes decretos. Duró tanto tiempo la imbecilidad bárbara, que aun á mitad del siglo XVIII, en 1750, en Vurtzbourg quemaron á una bruja. ¡Pero qué bruja! una joven de la



alta clase, que era abadesa de un convento de monjas; y esto sucedió durante el imperio de María Teresa de Austria.

Semejantes horrores, difundidos por toda Europa, decidieron á Bekker á pelear contra el diablo. En vano le dijeron en prosa y en verso que hacía mal en atacarle, siendo tan feo como era y pareciéndosele mucho, porque no consiguieron hacerle cejar en su propósito. Empezó por negar absolutamente el poder de Satanás, y tanto se enardeció combatiéndole, que llegó á sostener que Satanás no existe. «Si existiera el diablo, exclamaba, se vengaría de mí por la guerra que le hago.» Bekker raciocinaba perfectamente, diciendo que si el diablo existiera lo castigaría. Los sacerdotes, sus colegas, se pusieron contra él, afiliándose al partido de Satanás, y le anatematizaron.

Bekker entra en materia en el segundo tomo. Opina que la serpiente que sedujo á nuestros primeros padres no era el diablo, sino una verdadera serpiente, como la burra de Balaam era una verdadera burra y como la ballena que se tragó á Jonás era una verdadera ballena. Tan cierto resultaba que era una verdadera serpiente, que toda su especie, que antes andaba con los pies, fué condenada á andar arrastrando. El *Pentateuco* no llama nunca á la serpiente *Satanás*, *Belcebú*, ni *Diablo*; ni siquiera nombra á Satanás. Bekker admite la existencia de los ángeles, aunque al mismo tiempo asegura que la razón humana no puede probar que existen. «Si existen, dice en el capítulo VIII del tomo segundo, es difícil decir lo que son. La Sagrada Escritura no nos lo dice, ni en qué consiste su naturaleza, ni en qué consiste el sér de un espíritu. La Biblia no está escrita para los ángeles, sino para los hombres, y Jesucristo, para redimirnos, no tomó la forma de ángel, sino la de hombre.»

Si Bekker tiene tanto escrúpulo sobre la existencia de los ángeles, no es extraño que la tenga también respecto á la de los diablos, y es ocupación divertida observar las contorsiones que obliga á hacer á su ingenio para que prevalezcan los textos que son favorables á la doctrina que sustenta y para eludir los que le son contrarios. Hace cuanto puede para probar que el diablo no tuvo parte alguna en las aflicciones que atormentaron á Job, siendo en esto más prolijo que los partidarios de ese hombre santo. Hay gran verosimilitud en creer que sólo le condenaron por despecho de haber perdido el tiempo leyéndole; y yo estoy convencido de que si el diablo se hubiera visto obligado á leer el *Mundo Encantado*, de Bekker, no le perdonaría nunca los tremendos ataques que le dirige.

Una de las mayores dificultades que encontró el teólogo holandés fué explicar estas palabras del Evangelio de San Mateo: «Jesús fué transportado por el espíritu al desierto para que allí le tentara el diablo Kuath-bull.» No se encontró nunca un texto



más terrible. El teólogo pudo escribir todo que quiso contra Belcebú, pero era preciso que admitiese su existencia, y una vez admitida, interpretaba los textos difíciles como podía.

El que desee saber lo que es el diablo, debe recurrir al jesuíta Scoto, que se ocupa de él con muchísima extensión, con más extensión aún que Bekker.

Si sólo se consulta la historia, sabremos que el antiquísimo origen del diablo existe en la doctrina de los persas. Harimán ó Arimane, que es el principio del mal, corrompe todo lo que el principio del bien hizo beneficioso. En Egipto, Tyfón causa todo el mal que puede, y Oshireth, que nosotros llamamos Osiris, produce con Isis todo el bien de que es capaz. Antes de la época de los egipcios y de los persas, Maizazor en la India se reveló contra Dios y quedó convertido en diablo; pero al fin Dios le perdonó. Si Bekker y los socinianos hubieran conocido la anécdota de los ángeles indios sobre su rehabilitación, se hubieran aprovechado de ella para afirmarse en la opinión de que el infierno no es eterno y para prometerles el perdón á los condenados que lean sus libros.

Preciso es confesar que los judíos no mencionan siquiera la caída de los ángeles en el Antiguo Testamento; pero se trata de ella en el Nuevo. Cuando se estableció el cristianismo, atribuyeron un libro á Enoch, séptimo hombre después de Adán, concerniente al diablo y sus asociados. Enoch dice en él que el jefe de los ángeles rebeldes se llamaba Semiazas, y que sus lugartenientes eran Areciel, Atarcuf y Sampsic (1), y los capitanes de los ángeles fieles eran Rafael, Gabriel, Uriel, etc.; pero no dice que la guerra se empeñara en el cielo; antes por el contrario, asegura que se batieron en una montaña del mundo por querer casarse con las hijas de los hombres. San Judas cita dicho libro en su epístola: «Dios retuvo, dice, encadenados en las tinieblas hasta el día del juicio final á los ángeles que, degenerando de su origen, abandonaron su propia morada. Desgraciados los que siguen las huellas de Caín, cuya desventura profetizó Enoch, séptimo hombre después de Adán.» San Pedro, en su segunda epístola, alude al libro de Enoch, cuando se expresa de este modo: «Dios no perdonó á los ángeles que pecaron, y los lanzó al Tártaro, donde los tiene sujetos con cables de hierro.»

Era difícil que Bekker pudiera contradecir pasajes tan formales; y sin embargo, fué todavía más inflexible con los diablos que con los ángeles. Para que no le subyugue el libro de Enoch, sostiene que así como no existe el diablo, tampoco existe dicho libro, ó lo que es lo mismo, que es apócrifo. Añade que el dia-

(1) Ya publicamos la lista de los ángeles principales en el artículo *Angel*.



blo pertenece á la antigua mitología, que el cristianismo ha calcado, porque no somos mas que unos plagiarios.

¿En la actualidad puede preguntarse en qué consiste que llamamos Lucifer al espíritu maligno, que la traducción hebraica y el libro atribuído á Enoch llaman Semiaxah ó Semexiah? Sin duda porque entendemos mejor el latín que el hebreo. Isaías inserta una parábola contra un rey de Babilonia, en la que le dice: «Al saber tu muerte se oyeron cantos de alegría y se regocijaron los abetos, porque tus recaudadores no vendrán ya á cobrarnos la contribución de la talla. ¿Cómo desde tu altura descendiste al sepulcro, á pesar de los sonidos de las gaitas? ¿Cómo te acostaste entre los gusanos y la podredumbre? ¿Cómo caíste del cielo, Helel, estrella de la mañana?» etc. La palabra caldea hebraica *Helel*, se tradujo por la palabra Lucifer, y la estrella de la mañana, la estrella de Venus; desde entonces fué el diablo Lucifer caído del cielo y precipitado á los infiernos. De este modo se establecen las opiniones, y algunas veces una sola palabra, una sílaba mal traducida, una letra equivocada ó suprimida, originan la creencia de todo un pueblo. De la palabra Soracté, se ha formado San Orestes; de la palabra Rabboni, se ha formado San Raboni; de Semo Sancus, se ha formado San Simón el Mago: de esto hay ejemplos innumerables.

Pero ya sea el diablo, la estrella Venus, el Semiaxah de Enoch, el Satán de los babilónicos, el Mozaizor de los indios ó el Tyfón de los egipcios, Bekker tiene razón para decir que no debe atribuírsele el enorme poder que se le atribuyó hasta estos últimos tiempos. Es excesivo haberle inmolado ya á la noble abadesa de Vurtzbourg, á Micaela Chandrón, al cura Gaufridi, á la mariscala d'Ancre y á más de cien mil brujos en trescientos años en las naciones cristianas. Si Baltasar Bekker se hubiera concretado á cortar las uñas al diablo, le hubieran aplaudido; pero siendo sacerdote, querer matar al demonio, le costó perder su curato.

## BESTIAS

Descartes profesaba la opinión, que ha estado enseñándose en los colegios, de que las bestias sólo son máquinas que carecen de conocimiento y de sentimiento, que verifican siempre sus operaciones del mismo modo, y que nada aprenden y nada perfeccionan.

Pero esto no es verdad; el pájaro que hace el nido en semicírculo cuando lo fija en una pared; y lo construye formando un cuarto de círculo cuando lo hace en un ángulo; y forma un círcu-



lo perfecto cuando lo coloca en un plano, no hace siempre lo mismo. El perro de caza que enseñamos durante tres meses, sabe mucho más después de ese tiempo que antes de empezar á instruirles. El canario, á quien enseñamos un aire cualquiera, no lo repite la primera vez que lo oye, necesita mucho tiempo para aprenderlo, y vemos que se corrige poco á poco y al fin lo canta bien.

Porque el hombre habla ¿juzgas que tiene sentimiento, memoria é ideas? Pues bien; sin hablar, observarás que entro en mi casa muy triste, que con inquietud busco un papel, que abro un cajón, porque recuerdo que allí lo encerré, observarás que lo encuentro y que lo leo con alegría. Sin hablar una sola palabra, conocerás que experimenté el sentimiento de la aflicción y el sentimiento del placer, que estoy dotado de memoria y de conocimiento. Juzga pues con el mismo criterio al perro que ha perdido su dueño, que lo busca por todas partes lanzando gritos de dolor, que entra en la casa agitado, inquieto, que baja y sube, que va de habitación en habitación, hasta que al fin encuentra en su gabinete al dueño que ama y atestigua la alegría que siente por medio de suaves gritos, de saltos y caricias.

Varios bárbaros se apoderan del susodicho perro, que aventaja al hombre en ser fiel á la amistad. Le clavan sobre un tablado y le disecan vivo para reconocerle las venas que tiene en medio de los intestinos, descubriendo en él los mismos órganos del sentimiento que tiene el hombre. ¿Qué nos contestarán á esto los que creen que los animales son máquinas? ¿Dirán que la naturaleza les concedió los órganos del sentimiento con el propósito deliberado de que no sintieran? ¿Estando dotados de nervios, pueden ser impasibles? ¿No sería contradecir esto las leyes de la naturaleza?

En contraposición á los que creen que los animales son máquinas, hay otros filósofos que preguntan qué es el alma de las bestias. No comprendo esa cuestión. El árbol tiene la facultad de recibir en sus fibras la savia que circula por ellas y de abrir los botones de sus hojas y de sus frutos. ¿Por eso me habéis de preguntar qué es el alma de ese árbol? Así como el árbol ha recibido esos dones, ha recibido también el animal los dones del sentimiento, de la memoria y de un limitado número de ideas. ¿Quién creó esos dones, quién concedió esas facultades? El que hace crecer la hierba en los campos y gravitar la tierra alrededor del sol.

Las almas de las bestias son formas substanciales; esto lo dijo Aristóteles, y después de Aristóteles, la escuela árabe; y luego de la escuela árabe, la escuela angélica; y después de la escuela angélica, la Soborna; y luego de la Soborna, nadie. Las almas de las bestias son materiales, dijeron otros filósofos, y



esta doctrina tuvo tan poca suerte como la de las formas substanciales. Preguntándoles inútilmente qué significa un alma material, no pueden dejar de convenir en que significa la materia que siente; ¿pero quién le concedió el dón de sentir? Contestan únicamente que la materia es la que da la sensación á la materia, y no pueden salir de ese círculo vicioso.

Escuchad lo que dicen otras bestias racionando sobre las bestias. Su alma es un ser espiritual que muere cuando muere el cuerpo. ¿Pero qué prueba tienen de eso? ¿Qué idea tienen de ese ser espiritual, que está dotado de sentimiento, de memoria y de cierta medida de ideas y de combinaciones, pero que nunca podrá saber lo que sabe un niño de seis años? ¿Qué fundamento tienen para creer que ese sér, que en su opinión no es corporal, muere con el cuerpo? Pero los hombres más bestias son los que han supuesto que el alma ni es corporal ni espiritual. Ese es el sistema más ridículo. Sólo podemos explicar lo que es espíritu, diciendo que es algo desconocido, que no es material; de modo, que el sistema de esos mal llamados filósofos, viene á decir que el alma de las bestias es una substancia que no es ni material, ni corporal.

¿De dónde nacen tan contradictorios errores? De la costumbre que siempre tuvieron los hombres de examinar lo que es una cosa, antes de saber si esa cosa existe. Decimos la lengüeta, la válvula de un fuelle, el alma del fuelle. ¿Qué es pues esta alma? Es el nombre que doy á esa válvula, que baja, deja entrar el aire, se levanta y le hace pasar por un tubo, cuando hago mover el fuelle. Esta alma no es diferente del alma de una máquina; ¿pero quién hace mover el fuelle de los animales? Ya lo dije: el que hace mover los astros.

### BETHSANÉS Ó BETHSHEMESH

La mayoría de los lectores quedará sorprendida al leer la palabra que encabeza este artículo; pero va dedicada á los sabios, con el objeto de que nos instruyan sobre ella.

Bethsanés ó Bethshemesh era una aldea perteneciente al pueblo de Dios, situada á dos millas del norte de Jerusalén, según dicen los comentaristas.

Habiendo los fenicios derrotado á los judíos en la época de Samuel, y habiéndoles cogido el Arca de la Alianza en la batalla donde les mataron treinta mil hombres, el Señor los castigó severamente. «Percussit eos in secretiori parte natium..., et ebullierunt villæ et agri... et nati sunt mures, et facta est confusio mortis magna in civitate.» Ese párrafo latino, traducido palabra



por palabra, significa en castellano: «Los hirió en la parte más secreta de las nalgas..., y las granjas y los campos hirvieron, y nacieron ratones y reinó confusión de muerte en la ciudad.»

Los profetas de los fenicios, esto es, de los filisteos, les predijeron que sólo podrían librarse de tal calamidad dando al Señor cinco ratones de oro y cinco asnos de oro y devolviéndole el arca judía. En cumplimiento de esta orden de sus profetas, enviaron el arca con los cinco ratones y los cinco asnos, colocándola en una carreta tirada por dos vacas, cada una de las cuales daba de mamar á un becerrillo, pero sin que nadie guiara la carreta. Las dos vacas tomaron voluntariamente el camino recto que conduce á Bethsamés, á donde llevaron el arca, y los behsamitas se aglomeraron á su paso, deseando contemplar el arca. Esa libertad se castigó todavía con mayor severidad que la profanación de los fenicios. El Señor castigó con muerte súbita á setenta personas del pueblo y á cincuenta mil hombres del populacho.

El reverendo doctor Kennicott, irlandés, imprimió en 1768 un comentario francés sobre dicho acontecimiento, dedicado al obispo de Ausfort. Advierte al público los puntos donde se vende su libro en muchas naciones. En ese escrito pretende probar que se ha corrompido el texto de la Sagrada Escritura. Nos permitirá el reverendo doctor que no seamos de su opinión. Casi todas las Biblias están acordes en decir que perecieron setenta hombres del pueblo y cincuenta mil del populacho, como puede cotejarse leyendo el libro de *Los Reyes*. Dice Kennicott al obispo de Oxford: «Que antiguamente hubo gran preocupación en favor del texto hebreo; pero que desde hace diez y siete años, el señor obispo y él han podido sacudirse esa preocupación, después de estudiar y de reflexionar sobre ese capítulo.» A nosotros nos sucede lo contrario que al reverendo doctor; cuanto más leemos ese capítulo, más respetamos las vías del Señor, que no son las nuestras.

«Es imposible, dice Kennicott, que el lector de buena fe no se asombre y no se afecte viendo más de cincuenta mil hombres muertos en una sola aldea, quedando todavía otros cincuenta mil ocupados en la siega.» Confesamos que esas dos cantidades sumadas, ascenderían á cerca de cien mil habitantes en una sola aldea; ¿pero el señor doctor se olvida de que el Señor prometió á Abraham que su posteridad se multiplicaría como la arena de los mares?

«Los judíos y los cristianos—añade—no tienen escrúpulo en confesar que les repugna tener fe en la destrucción de cincuenta mil setenta hombres.» A esto respondemos, que nosotros somos cristianos y no nos repugna tener fe en todo lo que dice la Santa Escritura, y aun añadiremos lo que dice el reverendo pa-



dre Calmet, que si tuviéramos que «rechazar todo lo que es extraordinario y no está al alcance de nuestro espíritu, tendríamos que rechazar toda la Biblia.» Estamos convencidos de que, dirigiendo á los judíos el mismo Dios, debían pasar por acontecimientos marcados con el sello de la Divinidad y absolutamente diferentes de los que suceden á los demás hombres. Y hasta nos atrevemos á afirmar que la muerte de esos cincuenta mil setenta hombres es uno de los sucesos menos sorprendentes que se encuentran en el Antiguo Testamento. Hay en él cosas más estupendas.

Nos acomete más respetuosa sorpresa cuando la serpiente de Eva y la burra de Balaam hablan; cuando el agua de las cataratas se eleva, mezclada con la de la lluvia, quince codos por arriba de todas las montañas; cuando leemos las plagas de Egipto y vemos que seiscientos treinta mil judíos combatientes huyen á pie á través del mar que se abre; cuando Josué para el sol y la luna á medio día; cuando Sansón mata mil filisteos con una quijada de asno. Todo es milagroso en aquellos tiempos, divinos y respetamos profundamente todos esos milagros y el mundo antiguo, que no es nuestro mundo, y aquella naturaleza que no es nuestra naturaleza, ya que todo eso consta en un libro divino que no puede tener nada de humano.

Nos asombra la libertad que se toma Kennicott de llamar *deístas* y *ateos* á los que, reverenciando la Biblia más que él, tienen opinión distinta de la suya. Es difícil creer que el hombre que expresa semejantes ideas pertenezca á la Academia de las inscripciones y medallas; quizás sea miembro de la academia de Beddam, que es la más antigua y la más numerosa, cuyas sucursales se extienden por todo el mundo.

## BIBLIOTECA

Las grandes bibliotecas asustan al que las examina. Doscientos mil volúmenes desaniman al que tiene tentaciones de imprimir y de publicar una obra, aunque por desgracia tarda poco tiempo en reanimarse, diciéndose á sí mismo: No es posible leer todos esos libros, pero puede leerse el que yo publique. Y el que así razona, se compara con la gota de agua que se quejaba de vivir confundida y desconocida en el raudal inmenso del Océano, hasta que un genio se compadeció é hizo que se la tragara una concha, dentro de la que quedó convertida en la más hermosa perla del Oriente, y fué el principal adorno del trono del Gran Mogol. Los que sólo son compiladores, imitadores, comentaristas, críticos á la menuda, en una palabra, todos aquellos



á los que el genio no tiene compasión, continuarán siendo gotas de agua toda la vida; y los que tienen alientos trabajan sin cesar en su pobre bohardilla, con la esperanza de convertirse en perlas.

Aunque en la inmensa colección de libros que constituyen una biblioteca hay muchos que nunca se leen, ó se leen pasado algún tiempo, hay bastantes que la necesidad nos obliga á consultar. Es gran ventaja para el que trata de instruirse encontrar á mano en el palacio de los reyes ó en otros sitios públicos el volumen y la página que buscan y que le permiten leerla y tomar notas. La instalación de bibliotecas es una de las instituciones más nobles, y sus grandes gastos proporcionan utilidad general.

La biblioteca pública del rey de Francia es una de las más útiles del mundo, no tanto por el número y por la rareza de las obras que contiene, como por la facilidad y por el carácter amable de los bibliotecarios para servir á los sabios que solicitan la lectura de muchos de sus libros.

Contiene fabulosa cantidad de volúmenes, pero esto no debe extrañarse, teniendo en la actualidad París setecientos mil habitantes. El joven que desee aprender algo respecto á su propia existencia y que tenga poco tiempo que perder, se vé muy embarazado para elegir los libros más útiles para sus propósitos. Quisiera leer al mismo tiempo á Hobbes y á Spinoza y á Bayle, que escribió contra esos dos filósofos; á Leibnitz, que disputó con Bayle, y á Clarke, que disputó con Leibnitz; á Malebranche, que difiere de todos ellos; á Locke, que se cree que confundió á Malebranche; á Stillingfleet, que creyó haber vencido á Locke, y á Cudworth, que se creyó superior á ellos, porque nadie consiguió entenderle. Nos moriríamos de viejos antes de terminar la lectura de la centésima parte de las novelas metafísicas que se han escrito.

En las bibliotecas se trata de coleccionar libros antiguos y raros, y estas colecciones son las que les dan mayor honra. Los más antiguos del mundo son los cinco *Kings*, de la China; el *Shasta*, de los bramias, de cuya obra Holwell nos ha dado á conocer pasajes admirables; lo que nos queda del antiguo Zoroastro, los fragmentos de Sanchoniathon, que nos conservó Eusebio, y que encierran todos los caracteres de la más remota antigüedad. Conservamos todavía la plegaria del verdadero Orfeo, que el Gerofante recitaba en los antiguos misterios de los griegos, y que decía: «Caminad por el camino de la justicia, adorad al único Señor del universo. Es único y es solo por sí mismo, y todos los seres le deben la existencia; obra en ellos y por ellos; todo lo vé, y á él nunca le vieron ojos mortales.» San Clemente de Alejandría, que fué el más sabio de los padres de la Iglesia, ó



mejor dicho, el único sabio de la antigüedad profana, le llama Orfeo de Thracia, ó Orfeo el Teólogo, para distinguirlo de los del mismo nombre que escribieron después.

No conservamos ningún fragmento de Museo ni de Limus, y es lástima, porque algunos pasajes de esos dos predecesores de Homero darían gran valor á las bibliotecas. Augusto formó la biblioteca, que tituló palatina, á la que presidía la estatua de Apolo; y el referido emperador la adornó con los bustos de los autores sobresalientes. Hubo en Roma veintinueve grandes bibliotecas públicas; pero en la actualidad se cuentan más de cuatro mil bibliotecas importantes en Europa.

## BIEN, SOBERANO BIEN

### I

#### *De la quimera del soberano bien*

La felicidad es una idea abstracta, que se compone de algunas sensaciones de placer. Platón, que escribía mejor que raciocinaba, inventó su *Mundo arquetipo*, esto es, un mundo original, con sus ideas generales sobre el bien, sobre lo bello, sobre el orden y sobre lo justo, como si existieran seres eternos que se llamarán *orden, bien, bello y justo*, de los que derivasen como imperfectas copias lo que en el mundo nos parece justo, bello y bueno.

Después de la época de Platón, los filósofos se han esforzado en buscar el soberano bien, como los químicos buscaban la piedra filosofal. Pero el soberano bien no existe, y las investigaciones que se hicieron para encontrar un ideal quimérico, perjudicaron á la filosofía durante mucho tiempo. Los animales experimentan placer cuando realizan sus funciones naturales. La dicha soñada debía consistir en una serie no interrumpida de placeres; pero esa serie es incompatible con nuestros órganos y nuestro destino. Produce placer la comida y la bebida, como lo produce la unión de los dos sexos: pero es evidente que si el hombre estuviera comiendo siempre y pasara la vida en el éxtasis del goce, sus órganos no podrían resistir estos placeres excesivos, ni podría cumplir su misión en la vida, y el placer en tal caso mataría al género humano.

Pasar continuamente sin interrupción de un placer á otro, es también otra quimera. Es indispensable que la mujer que concibe para, lo que la produce dolor; es indispensable que el hombre corte la madera y talle la piedra, y esto tampoco es un pla-



cer. Si se da el nombre de felicidad á algunos placeres que de vez en cuando se encuentran en la vida, la felicidad existe en el mundo; pero si se da este nombre al placer permanente ó á la serie continua y variada de sensaciones deliciosas, la felicidad no existe en el globo terráqueo: y hay que buscarla en otras partes.

Si llamamos felicidad á cierto estado en que se encuentra el hombre, como por ejemplo, cuando alcanza el colmo de la fortuna, del poder ó de la fama, también nos equivocamos al llamarle feliz, porque existen carboneros que son más felices que los reyes. Si se le hubiera preguntado á Cromwell si era más feliz siendo protector que yendo á la cervecería durante su juventud, probablemente hubiera contestado que gozó mucho más entonces que en la época de su tiranía. Muchísimas mujeres de la clase baja viven más satisfechas y contentas que vivieron Elena y Cleopatra.

Pero en estos casos conviene observar que cuando decimos que es probable que un hombre sea más feliz que otro, que un joven arriero lleve ventaja en esto á Carlos V, que una tendera de modas viva más satisfecha que una princesa, debemos concretarnos á decir que es probable. Aparentemente aparece que el arriero joven que tiene buena salud, debe vivir más contento que Carlos V atormentado por la gota; pero también puede suceder realmente que, aunque Carlos V vaya apoyado en un bastón, goce recordando que consiguió tener prisionero á un rey de Francia y á un Papa, y viva más feliz que el joven y vigoroso arriero. Sólo es dado á Dios, que penetra en todos los corazones, decidir qué hombre es el más feliz. Unicamente en un caso puede el hombre afirmar que su estado actual es peor ó mejor que el de su prójimo; este caso es el de la rivalidad en el momento de la victoria.

Supongo que Arquímedes tiene una cita por la noche con su amante y Nomentanus tiene la misma cita con la misma mujer y á la misma hora. Arquímedes se presenta y le echan la puerta en las narices; pero abren la puerta á su rival, entra en la casa y cena opíparamente con la susodicha mujer. Durante la cena se burla de Arquímedes y goza de su querida, mientras que éste se queda en la calle, expuesto al frío, á la lluvia y al granizo. No cabe duda que Nomentanus goza de más placer que Arquímedes; pero es preciso observar que esto será suponiendo que apesadumbra á Arquímedes no haber cenado bien, y que le desprecie y le engañe una mujer hermosa; que le suplante su rival y tener que sufrir la lluvia, el granizo ó el frío. Porque si el filósofo que se queda en la calle reflexiona y comprende que no deben perturbar su alma una prostituta ni el mal tiempo, y se va á su gabinete y se ocupa en resolver un hermoso problema



y descubre la proporción del cilindro y de la esfera, puede experimentar un placer superior cien veces al que experimentó Nomentanus.

Sólo, pues, en el caso del placer y del dolor actual, puede compararse la suerte de dos hombres, haciendo abstracción de todo lo demás. Es indudable que el que goza de su querida, es más dichoso en aquel momento que el rival despreciado que lamenta su mala suerte. El hombre sano que goza de buena salud y se come una perdiz, tiene indudablemente un momento preferible al que pasa el que está sufriendo un cólico; pero no podemos comparar más allá con seguridad; no podemos valuar el sér de un hombre con el sér de otro, porque carecemos de balanza para pesar los deseos y las sensaciones.

Empezamos este artículo citando á Platón y haciendo reflexiones sobre su soberano bien y lo terminaremos transcribiendo la célebre frase de Solón el sabio: «No se debe llamar dichoso á nadie antes de su muerte.» En el fondo, este axioma es una puerilidad, como uno de los muchos apotegmas que la antigüedad consagró. El instante de la muerte no tiene nada que ver con la suerte que nos cupo en vida. Podemos perecer por muerte violenta é infame, y haber disfrutado hasta entonces todos los placeres de que es susceptible la naturaleza humana. Es posible, y ordinariamente acontece, que el hombre que es feliz deje de serlo; pero no por eso dejará de tener sus momentos de dicha. ¿Significa la frase de Solón, que no es seguro que el hombre que hoy disfruta de placeres los disfrute mañana? Si esto significa, sienta una verdad tan incontestable y tan trivial, que no vale la pena decirla.

## II

El bienestar se encuentra raras veces. El soberano bien debe considerarse como una soberana quimera. Los filósofos griegos discutieron extensamente esa cuestión. Cuando los veo empeñados en tal porfía, me parece que estoy viendo mendigos que hacen cálculos sobre la piedra filosofal. Cada hombre cifra su felicidad en una cosa diferente. Para cada mortal, el supremo bien consiste en lo que le deleita tan imperiosamente, que le hace ser impotente para tomar con calor todo lo demás de la vida. Como el supremo mal es el que consigue privarnos de todos los demás sentimientos. Esos son los dos extremos de la naturaleza humana, que duran cortos momentos, porque no hay delicias extremas, ni tormentos extremos que puedan durar toda la vida. El soberano bien y el soberano mal son pues dos quimeras.



Es oportuno citar aquí la hermosa fábula de Crautor, el que hace comparecer en los juegos olímpicos la riqueza, la voluptuosidad, la salud y la virtud, y cada una de ellas solicita el premio de la manzana de oro. La riqueza dice: Yo soy el soberano bien, porque puedo comprar todos los demás bienes. La voluptuosidad dice:—Gano yo la manzana, porque sólo se desean riquezas para poseerme. La salud asegura que sin ella no puede gozarse de la voluptuosidad y la riqueza es inútil; por fin, la virtud alega que es superior á las otras tres, porque con oro, con placeres y con salud, puede el hombre ser miserable si obra mal. La virtud ganó el premio.

Esa fábula es ingeniosa, y lo sería más si Crautor hubiera dicho que el soberano bien consiste en reunir las cuatro rivales: virtud, salud, riqueza, voluptuosidad. Pero esta fábula no resuelve ni puede resolver la cuestión absurda del soberano bien. La virtud no es un bien, es un deber: es de un género diferente y de un orden superior, y no tiene nada de común con las sensaciones placenteras ó dolorosas. El hombre virtuoso, que sufre el mal de piedra ó el mal de gota, que se encuentra sin apoyo, sin amigos, privado de lo necesario y encadenado por un tirano voluptuoso que goza de buena salud, es muy desgraciado. Y el perseguidor insolente que acaricia á la nueva querida en su lecho de púrpura, es muy feliz. Decid que el sabio perseguido es preferible á su indigno perseguidor; decid que amáis á aquél y que detestáis á éste; pero confesad que el sabio que arrastra cadenas, rabia. Y si el sabio no reconoce lo que digo, trata de engañaros y es un charlatán.

### BIEN, TODO ESTÁ BIEN

Ruego á los filósofos que me expliquen la frase *todo está bien*, porque yo no la comprendo. ¿Significa *todo está arreglado*, *todo está organizado*, según la teoría de las fuerzas movientes? Si esto significa, lo comprendo, y confieso que así es. ¿Entendéis por esa frase que todos tienen salud y medios para vivir y que nadie sufre? Sabéis tan bien como yo que eso es falso. ¿Creéis que significa dicha frase que las lamentables calamidades que afligen al mundo son un bien con relación á Dios y le regocijan? No creo semejante horror, ni vosotros tampoco.

Haced favor de explicarme qué significa *todo está bien*. Platón el filósofo se digna dejar en libertad á Dios para crear cinco mundos, fundándose en la razón de que existen cinco cuerpos sólidos regulares en la geometría, el tetraedro, el cubo, el exaedro, el dodecaedro y el icosaedro. Mas ¿por qué cercenó de ese



modo el poder divino? ¿Por qué no quiso permitirle la esfera, que es un cuerpo más regular todavía, el cono, la pirámide de muchos lados y el cilindro?

Dios escogió necesariamente, según dice Platón, el mejor de los mundos posibles; y ese sistema lo adoptaron muchos filósofos cristinos, aunque parece que se oponga al dogma del pecado original, porque el mundo, después de esa transgresión, no es ya el mejor de los globos. Lo era antes, y pudiera serlo todavía, aunque muchos creen que es el peor de los globos, en vez de ser el mejor.

Leibnitz, en su *Theodicea*, siguió el criterio de Platón. Muchos de sus lectores se han quejado de no entender á ninguno de esos dos filósofos. Nosotros, después de leer á los dos más de una vez, confesamos lo mismo; y puesto que el Evangelio nada nos ha revelado sobre esta cuestión, sin remordimiento permanecemos ignorándola.

Leibnitz, que se ocupa de todo, se ocupa también del pecado original; y como el que defiende un sistema objeta todo lo que le contradice, ideó que la desobediencia á Dios y las espantosas desgracias que la siguieron, eran las partes integrantes del mejor de los mundos, los ingredientes necesarios para alcanzar la felicidad posible.

De modo, que vivir en el mejor de los mundos posibles, es ser lanzados del paraíso, donde los hombres hubiéramos vivido eternamente si no nos hubiéramos comido una manzana; procrear en la miseria hijos miserables y criminales que sufrirán todas las penalidades y las harán sufrir á los demás; experimentar toda clase de enfermedades, morir entre dolores, y para colmo de delicias, arder entre llamas durante una eternidad. ¿Es todo esto lo mejor posible? ¿Esto, que es malo para nosotros, puede ser bueno para Dios? Leibnitz conoció que estos argumentos no tenían réplica. Por eso sin duda escribió voluminosos libros en los que ni él mismo se entendía.

Negar que existe el mal, puede hacerlo Lúculo, gozando de buena salud, riéndose en medio de la embriaguez en un festín celebrado con sus amigos y su amante en el salón de Apolo; pero si se asoma á la ventana, tropezará su vista con hombres desgraciados, y si le atormenta la fiebre, será también poco dichoso.

No soy aficionado á citas que ofrecen ordinariamente dificultades, porque omitiendo lo que precede y lo que sigue á lo citado, nos exponemos á reclamaciones. Pero no puedo dejar de citar á Lactancio, padre de la Iglesia, que en el capítulo XIII de su libro, titulado *De la cólera de Dios*, hace decir á Epicuro lo siguiente: «O Dios quiso quitar el mal del mundo y no pudo, ó pudo y no quiso; ó no quiso ni pudo, ó quiso y pudo. Si quiso y



no pudo, es impotente, y esto es contrario á la naturaleza de Dios; si pudo y no quiso, es perverso, y esto también es contrario á su naturaleza; si no quiso ni pudo, es al mismo tiempo perverso é impotente; si quiso y pudo, que son los únicos partidos que convienen á Dios, ¿por qué existe el mal en el mundo?»

Esa argumentación es contundente, y Lactancio la refuta muy mal, diciendo que Dios quiere el mal, pero que nos concedió la recta razón para conseguir el bien. Preciso es confesar que esa endeble respuesta no destruye la fuerza de la objeción, porque supone que Dios sólo pudo concedernos la recta razón produciendo el mal.

El origen del mal fué siempre un abismo, cuyo fondo nadie pudo ver. Este motivo fué el que obligó á los filósofos y á los legisladores antiguos á recurrir á los dos principios, el principio del bien y el principio del mal. Tifón era el principio del mal en Egipto y Arimanes en Persia. Los maniqueos adoptaron esa teología, como dijimos en otra ocasión. Entre los absurdos que han plagado al mundo, y que podemos contar entre el número de los males que nos asedian, uno de los mayores es haber supuesto la existencia de dos seres todopoderosos, peleándose siempre para ver cuál de los dos ejercerá más influencia en el mundo y celebrando un convenio como los dos médicos de Moliere, uno de los cuales dice: «Pasadme el emético, y yo os pasaré la sangría.»

Basilides, después de los platónicos, en el primer siglo de la Iglesia, supuso que Dios dió el encargo de crear el mundo á ángeles de la última clase, y como éstos eran poco hábiles, lo crearon tal como está. Esa fábula teológica queda destruída, objetando que es contrario á la naturaleza de Dios todopoderoso y sabio, hacer edificar el mundo á arquitectos ignorantes. Simón, comprendiendo la fuerza de la objeción, la precave diciendo que el ángel que presidió la edificación del mundo, fué condenado al infierno por haberlo edificado mal. Pero el que arda en el infierno ese ángel, no nos sirve de cura. La aventura de Pandora en Grecia también corresponde é dicha objeción. La caja en que se encerraban todos los males y en cuyo fondo sólo se conservaba la esperanza, es una hermosa alegoría; pero Vulcano sólo construyó la caja de Pandora para vengarse de Prometeo, que con barro había creado un hombre.

Los indios también explican á su modo el origen del mal en el mundo, diciendo que cuando Dios creó al hombre, le entregó una droga que le aseguraba la salud permanente; pero que el hombre cargó á su burro con la droga, el burro tuvo sed, la serpiente le enseñó una fuente, y mientras el burro estaba bebiendo, la serpiente le quitó la droga.

Los sirios supusieron que el hombre y la mujer, creados en



el cuarto cielo, convinieron en comerse una galleta, cansados de la ambrosía, que era su natural comida. La ambrosía la exhalaban por los poros; pero en cuanto se comieron la galleta, tuvieron que sentarse en el sillico; y el hombre y la mujer rogaron á un ángel que les enseñara dónde estaba el escusado, y el ángel les dijo: «¿Véis desde aquí ese pequeño planeta que dista de nosotros sesenta millones de leguas? pues es el escusado del universo; id allí con celeridad.» Fueron á la tierra, donde se quedaron; y desde entonces fué el mundo lo que es ahora. Siempre podrá preguntarse á los sirios por qué Dios permitió que el hombre se comiera la galleta, proporcionándonos este acto innumerables males.

Paso rápidamente desde el cuarto cielo de los sirios hasta milord Bolingbroke. Este, que indudablemente tenía gran ingenio, proporcionó al célebre Pope el plan del *Todo está bien*, que se encuentra efectivamente palabra por palabra en las obras póstumas de Bolingbroke, que milord Shaftesbury había inventado anteriormente en su libro titulado *Característicos*. Si en esa obra ojeáis el capítulo que trata de los moralistas, encontraréis las siguientes palabras:

«Mucho puede replicarse á los que se quejan de los defectos que contiene la naturaleza. Una de las cosas que no comprenden es que haya salido tan impotente y tan defectuosa de las manos de un sér perfecto: no niego que sea defectuosa; pero su belleza resulta de las contrariedades, y la concordia universal nace del combate perpetuo. Es indispensable que haya seres que se inmolen á otros, los vegetales á los animales, los animales á la tierra y las leyes del poder central y de la gravitación, que dan á los cuerpos celestes su peso y su movimiento, no deben infringirse por amor á un miserable animal que, aunque le protegen esas mismas leyes, estas mismas le han de convertir pronto en polvo.»

Bolingbroke, Shaftesbury y Pope, no resuelven mejor la cuestion que los anteriores que la han tratado. Su frase *Todo está bien*, sólo significa que todo está dirigido por seres inmutables, y eso todo el mundo lo sabe. No nos enseñan nada cuando nos dicen cosas que saben los niños, como por ejemplo: que las moscas han nacido para que se las coman las arañas, las arañas para que se las coman las golondrinas, las golondrinas para que las devoren las picazas, las picazas para que se las coman las águilas, las águilas para que las maten los hombres y los hombres para matarse unos á otros, y que luego se los coman los gusanos y después los diablos, á lo menos uno por cada mil.

He aquí un orden claro y constante establecido para los animales de todas las especies. Cuando en mi vejiga se forma una piedra, es por una mecánica admirable. Los jugos de la piedra



entran lentamente á mi sangre, se infiltran en los riñones, pasan por las uretras, se depositan en la vejiga, se reúnen allí por medio de una excelente atracción newtoniana; se forma el cálculo, que va creciendo, y sufro dolores horribles por lo bien arreglado que está el mundo. Un cirujano, perfeccionando el arte que inventó Tubalcaín, me introduce un hierro agudo y cortante, coje el cálculo con sus pequeñas pinzas, lo rompe, y... me produce la muerte por medio de dolores agudísimos. Y *Todo está bien*, porque esta es la consecuencia evidente de principios físicos inalterables. Si fuéramos insensibles, no habría por qué oponerse á las leyes físicas. Pero no se trata de esto. Os preguntamos si existen males sensibles y de dónde nacen. «No existen males generales—dice Pope en su epístola cuarta.—Si existen males particulares, existen para componer el bien general.» He aquí un extraño bien general, que se compone del mal de piedra, de la gota, de los crímenes, de los sufrimientos, de la muerte y de la condenación.

La caída del hombre es el emplasto que ponemos á todas esas enfermedades particulares del cuerpo y del alma, que los autores que nos ocupan llaman *salvación general*. Pero Shaftesbury y Bolingbroke se atrevieron á atacar el pecado original, y aunque Pope no habla de esto, es claro que su sistema mina por sus cimientos la religión cristiana y no consigue explicar lo que se propone.

Sin embargo, ese sistema lo aprobaron después muchos teólogos; no nos parece mal, pues no debemos negar á nadie el consuelo de que raciocine como pueda sobre el diluvio de males que nos inunda. Es justo permitir á los enfermos, cuando se desespera de salvar su vida, que coman lo que quieran. Hasta han llegado á sostener que dicho sistema es consolador. «Dios—dice Pope—ve con mirada indiferente que perece un héroe ó un gorrion, que un átomo ó varios planetas se destruyen, que se forme un mundo ó una bola de jabón.»

Valiente consuelo es el que nos ofrece Pope. Es semejante al lenitivo que nos presenta milord Shaftesbury, cuando dice que Dios no ha de infringir las leyes eternas por complacer á un animal tan miserable como el hombre; pero es menester confesar al menos que ese animal miserable tiene derecho á quejarse humildemente y á preguntar por qué las leyes eternas no se establecieron para que proporcionaran el bienestar á todos los individuos.

El sistema de *Todo está bien*, simboliza al autor de la naturaleza en un rey poderoso y maléfico, que le importa poco que pierdan la vida cuatrocientos ó quinientos mil hombres y que los demás vivan en la miseria y derramando lágrimas, con tal que él cumpla sus designios.



En vez de ser consoladora la opinión del mejor de los mundos posibles, es desesperadora para los filósofos que la adoptan. La cuestión del bien y del mal permanece en un caos indescifrable para los que la abordan de buena fe. Es un ejercicio de ingenio para los que viven disputando, verdaderos presidiarios que juegan con las cadenas que arrastran; y para los que no piensan, se asemeja bastante esa cuestión á los peces que transportan desde un río á un vivero, los cuales no dudan que los colocan allí para comérselos en la cuaresma: de modo que, por nosotros mismos, no podemos saber nada respecto al origen de los destinos humanos.

Pongamos, pues, al fin de casi todos los capítulos de la metafísica las dos iniciales que ponían los jueces romanos cuando no entendían un proceso, N. L., *non liquet*, que traducido quiere decir: esto no está claro.

## BIENES DE LA IGLESIA

### I

El Evangelio prohíbe á los que desean alcanzar la perfección amontonar tesoros y conservar los bienes temporales, como terminantemente puede verse en San Mateo.

Los apóstoles y sus primeros sucesores no podían recibir bienes inmuebles, sólo aceptaban su valor; y después de gastar lo necesario para su subsistencia, distribuían lo restante entre los pobres. Sáfira y Ananía no entregaron sus bienes á San Pedro; los vendieron y le entregaron su valor.

Pero la Iglesia poseía ya haciendas considerables al finalizar el siglo III, y lo prueba que Diocleciano y Maximino las confiscaron el año 302.

Desde que Constantino ascendió al trono de los Césares, permitió que pudiesen dotar á las iglesias como dotaban á los templos de la antigua religión; y desde entonces la Iglesia adquirió excelentes tierras. San Gerónimo se queja de ese abuso en una de las cartas que dirigió á Eustaquio, diciendo: «Cuando les veáis abordar con aspecto candoroso y santo á las viudas ricas que encuentran, creeréis que tienden la mano para bendecirlas; pues no es así, la tienden para recibir en ella el pago de su hipocresía.»

Los sacerdotes recibían dinero y bienes sin pedirlos. Valentiniano I prohibió que los eclesiásticos recibieran cosa alguna de las esposas y de las viudas por testamento, ni de ningún otro



modo. Esta ley, que se insertó en el *Código Teodosiano*, la revocaron Marciano y Justiniano.

Justiniano, con la idea de favorecer á los eclesiásticos, prohibió á los jueces anular los testamentos que se otorgaran en favor de la Iglesia, aunque carecieran de las formalidades que prescribe la ley.

Anastasio dispuso el año 491 que los bienes de la Iglesia prescribieran á los cuarenta años. Justiniano insertó esa ley en el código que lleva su nombre, pero extendiendo la prescripción hasta los cien años. Entonces algunos eclesiásticos indignos supusieron títulos falsos que extrajeron de antiguos testamentos, que eran nulos según las leyes antiguas, pero válidos según las leyes nuevas, y por medio de este fraude despojaron de su patrimonio á muchos ciudadanos. El derecho de posesión, que se consideraba sagrado hasta entonces, fué invadido por la Iglesia, y el abuso que cometían los eclesiásticos resultó tan descarado, que el mismo Justiniano se vió en la necesidad de restablecer en este punto lo que disponía la ley que publicó Anastasio.

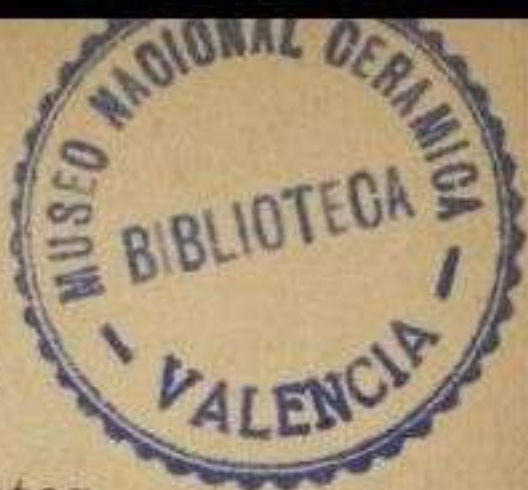
Los bienes de la Iglesia, durante los cinco primeros siglos de la era cristiana, eran administrados por los diáconos, que los distribuían entre los eclesiásticos y entre los pobres. Esta comunidad de bienes existió hasta fines del siglo V, y los dividían en cuatro partes: la primera la entregaban á los obispos, la segunda á los eclesiásticos, la tercera al templo y la cuarta á los pobres. Pasada esa época, los obispos se encargaron de distribuir los bienes. Por esto el clero inferior es generalmente muy pobre.

De la pluralidad de beneficios, arzobispados, obispados y abadías que rinden crecidas rentas, puede decirse como de la mayoría de las mujeres hermosas: que sólo pueden adquirirlas determinado número de hombres poderosos. El príncipe del imperio, hijo segundo de la familia, es poco cristiano si no posee más que un obispado; necesita poseer cuatro ó cinco para probar su catolicismo; pero el pobre cura, que apenas saca para vivir, no puede aspirar á tener dos beneficios; y rara vez se ha dado este caso.

El Papa que dijo que cumplía con los cánones, porque sólo poseía un beneficio y estaba satisfecho de ello tuvo razón.

Créese que el sacerdote Ebrouin, obispo de Poitiers, fué el primero que poseyó al mismo tiempo una abadía y un obispado; el emperador Carlos el Calvo le hizo esos dos regalos; pero antes de Ebrouin nos encontramos con que muchos eclesiásticos poseyeron varias abadías. Alcuín, diácono favorito de Carlomagno, poseyó al mismo tiempo las de San Martín de Tours de Ferrières, de Comery y otras. Nunca se poseen bastantes abadías, porque si el poseedor es santo, convierte muchas más almas, y si es un hombre de mundo, vive más agradablemente.





Es posible que en aquellos tiempos tuvieran representantes los abades referidos, porque ellos no podían recitar el oficio divino en cinco ó seis partes al mismo tiempo. Carlos Martel y su hijo Pepino, que se adjudicaron á sí mismos muchas abadías, ni siquiera fueron abades regulares. ¿Qué diferencia existe entre un abad comendatario y un abad *regular*? La diferencia que existe entre el hombre que posee cincuenta mil escudos de renta para gozar de la vida y el hombre que sólo tiene cincuenta mil escudos para vivir. Esto no quiere decir que en sus ocios, los abades regulares no gocen también de la vida. Hé aquí cómo sobre este punto se expresó Juan Trithemo, en uno de sus discursos en presencia de algunos abades benedictinos:

«Se burlan del cielo y de la Providencia, prefiriendo á Baco y á Venus, que son sus dos grandes santos. De día y de noche venden la substancia de los pobres á peso de oro, con oro pagan á sus queridas, y pasando agradablemente desde el lecho á la mesa, se burlan de las leyes, del rey, de Dios y del diablo.»

Como se desprende de esas palabras, Juan Trithemo gastaba muy mal humor. Podía contestársele lo que dijo César antes de los idus de Marzo: «No temo á los voluptuosos, pero temo á los argumentistas flacos y pálidos.»

Los frailes que cantan el *Pervigilium Veneris* en los maitines, no son peligrosos; los monjes que argumentan, que predicán y que son intrigantes, son los que causan más daño que los aludidos por Juan Trithemo.

En cambio, el célebre obispo de Belley maltrató á los frailes. En su *Apocalipsis de Melitón*, les aplica estas palabras de Oseo: «Vacas gruesas que quitáis á los pobres lo que debiera tocarles y que decís continuamente: Traed vino y beberemos; el Señor ha jurado por su santo nombre que van á llegar los días en que os temblarán los dientes y en que careceréis de pan en vuestras casas.» La predicción aún no se ha realizado; pero extendiéndose la civilización por Europa, puso coto á la avaricia de los frailes y les hizo tener más decencia.

## II

Los abusos groseros que se cometieron en la distribución de los beneficios desde el siglo X hasta el siglo XIII no subsisten en la actualidad; y aunque esos abusos son inseparables de la naturaleza humana, son hoy menos repulsivos, porque los encubre la decencia. Maillard no diría hoy desde el púlpito: «Señora, que causáis las delicias del señor obispo; si preguntáis ¿por qué un



nifio de diez años obtuvo un beneficio, os contestarán que su madre tiene extraordinaria influencia con el señor obispo.» Ni se dirían tampoco las crudas insolencias que respecto á esta materia pronunciaba predicando el franciscano Menot.

Más funesto todavía que este abuso fué el de permitir á los benedictinos, á los bernardos y hasta á los cartujos, que tuvieran manos muertas, esclavos. Durante su dominación se conoció en muchas provincias de Francia y Alemania la esclavitud de la persona, la esclavitud de los bienes y la esclavitud de la persona y de los bienes á un mismo tiempo.

La esclavitud de la persona consistía en incapacitarla para poder disponer de sus bienes en favor de sus hijos, si éstos no habían vivido siempre con sus padres en la misma casa y sentándose á la misma mesa. Si todo esto no sucedía, heredaban los frailes sus bienes. La hacienda de un habitante del Monte-Jura, puesta en manos de un notario de París, llegaba á ser en esta ciudad el botín de los que originariamente habían hecho voto de pobreza evangélica en Monte Jura. El hijo pedía limosna á la puerta de la casa que su padre edificó, y los frailes, en vez de concederle esta limosna, se abrogaban el derecho de no tener que pagar á los acreedores del padre, y consideraban nulas las deudas hipotecarias contraídas por la casa, de que ellos se apoderaban. La viuda suplicaba inútilmente á los frailes que la entregaran parte de su dote; porque la dote, los créditos, los bienes paternos, todo les correspondía á ellos por derecho divino, y los acreedores, la viuda y los hijos, morían de miseria dedicados á la mendicidad.

Todo el que ocupaba una casa en los dominios de esos monjes y vivía en ella un año y un día, quedaba siervo de ellos para siempre. Sucedió algunas veces que un negociante francés, padre de familia, atraído por sus negocios á ese país bárbaro, habiendo alquilado una casa durante un año, y muriendo después en su patria (esto es, en una provincia de Francia), al poco tiempo de morir, veían su viuda y sus hijos asombrados entrar en la casa mortuoria gentes que se apoderaban de los muebles, que los vendían en nombre de San Claudio y que echaban á toda la familia de la casa de su padre.

La esclavitud mixta se componía de las dos que acabamos de describir, y era lo más execrable que la rapacidad pudo inventar y que no idearían los más pérfidos bandidos. Existieron, pues, pueblos cristianos atormentados por una triple esclavitud, impuesta por frailes que hacían voto de humildad y de pobreza. ¿Cómo consentían los gobiernos semejantes atentados? Porque los monjes eran ricos y sus esclavos pobres; porque los frailes, para seguir siendo Atilas, hacían magníficos regalos á los poderosos y á las queridas de los que podían interponer su autoridad



para castigar tan inicua opresión. El fuerte atropella siempre al débil. ¿Pero por qué los monjes eran los más fuertes?

Horrible es la situación del fraile, cuyo convento es rico, porque la comparación continua que hace de su servidumbre y de su miseria con el dominio y con la opulencia del abad ó del prior, le tortura el alma en la iglesia y en el refectorio. Maldice el día en que pronunció sus votos imprudentes y absurdos, se desespera y desea que los demás hombres sean tan desgraciados como él. Si tiene ingenio para falsificar escritos, lo emplea en falsificar antiguos privilegios por complacer al prior y oprime á los campesinos que tienen la desgracia de ser vasallos del convento. Llegando á ser un buen falsificador, consigue obtener pingües cargos, y como ha vivido en la mentira, muere dudando.

### BLASFEMIA

Blasfemia es una palabra griega que significa *ataque á la reputación*. Esta palabra se encuentra en las obras de Demóstenes. De ella trae su origen, según dice Menage, la voz *vituperar*. La frase blasfemia sólo la empleó la Iglesia griega para significar *injuria que se hace á Dios*. Los romanos no emplearon nunca esa palabra, porque sin duda no creyeron que pudiera ofenderse el honor de Dios como se ofende el honor de los hombres.

Puede decirse que los sinónimos no existen. La palabra blasfemia no encierra en sí la idea de sacrilegio. Del hombre que tome el nombre de Dios, poniéndole por testigo en un arrebatado de cólera y le injurie, puede decirse que es un blasfemador, pero no le llamaremos sacrilego. Hombre sacrilego es el que jura en falso sobre los Evangelios, el que extiende su rapacidad hasta los objetos consagrados, el que destruye los altares, el que se moja las manos con la sangre de los sacerdotes.

Los grandes sacrilegios se han castigado siempre con la pena de muerte en todas las naciones, especialmente los sacrilegios en que hay efusión de sangre.

Nos parece oportuno observar en este artículo, que el que es blasfemo en un país, es con frecuencia respetuoso en otra nación. Un comerciante de Tyro, que desembarca en el puerto de Canope, puede escandalizarse de ver que llevan allí en procesión, ceremoniosamente, una cebolla, un gato, un macho cabrío; puede apostrofar indecentemente á los falsos dioses Ishet, Oshireth y Horet y volverles la cabeza en señal de desprecio y no dignarse ponerse de rodillas al ver pasar procesionalmente las partes genitales de los hombres, de mayor tamaño que las natura-



les. Pudo muy bien manifestar su opinión durante la cena y entonar una canción, en la que los marineros tyrios se burlen de los absurdos de los egipcios. La criada de la taberna pudo haberle oído, y su conciencia no permitirle que ocultara crimen tan enorme, y denunciar al culpable al primer shoen que encontró, llevando la imagen de la verdad en el pecho. El tribunal de los shoens sentencia al blasfemador á sufrir muerte cruel y le confisca el buque. Pues ese mismo comerciante era en Tyro uno de los personajes más religiosos de la Fenicia.

Numa observa que su horda de romanos constituye una colección de filibusteros latinos, que roban á derecha é izquierda todo lo que encuentran al paso, bueyes, carneros, volatería, mujeres. Les hace creer que en una caverna habló con la ninfa Egeria y que ésta le entregó leyes de parte de Júpiter. Los senadores le tratan de blasfemo y le amenazan con despeñarle desde la roca Tarpeya. Pero deseando crearse un partido numeroso, atrae con regalos á los senadores, que van con él á la gruta de la ninfa Egeria; ésta habla con ellos y los convierte y ellos convierten al Senado y al pueblo. Desde entonces Numa ya no fué blasfemo; lo fueron los que dudaron de la existencia de la ninfa Egeria.

Es triste y lamentable que lo que resulta blasfemia en Roma, ó en nuestra Señora de Loreto, ó en el recinto de los canónigos de San Genaro, sea religiosidad en Londres, en Amsterdam, en Stocolmo, en Berlín y en Copenhague. Y es más triste todavía que en el mismo país, en la misma ciudad, y en la misma calle, unos á otros se tengan recíprocamente por blasfemos. De los diez mil judíos que están establecidos en Roma, no hay uno solo que deje de creer que el Papa es el jefe de los blasfemos; y recíprocamente los cien mil cristianos que habitan Roma (en vez de los dos millones de adoradores de Júpiter que habitaron dicha ciudad en los tiempos de Trajano), creen firmemente que los judíos se reúnen los sábados en sus sinagogas para blasfemar.

El fraile franciscano no tiene dificultad en llamar blasfemo al fraile dominico, que dice que la Santa Virgen nació con el pecado original, aunque los dominicos tienen una bula del Papa que les permite enseñar en sus conventos la concepción maculada, y además de esta bula, la declaración expresa que les hizo Santo Tomás de Aquino.

El primitivo origen del cisma que hubo en las tres cuartas partes de la Suiza y en una parte de la Alemania baja, fué una disputa que entablaron en la catedral de Francfort un franciscano, cuyo apellido ignoro, y un dominico, que se llamaba Vigán. Los dos estaban ebrios, según era costumbre en aquella época. El franciscano, que estaba predicando borracho, dió en su ser-



món gracias á Dios por no ser dominico y juró que era preciso exterminar á los blasfemos dominicos, que creían que la Virgen nació en pecado mortal, de cuyo pecado la libraron los méritos de su Hijo. El dominico, borracho, le increpó en voz alta de este modo: «Es mentira cuanto dices, y tú eres el que blasfemas.» Furioso el franciscano baja del púlpito, y con un crucifijo de hierro grande que tenía en la mano, le machaca la cabeza al adversario, dejándolo moribundo.

Por vengarse de este ultraje, los dominicos hicieron muchos milagros en Alemania y en Suiza, creyendo probar con ellos la fortaleza de su fe. Por fin encontraron el medio de que apareciera en Berna con las llagas de Nuestro Señor Jesucristo uno de los hermanos legos, que se llamaba Jetser. La misma Santa Virgen le hizo esa operación, pero fué sirviéndose de la mano del Subprior, que se disfrazó con traje de mujer y rodeó su cabeza de una aureola. El desgraciado hermano lego, chorreando sangre, fué expuesto en el altar de los dominicos de Berna á la veneración del pueblo, gritando con todos sus pulmones: «Muera el asesino, muera el sacrílego,» y los frailes, para que se calmara, le dieron en seguida la comunión con una hostia bañada de solimán corrosivo; pero el exceso de su irritación le indujo á rechazar la hostia. Al presenciar ese acto los frailes, indignados, le acusaron de haber cometido horrible sacrilegio ante el obispo de Lausana; y los habitantes de Berna, indignados también, acusaron á los frailes y consiguieron que cuatro de ellos fueran quemados en la hoguera en aquella misma ciudad, el 31 de Mayo de 1509. Así terminó la abominable historia que decidió á los habitantes de Berna á elegir otra religión que es falsa para los católicos, pero que consiguió librarles de los franciscanos y de los dominicos.

Es increíble la multitud de sacrilegios semejantes á éste, promovidos por el espíritu de partido. Los jesuítas sostuvieron durante cien años que los jansenistas eran blasfemos, y lo probaron por medio de las órdenes secretas que contra ellos se dictaron; y los jansenistas les respondieron, escribiendo más de cuatro mil volúmenes, para probar que los jesuítas eran los que blasfemaban.

Es idea digna de notarse, por lo consoladora, que en ningún país del mundo, ni aun entre los idólatras más locos, se haya considerado blasfemo á ningún hombre por reconocer la existencia de un Dios Supremo, Eterno y Todopoderoso. No cabe duda de que no hicieron beber á Sócrates la cicuta por reconocer esta verdad, porque el dogma de un Dios Supremo se había ya anunciado en los misterios de la Grecia. A Sócrates le perdieron sus enemigos; le acusaron de que no quería reconocer á los dioses menores, y por eso sólo le trataron de blasfemo. Por



la misma razón acusaron de blasfemos á los primeros cristianos. Pero los partidarios de la antigua religión del imperio, esto es, los adoradores de Júpiter que acusaron de blasfemos á los primeros cristianos, andando el tiempo fueron también acusados del mismo delito durante el reinado de Teodosio II.

### BUEY APIS (SACERDOTES DEL)

Herodoto refiere que Cambises, después de haber matado con sus manos al dios-buey, hizo bien en azotar á sus sacerdotes. No hubiera procedido como debía, si los citados sacerdotes hubieran sido hombres honrados que se limitaban á ganar la subsistencia dirigiendo el culto del buey Apis, sin causar molestias á los ciudadanos. Pero si fueron perseguidores, si forzaban las conciencias, si establecieron una especie de inquisición y violaron el derecho natural, Cambises no procedió bien... azotándolos. Debía haberlos ahorcado (1).

### BRINDAR

¿De dónde nace esta costumbre? Arranca su origen de la época en que el hombre empezó á beber? Parecía natural que bebiéramos el vino á nuestra salud, pero no á la salud de los demás.

El *propino* de los griegos, que luego adoptaron los romanos, no significaba: «Bebo para deseáros buena salud;» significaba: «Bebo antes que vos para daros el ejemplo; os invito á beber.»

En el regocijo de los festines bebían para celebrar á sus queridas y no para deseárselas que gozaran buena salud. Los ingleses, que se jactan de reproducir muchas costumbres de la antigüedad, brindan por el honor de las damas, á lo que llaman *toagter*; y es entre ellos objeto de controversia si una dama es ó no digna de tal honor.

Brindaban en Roma por las victorias de Augusto y por que recuperase la salud perdida. Dión Casio refiere que después de la batalla de Actium decretó el Senado que en todas las comidas, después del segundo plato, brindaran los ciudadanos de Roma por dicho triunfo. Es verosímil que en tan extraño decreto, dictado por la adulación más baja, se introdujera voluntariamente esa adulación. En una de las odas de Horacio se en-

(1) Véase el artículo *Apis*.



cuentra algo parecido á la frase moderna, hoy en uso, que dice: «Hemos brindado á la salud de vuestra majestad.» De aquí probablemente dimanó el uso entre las naciones bárbaras de brindar por la salud de sus convidados; costumbre absurda, porque aunque se vacíen cuatro botellas, el beberlas no conseguirá mejorar la salud de las personas en cuyo obsequio se beben.

El *Diccionario de Trevoux* dice: «que no se debe brindar por la salud de los superiores en su presencia.» Esto es verdad en Francia y en Alemania; pero en Inglaterra es costumbre admitida: hay menos distancia de hombre á hombre en Londres que en Viena. Es un acto importante en Inglaterra brindar por la salud del príncipe pretendiente al trono: equivale á declararse partidario suyo; y les costó muy caro á algunos escoceses é irlandeses haber brindado por la salud de los Stuardos.

Brindaron todos los whigs después de la muerte del rey Guillermo, no á su salud, sino á su memoria. El tory Brown, obispo de Cork en Irlanda, enemigo mortal de Guillermo, dijo que pondría tapón á todas las botellas que se bebieran para celebrar la gloria de dicho monarca, porque en inglés *cork* significa tapón. No se contentó dicho obispo con hacer este juego de palabras, sino que en 1702 escribió un folleto que contiene los mandamientos de su país para convencer á los irlandeses de que es impío brindar por la salud de los reyes y brindar por su memoria, porque es profanar las palabras de Jesucristo, que dicen: «Bebed todos; hacedlo á mi memoria.»

Es sorprendente que el citado obispo no fuese el primero que concibió semejante demencia. Antes que él, el presbiteriano Prynne escribió un libro voluminoso contra la costumbre impía de beber á la salud de los cristianos. Uno de los curas que hubo en la parroquia de la Santa Fe, llamado Juan Geré, publicó un libro titulado «La divina porción para conservar la salud espiritual y para curar la enfermedad crónica de brindar por la salud, con argumentos claros y sólidos contra esa costumbre criminal, para la satisfacción del público.»

Ni los reverendos frailes franceses Garasse, Patouillet y Nonotte, escribieron nada superior á estas profundidades inglesas. Mucho tiempo estuvieron luchando las dos naciones para ver cuál de las dos diría más tonterías.

## BESTIALIDAD, HECHICERÍA

La multitud de honores que rindió la antigüedad á los machos cabríos nos sorprendería seguramente si algo pudiera sorprender á los familiarizados por el estudio con el mundo anti-



guo y el mundo moderno. Los egipcios y los judíos designaban con frecuencia á los reyes y á los jefes del pueblo con la palabra *macho*. Zacarías dice: «El furor del Señor está irritado con los pastores del pueblo y con los *machos*, y él los visitará. Visitó á su rebaño de la casa de Judá y le convirtió en su caballo de batalla.» «Salid de Babilonia—dice Jeremías á los jefes del pueblo—sed los machos que van al frente del rebaño.» Isaías usa también la palabra de *macho* en los capítulos X y XIV, cuya palabra han traducido por la de *príncipe*.

Los egipcios no se limitaron á llamar *machos* á sus reyes, sino que en Memfis les consagraron un macho cabrío y lo adoraron. Es posible que el pueblo tomase un emblema por una divinidad, porque esto ha sucedido algunas veces. No es verosímil que los sacerdotes de Egipto inmolaran y adoraran á los machos al mismo tiempo. Sabemos que tuvieron el macho *Hazazel*, que despeñaban adornado y coronado de flores para expiación del pueblo, y que los judíos copiaron de los egipcios esta ceremonia y hasta el nombre del macho, como adoptaron otros muchos ritos de ellos.

Pero todavía los machos cabríos recibieron un honor más singular. Está casi probado que varias mujeres de Egipto cohabitaban con los machos cabríos, imitando el proceder de Pasifae con el toro. Refiere Herodoto que, estando en Egipto, una mujer ejercía públicamente un comercio abominable en la ciudad de Memfis. Añade dicho historiador que le asombró ese hecho, pero no dice que castigaran á la mujer. Plutarco y Píndaro, que vivieron en diferente siglo, están acordes en decir que se ofrecían mujeres al macho cabrío consagrado.

Los judíos imitaron esas abominaciones. Jeroboán puso sacerdotes para que sirvieran á sus becerros y á sus machos cabríos; así lo dice expresamente el texto hebreo (1). El ultraje mayor que recibió la naturaleza humana fué el brutal extravío de algunas judías que se apasionaron de los machos cabríos y el de varios judíos que cohabitaron con cabras. Fué preciso publicar expresamente una ley para atajar esa horrible indecencia, y esa ley se publicó en el *Levítico*. Empieza por prohibir que se sacrifiquen los animales velludos con los que se ha fornicado; luego prohíbe que las mujeres se prostituyan con las bestias y que los hombres cometan el mismo crimen, y luego dispone que el culpable de tal indecencia sea sentenciado á muerte con el animal del que haya abusado. El animal se considera tan criminal como el hombre y como la mujer, y dice dicha ley que su sangre caerá sobre ellos.

Establecieron varias leyes respecto á los machos y á las ca-

(1) Libro segundo de los *Paralipómenos*, cap. XI, vers. XV.



bras que eran necesarias para el pueblo judío, cuya fatal depravación se extendió por varios países cálidos. Los judíos iban entonces errantes por el desierto y sólo podían proporcionarse cabras y machos cabríos. Este atentado contra la naturaleza fué también común entre los pastores de la Calabria y en otras varias regiones de Italia. Hasta el mismo Virgilio se ocupa de esto en su *Egloga III*.

No se contentaron con estas abominaciones. El culto del macho cabrío quedó establecido en Egipto y en los arenales de gran parte de la Palestina. Creyeron verificar encantamientos por medio de los machos cabríos y de algunos otros monstruos; y la magia y la hechicería pasaron pronto desde el Oriente hasta el Occidente, extendiéndose por todo el mundo. Los romanos llamaron *sabbatum* á la hechicería procedente de los judíos, confundiendo de este modo el día Sagrado de éstos con sus secretos infames. De aquí nació que ser hechicero y asistir al sábado fuese lo mismo para las naciones modernas.

Pobres mujeres de pueblos de corto vecindario, engañadas por varios bribones, pero á las que engañó más todavía su débil imaginación, creyeron que después de pronunciar la palabra *abraza* y de frotarse con un unguento mezclado de boñiga de vaca y pelo de cabra, serían transportadas al sábado por los aires mientras estuvieran durmiendo, montadas en un palo de escoba y que allí adorarían un macho cabrío y gozarían de él. Esta creencia fué entonces universal, y los doctores suponían que era el diablo que se metamorfoseaba en macho. Puede leerse esto en las *Disquisiciones* de Del Río y en otros autores. El teólogo Grillandus, que fué uno de los promovedores de la Inquisición, dice que los hechiceros llaman al citado macho *Martinet*, y asegura que una mujer que se entregó á Martinet, montada en sus hombros fué transportada por los aires en un momento á un sitio titulado *la nuez de Benavente*.

Publicáronse libros que describían los misterios de los hechiceros. Yo he visto uno de ellos, en cuya portada había un macho cabrío muy mal dibujado y una mujer de rodillas detrás de él. Los libros de esa clase se llamaban *Grimuïres* en Francia, y en otras partes *Alfabetos del diablo*. El que yo leí sólo constaba de cuatro hojas impresas con caracteres casi indescifrables.

El raciocinio y la educación hubieran bastado para extirpar de Europa semejante extravagancia; pero para conseguirlo se quisieron valer de los suplicios. Si los hechiceros contaban con libros, los jueces contaban con códigos para castigarlos. El jesuita Del Río, doctor de Lovayna, imprimió en 1599 su obra titulada *Disquisiciones mágicas*, y en ella asegura que todos los he-rejes son magos y recomienda con frecuencia que se les de tormento. No duda de que el diablo se transforma en macho cabrío,



y creen que no concede sus favores á todas las mujeres que se le presentan. Cita muchos jurisconsultos que él llama demonógrafos, y supone que Lutero fué hijo de un macho cabrío y de una mujer. Asegura que en el año 1595 en Bruselas parió una mujer un niño que le hizo el diablo disfrazado de macho cabrío, y que la castigaron, aunque no dice con qué suplicio.

El que más profundizó la jurisprudencia de la hechicería fué Boguet, gran juez de última instancia de la abadía de San Claudio, situada en el Franco-Condado. Presenta una relación detallada de los suplicios á que condenó á los brujos y á las brujas, cuyo número es considerabilísimo. Suponía que casi todas las hechiceras habían cohabitado con el macho cabrío.

Ya dijimos que en Europa fueron sentenciados á muerte más de cien mil supuestos brujos. La filosofía consiguió curar á los hombres de tan abominable quimera y logró enseñar á los jueces que no deben sentenciar á que mueran en una hoguera los imbéciles.

### BUFÓN, BURLESCO

Sutil fué el escoliasta que dijo que la etimología de la palabra *bufón* proviene de un sacrificador de Atenas, llamado Bufo, que harto de su oficio huyó para siempre de la ciudad. El areópago, no pudiendo castigarle, formó proceso al hacha que usaba dicho sacerdote para desempeñar su profesión. Refiérese que esa farsa se representaba todos los años en el templo de Júpiter y la titulaban bufonería; pero esta historieta no me merece gran crédito. La palabra bufón no era un nombre propio; *bufonos* significaba *inmolador de bueyes*. Los griegos nunca llamaron *bufonía* á ninguna de sus burlas: dicha ceremonia, aunque parece frívola, pudo haber tenido un origen más humano, digno de los verdaderos atenienses.

Una vez cada año, el sacrificador subalterno, ó mejor dicho, el carnicero sagrado, al disponerse á inmolar un buey, huía, siendo presa de cierto terror, sin duda para recordar á los hombres que en los tiempos más sencillos y más dichosos sólo consagraban á los dioses flores y frutos, y que la barbarie de inmolarles animales útiles no se introdujo hasta que hubo allí sacerdotes que engordaban con la sangre que hacían derramar y que vivían á expensas de los pueblos. Esta idea no tiene nada de bufona.

La voz *bufón* se admitió mucho tiempo después en Italia y en España, y significaba mímico, farsante, juglar. Menaje, después de Saumaise, la deriva de *Hinflata bocca*; y en efecto, los



bufones suelen tener la cara redonda y las mejillas abultadas. Los italianos llaman *buffone magro* (bufón flaco) para clasificar al hombre que la echa de gracioso y no consigue hacer reír á nadie.

Bufonerías son las farsas más grotescas que se representan en los barracones de las ferias para distraer al populacho. De ese modo empezaron las tragedias para avergonzar al espíritu humano. Thespis fué un bufón antes que Sófocles fuese un gran hombre. En los siglos XVI y XVII, las tragedias españolas é inglesas estaban envilecidas por las bufonerías más repugnantes; y los bufones deshonraron las cortes de los reyes más que deshonraban el teatro. El mohó que dejó la barbarie estaba tan pegado todavía, que los hombres no gozaban aún de los placeres intelectuales.

## BRACMANES

### I

Observa, amigo lector, que el reverendo padre Thomassin, que es uno de los hombres más sabios de Europa, deriva los bracmanes de la palabra judía *barac* por una C, suponiendo que los judíos tuviesen esa C. *Barac* significaba, según él dice, *huir*, y los bracmanes huían de las ciudades, suponiendo que entonces hubiera ciudades.

Es verosímil que los bracmanes fueran los primeros legisladores, los primeros filósofos y los primeros teólogos del mundo. Los pocos monumentos que nos quedan de su remota historia, nos hacen suponer esto, porque los primeros filósofos griegos fueron á aprender matemáticas de ellos y porque las curiosidades antiquísimas que recogieron los emperadores de la China todas son indias.

El *Shasta*, que es el primer libro de teología de los bracmanes, fué escrito cerca de mil quinientos años antes que el *Vedas*, y es anterior á los demás libros indios.

Sus anales no mencionan ninguna guerra emprendida por dicha nación en ninguna época: las palabras *ejército*, *matar*, *mutilar*, no se encuentran ni en los fragmentos del *Shasta*, que conservamos, ni en el *Ezur-Vedas*, ni en el *Cormo Vedas*. Puedo asegurar que no las he visto en esas dos colecciones que he repasado; y esto es tanto más extraño, cuando el *Shasta*, que se ocupa de una conspiración movida en el cielo, no menciona ninguna guerra movida en la gran península que se encierra entre el Indus y el Ganges.



Los hebreos, que vienen mucho después, no hablan nunca de los bracmanes. Sólo conocieron la India después de las conquistas de Alejandro, después de haberse establecido en Egipto, de cuya nación habían hablado muy mal. La palabra India sólo se encuentra en el libro de *Ester* y en el de *Job*, que como sabemos, no es hebreo. Ofrecen singular contraste los libros sagrados de los hebreos y de los indios. Los libros indios predicán la tranquilidad y la paz y prohíben el matar á los animales: los libros hebreos sólo hablan de matar y de asesinar hombres y bestias. En ellos se degüella en nombre del Señor. Son completamente distintos los unos de los otros.

Es indudable que hemos adquirido de los bracmanes la idea de la caída del cielo de los seres celestes que se sublevaron contra el Soberano de la naturaleza, y es probable que de ellos tomaran los griegos la fábula de los titanes. Los judíos copiaron también de ellos la sublevación de Lucifer, en el primer siglo de la era cristiana.

¿Cómo pudieron los indios inventar la sublevación ocurrida en el cielo sin haber presenciado ninguna en la tierra? No se comprende que pudiera dar tal salto la naturaleza humana hasta la naturaleza divina, porque casi siempre parte el hombre de lo conocido para llegar á lo desconocido. No inventó la guerra de los gigantes hasta que vió que los hombres más robustos tiranizaban á sus semejantes. Era preciso, pues, ó que los primeros bracmanes hubieran tenido discordias violentas, ó que las hubieran presenciado en los pueblos inmediatos para inventarlas después en el cielo.

Siempre resultará un fenómeno sorprendente que una nación que no conoció nunca la guerra, inventara una guerra empeñada en los espacios imaginarios, en un globo lejano del nuestro ó en lo que se llama firmamento. Es además digno de llamar la atención el que en esa revolución de seres celestes movida contra su soberano, no se repartieran golpes, no se derramara sangre celeste, no se arrojaran unos á otros montañas á la cabeza, no hubiera ángeles cortados por la mitad, como sucede en el poema de Milton, á la vez sublime y grotesco.

Según el *Shasta*, la citada rebelión consistió en desobedecer las órdenes del Altísimo, desobediencia que castigó Dios desterrando á los ángeles rebeldes á un inmenso y tenebroso sitio que se llamaba Ondera, durante un mononthur entero ó sea 426 millones de años. Pero Dios se dignó perdonar á los culpables al cabo de cincuenta mil años, y Ondera sólo les sirvió de purgatorio. Los convirtió en hombres y les hizo habitar el mundo, imponiéndoles la condición de que no habían de comer ninguna clase de animales y no cohabitar con los machos de su nueva especie, bajo la pena de volverlos á llevar á Ondera.



Esos son los principales artículos de la ley de los bracmanes, que sin interrupción observan desde tiempo inmemorial hasta nuestros días, por más que nos parezca extraño que sea para ellos pecado tan grave comerse un pollo como dedicarse á la sodomía.

Lo referido es una pequeña parte de la antigua cosmogonía de los bracmanes. Sus ritos, sus pagodas, prueban que todo allí era alegórico. Todavía representan á la virtud bajo el emblema de una mujer que tiene diez brazos, con los que pelea contra los diez pecados mortales, representados por otros tantos monstruos. Los misioneros que varias veces enviamos allí tomaron esa imagen de la virtud por la imagen del diablo, y por eso aseguraban que en la India rendían culto al demonio. Por regla general, los europeos sólo hemos visitado pueblos lejanos para enriquecernos en ellos y después calumniarlos.

## II

### *De la metempsícosis de los bracmanes*

La doctrina de la metempsícosis proviene de la antiquísima ley de alimentarse con leche de vaca, legumbres, frutas y arroz. Pareció horrible á los bracmanes matar y comerse á su nodriza; y muy pronto profesaron el mismo respeto á las cabras, á las ovejas y á todos los demás animales. Creyeron que en ellos vivían los ángeles rebeldes purificando sus culpas en los cuerpos de las bestias, lo mismo que en los cuerpos de los hombres. La naturaleza del clima fortificó la referida ley, ó mejor dicho, fué su origen. Los que respiran atmósferas ardientes, se sustentan con alimentos ligeros y miran con horror la costumbre que tenemos en otros países de comer cadáveres.

Fué general en el Oriente la creencia de que tenían alma los animales: en los antiguos libros sagrados encontramos vestigios de tal creencia. Dios, en el capítulo IX del *Génesis*, prohíbe á los hombres que coman *la carne de los animales, su sangre y su alma*. Esto es lo que dice el texto hebreo: «Vengaré, dice, la sangre de vuestras almas de las garras de las bestias y de las manos de los hombres.» En el capítulo XVII del *Levítico*, añade: «El alma de la carne está en la sangre.» Además celebra un pacto solemne con los hombres y los animales, como puede verse en el capítulo IX del *Génesis*, lo que supone que los animales tienen inteligencia.

Posteriormente, el *Eclesiastes*, en el capítulo III, dice formalmente: «Dios hace ver que los hombres son semejantes á las



bestias; mueren como ellas, son de igual condición; unos y otras respiran lo mismo; el hombre no tiene nada que no tenga la bestia.» Jonás, cuando predicó en Nínive, hizo ayunar á los hombres y á los animales.

Todos los autores antiguos suponen inteligencia á las bestias, como puede verse en los libros sagrados y en los profanos, y algunas veces las hacen hablar. No es, pues, sorprendente que los bracmanes primero y los pitagóricos después, creyeran que las almas pasaban sucesivamente á los cuerpos de los animales y á los cuerpos de los hombres; y como consecuencia de esto, persuadieron de que las almas de los ángeles delincuentes, para terminar el tiempo de su purgatorio, se aposentaban unas veces en los cuerpos de las bestias y otras veces en los de los hombres. Esta es una parte de la novela del jesuíta Bougeaut, que inventó que los diablos eran espíritus que moraban en los cuerpos de los animales. De este modo, en nuestros días y en el extremo Occidente, resucitó un jesuíta sin saberlo un artículo de fe de los más antiguos sacerdotes orientales.

### III

#### *De las mujeres que se arrojan en la hoguera*

Los bramines actuales, que son los bracmanes antiguos, han conservado la horrible costumbre de arrojarse á las llamas. ¿En qué consiste que un pueblo donde no se derramó nunca la sangre de los hombres ni la de los animales, tome todavía como el mayor acto de devoción quemarse públicamente en una hoguera? La superstición, que une todas las ideas contradictorias, es el único origen de este horrible sacrificio, y la costumbre de verificarlo es más antigua que las leyes de los pueblos que conocemos.

Suponen los bramans que Brama, su gran profeta, é hijo de Dios, descendió á la tierra, en la que tuvo muchas mujeres, y que cuando murió, la mujer que más le quería se arrojó á las llamas de su misma hoguera para ir á juntarse con él en el cielo. Efectivamente, dicha mujer murió abrasada por las llamas, así como Porcia, mujer de Bruto, se tragó carbones ardiendo para ir á reunirse con su marido. ¿Esta historia es una fábula inventada por los sacerdotes? ¿Existió Brama y consiguió efectivamente que le tuvieran por profeta é hijo de Dios? Es creíble que existiera Brama, así como más tarde existieron Zoroastros y Bacos, y la fábula se apoderaría de su historia, como acostumbra á hacerlo en todas las épocas.



Cuando vieron que la mujer del hijo de Dios se lanzó á la hoguera, las mujeres de condición inferior quisieron imitarla. ¿Pero cómo habían de encontrar á sus maridos, que la transmigración de las almas podía convertir en caballos, elefantes ó gavilanes? ¿Cómo habían de conocer la bestia que el difunto animaba? Y reconociéndola, ¿cómo podían seguir siendo su mujer? Este obstáculo no embaraza á los teólogos indios; que encuentran con facilidad distingos, soluciones *in sensu composito*, *in sensu diviso*. La metempsícosis sólo existe para las personas del vulgo; respecto á las almas de los demás, profesan una doctrina más rara. Esas almas, que son las de los ángeles que se rebelaron contra su Soberano, están purificándose. Las de las mujeres que se sacrifican son beatificadas, y encuentran á sus maridos purificados completamente. En una palabra, los sacerdotes tienen razón siempre, y las mujeres siguen quemándose en las hogueras.

Hace ya más de cuatro mil años que reina este terrible fanatismo en un pueblo tranquilo y apacible, que cree cometer un crimen si mata una cigarra. Los sacerdotes no pueden obligar á las viudas á quemarse en las hogueras, porque es ley invariable en la nación que ese sacrificio sea absolutamente voluntario. Tal honor se reserva á la primera de las esposas del muerto; si ella se niega á quemarse viva, se reserva este honor ó la segunda, y así sucesivamente. Refiérese que en una ocasión diez y siete mujeres se lanzaron á un mismo tiempo en la hoguera de un rajá. Pero esos sacrificios son ya muy raros en la actualidad: la fe se debilitó en el país desde que los mahometanos gobiernan la mayor parte de él y los europeos negocian en la otra parte. Esto no obstante, ni un solo gobernador de Madrás y de Pondichery ha dejado de ver alguna india lanzarse voluntariamente á las llamas. M. Hohwell refiere que una viuda, joven de diez y nueve años, muy hermosa y madre de tres niños, se quemó en las llamas en presencia de Mme. Russel, esposa del almirante, que estaba en la rada de Madrás. Dicha joven resistió á los ruegos y á las lágrimas de todos los asistentes. Mme. Russel la suplicó en nombre de sus hijos que no los dejara huérfanos y abandonados en el mundo; y la india le respondió: «Dios, que los hizo nacer, cuidará de ellos.» En seguida dispuso ella misma todos los preparativos, prendió fuego á la hoguera con su propia mano, y consumó el sacrificio con tanta serenidad como una monja encendiendo los cirios del altar.

M. Shernoc, negociante inglés, que en una ocasión presenció que una hermosísima viuda iba á arrojarse en la hoguera que ella misma estaba encendiendo, la arrancó de allí á la fuerza, y ayudado por otros ingleses, la robó y después se casó con ella. El pueblo indio consideró ese acto como un horrible sacrilegio.



¿Por qué los maridos no se quemaban vivos en las hogueras para ir á juntarse con sus esposas? ¿Por qué razón femenil el sexo que es naturalmente débil y tímido fué el único capaz de inmolarse fanáticamente? ¿Consistiría esto en que la tradición no dice que un hombre se casó con la hija de Brama, y sí que asegura que se casó una india con el hijo de dicho dios? ¿Consiste en que las mujeres son más supersticiosas que los hombres? ¿Consiste en que su imaginación es más débil, más tierna y más á propósito para ser dominada?

Los antiguos brazmanes perecían algunas veces víctimas de las llamas para no sufrir los achaques de la vejez, y sobre todo para que los admirasen. Calanus no se hubiera arrojado en la hoguera á no ser por la satisfacción de que Alejandro presenciara su sacrificio. El cristiano renegado Pellegrinus se quemó en una hoguera públicamente, por el mismo motivo que algunos necios se disfrazan á veces de armenio para llamar la atención de la multitud.

Creemos que la vanidad interviene por mucho en el espantoso sacrificio de las mujeres indias. Quizás si se publicara una ley ordenando que se quemasen secretamente, quedaría abolida esa abominable costumbre.

Añadamos algunas palabras á este artículo. Si un centenar de mujeres indias han ofrecido el triste espectáculo de quemarse, en cambio nuestros inquisidores y aquellos locos atroces que se llamaban jueces en otros siglos hicieron morir abrasados por las llamas más de cien mil hermanos nuestros, hombres, mujeres y niños, por cuestiones sutiles que nadie entiende. Compadecemos y condenemos el proceder de los brazmanes; pero concentémonos nosotros mismos y reconozcamos la miseria de la especie humana.

Nos olvidábamos de decir una cosa muy esencial. Los libros sagrados de los brazmanes están llenos de contradicciones; pero como el pueblo no las conoce, los doctores las resuelven de antemano por medio de sentido figurado, de alegorías, tipos y declaraciones, de Birma, de Brama y de Vistnou. Con esto cierran la boca á todo el que trata de presentar objeciones.

## BÚLGAROS

Algunos lectores quizás tengan curiosidad de saber quiénes fueron esas gentes, tratadas de herejes, y cuyo nombre se ha dado en Francia á los no-conformistas, que no tienen con las damas las atenciones que éstas se merecen. Los antiguos búlgaros no podían imaginarse que, un día en los mercados de París,



la gente del pueblo, en la conversación familiar, se llamarían unos á otros búlgaros, añadiendo á tal denominación varios epítetos que enriquecen la lengua.

Estos pueblos descienden de los hunos, que se establecieron en las riberas del Volga; y del nombre de *volgares*, se convirtieron en *búlgaros*. Al finalizar el siglo VII hicieron irrupciones hacia el Danubio, como los demás pueblos que habitaban la Sarmacia; é igual que éstos, inundaron el imperio romano. Pasaron por la Moldavia y la Valaquia, á donde los rusos, sus antiguos compatriotas, llevaron sus armas victoriosas en 1769, durante el imperio de Catalina II.

En cuanto pasaron el Danubio se establecieron en parte de la Dacia y de la Moesia, dando su nombre á estos países, que todavía pertenecen á la Bulgaria. Su dominio se extendía hasta el monte Hemus y el Ponto-Euxinio. El emperador Nicéforo, en la época de Carlo-Magnó, tuvo la imprudencia de acometerles, después que los sarracenos le vencieron; y también fué vencido por los búlgaros. El rey de éstos, que se llamaba Crom, le cortó la cabeza, y convirtió su cráneo en copa, bebiendo en él durante las comidas, según costumbre del país.

Se refiere que en el siglo IX, Bogoris, rey de los búlgaros, que dirigía la guerra empeñada contra la princesa Teodora, madre y tutora del emperador Miguel, quedó tan encantado de la noble contestación que dió dicha emperatriz á su declaración de guerra, que se hizo cristiano. Pero los búlgaros, que no eran tan complacientes, se sublevaron contra él, y entonces Bogoris les enseñó una cruz, se arrodillaron ante ella y pidieron ser bautizados. Así lo refieren los autores griegos del Bajo Imperio, y así lo copian nuestros compiladores. Según ellos dicen, Teodora era una princesa sumamente religiosa, que pasó los últimos años de su vida encerrada en un convento. Tuvo tanto celo por la religión católica griega, que condenó á muerte en varios suplicios á cien mil hombres acusados de ser maniqueos. «Esa secta—dice el modesto continuador de Echard, autor de la *Historia romana*,—era la más impía, la más peligrosa, la más abominable de todas las sectas herejes. Las censuras eclesiásticas eran armas de poca fuerza contra los hombres que se niegan á reconocer á la Iglesia.»

Supónese que los búlgaros, al ver que mataban á todos los maniqueos, empezaron á dedicarse al culto de su religión, y creyeron que era la mejor por ser la más perseguida. Pero esa idea es demasiado sutil para que les pudiera ocurrir á los búlgaros.

Por aquella época estalló el gran cisma entre la Iglesia griega, dirigida por el patriarca Focius, y la Iglesia latina, regida por el papa Nicolás I. Los búlgaros se afiliaron al partido de la Igle-



sia griega, y probablemente desde entonces los trataron de herejes en Occidente.

El emperador Basilio les envió el año 817 un predicador que se llamaba Pedro de Sicilia, para precaverles de la herejía del maniqueísmo. Pero se añade que desde que le oyeron se declararon francamente maniqueos. Lo más probable es que los búlgaros, que debían en los cráneos de sus enemigos, no fueran excelentes teólogos, y que tampoco lo fuera Pedro de Sicilia. Es singular que se considerase como heréticos temibles á esos bárbaros que no sabían leer ni escribir, y que creyeran peligroso disputar con ellos. Además, no tenían tiempo para ocuparse en controversias, porque estaban empeñados en larga y sangrienta guerra con los emperadores de Constantinopla, guerra que duró cuatro siglos, y en la que llegaron á sitiar la capital del imperio.

Al principio del siglo XIII pretendió el emperador Alejo que le reconocieran los búlgaros como soberano, y el rey de éstos, Joannic, le contestó que no sería nunca vasallo suyo. El Papa Inocencio III aprovechó esta ocasión para atraerse el reino de Bulgaria; y envió al rey Joannic un legado para que le consagrara, como lo hizo, y por este acto pretendió conferirle el reino, que desde entonces debía depender de la Santa Sede.

Era aquel el momento más encarnizado de la guerra de las Cruzadas. Indignados los búlgaros con el proceder de Inocencio III, se aliaron con los turcos, declararon la guerra al Papa y á sus cruzadas, cogieron prisionero al supuesto emperador Balduino, le cortaron los brazos, las piernas y la cabeza, y convirtieron su cráneo en copa. Este acto bastó para que los búlgaros horrorizasen á Europa, sin necesidad de llamarles maniqueos. La palabra búlgaro fué desde entonces considerada como una injuria vaga é indeterminada que se aplica á todo el que tiene costumbres bárbaras ó corrompidas. Por eso, durante el reinado de San Luis, el hermano Robert, gran inquisidor y gran malvado, se vió acusado jurídicamente de ser *búlgaro*, por el tribunal de Picardía. Felipe el Hermoso aplicó ese epíteto á Bonifacio VIII.

Esa palabra cambió luego de significación en las fronteras de Francia, y se convirtió en una palabra de amistad. Era costumbre muy admitida en Flandes llamar al joven apuesto y de expresivo semblante, hermoso *búlgaro*; y al hombre bondadoso, un buen *búlgaro*. Cuando Luis XIV fué á la conquista de Flandes, al verle los flamencos, exclamaron: «Nuestro gobernador es un *búlgaro* ordinario si le comparamos con ese monarca.»



## BULA

## I

Esta palabra significa la bola ó el sello de oro, plata, cera ó plomo, que va atado á un documento ó á un título cualquiera. El plomo que cuelga de los rescriptos que expide la corte romana contiene en una parte la cabeza de San Pedro y la de San Pablo, aquélla á la derecha y ésta á la izquierda: la otra parte, ó sea el reverso, contiene el nombre del Papa reinante y el año de su pontificado. La bula está escrita en un pergamino.

En la salutación sólo usa el Papa el título de *siervo de los siervos de Dios*, copiándolo de las santas palabras que Jesús dirigió á sus discípulos: «El que de vosotros pretenda ser el primero, será vuestro servidor.»

Sostienen los herejes que los papas, por medio de esta fórmula, que es humilde en la apariencia, tratan de imponer una especie de sistema feudal en el que la cristiandad queda sometida á un jefe que es Dios, y á cuyos grandes vasallos San Pedro y San Pablo representa el Pontífice su servidor; y los primeros vasallos del Papa son los príncipes, los emperadores, los reyes y los duques. Indudablemente se fundan para decir esto en la famosa bula *in Cena Domine*, que un cardenal diácono lee públicamente todos los años el Jueves Santo en presencia del Papa, al que acompañan varios cardenales y obispos. Terminada la lectura de la bula, Su Santidad arroja á la plaza pública una hacha encendida, para marcar el anatema.

Dicha bula se encuentra en la página 714, tomo I del *Bulario* impreso en Lión en 1763, en la página 118 de la edición de 1727. La edición más antigua del bulario es de 1536. Pablo III, sin explicar el origen de esta ceremonia, dice que es costumbre antigua de los soberanos pontífices publicar la referida excomunión el Jueves Santo, para conservar la pureza de la religión cristiana y sostener la unión de los fieles. La famosa bula contiene veinticuatro párrafos, en los cuales dicho Papa lanza las siguientes excomuniones:

Párrafo 1.º A los herejes, á sus fautores y á los que lean sus libros.

2.º A los piratas, y sobre todo á los corsarios que se atrevan á penetrar en los mares del Soberano Pontífice.

3.º A los que impongan en sus haciendas nuevas gabelas.

10.º A los que impidan de cualquier modo que se cumplan



las cartas apostólicas; ya se concedan en ellas gracias, ya se impongan penas.

11.º A los jueces laicos que juzguen á los eclesiásticos y los atraigan á su tribunal, sea el tribunal que sea, *audiencia, cancellería, consejo ó parlamento*.

14.º A todos los que hagan ó publiquen edictos, reglamentos, pragmáticas que ofendan ó cercenen la menor cosa, tácita ó expresamente, que coarte la libertad eclesiástica, los derechos del Papa y los de la Santa Sede.

15.º A los cancilleres, consejeros ordinarios ó extraordinarios de cualquier rey, á los presidentes de las cancellerías, de los consejos y los parlamentos, y á los procuradores generales que evoquen las causas eclesiásticas ó que impidan el cumplimiento de las cartas apostólicas, aunque lo hicieran con el pretexto de evitar alguna violencia.

En ese mismo párrafo el Papa se reserva asimismo el derecho de absolver á los referidos cancilleres, consejeros, procuradores generales y á otros excomulgados, que sólo podrán ser absueltos después que revoquen públicamente sus edictos y sus decretos y los arranquen de los registros.

20.º Excomulga también el Papa á los que se abroguen el derecho de absolver á los excomulgados que acabamos de referir; y para que no puedan alegar ignorancia manda:

21.º Que esta bula se publique y se fije en la puerta de la Basílica del príncipe de los apóstoles, y en la de San Juan de Letrán.

22.º Que todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos, en virtud de la santa obediencia, publiquen solemnemente esta bula, lo menos una vez cada año.

24.º Declara el Papa, que si alguno se atreve á obrar contra lo que dispone esta bula, debe saber que incurre en la indignación de Dios todopoderoso, y en la de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo.

Las demás bulas posteriores que también se llaman *in Cæna Domini*, sólo son aplicaciones de ésta. Por ejemplo; el artículo veintiuno de la bula de Pío V publicada el año 1567, añade el párrafo 3.º de la que nos hemos ocupado, que los príncipes que establezcan en sus Estados nuevos impuestos, de cualquier naturaleza que sean, ó aumenten los antiguos sin haber obtenido antes la aprobación de la Santa Sede, quedan excomulgados *ipso facto*.

La tercera bula *in Cæna Domine* se publicó en 1610, contiene treinta párrafos, en los que Pablo V renueva las disposiciones de las dos bulas precedentes. La cuarta y última bula *in Cæna Domini*, que se encuentra en el *Bulario*, está fechada el primero de Abril de 1627. Anuncia en ella Urbano VIII, que siguiendo



el ejemplo de sus predecesores, para mantener la integridad de la fe, la justicia y la tranquilidad pública, se sirve de la espada espiritual de la disciplina eclesiástica para excomulgar en dicho día (aniversario de la cena del Señor) á los herejes y á los que apelan del fallo del Papa en el futuro concilio. El resto de la bula es igual al de las tres que hemos citado. Dícese que la que se lee actualmente, es de época más moderna y tiene varias adiciones.

Giannone, en su *Historia de Nápoles*, describe los desórdenes que los eclesiásticos causaron en dicho reino y las vejaciones que de ellos sufrieron los vasallos del rey, negándose hasta administrar los sacramentos para obligarles á que admitieran la bula, que al fin fué proscrita de allí solemnemente, lo mismo que en la Lombardía austriaca, en los Estados de la emperatriz reina, en los del duque de Parma y en otras partes (1).

El año 1580 el clero de Francia se aprovechó de las vacaciones del Parlamento para publicar la bula *in Cæna Domini*. Pero el procurador general se opuso á su publicación, y la Cámara de las vacaciones, que presidía el célebre y desgraciado Brisson, redactó el 4 de Octubre un decreto en el que obligaba á todos los gobernadores á que averiguaran quiénes eran los arzobispos, obispos ó vicarios mayores que habían admitido dicha bula ó la copia de ella, y quién era el que la mandaba publicar. Les obligaba también dicho edicto á impedir la publicación si se había verificado, y á recoger los ejemplares y remitirlos al tribunal; y en este caso á citar á los arzobispos, á los obispos ó á los vicarios mayores á comparecer ante la Cámara y á contestar á la requisitoria del procurador general, y además á apoderarse de sus bienes temporales y depositarlos en favor del rey. Además prohibía dicho decreto que nadie impidiera su ejecución, bajo la pena de ser castigado como enemigo de la nación, y culpable de delito de lesa majestad. Este decreto se imprimió y se publicó (2).

Obrando así el Parlamento siguió el ejemplo que le dió Felipe el Hermoso. En 5 de Diciembre de 1301, el Papa Bonifacio VIII dirigió al monarca que acabamos de citar su bula *Ausculta Fili*, exhortándole á que la cumpliera humildemente,

(1) El Papa Ganganelli, enterado de las resoluciones de todos los príncipes católicos, y observando que los pueblos á quienes sus antecesores habían tapado los dos ojos para que no vieran, empezaban á abrir uno de los dos, no quiso publicar la famosa bula el Jueves Santo del año 1770.

(2) Rechazar la bula *in Cæna Domini* llegó á ser uno de los artículos más importantes de lo que se llamaron las libertades de la Iglesia Galicana.



diciéndole estas palabras: «Dios nos colocó sobre los reyes y sobre los reinos, para arrancar, destruir, perder, disipar, construir y plantar en su nombre, difundiendo su doctrina. No permitáis que os convenzan de que no existe superior vuestro y de que no estáis sometido al jefe de la gerarquía eclesiástica; el que así opina es un insensato, y el que sostiene tercamente esta opinión es infiel, y se separa del rebaño del Buen Pastor.» Luego el Papa se ocupaba detalladamente del gobierno de Francia, reconviniendo al rey por alguna de las modificaciones que había establecido.

Felipe el Hermoso, en vez de obedecer al Papa, mandó quemar esta bula en París, y publicar á son de trompeta dicha ejecución por toda la ciudad el 11 de Febrero de 1302. El Papa, en un Concilio que se celebró en Roma el mismo año, lanzó injurias y amenazas contra Felipe el Hermoso, pero sin llegar á ejecutar dichas amenazas. Como obra de dicho Concilio sólo queda la famosa decretal titulada *Unam Sanctam*, cuya substancia es la siguiente:

«Creemos y confesamos que existe una Iglesia santa, católica y apostólica, fuera de la que no hay salvación posible; reconocemos también que es única, que forma un solo cuerpo con un solo jefe, y que no tiene dos como los monstruos. Su jefe es Jesucristo, y su vicario San Pedro y el sucesor de San Pedro. De modo, que los griegos y los que pertenecen á otras sectas que dicen que no deben estar sometidos á ese sucesor, deben confesar que no pertenecen al número de las ovejas de Jesucristo, ya que éste dijo *que sólo había un rebaño y un pastor*.

«Confesamos que dicha Iglesia en su poder tiene dos espadas, la espiritual y la temporal; que una la usa la Iglesia por medio de la mano de su Pontífice, y la otra la blande también la Iglesia por medio de la mano de los reyes y de los guerreros, por orden ó con permiso del Pontífice. Pero es preciso que una espada se someta á otra, esto es, que el poder temporal se someta al poder espiritual; porque de otro modo no caminarían acordes, y deben estarlo según la opinión del apóstol. El poder espiritual debe instituir y juzgar al temporal, y de ese modo se realiza respecto á la Iglesia la profecía de Jeremías que dice: «Te establecí sobre las naciones y sobre los reinos,» etcétera, etcétera.

Por su parte Felipe el Hermoso reunió los Estados generales y los comunes. En la exposición que presentaron á dicho monarca, se expresaron en los siguientes términos: «Es una abominación oír que Bonifacio, como verdadero *búlgaro* que es, interprete mal la frase espiritual que se encuentra en el evangelio de San Mateo, que dice: *Lo que ligares en la tierra será ligado en el cielo*; como si esa frase significara que si el Papa en-



cerrara á un hombre en prisión temporal, tuviera Dios por eso que encarcelarle en el cielo.»

Clemente V, sucesor de Bonifacio VIII, revocó y anuló la odiosa decisión de la bula *Unam Sanctam*, que extiende el poder de los papas sobre el poder temporal de los reyes, y declara herejes á los que no reconocen ese poder quimérico. Efectivamente, Bonifacio tuvo la pretensión de que negar ese poder quimérico debía considerarse como herejía, fundándose en este principio de los teólogos que asientan: «El que peca contra la regla de la fe es hereje, no sólo negando lo que la fe nos enseña, sino también negando lo que se establece como artículo de fe, aunque no lo sea.»

Antes del pontificado de Bonifacio VIII, otros papas se habían abrogado por medio de bulas la propiedad de diferentes reinos. Conocida es la bula de Gregorio VII, en la que dijo á un rey de España: «Deseo que sepáis que el reino de España, según consta en las antiguas ordenanzas eclesiásticas, se dió en propiedad á San Pedro y á la Santa Iglesia Romana.»

Enrique II, rey de Inglaterra, pidió permiso al Papa Adrián IV para invadir la Irlanda; y ese Pontífice se lo permitió, con la condición de que impusiera á cada familia irlandesa el tributo de *un carobus* para la Santa Sede, y de que conservara ese reino como feudo de la Iglesia Romana: «Porque—le escribió el Papa—no se debe dudar de que todas las islas que Jesucristo, como sol de justicia, iluminó, y que han aprendido las enseñanzas de la fe cristiana, pertenecen de derecho á San Pedro y á la Sagrada y Santa Iglesia Romana.»

## II

### *Bulas de la Cruzada y de la Composición*

Si le dijéramos á un africano ó un asiático de buen sentido que en Europa, donde unos hombres han prohibido á otros comer carne los días de Cuaresma, el Papa da permiso para poder comerla por medio de una bula, que cuesta cierta cantidad, y que por medio de otra bula permite conservar el dinero que se ha robado, ¿qué opinión formarían de nosotros el africano y el asiático? Convendrían por lo menos en que cada país tiene sus costumbres, y en el mundo, por mucho que se cambie el nombre de las cosas y se las disfrace, todo se hace para sacar dinero.

Hay dos bulas que se llaman de la *Cruzada*; la primera es de la época de los Reyes Católicos; la segunda de la época de Felipe V. La primera vende el permiso para comer de carne los sá-



bados; la segunda bula, concedida por el Papa Urbano VIII, permite comer carne toda la Cuaresma, y absuelve de todo delito, menos del delito de heregía. No sólo se venden esas bulas, sino que está ordenado que se compren, y cuestan más caras, como es natural, en el Perú y en Méjico que en España; pues ya que producen oro y plata, justo es que paguen más que los otros países.

Sirvió de pretexto para publicar esas bulas el hacer la guerra á los moros. Pero los espíritus descontentadizos no comprenden la relación que pueda haber entre comer carne y la guerra con los africanos; y añaden que Jesucristo no mandó nunca mover la guerra á los sarracenos, bajo pena de excomunión.

La bula que permite conservar los bienes de otro se llama *Bula de la Composición*. Está asegurada y produce hace mucho tiempo grandes sumas en toda España, el Milanesado, Sicilia y Nápoles. Las personas á las que se adjudica el arrendamiento de dicha bula encargan su predicación á los frailes más elocuentes. Los pecadores, que robaron al rey, al Estado ó á los particulares, buscan á esos predicadores, se confiesan con ellos y les exponen lo desagradable que sería para ellos que les obligaran á restituir todo lo robado. Ofrecen á los frailes que les entregarán el cinco, el seis ó el siete por ciento, si les convencen de que pueden conservar el resto sin escrúpulo de conciencia. Cierran el trato, y quedan absueltos los pecadores.

El hermano predicador que escribió el *Viaje á España é Italia*, obra que con privilegio se imprimió en París, se expresa de este modo haciendo propaganda de la bula: «¿No es muy agradable y gracioso saldar las cuentas pagando tan escasa cantidad, y quedar libres para robar otra mayor, cuando se tenga necesidad de ella?»

### III

#### *Bula Unigénitus*

Si la bula *in Cæna Domini* indignó á todos los soberanos católicos, que al fin tuvieron que proscribirla de sus Estados, la bula *Unigénitus* sólo produjo perturbaciones en Francia. La primera atacaba los derechos de todos los príncipes y de los magistrados de Europa, y unos y otros se esforzaron para conservarlos. Pero como la segunda sólo proscribía algunas máximas de moral y doctrina cristiana, únicamente la combatieron las partes interesadas, y estas partes llegaron á perturbar toda la Francia. Empezó la lucha por una cuestión entre los jesuítas



que eran todopoderosos y los discípulos que sobrevivían del destruído Port-Royal.

Quesnel, sacerdote del Oratorio, que estaba refugiado en Holanda, dedicó sus *Comentarios al Nuevo Testamento*, al cardenal de Noailles, que entonces era obispo de Chalons-sur-Marne, y el obispo los aprobó, recibiendo la obra el sufragio de todos los que leen esta clase de libros.

El jesuíta Le Tellier, confesor de Luis XIV, enemigo declarado del cardenal de Noailles, por mortificar á éste consiguió que Roma condenara el libro que Quesnel le había dedicado. Dicho jesuíta, que era hijo de un procurador de Vire en la Baja Normandía, heredó todos los recursos y enredos que se aprenden en la profesión de su padre. No se satisfizo con malquistar al cardenal de Noailles con el Papa, sino que intentó malquistarle con el rey. Para realizar su proyecto, ideó que emisarios suyos redactaran despachos contra dicho cardenal, los cuales hizo firmar á cuatro obispos, y cartas dirigidas al rey, que firmaron también dichos prelados. Tales maniobras, que los tribunales debieran haber castigado, causaron en la corte el efecto que se propuso el jesuíta. El rey se incomodó con el cardenal y madame de Maintenón dejó de protegerle.

Entonces empezó una serie de intrigas en las que todo el mundo se inmiscuyó desde un extremo á otro del reino, y cuanto más desgraciado era este empeño en guerra tan funesta, más se acaloraban los espíritus por una vana cuestión teológica.

En aquellos momentos consiguió Le Tellier que el mismo Luis XIV propusiera al Papa la condenación del libro de Quesnel, del cual el rey no había leído ni una página. Le Tellier y otros dos jesuítas llamados Doucin y Lallemant, extrajeron ciento tres proposiciones con la idea de que el Papa Clemente XI las condenara; y la curia romana cercenó dos de ellas para dar á entender que juzgaba por sí misma. El cardenal Fabroni, entregado en cuerpo y alma á los jesuítas, se encargó de este asunto y mandó que extendieran la bula un franciscano que se llamaba el hermano Palermo, el capuchino Elías, el barnabita Terróvi, el servita Castelli y el jesuíta Alfaro.

El Papa Clemente XI les dejó hacer lo que quisieran, deseando complacer al rey de Francia, con el que estaba indispuerto por haber reconocido al archiduque Carlos como rey de España. Para atraerse la amistad de Luis XIV no necesitaba hacer ningún sacrificio; le bastaba llenar á satisfacción de éste un pedazo de pergamino y atarle un sello, sentenciando un asunto que le era indiferente. Por eso Clemente XI, sin hacerse de rogar, despachó y envió la bula. Pero fué extraordinaria su sorpresa cuando supo que en casi toda la Francia se recibió con silbidos y toda clase de manifestaciones hostiles. Cuéntase que al saberlo



dijo al cardenal Carpegne: «Me piden que envíe la bula, les complazco en seguida y todo el mundo se ríe de ella.»

En efecto; todo el mundo se sorprendió de ver que un papa, en nombre de Jesucristo, condenaba por heréticas y por ofensivas á los oídos cristianos, estas dos proposiciones: «Es conveniente dedicarse los domingos á la lectura de libros religiosos, sobre todo á la lectura de la *Biblia*.» «El temor á una excomunión injusta, no debe impedir que cumplamos con nuestro deber.»

Hasta los partidarios de los jesuítas encontraron inconveniente esa censura eclesiástica, pero no se atrevieron á oponerse en voz alta á ella. Los hombres prudentes y desinteresados la juzgaron escandalosa, y el resto de la nación la encontró ridícula.

No por eso dejó de salir triunfante el jesuíta Le Tellier hasta la muerte de Luis XIV. Francia le aborrecía, pero él la gobernaba. No hubo medio de que no se valiera para deponer al cardenal de Noailles; pero por fin este enredador fué condenado al destierro cuando murió el monarca que le protegía. El duque de Orleans, durante su regencia, extinguió esta guerra eclesiástica burlándose de ella. Del incendio pasado brotaron algunas chispas, que pronto se apagaron para siempre. Bastante duraron prolongándose medio siglo. Pero podrían considerarse felices los hombres si sólo se enemistaran por tonterías como estas que no hacen derramar sangre humana.



## C

## CARACTER

Su etimología viene de la palabra griega *impresión*, y significa lo que la naturaleza ha grabado en nosotros. ¿Puede cambiarse de carácter? Sí, cuando se cambie de cuerpo. Sucede que el hombre que nació pendenciero, inflexible y violento, al llegar á la vejez es víctima de la apoplejía, y llega á convertirse en un niño tímido, llorón y miedoso, y entonces puede decirse que cambia de cuerpo. Pero mientras sus nervios y su sangre permanezcan en estado natural, no cambiará de carácter, como no cambian de instinto los lobos ni las focas.

Nuestras ideas y nuestros sentimientos forman el carácter; y está probado que no adquirimos los sentimientos y las ideas que queremos; luego el carácter no depende de nosotros, porque si dependiera, todo el mundo sería perfecto. No pudiendo adquirir ciertas aficiones y cierta clase de talento, ¿cómo podríamos adquirir ciertas cualidades? El que no reflexiona se imagina que es dueño de todo; pero el que reflexiona, comprende que no es dueño de nada.

Para cambiar en absoluto el carácter de un hombre, se necesita purgarlo todos los días, debilitándole hasta el extremo de matarle paulatinamente. Carlos XII, cuando sufría la fiebre de supuración en el camino de Vender, era completamente otro hombre; se dejaba manejar como un niño.

El que nace con nariz defectuosa y ojos de gato, puede tapárselos con una mascarilla; ¿pero puede ocultar el carácter que debe á la naturaleza? Un hombre dotado de carácter violento y arrebatado se presentó ante Francisco I, rey de Francia, para quejarse de una injusticia. La presencia del monarca, el aspecto respetuoso de los cortesanos y el sitio en que se encontraba, causaron en este hombre tan fuerte impresión, que le hizo maquinalmente inclinar la vista al suelo, dulcificar su voz ruda y presentar humildemente su memorial, apareciendo tan flexible



como los cortesanos, entre los que se encontró desconcertado. Pero si Francisco I hubiera sido fisonomista, hubiera descubierto fácilmente en sus ojos inclinados, pero encendidos por fuego sombrío, en los músculos tirantes de su rostro y en sus labios apretados, que aquel hombre no era tan humilde como quería aparecer. Dicho hombre estuvo con el rey en la batalla de Pavía, fué preso con él y con él encarcelado en Madrid. La majestad de Francisco I ya no le causaba la misma impresión que el día en que lo vió por la primera vez, y el respeto se convirtió en familiaridad. Un día, que le quitaba las botas al rey y se las quitaba mal, Francisco I, malhumorado por su desgracia, se incomodó con él. El hombre le envió á pasear con malos modos, y arrojó las botas por la ventana.

Sixto V nació petulante, terco, altivo, impetuoso, arrogante y vengativo; pero modificó su carácter mientras pasó por las pruebas de su noviciado. Desde que empezó á gozar de algún crédito en su orden, se encolerizó contra un guardián del convento, y le dió tantos puñetazos que le hizo perder los sentidos. Cuando fué inquisidor en Venecia, ejerció insolentemente su cargo; pero cuando fué cardenal y estaba poseído *dalla rabbia papale*, supo ocultar su temperamento con singular hipocresía, apareciendo humilde en extremo. Le eligieron Papa, y en el mismo momento, se soltó el resorte que la política y la conveniencia tenían contraído, y fué el más fiero y el más despótico de los soberanos.

La religión y la moral ponen freno á los caracteres impetuosos, pero no pueden destruirlo. El borracho que entra en el claustro, se concreta á beber en cada comida una pequeña cantidad de sidra; no se emborracha, pero toda la vida tiene afición al vino.

La edad debilita el carácter. Es un árbol que sólo produce ya algunos frutos degenerados, pero siempre son de la misma especie; se llena de nudos y de musgo, queda carcomido, pero siempre sigue siendo peral ó manzano. Si pudiéramos cambiar de carácter, tomaríamos uno que nos hiciera dueños de la naturaleza; pero no podemos tomar nada; todo lo recibimos. Probad á animar á un indolente dotándole de continuada actividad, probad á helar por medio de la apatía al hombre ardiente é impetuoso, y no lo conseguiréis, como no conseguiriais dotar de vista á un ciego de nacimiento. Perfeccionamos, dulcificamos y ocultamos el carácter que debemos á la naturaleza, pero no podemos cambiarlo.

Podemos decir á un piscicultor que tiene demasiados peces en su vivero y que por eso no prosperarán; podemos decirle que tiene demasiados animales en sus prados, y se criarán flacos y enfermizos. Después de darle este consejo, puede suceder que los sollos se le coman la mitad de las carpas y los lobos la mitad



de sus corderos y los animales que queden vivos engorden. ¿Le aplaudiremos por eso? Ese campesino eres tú mismo; una de tus pasiones devora á las demás, y tú crees haber triunfado de tí mismo. Casi todos los hombres nos parecemos al general anciano que habiendo cumplido noventa años, encontró á oficiales jóvenes moviendo escándalo con mujeres de mala vida, y encolerizándose con ellos, les dijo: «Señores, no es ese el ejemplo que yo os doy.»

## CARTESIANISMO

Como dijimos en el capítulo titulado *Aristóteles*, este filósofo y sus sectarios se sirvieron de palabras incomprensibles para significar cosas que no se pueden concebir, como por ejemplo: Entelequias, formas substanciales, especies intencionales, etc. Después de todo, esas palabras sólo significaban la existencia de las cosas cuya naturaleza ignoramos. La causa que hace que el rosal produzca rosas y no albaricoques, la causa que determina á los perros á correr tras las liebres, en una palabra, lo que constituye las propiedades de cada sér, se ha llamado *forma substancial*; la causa de que nosotros pensemos, se llamó *entelequia*; la que motiva que veamos un objeto, se llamó *especie intencional*; y sobre estas materias, hasta hoy no hemos adelantado un paso. Las palabras *fuerza*, *alma* y *gravitación*, tampoco nos dan á conocer ni el principio, ni la naturaleza de la fuerza, ni los del alma ni los de la gravitación. Sólo conocemos sus propiedades, y probablemente no adelantaremos más en este estudio mientras sólo seamos hombres.

Lo esencial para nosotros consiste en servirnos con ventaja de los instrumentos que nos facilita la naturaleza, sin comprender nunca la estructura íntima del principio de estos instrumentos. Arquímedes se sirvió admirablemente de esos medios, sin saber á ciencia cierta en qué consistían.

La verdadera física consiste, pues, en determinar bien todos los efectos. Las primeras causas las conoceremos cuando seamos dioses. Podemos calcular, pensar, medir y observar; he aquí la filosofía natural; casi todo lo demás es una quimera.

Descartes, cuando hizo el viaje á Italia, tuvo la desgracia de no consultar con Galileo, que calculaba, pesaba, medía y observaba; inventó el compás de proporción, encontró el peso de la atmósfera, descubrió los satélites de Júpiter y la rotación del sol sobre su eje. Es sobre todo extraño que nunca citara á Galileo, y que citara al jesuíta Scheiner, plagiaro y enemigo de Galileo, el cual contradujo las opiniones de este gran hombre



ante el tribunal de la Inquisición, cubriendo de oprobio á Italia, mientras Galileo la cubría de gloria.

Descartes incurrió en los siguientes errores:

- 1.º Suponer que existían tres elementos, que no eran evidentes, después de haber dicho que no debemos creer nada cuando no tenemos la evidencia.
- 2.º Haber dicho que hay siempre igualdad de movimientos en la naturaleza; lo que está demostrado como falso.
- 3.º Decir que la luz no proviene del sol, y que se transmite á nuestros ojos en un instante: lo que han demostrado que es falso los experimentos de Roémer, Molineux y Brandey, y hasta el simple experimento del prisma.
- 4.º Admitir que todo está lleno en la naturaleza; pues si así fuera quedaba demostrado que todo movimiento era imposible, y que un pie cúbico de aire pesaría tanto como un pie cúbico de oro.
- 5.º Suponer que daban sin cesar vueltas imaginarias supuestos glóbulos de luz para explicarse el arco iris.
- 6.º Haber ideado un torbellino de materia sutil que arrastra la tierra y la luna paralelamente al Ecuador y que hace caer los cuerpos graves en una línea que tiende al centro de la tierra; y se ha demostrado que admitiéndose la hipótesis de ese torbellino imaginario, caerían todos los cuerpos siguiendo una línea perpendicular al eje de la tierra.
- 7.º Suponer que los cometas que se mueven de Oriente hacia Occidente y de Norte á Sur, son impelidos por los torbellinos que se mueven desde Occidente hacia Oriente.
- 8.º Suponer que por el movimiento de rotación los cuerpos más densos iban á parar al centro, y los más sutiles á la circunferencia, lo que es contrario á todas las leyes de la naturaleza.
- 9.º Haber establecido esa novela por medio de suposiciones más quiméricas todavía que la misma novela, diciendo contra todas las leyes de la naturaleza que esos torbellinos no se confundirían nunca unos con otros.
10. Haber atribuído la formación de esos torbellinos á las mareas y á las propiedades del imán.
11. Suponer que el mar tiene curso continuo que lo arrastra de Oriente á Occidente.
12. Imaginar que el primer elemento de la materia mezclada con el segundo, forman el mercurio, el cual, al componerse de esos dos elementos, es fluyente como el agua y compacto como la tierra.
13. Suponer que la tierra es un sol que tiene costra.
14. Imaginar que existen grandes cavidades debajo de las montañas, que reciben el agua del mar, y forman las fuentes.
15. Suponer que las minas de cal provienen del mar.



16. Imaginar que las partes de su tercer elemento componen vapores que forman los metales y los diamantes.

17. Que el fuego es producto del combate entre el primero y segundo elemento.

18. Que llena los poros del imán la materia acanalada, la cual enfile la materia sutil que viene del polo boreal.

19. Que la cal viva se inflama echándole agua, porque el primer elemento expulsa al segundo elemento de los poros de la cal.

20. Que las comidas que digiere el estómago, pasan por una infinidad de agujeros á una vena grande que las lleva al hígado; lo que es enteramente contrario á la anatomía.

21. Que el quilo, cuando está formado, adquiere en el hígado la forma sangre; lo que también es falso.

22. Que la sangre se dilata en el corazón por medio de un fuego sin luz.

23. Que el pulso depende de once pequeñas pieles que cierran y abren las entradas de los cuatro vasos en las dos concavidades del corazón.

24. Que cuando el hígado se ve apremiado por los nervios, las partes más sutiles de la sangre suben hacia el corazón.

25. Que el alma reside en la glándula pineal del cerebro.

26. Que el corazón se forma de la semilla que se dilata. Esto es asegurar más de lo que podemos saber; para asegurarlo era preciso ver cómo se dilataba la semilla y cómo se formaba el corazón.

27. Para no hacernos pesados nos concretaremos á notar que su sistema sobre los animales, que no fundó en ninguna razón física ni en ninguna razón moral, ni sobre nada razonable, lo han rechazado justamente todos los que racionan y están dotados de sentimiento.

Es preciso confesar que no hay una sola novedad en la física de Descartes que no sea un error. No es porque no estuviera dotado de muchísimo ingenio, que lo tenía, sino porque sólo consultaba su ingenio, y no consultaba la experiencia ni las matemáticas. Siendo uno de los mejores geómetras de Europa, abandonó la geometría y se entregó de lleno á su imaginación, consiguiendo sustituir con su caos el caos de Aristóteles, retardando de este modo más de cincuenta años los progresos del espíritu humano (1). Sus errores son indisculpables porque tuvo para penetrar en el laberinto de la física un hilo que Aristóteles no

(1) A pesar de los errores en que incurrió Descartes, no se puede negar que contribuyó al progreso del espíritu humano con sus descubrimientos matemáticos, que cambiaron la faz de las ciencias, con sus discursos sobre el método, en los que da el



pudo tener, el de los experimentos y el de los descubrimientos de Galileo, de Torricelli y de otros, y sobre todo, su propia geometría.

Hay que notar que algunas universidades condenaron con su filosofía algunas cosas verdaderas, y adoptaron muchas falsas. Pero afortunadamente en la actualidad, de los falsos sistemas y de las ridículas disputas que originaron, sólo queda un recuerdo confuso, que se va borrando de día en día. La ignorancia preconiza todavía algunas veces á Descartes, y hasta esa especie de amor propio que llaman *nacional*, se esfuerza por sostener su filosofía. Personas que jamás leyeron á Descartes ni á Newton, supusieron que éste debía á aquél sus descubrimientos pero no se encuentra en ninguno de los edificios imaginarios de Descartes una sola piedra sobre la que Newton haya fundado los suyos. Este, ni siguió sus teorías, ni las explicó, ni las refutó siquiera; apenas le conocía. En una ocasión quiso leer un volumen de Descartes, y puso al margen del libro, en siete ú ocho páginas, la palabra *error*, no volviendo á leerle. Dicho volumen fué á parar á manos del sobrino de Newton.

Hubo una época en la que el cartesianismo estuvo de moda en Francia; pero los experimentos que sobre la luz hizo Newton y sus principios matemáticos, no pueden nunca ser una moda, como no pueden serlo las demostraciones de Euclides. La filosofía debe ser verdadera y justa; el filósofo no es francés, ni inglés, ni italiano, es cosmopolita; no debe parecerse á la duquesa de Marlborough, que estando enferma de tercianas, no quiso tomar la quinina, porque á ese medicamento le llamaban en Inglaterra la *pólvora de los jesuitas*.

El filósofo, al rendir homenaje al genio de Descartes, debe pisotear las ruinas de sus sistemas. El filósofo debe sobre todo entregar á la execración pública y al desprecio eterno á los perseguidores de Descartes, que se atrevieron á acusar de ateísmo al que agotó toda la sagacidad de su talento buscando nuevas pruebas de la existencia de Dios. Leed el fragmento de M. Thomas en su *Elogio de Descartes*, en el que describe enérgicamente al infame teólogo que se llamaba Voetius, quien levantó esta calumnia á Descartes; como más tarde el fanático Jurien calumnió á Bayle; como el vinagrero Chaumeix y Freron calumniaron más tarde á la *Enciclopedia*, y como se calumnia todos los días.

---

precepto y el ejemplo, y enseñó á los sabios á sacudir el yugo de la autoridad en filosofía, no reconociendo otros maestros que la razón, el cálculo y la experiencia.



## CATECISMO DEL CURA

*Aristón.*—Querido Teótimo: ¿por fin vais á ser cura de aldea?

*Teótimo.*—Sí; me han nombrado para dirigir una parroquia pequeña, que yo prefiero á una grande. Estoy dotado de una porción limitada de inteligencia y de actividad, y no podría dirigir una feligresía de setenta mil almas. Me asusta un rebaño muy numeroso, y dirigiré mejor uno que sea escaso. Estudié bastante jurisprudencia para impedir que mis pobres feligreses se arruinen siguiendo pleitos. Sé bastante medicina para indicarles remedios sencillos cuando estén enfermos. Conozco lo suficiente la agricultura para darles algunas veces consejos útiles. El señor del pueblo y su señora son personas honradas, no son devotas, y me ayudarán á practicar el bien. Creo que viviré contento y que nadie estará descontento de mí.

*Aristón.*—¿No os contraría no tener mujer? Sería para vos un gran consuelo. Debe ser muy agradable después de predicar, cantar, confesar, dar la comunión, administrar el bautismo, consolar á los enfermos, poner en paz á las familias, en una palabra, después de consumir todo el día en servir al prójimo, encontrar al llegar á casa una mujer agradable, cariñosa y honrada que cuide de vuestra ropa blanca y de vuestra persona y que os dé hermosos hijos, cuya excelente educación pueda ser útil al Estado. Os compadezco, porque estáis destinado á servir á los hombres y os privan de un consuelo que para los hombres es tan necesario.

*Teótimo.*—La Iglesia griega manifiesta gran interés en que se casen los curas; la Iglesia anglicana y los protestantes opinan lo mismo; pero la Iglesia latina opina lo contrario, y no tengo más remedio que someterme á su opinión. Quizás en la actualidad, en la que el espíritu filosófico hizo tantos progresos, se reúna un Concilio que establezca leyes más favorables para la humanidad. Esperándolas, debo conformarme con las leyes actuales; me cuesta mucho trabajo, es verdad, pero tantos individuos que valen más que yo se someten á ellas, que yo ni siquiera debo criticarlas.

*Aristón.*—Siendo tan instruído y poseyendo la alta elocuencia, ¿cómo vais á predicar á los campesinos para que os entiendan?

*Teótimo.*—Como predicaría delante de los reyes. Les hablaré siempre de moral, sin ocuparme de ninguna controversia. Me guardaré bien de profundizar ante ellos la gracia concomitante, la gracia eficaz, á la que se puede resistir, la suficiente que no



basta; no me ocuparé de examinar si los ángeles que comieron con Abraham y con Loth tenían cuerpo humano, ó si hicieron como que comían; no me ocuparé tampoco de si el diablo Asmodeo estaba efectivamente enamorado de la mujer del joven Tobias, ni de cuál es la montaña á la que fué Jesucristo transportado por un diablo, etc., etc. Hay muchas cosas que el auditorio no entendería, ni yo tampoco. Trataré de que mis feligreses sean buenos y yo también, pero no me empeñaré en que sean teólogos, y yo seré lo menos teólogo que pueda.

*Aristón.*—Seréis un cura excelente, y yo procuraré comprar una casa de campo en el territorio de vuestra parroquia. Os suplico que me digáis cómo practicaréis la confesión.

*Teótimo.*—La confesión es excelente cosa, porque sirve de freno á los delitos y la inventó la más remota antigüedad. Confesábanse durante la celebración de los antiguos misterios, y nosotros hemos imitado y santificado esa sabia práctica. Es útil para inducir á que perdonen los corazones ulcerados por el odio, y para conseguir que los ladrones que cometen pequeños hurtos devuelvan lo robado. Tiene sin embargo algunos inconvenientes. Hay muchos confesores indiscretos, sobre todo entre los frailes, que enseñan á las doncellas más tonterías que los jóvenes de las aldeas. No debe entrarse en detalles en la confesión, porque la confesión no es un interrogatorio jurídico, es la declaración de las faltas que el pecador hace al Sér Supremo, por medio de otro pecador, que también las confesará á su vez. Esta confesión saludable no debe hacerse para satisfacer la curiosidad de un hombre.

*Aristón.*—¿Usaréis alguna vez la excomunión?

*Teótimo.*—No; hay rituales en los que se excomulga á las langostas, á los hechiceros y á los comediantes. No prohibiré la entrada en las iglesias á las langostas, porque ellas no entran nunca; no excomulgaré á los hechiceros, porque los hechiceros no existen, y respecto á los comediantes, como hoy están pensionados por el rey y autorizados por el magistrado, me guardaré bien de difamarles. Debo confesaros además, amigo mío, que me gustan mucho las comedias, cuando no chocan con las costumbres. El señor de mi aldea hace que se representen en su castillo algunas piezas por personas jóvenes y de talento; y esas representaciones inspiran la virtud con el atractivo del placer; además, forman el buen gusto y enseñan á hablar y á pronunciar bien.

*Aristón.*—Cuanto más me descubris vuestro modo de pensar, más ganas siento de ser feligrés vuestro. Desearía saber qué medidas pensáis adoptar para impedir que los campesinos se emborrachen los días de fiesta, pues este es el modo que tienen de celebrarlos.



*Teótimo.*—Sobre esto también tengo mi sistema. Les permitiré y les aconsejaré que cultiven los campos los días de fiesta, después de asistir al servicio divino, que yo trataré que sea en las primeras horas de la mañana. La ociosidad es la que les conduce á las tabernas. Los días de trabajo no hay riñas, ni se cometen excesos, ni hay agresiones ni muertes. El trabajo moderado contribuye á la salud del cuerpo y á la salud del alma; además, el trabajo es necesario para el Estado.

*Aristón.*—De ese modo conciliáis con el trabajo los oficios divinos y servís á Dios y al prójimo. En las disputas eclesiásticas, ¿qué partido tomaréis?

*Teótimo.*—Ninguno: jamás se disputa sobre la virtud, porque proviene de Dios. Las disputas todas nacen de las opiniones, que provienen de los hombres.

*Aristón.*—Sois un cura modelo.

## CAUSAS FINALES

### I

Virgilio dice en la *Eneida*: *Mens agitat molen et magno se corpore miscet*; lo que quiere decir: el talento dirige el mundo, se mezcla con él y lo anima.

Virgilio tiene razón, y Benito Spinoza, que no tenía la claridad del ingenio de Virgilio y vale menos que él, se vió obligado á reconocer una inteligencia que lo preside todo. En 1770 apareció un hombre superior á Spinoza, bajo algunos aspectos, tan elocuente como es seco el judío holandés, menos metódico, pero mucho más claro; quizás tan geométrica como éste, pero sin afectar el paso ridículo de la geometría por un asunto metafísico y moral. Este hombre es el barón de Holbach, autor del *Sistema de la Naturaleza*. Aconsejo á todos los que deseen instruirse y aprovecharse de la razón, que lean este elocuente y peligroso pasaje del *Sistema de la Naturaleza*:

«Se pretende que los animales nos suministran una prueba convincente de una causa poderosa de su existencia; se nos dice que el admirable acuerdo de todas sus partes, que se prestan unas á otras mutuo auxilio con el fin de llenar sus funciones y de mantener su conjunto, nos da á entender que es obra de un artífice que reúne al poder la sabiduría. No podemos dudar del poder de la naturaleza. Produce todos los animales que existen con la armonía de las combinaciones de la materia, que está continuamente en acción; la armonía entre las partes de que se



componen los animales, es una consecuencia de las leyes necesarias de su naturaleza y de su combinación. En cuanto cesa esa armonía, el animal se destruye necesariamente. ¿Entonces para qué sirve la sabiduría, la inteligencia ó la bondad de la supuesta causa á la que se hace el honor de atribuir la tan elogiada armonía? ¿Esos animales maravillosos, que creen ser obra de un Dios inmutable, no se alteran sin cesar y no acaban siempre por destruirse? ¿Dónde está la sabiduría, la bondad, la previsión, la inmutabilidad del obrero, que sólo parece que se ocupa en desarreglar y en romper los resortes de las máquinas, que se tienen como obras maestras de su poder y de su habilidad? Si ese Dios no puede obrar de otro modo, no es libre ni poderoso; si cambia de voluntad, no es inmutable; si permite que las máquinas que dotó de sensibilidad sufran dolores, no es bondadoso; si no pudo conseguir que sus obras fueran más sólidas, carece de habilidad. Al ver que los animales, como las demás obras de la Divinidad, se destruyen, es preciso que deduzcamos, ó que todo lo que la naturaleza hace es necesario y es una consecuencia de sus leyes, ó que el obrero que la hace obrar carece de plan, de poder, de constancia, de habilidad y de bondad.

»El hombre, que se cree la obra maestra de la Divinidad, nos suministrará mejor que las demás producciones de la naturaleza, la prueba de la incapacidad ó de la malicia de su supuesto autor (1). En ese sér sensible, inteligente, pensador, que se cree objeto constante de la predilección divina y que se forja á Dios por su propio modelo, no vemos más que una máquina más móvil, más frágil, más fácil de desarreglarse por su grande complicación que la de los seres más groseros. Las bestias, que están desprovistas de nuestros conocimientos, las plantas que vegetan, las piedras que no sienten, bajo muchos aspectos son seres mucho más favorecidos que el hombre. Al menos están exentos de las penas del espíritu, de las torturas del pensamiento, de los pesares que los devoran. ¿Quién no quisiera ser animal ó piedra cuando recuerda la pérdida irreparable de un objeto amado? ¿No es preferible ser una masa inanimada á ser un supersticioso inquieto que pasa la vida temblando, uncido á la vida presente y esperando además infinitos tormentos en la vida futura? Los seres que están privados de sentimiento, vida, memoria y pensamiento, no se afligen nunca por la idea del pasado, del presente ni del porvenir; no se creen jamás en peligro de ser eternamente desgraciados por haber raciocinado mal, como los seres predilectos, que abrigan la pretensión de que el Arquitecto del mundo construyó el universo para ellos.

(1) Si es maligno, no es incapaz; y si es capaz, esto es, si tiene poder y sabiduría, no es maligno.



»Que no nos digan, pues, que no podemos tener la idea de una obra sin tener la de su distinguido obrero. La *naturaleza no es una obra*. Existió siempre por sí misma; todo se produce en su seno; es un taller inmenso, provisto de materiales, que construye los instrumentos que le sirven para obrar. Todas sus obras son efectos de su energía y de los agentes ó causas que ella crea, contiene y pone en acción. Elementos eternos, increados, indestructibles, siempre en movimiento, combinándose de diferentes modos, hacen nacer todos los seres y los fenómenos que vemos, todos los efectos buenos ó malos que sentimos, el orden ó el desorden que sólo distinguimos por las diferentes maneras con que nos afectan; hacen nacer todas las maravillas que nos hacen meditar y razonar. Para esto, tales elementos sólo necesitan sus propiedades (ya particulares, ya reunidas), y el movimiento que les es esencial, sin que sea preciso recurrir á un obrero desconocido que las arregle y las combine, las conserve y las disuelva.

»Pero suponiendo por un instante que sea imposible concebir la formación del universo sin la intervención de un obrero que le creara y que vele por su obra, ¿dónde colocaremos á ese obrero? ¿fuera ó dentro del universo? ¿es materia ó movimiento? ¿ó bien no es más que el espacio, la nada ó el vacío? En todos estos casos, no debe ser nada ó debe estar contenido en la naturaleza y sometido á sus leyes. Si está en la naturaleza, sólo debe ser materia en movimiento, y debo deducir que el agente que la mueve es corporal y material, y por consecuencia está sujeto á disolverse. Si este agente está fuera de la naturaleza, ya no puedo tener ninguna idea del lugar que ocupa, ni de un ser inmaterial, ni de la manera cómo un espíritu sin extensión puede obrar sin la materia, de la que está separado. Esos espacios desconocidos, que la imaginación ha colocado más allá del mundo visible, no existen para un ser que apenas ve lo que tiene á sus pies (1); el poder ideal que habita en ellos, sólo puede revestirse ante mi espíritu con los colores fantásticos que mi imaginación combine á la ventura, pero que siempre se verá obligada á tomarlas del mundo que conoce. En ese caso no haré más que reproducir en idea lo que realmente hayan apercibido mis sentidos; y el Dios que yo me esfuerzo en separar de la naturaleza y en colocar fuera de su recinto, entrará siempre en él necesariamente y contra mi voluntad.

»Insistiendo en defender esas teorías, se me objeta diciéndome que si presentáramos una estatua ó un reloj á un salvaje que nunca hubiera visto ni una ni otra cosa, no podría dejar de re-

(1) O el mundo es infinito, ó el espacio es infinito; elegid.  
(N. de V.)



conocer que eran obras de un sér muy inteligente, más hábil y más industrial que él; deduciendo de esto que nosotros nos vemos también obligados á reconocer que la máquina del universo, el hombre y los fenómenos de la naturaleza, son obra de un agente cuya inteligencia y poder sobrepujan á la inteligencia y al poder humano. A esto respondo, que no podemos dudar que la naturaleza sea muy poderosa. Admiramos su industria cuantas veces nos sorprenden los efectos trascendentales complicados y varios que encontramos en algunas de sus obras, que apenas nos tomamos el trabajo de meditar; sin embargo, ella no es nunca ni más ni menos industrial en una de sus obras que en las demás. No comprendemos mejor cómo produce una piedra ó un metal que cómo produce una cabeza tan bien organizada como la de Newton. Llamamos industrial al hombre que sabe hacer lo que nosotros no sabemos. La naturaleza puede hacerlo todo, y desde el momento que una cosa existe, prueba que la pudo hacer. De modo, que sólo con relación á nosotros mismos, juzgamos industrial á la naturaleza, la comparamos entonces con nosotros mismos, y como gozamos de la cualidad llamada inteligencia, con cuya ayuda producimos obras en las que demostramos nuestra industria, deducimos de esto que las obras de la naturaleza que más nos asombran, no son obras suyas, sino debidas á un obrero inteligente como nosotros, cuya inteligencia ponemos al nivel del asombro que sus obras nos producen, es decir, que producen á nuestra debilidad y á nuestra propia ignorancia.»

He aquí la respuesta á esos argumentos en la sección siguiente, escrita mucho tiempo antes que el *Sistema de la Naturaleza*.

## II

Todas las piezas que componen la máquina de este mundo parecen hechas unas para otras. Algunos filósofos se jactan de burlarse de las causas finales, que negaron Epicuro y Lucrecio. Paréceme, sin embargo, más justo que nos burlemos de Lucrecio y de Epicuro. Nos dicen que los ojos no se formaron para ver, pero que los hemos aprovechado para ese uso cuando nos dimos cuenta de que servían para eso. En su opinión, no estamos dotados de boca para hablar ni para comer, ni de estómago para digerir, ni de corazón para recibir la sangre de las venas y enviarla á las arterias, ni de pies para andar, ni de oídos para oír. Esos filósofos, sin embargo, confiesan que los sastres les hacen trajes para vestirse y los arquitectos casas para vivir.



y se atreven á negar á la naturaleza, á la inteligencia universal, lo que conceden á los obreros más insignificantes. No conviene, sin embargo, abusar de las causas finales. Inútilmente el prior en el *Espectáculo de la Naturaleza* sostiene que el Océano tiene mareas para impedir que los buques entren con más facilidad en los puertos y para impedir que el agua del mar se corrompa; en vano dirá que las piernas han sido creadas para llevar botas y la nariz para llevar anteojos; para poder asegurar el fin verdadero por el que una causa obra, se necesita que su efecto sea de todos tiempos y de todos los lugares. No ha habido buques en todas las épocas ni en todos los mares; luego no puede decirse que el Océano haya sido creado para los buques. Es ridículo sostener que la naturaleza haya obrado en todas las épocas, ajustándose á las invenciones de nuestras artes arbitrarias, que todas han aparecido tarde en el mundo; pero es evidente que si las narices no han sido creadas para los anteojos, se han creado para que tenga asiento en ellas el sentido del olfato, y que existen narices desde que existen hombres. Cicerón, que dudaba de todo, no dudaba sin embargo de las causas finales.

Sobre todo, parece difícil que los órganos de la generación no estén destinados á perpetuar las especies. Su mecanismo es admirable y la sensación que la naturaleza hace sentir á ese mecanismo, es más admirable aún. Epicuro debía haber confesado que el placer es divino, y que ese placer es una causa final, que produce sin cesar seres sensibles que no han podido darse la sensación á sí mismos. Epicuro fué un grande hombre para la época en que nació. Vió lo que Descartes niega, lo que Gassendi afirma, lo que Newton demuestra: que no hay movimiento sin vacío. Concibió la necesidad de los átomos para que sirvieran de partes constituyentes á las especies invariables: esta idea es muy filosófica. Sobre todo, no hay nada tan respetable como la moral de los verdaderos epicuristas: consistía en el alejamiento de los negocios públicos, que son incompatibles con la sabiduría y con la amistad, sin la cual la vida es una carga pesada. Pero el resto de la física de Epicuro me parece tan inadmisibile como la materia extriada de Descartes. Me parece que es ponerse una venda en los ojos y otra en el entendimiento sostener que no existe ningún designio en la naturaleza: y si existe designio, existe en él una causa inteligente, existe Dios.

Se nos presentan como objeción las irregularidades del globo, los volcanes, las llanuras movedizas de arena, algunas montañas sumergidas en los abismos y otras formadas por los terremotos. ¿Pero porque se incendien los cubos de las ruedas de vuestra carroza, puede deducirse que vuestra carroza no se construyó expresamente para transportaros de un sitio á otro?

La cadena de montañas que coronan los dos hemisferios y



más de seiscientos ríos que fluyen hasta los mares; todos los arroyos que descienden de los depósitos de agua y que engruesan los ríos, después de haber fertilizado los campos; los millares de fuentes que nacen del mismo manantial, que abrevan á los animales y los vegetales; todo esto no parece que pueda ser efecto de un caso fortuito y de una declinación de átomos, como no deben serlo la retina que recibe los rayos de la luz, el cristalino que lo refracta, el yunque, el martillo, el estribo y el tambor de la oreja, que reciben los sonidos, la corriente de sangre en nuestras venas, la sístole y la diástole del corazón, todo ese balancín de la máquina que constituye la vida.

### III

Sin embargo, objetan que si Dios ha hecho visiblemente una cosa con un fin determinado, debe haber hecho lo mismo con todas. Es ridículo admitir la Providencia en un caso y negarla en otros. Todo lo creado ha sido previsto; no hay ningún arreglo sin objeto, ningún efecto sin causa; luego todo es el resultado, el producto de una causa final. Luego puede decirse que las narices se han hecho para llevar anteojos y los dedos para llevar sortijas, como se puede decir que se han formado los oídos para oír los sonidos y los ojos para recibir la luz. De esta objeción sólo se deduce que todo es efecto, próximo ó lejano, de una causa final general; que todo es consecuencia de las leyes eternas.

Las piedras no constituyen edificios en todos los sitios ni en todos los tiempos; todas las narices no gastan anteojos; todos los dedos no llevan sortijas; todas las piernas no usan medias de seda; por lo tanto, el gusano de seda no fué creado para cubrir mis piernas, como vuestra boca se creó para que comiera y vuestro trasero para ir al retrete. Existen, pues, efectos inmediatos producidos por las causas finales y gran número de efectos que son productos lejanos de esas causas.

Todo lo que pertenece á la naturaleza es uniforme, inmutable; es la obra inmediata del Maestro. Él es el que creó las leyes por las cuales la luna interviene en tres cuartas partes en la causa del flujo y del reflujo del Océano, y el sol en la otra cuarta parte: Él es el que dotó al sol del movimiento de rotación, por el cual ese astro envía en siete minutos y medio los rayos de su luz hasta los ojos de los hombres, de los cocodrilos y de los gatos.

Pero si después de muchos siglos hemos conseguido inventar las tijeras y los asadores para cortar con aquéllas la lana de



los corderos y cocerlos con éstos para comérmolos, ¿qué puede inferirse de esto más que un Dios nos formó de tal manera, que un día llegásemos á ser necesariamente industriosos y aficionados á comer carne?

Los corderos no nacen absolutamente para ser asados y comidos, porque muchas naciones se abstienen de comerlos. Los hombres no han sido creados esencialmente para matarse unos á otros, porque los bramias y los kuáqueros no matan á nadie, pero la materia con que somos amasados produce con frecuencia matanzas, como produce calumnias, vanidades, persecuciones é impertinencias. No quiere esto decir que la formación del hombre sea precisamente la causa final de nuestros furores y nuestras tonterías, porque una causa final es universal é invariable en todos los tiempos y en todos los lugares; pero los errores y los absurdos de la especie humana no por eso dejan de entrar en el orden eterno de las cosas. Cuando batimos el trigo, es el batidor la causa final de la separación del grano; pero si el batidor al funcionar, aplasta mil insectos, no obra así por mi voluntad determinada, ni tampoco por casualidad; obra así porque dichos insectos se encuentran cien veces á su alcance, en vez de huir de su enemigo.

Es consecuencia de la naturaleza de las cosas que un hombre ambicioso discipline algunas veces á millares de hombres, que sea vencedor ó vencido. Pero no por eso podremos decir que Dios creó al hombre para que lo maten en la guerra.

Los instrumentos con que nos ha dotado la naturaleza no pueden ser siempre causas finales en movimiento. Los ojos, que recibimos para ver, no siempre están abiertos; todos los sentidos tienen un momento de reposo, y hasta hay sentidos que no usamos nunca. Por ejemplo, le sucede eso á la desgraciada imbecil, encerrada en un claustro desde los catorce años, y que tiene cerrada para siempre la puerta de su cuerpo por donde debía salir una generación nueva. No por esto deja de subsistir en este caso la causa final, pero obrará en cuanto dicha mujer sea libre.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



# INDICE

## A

	Págs.		Págs.
Apóstata...	5	Bacón (Francisco)..	107
Apóstoles.	9	Besar...	108
Aparición.	18	Bastardos.	111
Arabes.	21	Banco..	112
Aranda.	25	Bancarrota.	113
Ararat.	26	Bautismo.	114
Arrianismo.	28	Barac y Débora.	120
Aristeo.	34	Barba..	122
Aristóteles.	36	Batallón.	123
Arot y Marot.	43	Bdellium..	125
Arte dramático.	46	Bello.	126
Artes.	52	Bekker.	129
Asmodeo..	53	Bestias.	133
Asfaltite (Lago Sodoma).	55	Bethsanés ó Bethshe-	
Asno.	59	mesh.	135
Asesino, Asesinato.	63	Biblioteca.	137
Asamblea.	66	Bien, soberano bien..	139
Astrología.	66	Bien, todo está bien..	142
Ateo.	69	Bienes de la Iglesia.	147
Ateísmo.	72	Blasfemia.	151
Atomos.	77	Buey Apis (Sacerdotes	
Augur..	79	del).	154
Augusto Octavio.	82	Brindar.	154
Agustín.	85	Bestialidad, hechicería..	155
Austeridades.	87	Bufón, burlesco.	158
Autores.	89	Bracmanes.	159
Autoridad.	91	Búlgaros..	164
Avaricia.	92	Bula.	167
Avignon.	93		

## B

Babel.	97
Baco.	107
Bacón (Rogelio).	105

## C

Carácter.	175
Cartesianismo.	177
Catecismo del cura.	181
Causas finales.	183





## FE DE ERRATAS

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
39	4	Danayades	Danaides
46	34	circenses	circensis
51	16	reprovecha	reprocha
60	2	Se	Si
61	23	metamorforis	metamorfosis
74	43	crean	creen
79	34	prevengan	provengan
86	32	francia	Francia
97	12	<i>Biblia</i>	<i>Babel</i>
127	30	suponiéndole	suponiendo

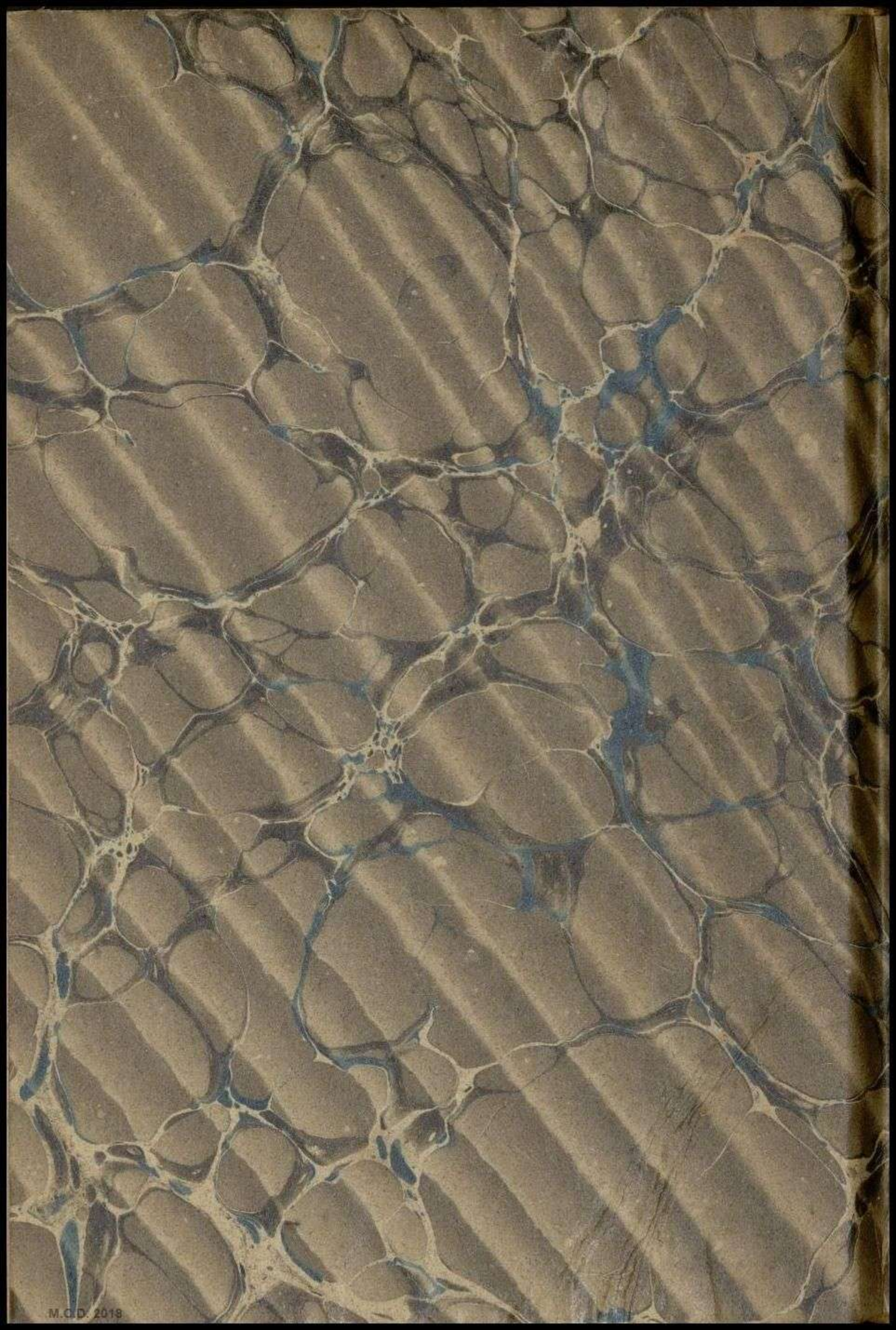








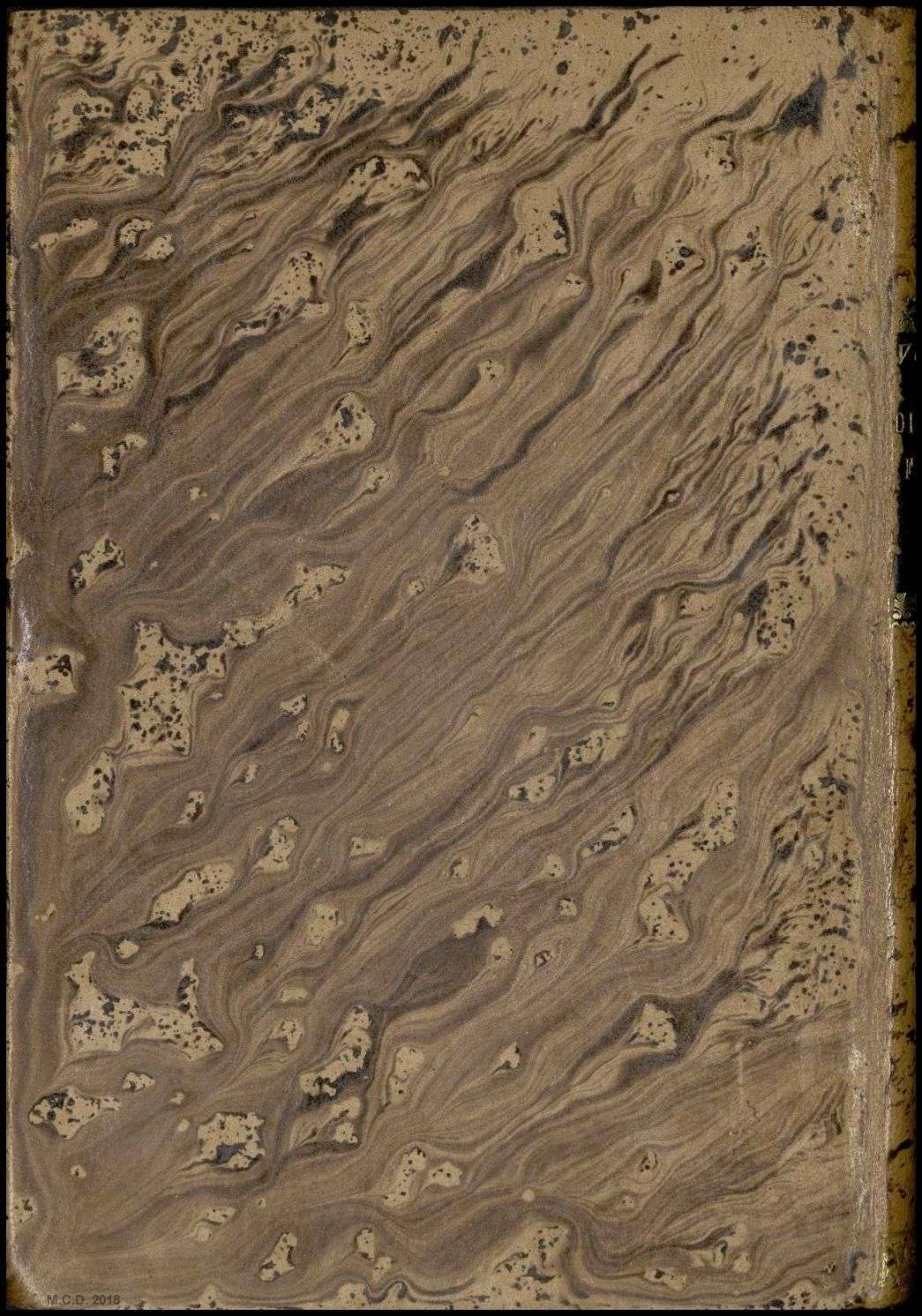
















*Voltaire*



DICIONARIO

FILOSOFICO



2





los pontífices de la antigua religión, y les habla en sus cartas como si siempre hubiera estado afiliado al culto que observaba el Senado.

No hay pruebas de que practicase las ceremonias del Taurobólo, que consistían en sacrificar un toro á Cibeles, y que se consideraban como expiación. Tampoco hay pruebas de que lavasen con sangre del toro lo que él llama *la tacha de su bautismo*. Esta devoción pagana, por otra parte, no probaría más que pudiera probar la asociación de los misterios de Cibeles. En una palabra, ni sus amigos ni sus enemigos refieren ningún hecho probando que creyese alguna vez en el cristianismo, y que sinceramente abandonara esta creencia para afiliarse á la de los dioses del imperio. Si esto es así, tienen razón los que no le creen apóstata.

Generalmente se reconoce en la actualidad que el emperador Juliano fué un héroe y un sabio, un estoico que igualó á Marco Aurelio. Todo el mundo opina hoy como Prudentius, poeta contemporáneo suyo, que le dedicó un himno en el que dice de Juliano:

Famoso por sus virtudes,  
Por sus leyes, por la guerra,  
Si á Dios servir no le plugo,  
Sirvió muy bien á la tierra.

Sus detractores se vieron reducidos á ponerle en ridículo por pequeñeces; pero tuvo más talento que los que se burlaban de él. El Abad de La Bletterie le critica en su historia por *llevar la barba demasiado larga, mover demasiado la cabeza y andar precipitadamente*. Otros escritores le censuran cosas parecidas, tan importantes como esa. Dejemos que el exjesuíta Patouillet y el exjesuíta Nonotte llamen apóstata al emperador Juliano. En cambio, su sucesor el cristiano Jovieno le llamará *divus Julianus*.

Tratemos á ese emperador como él trató á los cristianos. Magnánimamente decía de ellos: «No debemos odiarles, debemos compadecerles; bastante desgraciados son con equivocarse respecto al asunto más importante.»

Administraba rectamente justicia á sus vasallos: tributémosla, pues, nosotros á su memoria. He aquí un hecho de su historia: Varios habitantes de Alejandría se encolerizaron con un obispo cristiano, que era un hombre malvado, cobarde, feroz, y además supersticioso. Por calumniador y por sedicioso le detestaban todos los partidos; y los habitantes de Alejandría que acabamos de referir lo mataron á palos. He aquí la carta que el emperador Juliano escribió á los ciudadanos de Alejandría con motivo de

esa conmoción popular, juez:

«En vez de dejar á mí infringieron, os habéis entremetido cometiendo los mismos errores. El obispo Jorge lo trató, pero no debíais rigiendo leyes justas, d

Los enemigos de Juliano porque le creyeron apóstata, ni perseguidor, ni intolerancia. Leed atentamente. No fué bastante desatener que abrasarse en que no son católicos, ¿qué extremo inicuo de acusa

*De los globos de fuego que pedir la reedificación del emperador Juliano.*

Es probable que cuando la guerra á la Persia, los judíos se lo facilitaron para reedificar su templo, daron los ámientos, un que salieran del fondo destruyeran las obras y lo pender sus trabajos? ¿fueron los historiadores

¿Es posible que en los templos, tratándose del mismo sitio? El templo de Moria. Allí o constata solidez y magnificencia de teatro en Jerusalén sárea. Las moles de piedra ese templo, tenían hasta fiero Flavio Joséo. ¿Eran á propósito para que más tarde los ma

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

